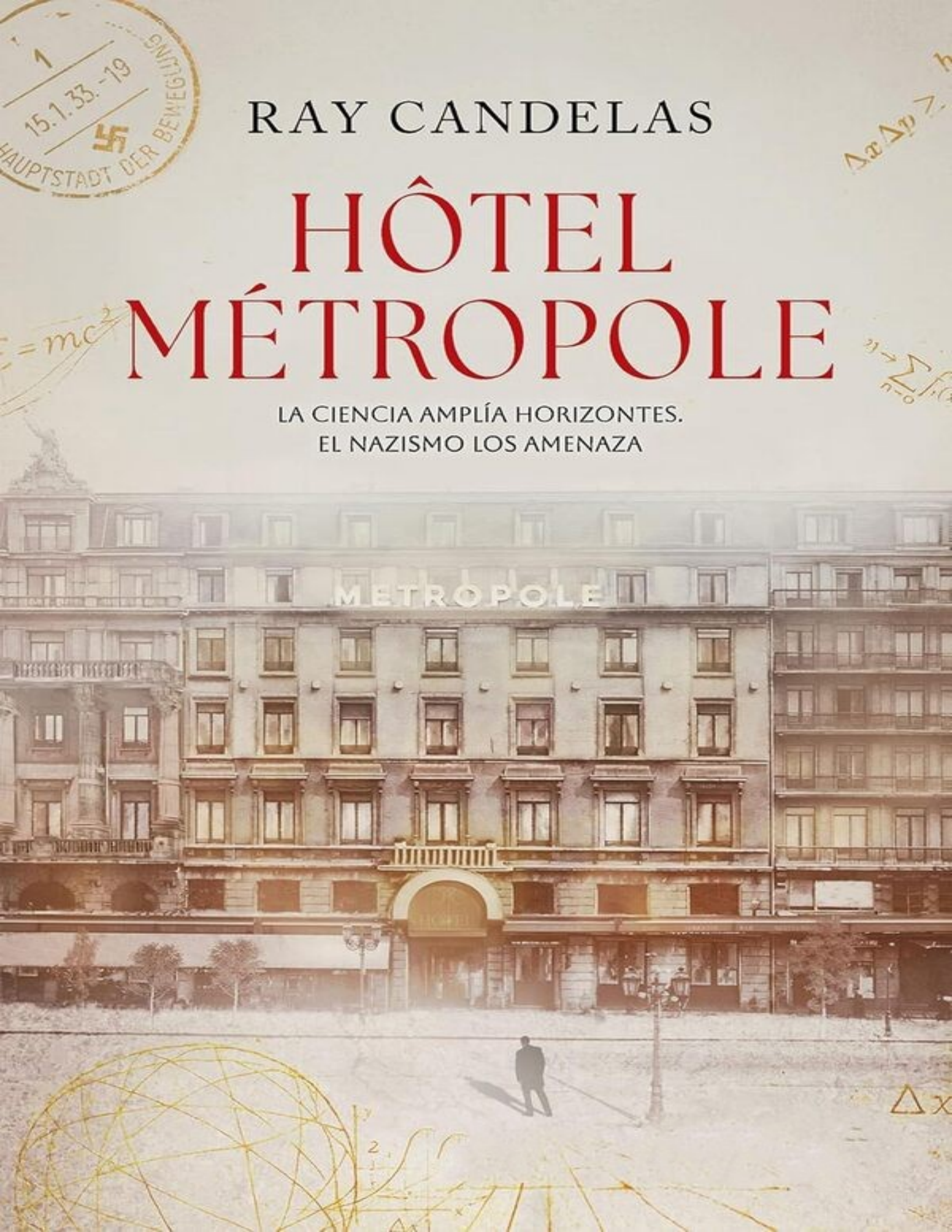
RAY CANDELAS

HÔTEL MÉTROPOLE

LA CIENCIA AMPLÍA HORIZONTES.
EL NAZISMO LOS AMENAZA



Bruselas, 1933. Mientras el nazismo se afianza en Alemania, los físicos más eminentes del momento se reúnen en el Hôtel Métropole para asistir al Consejo Solvay, donde debatirán sobre los últimos avances en física atómica. A Matthias Maier, un joven alemán recién doctorado, se le ofrece la oportunidad de unirse a ellos a cambio de espiarles.

A medida que el Consejo avance, Matthias irá descubriendo que la ciencia tiene facetas poco amables: la política la mediatiza, las ambiciones particulares empañan los ideales, y las mujeres han de luchar por su mera presencia.

Ray Candelas

Hôtel Métropole

XXVIII Premio Tiflos de Novela 2026

Título original: *Hôtel Métropole*
Ray Candelas, 2026

Revisión: 1.0

15/08/2026

A BRUNO, QUE EN OTRA ÉPOCA
Y EN OTRO LUGAR PODRÍA HABER SIDO MATT.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; era la edad de la sabiduría, era la edad de la locura; era la época de la fe, era la época de la incredulidad; era la estación de la Luz, era la estación de las Tinieblas; era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación; todo se nos ofrecía, no teníamos nada; todos íbamos directos al Cielo, todos íbamos en dirección contraria…

CHARLES DICKENS, *Historia de dos ciudades*

INSTITUT INTERNATIONAL DE PHYSIQUE SOLVAY

SEPTIÈME CONSEIL DE PHYSIQUE — BRUXELLES, 22-29 OCTOBRE 1933



e Benjamin Couprie

22, avenue Louise, Bruxelles

H. A. KRAMERS N. F. MOTT G. GAMOW P. BLACKETT M. COSYNS Aug. PICCARD

E. STAHEL P. A. M. DIRAC J. ERRERA C. D. ELLIS E. O. LAWRENCE

E. HERRIOT F. JOLIOT W. HEISENBERG E. T. S. WALTON P. DEBYE B. CABRERA W. BOTHE Ed. BAUER J. E. VERSCHAFFELT J. D. COCKROFT L. ROSENFELD

F. PERRIN E. FERMI M. S. ROSENBLUM W. PAULI E. HERZEN R. PEIERLS

E. SCHRÖDINGER Mme I. JOLIOT N. BOHR A. JOFFÉ Mme CURIE O. W. RICHARDSON Lord RUTHERFORD M. de BROGLIE Mlle L. MEITNER J. CHADWICK

P. LANGEVIN Th. DE DONDER L. de BROGLIE

PRÓLOGO



Bruselas, octubre de 1933. La fotografía oficial del séptimo Consejo de Física Solvay no parece preparada con esmero. Los cuarenta y un participantes se apiñan en varias filas tras una alargada mesa en ángulo, atestada de papeles y documentos de trabajo. El fotógrafo ni siquiera se ha molestado en retirar cuatro sillas vacías que, situadas en primer plano, estropean la composición. Aun así, la imagen da fe de la excepcionalidad del grupo retratado. Baste decir que veinte de sus miembros han sido o serán galardonados con el Premio Nobel, lo cual incluye a dos de las tres mujeres presentes: Marie Sklodowska-Curie y su hija, Irène Joliot-Curie, quien todavía está lejos de saberlo. En cuanto a la tercera, llamada a jugar un papel clave en el descubrimiento de la fisión nuclear, un fenómeno que cambiará el mundo, está destinada a convertirse en uno de los casos más palmarios de ninguneo del Nobel a una mujer. Su nombre: Lise Meitner.

Los presentes, conscientes o no del papel que tienen asignado en la historia de la ciencia, miran a la cámara con atención. Todos, salvo Meitner, quien con expresión severa dirige su mirada al extremo opuesto de la sala, más allá del encuadre del fotógrafo. ¿Qué es capaz de distraerla tan poderosamente en el preciso instante en que ella y sus colegas son inmortalizados para la

posteridad[1]?.

LEIPZIG

1

DOMINGO, 1 DE OCTUBRE DE 1933

En mi época de estudiante frecuentaba los cafés. Ya sean tranquilos o bulliciosos, resultan idóneos para descubrir los usos y las maneras de la gente de la ciudad. Para alguien como yo, criado en un pueblo pequeño, eso representaba un preciado valor añadido a los pocos *pfennigs* que costaba un café o una jarra de cerveza, y que podía permitirme gracias a la beca con que el estado de Sajorna financiaba mi dedicación a lo que más me gusta en el mundo: la física.

Situado a un paso de Markt Platz, cerca de la pensión en que me alojaba, el Riquet era mi preferido los domingos por la tarde, cuando con el café me regalaba un extra —un trozo de tarta o un delicioso *leipziger lerche* relleno de mermelada de fresa— que justificase una estancia más larga. Con frecuencia las tertulias subían de tono, lo que me impedía concentrarme en la lectura que siempre llevaba conmigo. En tales casos me dedicaba a mi otro pasatiempo favorito: observar a los presentes más cercanos por encima del libro, tratando de inventar una historia para cada uno de ellos.

Gruesa cintura. Gruesos brazos y piernas. Rostro abotagado.

Por ejemplo, la mujer sentada dos mesas más allá en compañía de una joven de ojos grandes y redondeadas facciones. Madre e hija, dada la innegable similitud de sus rasgos. Por la desconfianza con que la madre miraba a su alrededor y la curiosidad que

mostraba la joven, resultaba obvio que no eran de la ciudad. Es más, la desgastada chaqueta de lana basta y los deslucidos zapatos pasados de moda de la madre, unidos a su fruición al engullir una porción de tarta Sacher, me convencieron de su condición pueblerina. Admito que se trataba de una conclusión fácil, porque desconfianza, atuendo y fruición me recordaban a los de mi propia madre en la única ocasión en que vino a visitarme a Leipzig, al poco de mi ingreso en la universidad. En cuanto a la muchacha, lo más probable era que viniese a colocarse en la pujante industria algodonera, aunque su vestuario modesto pero nuevo, adquirido, sin duda, para la ocasión, me hizo inclinarme por su entrada al servicio de una familia bien. Me pregunté si volvería a verla, con cofia y delantal blancos, empujando un cochecito de bebé por los jardines próximos a Augustus Platz. Mientras meditaba sobre el ineluctable destino que estropearía su gesto agradable, observé que la madre lanzaba suspicaces miradas de reojo al individuo que acababa de tomar asiento en la mesa contigua.

Rostro enjuto. Frente despejada hacia atrás. Lentes redondas de pasta negra. Poblado mostacho cano con ribetes amarillentos.

El hombre se convirtió en mi siguiente ejercicio. Al sentarse había depositado el sombrero de fieltro oscuro sobre la mesa tras asegurarse de que estaba limpia y seca, pero no se había quitado el gabán. Ambos, sombrero y gabán, aparentaban una calidad excelente, poco acorde con el aspecto desmejorado del dueño, que permanecía encogido, como si tuviese la humedad otoñal incrustada en el cuerpo. Pidió un café solo y un vaso de agua al camarero, y un pitillo suelto a la cigarrera. Nada de tartas o bollería; nada de licores o cigarros puros; ni siquiera un agua de Seltz. Mientras esperaba, su mirada permanecía ausente, perdida en algún punto indeterminado más allá de la puerta de vidrio del establecimiento.

Fui atando cabos, hilvanando en precario una historia que se hizo más probable cuando el hombre, después de abrir con suma

delicadeza el estuche de los azucarillos y echar uno en el café, se guardó el otro en el bolsillo del gabán tras echar un rápido vistazo en derredor que denotaba incomodidad. Si en esas manos hubo un día poder adquisitivo, no quedaba gran cosa de él.

Judío.

Fue una inspiración repentina: las leyes de abril habían despojado de sus cargos a una legión de funcionarios hebreos, así como apartado a abogados de los tribunales y a médicos de los hospitales. La matrona de prejuiciosa educación aldeana había llegado, por lo visto, a la misma conclusión que yo.

Judío, pues. Venido a menos.

No llevaba cinco minutos con su café cuando el supuesto funcionario, o abogado, o lo que fuera, se estremeció como si hubiese visto al diablo. Sorprendido por cómo hundió su nariz huesuda en la taza, miré hacia la entrada en busca del objeto de su desasosiego.

Corpulento. Mediana edad. Rostro muy anguloso en el que destacaba una mirada pétrea.

El sombrero y la gabardina grises del individuo podrían perfectamente ser los de un inspector de la Kriminalpolizei. La pipa curva colgada de sus labios tampoco desmerecía. Era fácil hacerse una idea de por qué había causado tanta impresión al judío: el recién llegado atufaba a nacionalsocialismo tanto como si llevase una esvástica tatuada en la frente.

Siempre parapetado tras mi libro, lo observé con curiosidad al principio, mientras intercambiaba unas palabras con el barman; con interés luego, cuando cruzó el salón con parsimonia, provocando que las discusiones se enfriasen a medida que recreaba su mirada en los tertulianos; sin disimulo a continuación, pues me dio la impresión de que se dirigía a mi mesa; y con sorpresa por último cuando, con un desparpajo insolente, cogió una silla y se sentó frente a mí sin pedir permiso.

Inaudito.

—«Canta, oh, Musa, la cólera del Pélida Aquiles, que causó a los aqueos incontables dolores, precipitó al Hades las almas valerosas de muchos héroes, y los hizo servir de presa a los perros y a las aves de rapiña» —recitó el desconocido con manifiesta voluntad de impresionarme, tras un rápido vistazo a la portada de mi libro.

Dejó el sombrero sobre la silla contigua, extrajo una cajetilla de fósforos del bolsillo de la gabardina y, tras frotar uno contra el raspador, lo aplicó a la cazoleta de su pipa.

—La *Ilíada* es exactamente el tipo de lectura que uno esperaría en un físico teórico, doktor Maier[2] —dijo entre chupada y chupada.

Si él me conocía, yo no lo recordaba de nada. Pero en la universidad me cruzaba todos los días con gente en la que no fijaba mi atención.

—Disculpe si no lo reconozco —dije, visto que la memoria no venía en mi ayuda—, *herr*…

Satisfecho con la brasa conseguida, el hombre aspiró sin prisas una profunda bocanada y devolvió al ya recargado ambiente una espesa nube de penetrante aroma.

—Mi nombre no importa. —Negó al fin con la cabeza—. Basta con que sepa que represento a la NG[3].

Todo universitario, fuera profesor o estudiante, conocía la poderosa organización político-científica que financiaba la investigación en nuestro país. ¡Y el fulano decía que su nombre no importaba! Abrí la boca para responder a la descortesía, pero él se me adelantó.

—Llámeme Gelb —dijo—, si eso le hace sentirse más cómodo.

En ese preciso instante, un camarero se inclinó hacia él. Gelb me apuntó con la boquilla de su pipa.

—¿Otro café, doktor Maier?

—Con uno me basta, gracias.

—¿Un *schnapps*, quizá?

—Gracias, no.

Encogió sus robustos hombros, inmune a mi tono desabrido, y se

retrepó en su silla tras pedir café con leche y agua de Seltz.

—Matthias Maier —dijo—. Nacido el 25 de marzo de 1908 en Meissen. Hijo de Martin, mecánico electricista, desaparecido en el siniestro del L-59 en 1918, tras una brillante hoja de servicios en los dirigibles del Reich; y de Agneta, maestra de escuela, quien le inculcó su afición a los números —recitó con la suficiencia de quien trae la lección bien aprendida. Yo escuchaba con los labios apretados mientras sentía la sangre afluyendo a mi rostro y mis orejas—. Obtuvo unas calificaciones brillantes en la escuela primaria, lo que le permitió acceder a una beca de estudios para huérfanos de guerra. Ingresó en el *gymnasium*[4] local, donde destacó en lengua y literatura clásicas, en francés y en matemáticas. En 1927 ingresó en la Universidad de Leipzig. Tras un notable primer semestre en el Instituto de Matemáticas, unas conferencias impartidas por el profesor Debye le hicieron mudar su matrícula al Instituto de Física, donde se licenció en 1931 bajo la supervisión del profesor Heisenberg, quien posteriormente dirigió su tesis doctoral. Ahora se dedica al estudio de la estructura del núcleo. Colabora con Heisenberg gracias a una beca de investigación que finaliza, si no me equivoco, a finales de este semestre, plazo en el que espera obtener la *venia legendi*[5]. ¿Voy bien, doktor Maier?

Dado que la pipa ya no parecía tirar, Gelb, si es que ese era su verdadero nombre, aprovechó la pausa para golpear la cazoleta contra el cenicero y limpiarla. Yo me revolví en mi silla incómodo. Que un funcionario de la NG conociese mis datos personales y mi historial académico era entendible; al fin y al cabo, constaban en mi ficha universitaria. Pero… ¿que Debye despertó mi interés por la física? ¿Y que supiese de la pasión de mi madre por las matemáticas?

Incómodo, sorprendido y preocupado.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —inquirí—. Y no me venga otra vez con evasivas.

—Lo sé todo sobre usted. —Sonrió, indiferente a mi expresión ceñuda—. Sé dónde vive, qué come, qué no come, qué aficiones

tiene y con qué amistades se relaciona. Que no son muchas, por cierto. Pero nada de eso viene al caso, no perdamos el tiempo. Volvamos a la física, que es por lo que estoy aquí. Le supongo enterado de que dentro de unas semanas tendrá lugar en Bruselas el séptimo Consejo de Física Solvay.

En el grupo de investigación se hablaba a menudo del evento. No vi razón para negarlo.

—Cómo no estarlo —admití, prudente.

—Entonces sabrá que en estos consejos participan, por estricta invitación, los más eminentes físicos del mundo, en su mayoría europeos. Y que varios de ellos son alemanes, como su profesor Heisenberg, o extranjeros que trabajan en Alemania, como su profesor Debye. —Gelb hizo una pausa para acercar un nuevo fósforo a la cazoleta, que había ido rellenando mientras hablaba—. Imagino que sentirá usted admiración por esos hombres.

Me creí en la obligación de puntualizar, quizá por el respeto que sentía hacia el amor de mi madre a la ciencia.

—Y mujeres, *herr* Gelb. Son pocas las que destacan en nuestro campo, pero no por ello menos dignas de admiración.

—Naturalmente —concedió él con benévola sonrisa—. En la conferencia participarán la profesora Meitner, de la Universidad de Berlín, y las Curie, madre e hija. Supongo que, para alguien como usted, tomar parte en este evento sería como… como… —Dudó un instante, el que tardó en encontrar inspiración en la portada de mi libro—. Como pertenecer al Olimpo de los físicos, ¿me equivoco?

Mientras crecía mi intriga por el rumbo que tomaba la conversación, Gelb parecía cada vez más satisfecho de su juego.

—¿Adónde quiere usted ir a parar? —pregunté alzando una ceja.

—Tengo entendido que el profesor Heisenberg dará una conferencia, algo relacionado con el núcleo atómico. Y que su colaborador más veterano, Jakob Weiss, ha sufrido un desgraciado accidente.

Jakob era mi compañero y amigo. Yo mismo lo había visitado en el hospital un par de días atrás, después de que una motocicleta lo

arrollase con el deplorable resultado de varias costillas y un antebrazo rotos.

—Una lástima —prosiguió mi interlocutor—, porque, tras la renuncia de Bloch, su anterior ayudante, es de suponer que Heisenberg contaría con Weiss para que lo acompañase a Bruselas. Ahora tendrá que buscar un sustituto.

Me acaricié la barba, necesitada de un recorte. Era cierto que, en vista de lo mal que se habían puesto las cosas en Alemania para los judíos, Felix Bloch había decidido permanecer en Zúrich, su ciudad natal, tras las vacaciones de verano. Aun así…

—Eso no será problema —dije elevando los hombros—: tiene para escoger.

—Podría ser usted.

—Lo dudo. Hay compañeros más brillantes y mejor preparados. Weizsäcker, por ejemplo: acaba de obtener su doctorado con solo veintiún años, tres menos que yo.

Gelb hizo un gesto condescendiente, como si conociese a Karl von Weizsäcker.

—No se subestime, doktor Maier. —Lanzó sobre su cabeza una gran voluta de humo—. De hecho, ese es el punto débil de Weizsäcker: demasiado joven como ayudante. Y usted lleva más tiempo colaborando con Heisenberg, ¿no es cierto?

—Para ser de la NG, está usted bien informado sobre las circunstancias de unos simples investigadores sin habilitación.

Sospechosamente bien informado, recelé para mis adentros. Como si me leyese el pensamiento, mi interlocutor sonrió.

—Vamos, doktor Maier, no sea suspicaz —dijo—. Estar informado forma parte de mi trabajo. Como sabe, la NG proporciona ayudas de investigación, y para ello buscamos y estudiamos a posibles candidatos, sean profesores o ayudantes. —Adoptó una expresión seria, erguido sobre su silla. Se inclinó hacia mí—. En fin, vayamos al grano: ¿qué le parecería acompañar al profesor Heisenberg a Bruselas en calidad de ayudante?

—¿Lo dice en serio? —dije, y mi voz sonó incrédula y desconfiada

—. Me temo, señor mío, que esa decisión corresponde al propio Heisenberg.

—Por supuesto —concedió Gelb—. Pero si le interesa, la NG podría… —carraspeó— influir, digamos, para que lo escoja a usted. —La sonrisa condescendiente volvió a sus labios—. Imagínese, codearse con todas esas mentes privilegiadas.

—¡Claro que me interesa! —admití con más vehemencia, quizá, de la que debería—. Pero, francamente, no se me ocurre por qué la NG haría tal cosa. Supongo que no será por pura simpatía.

El rostro impenetrable prorrumpió en una abierta carcajada.

—Me gusta usted, Maier; no se anda con tapujos. Pero tiene razón. —Se inclinó un poco más para, sin dejar de sujetar la pipa entre los labios, hablarme en voz queda—. Digamos que, a cambio de facilitar su excursión al Olimpo de los físicos, la NG le quedaría agradecida si le prestase un pequeño servicio. —Hizo como si espantase una mosca con la mano—. Algo sencillo para usted, no se preocupe, pero de vital importancia para nosotros. Y ese agradecimiento, como puede imaginar, resultaría beneficioso para su carrera. *Muy* beneficioso —recalcó.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo. Por lo que sabía, en la NG estaban representadas las universidades, las escuelas técnicas y las academias de ciencias alemanas, así como otras instituciones científicas importantes del país. Tal como decía Gelb, su agradecimiento no era cosa que un aspirante a profesor universitario pudiera tomarse a la ligera.

—Y ese… ejem, servicio, como usted dice, consistiría en…

En lugar de responder, mi interlocutor echó un vistazo en derredor. Al seguir su mirada, comprobé que el supuesto judío venido a menos se había esfumado, y que una pareja de enamorados merendaba sendos *apfelstrudel* en la mesa donde antes se sentaban madre e hija. En cuanto a los tertulianos, descuidaban de nuevo el tono de su conversación, en vista de que el hombre de la gabardina gris se había desentendido de ellos.

Quizá por el excesivo ruido, o porque un local abarrotado no

invita a hablar de asuntos que se deban tratar con discreción, Gelb hizo una mueca de desagrado.

—Salgamos —dijo, dejando unos *pfennigs* en el platillo—. Esto está muy cargado.

Bajamos por Reichstrasse y luego giramos por Grimmaische hacia Markt Platz. La tarde sajona se había tornado apacible tras un breve rato de lluvia mansa que, sin llegar a formar charcos, había humedecido las calles.

Gelb, o como en realidad se llamase mi enigmático acompañante, apenas se quitaba la pipa de entre los dientes. Se me ocurrió la absurda idea de que fuese un truco para que no le leyesen los labios a distancia. Absurda, digo, porque ¿qué interés podría tener un representante de las ciencias germanas en que no le leyesen los labios?

—Como sin duda sabrá, doktor Maier —iba él diciendo—, la física se encuentra en una encrucijada que no es sino reflejo de la que enfrenta el conjunto de nuestra sociedad. La *Berufsbeamtengesetz*[6], esa ley que Hitler ha tenido a bien promulgar, supone el despido de una gran cantidad de funcionarios judíos, lo cual, según nuestros cálculos, afecta a uno de cada cuatro físicos que trabajan en las instituciones del estado. Algunos de ellos dimitieron nada más conocer la noticia, sin esperar a que los destituyesen; otros han sido ya despedidos, y los que están a la espera de resolución con probabilidad lo serán en breve. ¿En qué situación cree que nos deja eso, Maier?

Como la pregunta tenía una evidente intención política, y como el tono en que la había formulado Gelb implicaba que esperaba una respuesta, me lo pensé antes de hablar. Podía tratarse de una trampa. Y no era, en aquellos tiempos, aconsejable significarse en según qué sentido. Todo dependía de con qué pie cojease uno y de con cuál lo hiciese su interlocutor. Y en el caso del mío todavía no estaba seguro.

—Supongo que… hum, tal pérdida de talento, la de los científicos judíos, quiero decir…, no contribuye mucho, que digamos, a hacer crecer el conocimiento en el Reich. —Me había enredado en un exceso de prudencia. Y como quiera que Gelb se detuvo para dedicarme una mirada críptica, me vi obligado a simplificar—. Lo que quiero decir —carraspeé— es que prescindir de los judíos supone una gran pérdida para la Universidad.

A la mirada críptica siguió una sonrisa torcida.

—Eso piensa, ¿eh?… No se moja usted demasiado, demonios. Pero hace bien. La prudencia es un activo impagable tal como están las cosas, incluso para alguien cien por cien ario como es su caso. Oh, no me mire así. Como le he dicho antes, lo sé todo sobre usted. Y estas cosas, ya sabe, la sangre, la raza y todo eso, no pueden pasarse por alto hoy en día a la hora de hacer un informe.

»En fin, como puede imaginar —prosiguió—, la Ley de Restauración supone un quebradero de cabeza para la NG. Tras la decisión de Einstein y de algunos otros de no regresar a Alemania en 1933» por la que, salvo determinadas excepciones, como aquellos que tuviesen méritos de guerra, a los funcionarios que no eran considerados arios los excluyeron de la Administración.

Alemania, a nuestro Comité de Física le preocupa la posibilidad de que otras eminencias sigan sus pasos y abandonen el país.

Entendía lo que Gelb quería decir, porque el caso Einstein venía siendo un tema recurrente en la prensa y en los corrillos universitarios desde que, tras la subida de Hitler al poder, el premio nobel protestase abiertamente por la brutalidad del nuevo régimen, la supresión de derechos civiles y la represión sobre los hebreos, y declarase que no volvería a Alemania mientras la libertad de pensamiento y la seguridad ciudadana no estuviesen garantizadas. A ello siguieron la dimisión de sus cargos y su renuncia a la nacionalidad alemana, a lo que el Gobierno respondió con el embargo de sus cuentas corrientes, su casa y el resto de sus bienes. Tras refugiarse en Bélgica, y luego en algún lugar discreto de Inglaterra, donde vivía bajo protección armada —se decía que una

asociación secreta nacionalsocialista había ofrecido mil libras esterlinas por su cabeza—, los últimos rumores hablaban de una inminente y definitiva partida hacia América.

—¿Y qué esperaban? —dije al hilo de mis pensamientos—. Es normal que los hebreos emigren si no se les permite trabajar aquí.

—Cierto —admitió Gelb—. Pero no me refería a ellos. Hitler ya ha decidido que la ciencia alemana tendrá que apañárselas sin judíos y no hay más que hablar. Sin embargo, al resto de la comunidad científica, a cambio de permitirle conservar su autonomía y garantizarle una cierta seguridad, le exige el acatamiento de la doctrina nazi.

—El *Gleichshaltung*[7].

—Usted lo ha dicho. Por eso nos tememos que aquellos a quienes espanta el nazismo o que, simplemente, se sienten incómodos con él, decidan marcharse. Para los científicos de cierto nivel es fácil, pues a menudo viajan al extranjero para colaboraciones universitarias, simposios o conferencias.

—Como el Solvay —comprendí.

—Exacto. Lo cual nos lleva al punto de partida, doktor Maier: a la ayuda que usted puede prestar a la NG; y, por extensión, a su país. Pero antes, para completar el panorama, déjeme decirle otra cosa: quizá piense que el hecho de que la comunidad física universitaria haya sido diezmada no le afecta. De hecho, es posible que pueda beneficiarle, puesto que todas esas plazas vacantes se habrán de cubrir tarde o temprano. Los físicos arios, Maier, van a poder escoger puesto de trabajo, se lo aseguro. Siempre que se comporten como se espera de ellos.

Carcajada y humo escaparon a borbotones de la boca de Gelb y se disiparon con rapidez en la atmósfera diáfana de un atardecer ya casi oscuro.

—Sin embargo, considérelo desde otro punto de vista —prosiguió, tras tomar aire—: por un lado, el régimen, receloso de las malas influencias que nuestros científicos puedan recibir en el extranjero, ya ha comenzado a restringir sus salidas. Por otro, los

científicos extranjeros, en protesta por lo que ellos consideran una pérdida de libertades en Alemania, anulan visitas a nuestro país, cancelan suscripciones a nuestras revistas y se dan de baja en nuestras sociedades científicas. Puede que aquí continúe haciéndose la mejor física, pero lleva camino de verse aislada.

—¡Pero eso es un disparate! —protesté—. El aislamiento va contra el ideal de la ciencia; contra su propia esencia, que requiere la libre difusión del conocimiento.

Las volutas de una última bocanada se perdieron más allá del halo luminoso de una farola eléctrica. Gelb esgrimió un atacador y, en silencio, como si rumiase mis palabras, rascó la carbonilla del interior de la cazoleta, terminó de limpiarla con un potente soplido y se guardó pipa y atacador en un bolsillo de la gabardina gris.

—No se engañe, doktor Maier —dijo al fin con un suspiro—: los ideales murieron en febrero, con el incendio del Reichstag.

Habíamos atravesado el Altes Rathaus, el antiguo ayuntamiento, bajo la arcada sur. Al salir a Markt Platz, el recuerdo de la abominable pira que redujo a cenizas el parlamento alemán y que propició que Hitler acusase a los comunistas de responsables del suceso y suspendiese las libertades civiles, me provocó un escalofrío. A nuestro alrededor, todo en la plaza transmitía una dominical normalidad: los puestos de venta permanecían cerrados, los paseantes disfrutaban su asueto cogidos del brazo, los cafés y las tabernas emitían un apagado bullicio. Todo estaba tranquilo, salvo mi interior.

—¿Qué desea de mí, *herr* Gelb? —pregunté.

Mi interlocutor asintió con la cabeza. Seguramente también él pensaba que era buen momento para dejarse de circunloquios.

—Se lo diré. Quiero que acompañe al profesor Heisenberg en su viaje a Bruselas. Que lo asista en la preparación de su charla y en cualquier otra cosa que pueda necesitar: billetes de tren, maletas, papeles, agenda… Lávele la ropa interior, si es necesario. Quiero que aproveche la ocasión para conocer y codearse con los mejores físicos del mundo. Un tercio de los que estarán presentes en el Solvay han

nacido en este siglo, así que no son mucho mayores que usted. Tómese unas cervezas con ellos, escúchelos, pregunte, aprenda; debata si es necesario. Y guarde registro mental de cuanto vea y oiga: conversaciones, opiniones, preferencias. Da igual que sean científicas, políticas, religiosas o culinarias; lo banal también me interesa. Y, por último, quiero que cada noche elabore un informe completo, que entregará a un enlace que se le revelará a su debido tiempo.

Plantado en medio de Markt Platz, escruté los ojos claros del hombre de la NG. Recordé mi primera impresión en el Riquet: el rostro ario de mirada glacial, el atuendo de inspector de la Kripo y, sobre todo, la invisible aura de nacionalsocialismo. Sin embargo, esto último en absoluto había traslucido en nuestra conversación, lo que me tenía confuso: ¿debía hacer caso a mi instinto o debía ignorarlo en favor de la sólida, cabal imagen que transmitía Gelb? Sentí un nuevo escalofrío, pero esta vez el Reichstag no tuvo nada que ver.

—En definitiva —me aventuré a resumir—: me pide usted que espíe a los participantes en el Solvay, incluido mi jefe, el profesor Heisenberg.

Nunca, a lo largo de la inopinada entrevista, el semblante de Gelb se había mostrado tan grave.

—A Heisenberg y al resto de los alemanes *en especial* —recalcó —, pero también a algunos extranjeros. Le proporcionaré una lista con los nombres de interés para nosotros. No malinterprete usted nuestras intenciones, por favor: la NG no quiere perjudicar a ninguno de ellos; solo busca retener el talento alemán y, en la medida de lo posible, atraer el extranjero.

Tras dejarme meditar un instante sobre sus palabras, sus labios se distendieron en un remedo de sonrisa.

—Quién sabe, doktor Maier —concluyó—; quizá su mayor contribución a la física de su país no se escriba en forma de ecuaciones y artículos científicos.

2



LUNES, 9

Lo que más me admiraba de Werner Heisenberg era que todo en él resultaba admirable. Profesor paciente. Trabajador incansable. Investigador perseverante. Todo eso era mi maestro y nada de ello era óbice para que su marcada jovialidad le granjease el afecto de cuantos lo trataban. Más allá de la física, si no sorprendía que su mente analítica le permitiera ser un gran jugador de ajedrez, quizá lo hiciera su habilidad con el *ping-pong*, su interés por la filosofía y su afición a la música, que cultivaba como virtuoso pianista. Y, por supuesto, su pasión por el aire libre, que satisfacía cada vez que tenía ocasión de escapar a la montaña con sus Neupfadfinder, la asociación de jóvenes exploradores a que pertenecía.

—Y bien, Maier, ¿qué le parecería acompañarme a Bruselas como ayudante?

Heisenberg lo dejó caer con el tono indiferente de quien comenta que amenaza lluvia. Me había dejado una nota en mi escritorio para que lo buscase con urgencia, y lo encontré en su apartamento, en el ático del Instituto de Física. No tuve que esforzarme en parecer sorprendido: había pasado más de una semana desde mi encuentro con Gelb; encuentro que, tras un par de días de intensa agitación, había sido desplazado por otras prioridades en mi cabeza. Carraspeé, buscando la mejor forma de expresarme.

—Entiendo que Weiss sustituirá a Bloch como su ayudante, *herr professor*. ¿Quiere que ocupe su lugar mientras se recupera del accidente?

El hervidor silbó. El profesor vertió el agua en una jarrita donde previamente había puesto dos cucharadas de té. Luego, sus ojos azul pálido se clavaron en mí. Su voz sonó sincera; confidencial, casi.

—Me gustaría pensar que Weiss volverá pronto —dijo con un suspiro, pasándose la mano por el abundante cabello rubio que brotaba desde el final de una frente muy despejada—, pero, la verdad, no sé si le conviene. Ya ve usted cómo están las cosas: los profesores judíos han perdido sus plazas en la universidad. Se habla de más de mil en toda Alemania. Y los físicos… ¡Qué desastre! —exclamó, meneando la cabeza—. Unos han abandonado Alemania; otros, los que se hallaban de vacaciones o conferenciando en el extranjero, han decidido no regresar. El Instituto de Física, Maier, ha quedado en una situación lamentable, caótica. Y todas esas vacantes han pasado a ser objeto de codicia para una pléyade de mediocres que correrán a inscribirse en el partido único, si es que no lo han hecho ya, con el único propósito de medrar a sus anchas. En estas circunstancias —refunfuñó—, ¿qué futuro pueden esperar los judíos, por brillantes que sean, como Weiss?

Hubo un silencio. Heisenberg sirvió el té. Yo paseé la mirada por la habitación de techos inclinados y sobria decoración en la que el brillo de un magnífico Blüthner de cola, único capricho visible de su inquilino, destacaba bajo la cenicienta luz otoñal. No pude dejar de fijarme en las fotografías enmarcadas de los Consejos Solvay de 1927 y 1930, a los que había asistido mi jefe. Una sensación extraña me invadió: en mi mano estaba conocer en breve a muchos de aquellos sabios rigurosamente encorbatados.

—Usted es amigo suyo, tengo entendido —dijo Heisenberg tras meditar unos instantes.

Su mirada amistosa no daba lugar a dobles interpretaciones.

—Hemos congeniado durante los últimos semestres, es cierto —admití.

—Entonces hable con él —sugirió—. Weiss es un físico brillante. Yo podría recomendarlo para un puesto en el extranjero, si él quiere. Pauli coordina en Zúrich una organización para acoger a científicos alemanes refugiados, a quienes busca vacantes en diferentes destinos; y Bohr hace algo parecido en Copenhague. Cuando estuve allí, precisamente, le llevé una lista de físicos despedidos confeccionada por Planck y Laue, para que viese si podía ayudarlos.

Me sorprendió la naturalidad con que Heisenberg me contaba aquello. Sabía, como todo el mundo en el departamento, que el profesor había decidido no acudir a la reunión de septiembre de la DPG, la Sociedad Alemana de Física, donde se le iba a hacer entrega de la medalla Max Planck[8]; y que, en su lugar, había asistido a una conferencia que Niels Bohr organizaba en Copenhague. Pero nunca habría imaginado que estuviese actuando como correo para Max von Laue, el presidente de la DPG a quien, en apariencia, había desplantado. Ahora se entendía, me dije, por qué mantenía últimamente tanta reunión en Berlín con Planck y Laue.

—Aunque tratándose de Weiss… —Desvió la mirada al techo, reflexivo, y luego vi cómo su rostro se iluminaba—. Quién sabe, quizá hasta pueda convencer a Bohr de que lo acepte en su equipo.

—Eso sería muy generoso por su parte —alabé—. Trabajar con el profesor Bohr es, con permiso de usted, la aspiración máxima para cualquier físico teórico.

—Sin permiso, Maier, por favor. —Desdeñó con un gesto de su mano y una sonrisa—. Bohr ha sido uno de mis maestros. Dudo que yo hubiese llegado a ningún sitio sin él.

Sabía que Heisenberg era sincero, porque su admiración y respeto por Niels Bohr se remontaban a sus veinte años, cuando acudió a unas conferencias que el danés iba a impartir en Gotinga. El encuentro, en una época en que el boicot de los vencedores de la Gran Guerra a la ciencia de los derrotados estaba en pleno apogeo, había levantado gran expectación entre los físicos alemanes, ávidos de escuchar la teoría atómica de Bohr de su propia voz. Allí el jovencísimo estudiante supo ganarse el interés del maestro, quien le

propuso dar un paseo para debatir en privado. Como solía contar Heisenberg cuando nos reunía en su apartamento alrededor del piano, su desarrollo científico propiamente dicho había comenzado con aquella caminata.

—Entonces, ¿verá a Weiss? —me insistió.

Dejé escapar un involuntario suspiro. La idea de visitar a Jakob me hacía evocar una mirada oscura, alegre a veces, a veces melancólica. Una mirada que solía dejarme una sensación agridulce por la extraña combinación de amabilidad y desconfianza que destilaba hacia mi persona: la de su hermana Rachel.

—Lo haré, por descontado —asentí de buena gana—; pero Copenhague… No sé si los Weiss podrán permitirse…

—Sí, ya lo había pensado —me atajó el profesor—. Pero no se preocupe: tanto Bohr como Pauli tienen acceso a generosos fondos. Déjeme escribirles. O mejor, hablaré con ellos directamente. Está previsto que acudan al Consejo Solvay, y, en ese caso, Maier, tendré el placer de presentárselos. Si es que se decide a venir —concluyó, para luego clavarme su mirada entusiasta—. ¿Qué me dice?

—Lo haré gustoso, *herr professor*. Pero… tengo una pregunta, si no le importa. —Me acaricié la barba recién recortada, suave como un parterre de césped—. ¿Por qué yo? Quiero decir… Usted tiene colaboradores más cualificados.

Werner Karl Heisenberg, el hombre que con tan solo veinticuatro años sentara las bases formales de la mecánica cuántica y que, tarde o temprano, habría de ser galardonado por ello con el Premio Nobel, a menos que la Real Academia de las Ciencias de Suecia cometiese una gran injusticia, se retrepó en su butaca y me dedicó una mirada cargada de curiosidad.

—¿Por qué no me dijo que pensaba solicitar una ayuda a la NG? —preguntó, en lugar de responder—. Sabe que yo habría informado a su favor.

Gelb, claro. Por si me quedaba alguna duda. Abatí la mirada, incómodo.

—Ya. Bueno, es que… usted está siempre tan ocupado… —

balbuceé—. No he querido molestarlo con mis cosas.

—Tonterías —rechazó él—. Usted es un alumno brillante, excepcional. Tanto como lo fueron Bloch, Peierls o el mismo Weiss. El problema de usted, Maier, es que se subestima.

—Bueno, es que mi currículum…

—Su currículum es magnífico, incluyendo su brillante nota en el examen de doctorado. ¿Sabe usted cuál fue la mía?

Heisenberg me dedicó una mirada irónica, que no acerté a descifrar.

—*Summa cum laude*, imagino —aventuré encogiendo los hombros. Qué otra cosa podría ser.

—Pues se equivoca. Fue excelente, en efecto, en lo relacionado con la teoría y con el trabajo de investigación, pero *herr* Wien me obsequió con un rotundo suspenso en las pruebas experimentales. Al final, con gran benevolencia por parte del tribunal, aprobé con un mísero *cum laude*[9] aquí donde me ve.

—Vaya. —Silbé, sin acabar de creérmelo—. No lo sabía.

—Aquello me produjo una gran humillación —confesó—; pero tuve que aceptarlo porque, entre otras cosas, Wien tenía razón: ni la física experimental me interesaba ni me tomé el menor interés en las pruebas. Usted, en cambio, será bueno en lo que se proponga, ya sea la teoría o la experimentación.

—Gracias, *herr professor*. Procuraré no defraudarlo.

—Ni se le ocurra hacerlo. —Sonrió, admonitorio—. En fin, como le decía, la NG me ha pedido mi opinión sobre usted. Parecen predispuestos a darle una ayuda de investigación, a condición, claro, de que antes consiga la *venia legendi*. Supongo que ello es, de paso, una forma de evitar que se vaya al extranjero.

Asentí con la cabeza, incómodo por ocultar la verdad a quien tanta confianza me demostraba. Quizá, me dije, debería sincerarme.

—Será un honor acompañarlo a Bruselas, *herr professor* —afirmé, en cambio, y me dispuse a marcharme, incapaz de prolongar la conversación—. ¿Cuándo partimos?

Se levantó él, a su vez, para echar mano a su gastado maletín de

cuero, del que extrajo un calendario.

—El Consejo se inaugura el día 22, domingo. Estaría bien salir el jueves 19 —calculó—. Así tendremos la tarde del viernes y el sábado entero, al menos, para acomodarnos y dar los últimos retoques a la ponencia. Y para tomarnos unas buenas cervezas antes de que la cosa se ponga seria —añadió, de buen humor. Luego sacó del maletín un *dossier* de cartulina beis—. Por cierto, aquí tiene el borrador. Échele un vistazo y… No, qué digo; léalo con atención —recalcó—, y transmítame cualquier idea, cualquier sugerencia, cualquier cosa que le llame la atención, aunque sea una coma mal puesta. Vamos a tener un público exigente —sonrió—, como puede imaginar.

»Pero no se vaya todavía, por favor —me rogó, devolviendo el maletín a su sitio y levantando la tapa del piano—. Estoy practicando a Schumann. ¿Le gustaría escucharlo?



No habían pasado cuatro horas de mi entrevista con Heisenberg cuando, tras la pausa del almuerzo, me crucé con Hugo Reetz en un pasillo del Instituto.

—Enhorabuena, Matt. —Me sonrió—. Me he enterado de que acompañas a Heisenberg al Solvay.

—Gracias —respondí extrañado—, ¿pero cómo…? ¿Te lo ha dicho él?

Hugo me guiñó un ojo.

—Estaba en la secretaría cuando Grete ha telefoneado a la agencia de viajes para hacer vuestras reservas. No sabes cómo te envidio: conocerás a madame Curie, a Rutherford, Langevin, Bohr… Y he leído que se ha invitado al profesor Piccard —añadió con un deje de admiración.

Hugo y yo nos llevábamos bien. Teníamos la misma edad y nos conocíamos desde mi primer semestre en la Facultad de Física, que para él era su segundo. Tras obtener su doctorado con cierto

retraso, trabajaba como físico experimental en la división de Radio, ahora objeto de luchas intestinas porque su jefe, Erich Marx, había sido despedido en septiembre por hebreo. No se me escapó el detalle de que Hugo no había mencionado entre sus referentes a ningún hijo de Israel. Aunque formaba parte de la Studentenbund[10], la Liga Nazi de Estudiantes, confiaba en que se hubiese apuntado más por conveniencia que por convencimiento. Decidí pincharle un poco.

—Sí. La pena es que Einstein no asistirá —me lamenté—. A él sí que me habría gustado conocerlo.

Hugo elevó los ojos al techo.

—Einstein, Einstein… Bah. Einstein está sobrevalorado, si quieres mi opinión. Toda esa física suya, tan teórica, tan alejada de la realidad y del sentido común… Y además es artificiosa: no está basada en la observación, sino que especula con enrevesadas construcciones matemáticas desarrolladas *ad hoc* para justificar sus propios fines.

—Si te refieres a la relatividad, te recuerdo que ha sido sobradamente demostrada —puntualicé.

—*Discutiblemente* demostrada, diría yo. Te recuerdo que tanto las mediciones del perihelio de Mercurio[11] como las observaciones del eclipse del 19[12] han sido puestas en duda por nuestros físicos experimentales más prestigiosos.

—Casi todos ellos, ¡qué casualidad!, enemigos acérrimos de Einstein —dije sardónico.

—¡Bah! —Desdeñó él de nuevo—. Eso es porque Einstein es proclive a crearse enemigos. No olvides que es un renegado: renunció a la nacionalidad alemana para ahorrarse el servicio militar; rechazó la Guerra del 14 con arteros argumentos antinacionalistas; se opone al orden y al progreso que intenta instaurar Hitler; y se ha dedicado, en cambio, a recorrer el mundo como si fuera una estrella de cine, dándoselas de pacifista y de sionista cuando no es más que un apátrida y un antialemán. —La tez rubicunda de mi amigo se había ido encendiendo conforme hablaba—. Y ahora, en el colmo de

la desfachatez —continuó, haciendo que su voz irritada resonase de forma poco decorosa en el pasillo—, se dice que ha huido a los Estados Unidos haciéndose pasar por refugiado político, cuando lo único que lo atrae allí, como buen judío, es el dinero que le han ofrecido por desertar. Ese es el Einstein a quien tanto admiras, Matt —concluyó, los labios contraídos en un rictus cruel.

Suspiré, arrepentido de mi imprudencia. Y molesto, porque me disgustaba que Hugo hablase así de quien había revolucionado la física con su genial clarividencia; pero la experiencia me decía que era inútil discutir cuando la conversación pasaba de la física a los sentimientos: la razón palidecía, y si, además, afloraba el antisemitismo, entonces se desvanecía por completo. Me pregunté si la Studentenbund, el Partido Nazi y hasta el mismísimo Führer se conformarían con los despidos forzosos. Un oscuro, extraño desasosiego me ensombreció el ánimo.

Pero lo más preocupante para mí aún no había llegado: Hugo me retuvo por el brazo cuando, dejándolo por imposible, hice ademán de despedirme.

—Espera —dijo, suavizando gesto y tono—. Mañana por la tarde hay una asamblea. Te convendría asistir, Matt. Tu nombre ha salido a relucir últimamente: que no te hayas apuntado a la Liga está mal visto, por no hablar de que eres reacio a las consignas, no participas en las ceremonias oficiales y no asistes a los campos de formación. Friedrich, el jefe local, te tiene en el punto de mira, y no me extrañaría que recibieses un mensaje suyo.

Hugo me hablaba con aire confidencial, más preocupado que molesto por mi manifiesta desafección al partido.

—¿Te envía él, acaso? —pregunté frunciendo el ceño.

Ignoró él la pregunta, elevando los hombros.

—Sabe que somos amigos. Me ha preguntado por ti, y yo le he insistido en que a tu padre lo condecoraron como héroe de guerra y en que tú eres un buen alemán. Pero…

Desvió la mirada. Coloqué mi mano sobre la suya, todavía en mi antebrazo.

—Gracias, Hugo —dije, arrepentido de mi mordacidad.

—Pero todo eso no basta, Matt —concluyó él, bajando aún más la voz—. Si Friedrich decide enviarte un mensaje, no será tan amable: hará que tres o cuatro de sus esbirros te den un buen susto.

Tras despedirme de Hugo me apremié a mí mismo —esa tarde mejor que al día siguiente— a visitar a Jakob Weiss.

Y de paso, a Rachel.

3



—Hola, Rachel.

—Hola, Matthias.

—Vengo a ver a Jakob —dije, y como quiera que la hermana pequeña de mi compañero no hizo ademán de franquearme el paso, me vi obligado a matizar—. Si se encuentra con ganas de visita, claro está.

El lado desconfiado de su mirada me escrutó durante un instante, antes de que el amable decidiese dejarme entrar.

—Le diré que has venido —concedió, cogiéndome el sombrero para colocarlo en la balda superior del perchero—. Está en su cuarto, reposando, porque ha pasado un día bastante molesto.

Su figura menuda me precedió hasta la salita de recibir. Percibí, o creí hacerlo, un sutil aroma a lavanda, e imaginé que lo desprendía la nuca tersa, visible bajo el rodete que recogía una trenza de lustroso cabello negro.

Pulido parqué de roble. Canapé de cretona estampada. Severos retratos de los abuelos. La salita podría muy bien ser la de mi propia casa en Meissen de no ser por el curioso artefacto que la presidía. Se trataba de una especie de ánfora apoyada sobre un pedestal sobre la que descansaba, a su vez, un recipiente con tapa, todo ello fabricado en cerámica decorada con vistosos motivos de inspiración *art déco*. Un filtro, según me explicara Jakob en mi primera visita, que su padre se había hecho traer de España para obtener el agua mineralizada que convenía a su delicado aparato digestivo, del que

recientemente le habían extraído la vesícula biliar.

—¿Cómo están tus padres? —me interesé, por cortesía y porque no quería perderla de vista tan pronto, antes de que Rachel fuese en busca de su hermano.

La maniobra funcionó, porque ella se sentó en un extremo del canapé y me señaló el otro con la mirada.

—Mi padre es un cabezota —respondió con gesto severo—. Todavía no se ha repuesto de la operación, pero no se permite el reposo. Pasa más horas que nunca en la farmacia a pesar de que el negocio va de mal en peor desde lo de abril. Hay gente del barrio que ya no entra, ¿sabes?… Prefieren acudir a otras farmacias, aunque estén más lejos, por miedo o por mala fe. —Hizo una pausa para inspirar hondo, y la gravedad dio paso a un mohín triste que se me clavó como alfiler en el pecho—. Si lo vieses, Matt… En seis meses ha envejecido seis años.

Entendí a qué se refería. Envalentonados por su éxito en culpar a los comunistas del incendio del Reichstag, y como aperitivo a la aprobación de sus primeras leyes antisemitas, los nazis habían decretado a primeros de abril un boicot a los comercios hebreos. Siguiendo la mejor tradición del partido, las odiosas SS, las tropas paramilitares de Hitler, se lanzaron a la calle para forzar el cierre de negocios y despachos. En Leipzig, donde se habían vuelto especialmente agresivas por ser una ciudad de mayoría socialista y comunista, la acción fue muy violenta. Ni siquiera la universidad fue inmune: los camisas pardas entraron a saco, expulsando por la fuerza a los judíos de aulas, laboratorios y bibliotecas.

Yo era consciente de cuánto daño había hecho a los Weiss el desdichado boicot de abril a los judíos; no solo por los desperfectos registrados en la farmacia, sino por la frustración que les produjo la baja calidad moral de muchos convecinos, que tendían a verlos más como culpables que como víctimas. Y si traté de recordar al Simon Weiss animoso que había conocido la primera vez que Jakob me invitó a comer a su casa, me vino a la cabeza el hombre taciturno y desmejorado, venido a menos según mis cábalas, del café Riquet.

—Y en cuanto a mi madre —concluyó Rachel—, no recuerdo cuándo la vi sonreír por última vez.

Su suspiro fue casi un sollozo. Sus ojos, de un color marrón oscuro, casi negro, no me parecieron menos bonitos que cuando reía.

—Y tú, ¿cómo estás?

La pregunta era oportuna, porque Rachel sabía que yo sabía que ella atravesaba una mala temporada.

—Harta —confesó, con la rotundidad de quien no se resigna a su suerte—. Cansada, aburrida y harta de no hacer nada.

Lo decía porque, tras promulgar la ley que limpiaría de funcionarios judíos la Administración, los nazis la tomaron con la educación. Las consecuencias de la Überfullung[13], la Ley contra la Saturación de las Universidades, habían resultado funestas para ella: quizá por estar de algún modo en el punto de mira —se resistió lo poco que pudo a ser desalojada durante el boicot—, o por el mero hecho de ser mujer, o por la combinación de ambas cosas, Rachel, recién ingresada en el Instituto de Farmacología, formó parte de la lista de los excluidos para el semestre de otoño por *überfüllung* de hebreos.

Desde entonces estudiaba por su cuenta los viejos libros de su padre con la esperanza de que la cosa cambiase. De que los nazis depusieran su actitud antijudía o de que el pueblo recuperase la cordura, los descabalgase del poder y restableciese la normalidad. De que la Universidad, en fin, la readmitiese.

—No es cierto que no hagas nada, entonces —la animé—. Al menos, no te has dado por vencida.

Ella ladeó la cabeza, ofreciéndome la virginal curva de su nuca.

—No, pero sin profesores, sin laboratorios… Y los textos de mi padre están anticuados. Por mucho que practique en la farmacia, la diferencia es abismal. ¿Y sabes qué es lo que más me duele? —Añadió, haciendo que su tersa frente se arrugase—. Ninguno de mis compañeros se ha interesado por mí. Ninguno se ha tomado la molestia de visitarme o de ofrecerme su ayuda; ni siquiera los judíos

que todavía siguen en el curso.

—Vaya —fue lo único que acerté a decir.

Rachel se levantó de improviso, la desolación pintada en el rostro. Dio unos pasos por la estancia sin rumbo fijo, hasta apoyar una mano sobre la vasija del filtro —«Sinaí. Fuente de salud», rezaba en español el rótulo impreso sobre el depósito superior—. Deslizó los dedos por la brillante cerámica, siguiendo el sinuoso contorno del ánfora. Se volvió a sentar, esta vez más cerca de mí, sin que yo hubiese encontrado las palabras que buscaba.

—Es que tengo miedo de salir a la calle, Matt —confesó, la voz quebrada—. Cada vez pululan más bandas de fanáticos con sus uniformes paramilitares, sus banderas y sus esvásticas, siempre buscando gresca con todo el que no les sigue la corriente. Importunándonos a los judíos, sobre todo; maltratándonos impunemente. ¿Sabías que el tipo que arrolló a Jakob con su motocicleta ni siquiera se paró a socorrerlo, el muy bastardo?

—¡Qué cerdo!

—Sí.

Por Jakob sabía que su hermana era mujer de carácter, y me impresionó que incluso ella se sintiese amedrentada. Pero, aunque apreciaba que me confiase sus cuitas, no tenía claro cómo hacer para animarla. Aun así, lo intenté.

—Sé que es difícil —dije—, pero debes ser fuerte. Todo esto cambiará tarde o temprano, Rachel. Los nazis no durarán.

Un destello en sus pupilas me hizo pensar que la intentona había resultado.

—¿Eso crees? —Pero la esperanza se nubló enseguida—. No sé, Matt… Ojalá Dios te oiga.

Guardamos un silencio introspectivo, hasta que recordé el principal motivo de mi visita.

—Traigo buenas noticias para tu hermano —anuncié—, si te sirve de consuelo.

—Es verdad —sonrió ella, pestañeando—, nos habíamos olvidado de él. Espera un segundo; le diré que has venido. —Se levantó como

impulsada por un resorte, quizá para disimular el toque de arrebol que iluminó sus mejillas—. Por cierto, ¿sabes que estás más guapo con la barba recortada?



Alegraba la alcoba un rayo anaranjado del primer sol que se dejaba ver en días. La inconfundible cabecera en tipografía gótica del *Leipziger Neueste Nachrichten*, doblado por la mitad sobre la colcha, fue lo primero que me saltó a la vista. Su arrugado aspecto sugería que había sido profusamente manoseado. Tratándose de un diario conservador, la idea no acababa de encajar con mi amigo, a menos que se tomase como una medida de su aburrimiento.

—Veo que sigues fiel al *Leipziger* —bromeé a modo de saludo.

Reclinado sobre un gran cojín, el esfuerzo por incorporarse le costó a Jakob un rictus de dolor.

—Lo seré mientras se mantenga contrario al Partido Nazi —gruñó, siguiéndome la corriente—. Que no sé si será por mucho tiempo, tal como están las cosas.

—Y tú, ¿cómo estás, amigo?

—Ahora, mejor —suspiró—. He pasado una noche horrible, pero el calmante ha hecho efecto. Cortesía de Apotheke Weiss, ya sabes —añadió, queriendo esbozar una sonrisa—. A tu servicio.

Despejé una silla cargada de libros, que fueron a parar sobre la cómoda, y la acerqué a la cama. Además de por su luz natural, envidiaba el cuarto de Jakob por la profusa colección de banderines de ciudades que lo decoraba, y por su colección de trofeos de atletismo, de la que mis dos o tres medallas de carrera pedestre de la época del *gymnasium* eran una triste sombra.

—Lo tendré en cuenta cuando me atropelle una motocicleta —dije con una sonrisa—. Ánimo, que dentro de poco podrás volver al trabajo.

—No creas que me apetece —refunfuñó—. Allí me siento como un apestado. Toda esa gentuza de la Liga Nazi de Estudiantes, que

ahora resulta que tiene más poder que nadie en la Universidad, no puede vernos a los hebreos. Ya ves cómo han tratado a Rachel; y casi es mejor que ella no vaya a clase. Cualquier día habrá problemas serios, te lo digo yo.

—Todo se arreglará. Esta situación no puede durar.

—Pues mientras tanto, el Instituto de Física ha perdido a varios profesores. Si a ellos los tratan así, ¿qué podemos esperar los aspirantes, dime?

Los judíos, nada, me callé. Y me dije que vendría bien una buena noticia.

—Tienes razón. Precisamente por eso vengo a verte. —Hice una pausa teatral, dejando que mi amigo me escrutase con los ojos entornados—. Heisenberg quiere ayudarte, Jakob; está dispuesto a conseguirte un trabajo en el extranjero.

—Pero no puedo marcharme —protestó—. Aquí está mi familia…, y también mis amigos.

—*Aquí* no vas a encontrar trabajo. Y menos como físico. Piensa en tu carrera: ¡podrías colaborar con el mismísimo Niels Bohr!

Alzó una ceja, escéptico.

—¿Eso ha dicho Heisenberg?

—Lo va a intentar, al menos. Y sabes que puedes confiar en él: está haciendo una gran labor por los despedidos, ya sean de Leipzig o de otras universidades.

Calló mi amigo. La momentánea ausencia de su mirada me indicó que ponderaba pros y contras; que contraponía inconvenientes ciertos a beneficios posibles.

—Quizá tengas razón —dijo al fin con un suspiro. Luego señaló el arrugado periódico—. Aquí no hay más que algaradas, desvaríos y abusos. Dices que todo se arreglará. —Sonrió, irónico—… ¡Pues espero que sea antes de que los hebreos muramos de inanición!

Inanición. La palabra me ensombreció el espíritu, coincidiendo con el instante en que el rayo de sol se desvanecía con la puesta. Agité la cabeza para ahuyentar la imagen de una Rachel famélica, con las cuencas hundidas alrededor de sus ojos marrones, casi

negros, que me miraban con triste dulzura.

—Yo… Hum. —Tragué saliva—. Siento que las cosas estén así. De veras.

—¿Por qué dices eso? —Jakob hizo un gesto exculpatorio—. Tú no tienes nada que ver, Matt. Es cosa de esas bestias pardas, los nazis.

No la tenía, lo sabía; pero entonces…, ¿por qué, a veces…? No pude, ni quise, reprimir una repentina necesidad de sincerarme. Inspiré hondo antes de hablar.

—Sin embargo, Jakob, a veces tengo la impresión de que tú…, de que Rachel… —Carraspeé—. De que desconfiáis de mí.

—No digas eso —protestó mi amigo—. Nadie desconfía de ti en esta casa. Pero tienes que comprender que… Bueno, entiende que no eres del todo como nosotros.

—¡Pero tampoco soy uno de ellos! No me apunté nunca a las Juventudes Hitlerianas, ni pertenezco a la Liga ni…

Levantó las palmas de las manos, contemporizador.

—Lo sé, lo sé. Cálmate; no quería decir eso. Lo que ocurre es que vosotros, los arios que no comulgáis con los nazis, calláis. Mira a nuestros profesores: ni siquiera Heisenberg, que tanto hace por los despedidos, levanta la voz. ¿Por qué no dimite?… Con su prestigio no le faltaría trabajo en el extranjero.

Encogí los hombros. Creía entender la postura de Heisenberg, pero ¿cómo saber si era la más adecuada?

—Si dimitiese no podría ayudar desde dentro. Y supongo que tampoco quiere irse —conjeturé—. Está convencido de que su deber está en Alemania, defendiendo a la ciencia y a los científicos desde su puesto. De hecho, es lo que hace, ¿no? Y no es cierto que no haya reacciones —añadí—: ha habido muchas protestas.

—Pero débiles —puntualizó Jakob—, y se han apagado enseguida. La gente prefiere pensar que no hay que dar importancia a los desafueros nazis, que las cosas volverán a su cauce tarde o temprano. Tú mismo lo has dicho antes. Pero Matt, quizá *tarde* no sirva. Quizá *tarde* sea *demasiado tarde*.

Me sucede a menudo: cuando alguien tiene una opinión formada sobre un tema y la expresa con vehemencia, tiendo a adoptar una postura crítica. A detectar sombras, o a buscar matices. Pero lo mismo ocurre si otra persona defiende la opinión contraria. Supongo que el lado científico de mi mente persigue un equilibrio estable.

Temí que a mi amigo no fuesen a gustarle mis palabras, aunque, puesto que había decidido ser sincero…

—No sé, Jakob. —Meneé la cabeza con anticipada tristeza—. Creo que los nazis tienen buenas intenciones, en general. Tras la ineptitud de socialdemócratas y centristas para hacer frente a la Gran Depresión, que den estabilidad al país es bueno; que quieran engrandecer Alemania, devolverle su puesto en Europa y en el mundo, es bueno; y que hagan frente al comunismo es bueno. ¿Te imaginas a los bolcheviques en el poder?… ¿Te imaginas que hicieran en nuestro país las mismas atrocidades que en Rusia? —Hice una mueca de repugnancia—. Cualquier cosa es mejor que eso, creo yo. Pero cuando te enfrentas a una tarea tan colosal, como pretende Hitler, es normal que cometas errores. Y con los hebreos se le ha ido la mano.

—¿La mano? —Jakob se envaró, irritado—… ¡Se le ha ido la cabeza, por Dios!

—Cierto. Y por eso mismo creo que su actitud no durará. La cruda realidad lo sacará de su error: los judíos tenéis un papel importante en la sociedad. La ciencia alemana, sin ir más lejos, no puede permitirse prescindir de la cuarta parte de sus físicos.

Mi amigo emitió un débil quejido cuando adoptó una postura más relajada.

—No sé la ciencia —rezongó—, pero me da que Hitler sí puede.

La habitación se oscurecía, como nuestro buen humor del principio. Permanecimos en silencio. Jakob, con la mirada fija en el techo, puede que tratando de adivinar cómo sería su incierto porvenir; yo, dando vueltas a una idea que se me había ocurrido antes, cuando, en mi imaginación, los ojos de Rachel me miraban con tristeza.

—Si consigues trabajo en Copenhague deberías llevar a tu hermana contigo —sugerí—. Allí podrá continuar estudiando sin trabas y, sobre todo, estará más segura.

Si a Jakob le gustó o no la idea, no llegué a saberlo. Se limitó a devolverme una mirada desesperanzada.

—Seamos realistas, Matt —dijo—: nunca obtendremos permiso para ir a Copenhague. Ya sabes que es necesario un visado para viajar fuera, y a unos judíos no nos lo darán.

—Ya he pensado en ello, e incluso lo he hablado con Heisenberg. De momento, reconozco que el plan hace aguas por ese flanco. Por cierto —añadí, porque el comentario de mi amigo me había recordado algo que no quería pasar por alto—, el accidente de moto… ¿Viste al hombre que te atropelló?

Jakob hizo un ademán vago con la mano.

—No mucho. Llovía y el paraguas me tapaba la visión. No lo sentí venir hasta que lo tuve encima. El tipo llevaba gafas de motorista y casco de cuero, creo. Y una gabardina gris. ¿Por qué lo preguntas?

Gris. Me pregunté si el accidente había sido casual.

—Oh, por nada —quité importancia—. Es que me gustaría echarme al fulano a la cara algún día.

Jakob me miró escéptico.

—No te lo deseo: era alto y corpulento —dijo, soltando una carcajada que le provocó una punzada en el pecho—. ¡Ay!

Sonreí también, pero no porque mi amigo me pareciese cómico, sino porque se me había ocurrido una idea. Ojalá que funcionase, pues la apuesta iba a ser arriesgada.

—No te preocupes por los visados —concluí—. Ya se nos ocurrirá algo.

4



VIERNES, 13

Maleta en mano, los que partían se apresuraban en busca de su andén. Los que llegaban lo hacían en dirección opuesta, en busca del taxi o del tranvía que los llevaría a su destino final. Eran numerosos también los que no se apresuraban y se limitaban a fumar, leer la prensa o conversar apaciblemente a la espera de su transbordo o de quienes llegaban. Por último, estábamos los que no partíamos, ni llegábamos ni esperábamos. En el caso concreto de mi acompañante y yo, nos limitábamos a deambular mientras manteníamos, para cualquiera que pudiera observarnos, una trivial conversación.

—Aquí tiene. —Gelb extrajo una cuartilla del abultado sobre que traía consigo—. Es una lista de los asistentes al Solvay. El sobre contiene los dosieres de los que más nos interesan. Se los he marcado a lápiz en la lista: en rojo, los alemanes y los que trabajan en universidades alemanas. Peierls no cuenta; siendo judío, es impensable que se plantee regresar de Cambridge, donde disfruta de una beca Rockefeller. Schrödinger solicitó este verano por carta un permiso de estudios para conferenciar en Gran Bretaña, comunicando que no daría sus clases el semestre de otoño. Nos tememos que pueda quedarse allí. En cuanto a los otros, Bothe, Debye, Meitner y su querido Heisenberg, cualquiera de ellos podría estar planteándose ahora mismo seguir sus pasos. Incluso puede que alguno aproveche el viaje a Bruselas para hacerlo.

Siempre pegado a su pipa, el hombre de la NG volvía a confundirme: sus maneras corteses, amigables, desdecían la gris frialdad de su mirada, y su voz tranquila, casi afable, no era la que uno le pondría a un agente de la Kripo o de la Gestapo.

—Heisenberg no, se lo aseguro. —Meneé la cabeza—. Y por lo que sé de Debye, tampoco creo que lo haga. Al menos, de momento.

—Esperemos que así sea. Los vigilará de cerca a todos ellos, en cualquier caso. En cuanto a los marcados en azul, son gente que nos gustaría atraer a Alemania.

—Dirac, Paul —leí—; Fermi, Enrico; Mott, Nevill Francis…

Absorto en reconocer los nombres de la lista, un silbido seguido de una imprecación me hizo saltar a un lado para esquivar a un hombre que, sudoroso, empujaba un carrito hasta arriba de equipaje. Lo seguían una señora con un bebé en brazos y otros tres niños con idénticos abrigos de paño marrón en decreciente tallaje. En pos, leí en sus caras, de un emocionante fin de semana.

Todos ellos —los físicos, no los niños— destacaban por sus aportaciones a la física moderna. Abrumaba pensar que me los encontraría cara a cara en breve.

—Perrin, Francis —continué—; Walton, Ernest; Cosyns, Max. —Arqueé una ceja—. ¿Max Cosyns no es…?

Gelb asintió con la cabeza.

—El hombre que acompañó al profesor Piccard hace un año, en efecto, en la ascensión que batió el récord absoluto de altitud. Además de físico, Cosyns es un notable espeleólogo y aventurero. Un espíritu intrépido, cosa poco frecuente entre los hombres de ciencia.

Me mordí los labios para no enumerar los incontables hombres de ciencia intrépidos que me venían a la cabeza. Pero no era plan de entablar un debate sobre, por ejemplo, las expediciones científicas de la Ilustración.

—Veo que no ha marcado usted a Wolfgang Pauli —observé, en cambio—. Ha desarrollado gran parte de su carrera en Alemania,

aunque ahora se halle en Zúrich.

—Pauli tiene abuelos hebreos —se limitó a decir Gelb.

—Ya. —Volví a repasar la lista. Había una marca más: la del soviético George Gamow, del Instituto Físico-Matemático de la Universidad de Leningrado—. ¿Y por qué, según usted, querría alguno de estos hombres trabajar en Alemania? Ya lo hacen en reconocidas universidades y laboratorios europeos.

—Porque todos ellos rondan la treintena. Son profesores jóvenes que en sus respectivos países habrán de esperar años hasta que queden vacantes cátedras y puestos de responsabilidad, mientras que aquí podrían desarrollar una carrera rápida. Tenga en cuenta que el despido de los judíos ha dejado disponibles muchas plazas en nuestras universidades; plazas que nos interesa cubrir, en la medida de lo posible, con científicos de calidad. —Gelb señaló la lista con la boquilla de su pipa—. Y estos son los mejores, hoy por hoy. Cualquiera de ellos podría ganar un Nobel en el futuro. Así que sondéelos, Maier; con tacto, con discreción. Si detecta usted en alguno de ellos la más leve predisposición a venir a Alemania, trataremos de aprovecharla.

En un rincón, un limpiabotas frotaba con obstinación el zapato derecho de su cliente, protegiendo el calcetín con viejos naipes intercalados. Habíamos llegado al extremo de la vasta nave que daba acceso a los andenes. Surgida de la reunificación de tres estaciones casi contiguas, y convertida en una de las mayores del mundo por tráfico y superficie, Leipzig Hauptbahnhof era un nudo ferroviario de capital importancia para las comunicaciones alemanas. Y el megalómano edificio que la albergaba, un orgullo para los leipsienses. Desde donde nos hallábamos, el gran cielo abovedado de acero y cristal, donde repiqueteaba gris e insidiosa la lluvia, se perdía en la lejanía. Y bajo el mismo, de extremo a extremo, la muchedumbre asemejaba una colonia de afanosas hormigas que viajaran solas, en grupo o en pareja.

—Lamentablemente —comentó Gelb, que esa tarde parecía de buen humor—, no tendrá ocasión de conocer a Einstein. Aunque es

miembro del Comité científico del Consejo, ha excusado su asistencia.

Dimos media vuelta, dispuestos a recorrer la nave en sentido contrario. Nos cruzamos en silencio con un caballero de gesto grave que rodeaba con el brazo los hombros de una joven muy maquillada a quien triplicaba la edad; con dos tortolitos cogidos del brazo que intercambiaban arrobadas miradas de recién casados; con un viajante de semblante cansino, fácil de reconocer por la pesada maleta de muestras y la más pequeña para las mudas y el neceser; y con un grupo de jóvenes militares de reemplazo que, a la vista de sus expresiones risueñas, comenzaban un anhelado permiso. En ese momento, más que hablar de Einstein, lo que me interesaba era que mi interlocutor escuchara lo que iba a decirle y lo entendiese sin sombra de duda. Antes de hablar esperé a que se alejase una cuadrilla de operarios cargados con voluminosos cofres de herramientas y enfundados en grasientos buzos azules, visibles bajo los toscos chaquetones de viaje.

—Entonces… —Carraspeé para aclararme la garganta—. Lo de la ayuda que supuestamente he solicitado, la que usted transmitió a Heisenberg…

Gelb hizo un ademán tranquilizador. También a él debía de parecerle natural que se hablase de las contrapartidas.

—En cuanto consiga la *venia legendi* se le asignarán fondos de investigación para tres años y una plaza de profesor en la universidad que usted elija. Ahora mismo es fácil —sonrió, jocoso—: hay vacantes en todas.

—Veo que da usted por sentada mi colaboración, *herr* Gelb; pero todavía no ha oído mis condiciones.

Tal como me temía, la sonrisa afable se torció en avinagrado gesto.

—Me sorprende, Maier. Creía que, a estas alturas, la cosa estaba hecha.

—Y lo está, en principio —concedí—; pero hay una condición previa.

Alzó él una ceja rubia.

—No está la cosa para condiciones, joven. Le recuerdo que se juega usted la carrera.

Por si no bastase con el condescendiente «joven», lo de jugarse la carrera sonó, más que a recordatorio, a amenaza. Pero yo no había pasado la noche en vela decidiéndome para echarme atrás ahora, en el último minuto.

—Esta es sencilla —suavicé, por si acaso—. A usted no le costará gran cosa, y para mí es muy importante.

—Le escucho —gruñó él.

—Se trata de Jakob Weiss. Ya sabe que, de no haberlo atropellado una motocicleta, sería él quien acompañase a Heisenberg a Bruselas.

Gelb desvió la mirada, como si le incomodase el tema.

—Mala suerte —sentenció.

—Para él, sí; pero buena para mí. Y para usted, porque puede contar con mi ayuda; mientras que Weiss, siendo judío…

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Quiero compensarle. Aquí, en Alemania, la física se ha acabado para él. Consígale un visado para Dinamarca.

—¿Un visado? —Gelb me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué cree que tal cosa está en mi mano?

Me encogí de hombros.

—El accidente de Weiss… No creo en las casualidades, *herr* Gelb. —Lo dejé ahí, porque creí que se me había entendido bien—. Y si ha influido usted en Heisenberg para que me lleve como ayudante, no veo por qué no ha de convencer a quien corresponda para conseguir los dichosos visados.

—¿Los visados? —me espetó él, juntando las cejas—… ¿Ahora son más de uno?

Puse cara de póquer, como si para mí se tratase de una obligación ineludible.

—Weiss tiene una hermana de diecinueve años. La han expulsado de la Universidad por judía.

Callé para darle tiempo a asimilar la cuestión. Calló él, el semblante calculador. Como si le ayudase a pensar, dio comienzo al ritual de vaciar y cargar su pipa. Nos paramos para dar paso a un nutrido grupo de jóvenes uniformados cargados de mochilas, sacos de dormir, banderines e insignias con la cruz gamada, con todas las trazas de disponerse a pasar el fin de semana en algún albergue de montaña.

—¿Cómo se llama? —preguntó al fin—. La hermana.

—Rachel.

Desaprobó con una negativa silenciosa.

—Rachel, Jakob… Ya sabe cómo están las cosas, Maier. En el supuesto de que yo pudiese hacer algo, y fíjese que digo «en el supuesto», con esos nombres resultaría imposible.

Maldecí para mis adentros. ¿Por qué los judíos eran tan limitados a la hora de poner nombres a sus hijos? Gelb tenía razón; y yo, ingenuo de mí, no había previsto tal inconveniente. Pero no era cuestión de amilanarme tras haber llegado hasta ahí.

—Pues cámbieselos —improvisé a la desesperada—. Consígales unos pasaportes nuevos.

Calló él de nuevo, absorto en encender su pipa y en valorar, supuse, costes y ganancias de la operación. Pero yo estaba seguro de haber ganado la partida, porque ¿qué significaban dos judíos desahuciados frente a la posibilidad de atraer a las filas de la ciencia alemana a algún referente de la física moderna?

—Veré lo que puedo hacer —concedió al fin, suspiro de por medio—. Le telegrafiaré esta semana, antes de su partida.

—No se arrepentirá, *herr* Gelb —prometí—. Le haré unos informes inmejorables.

—Más le vale, Maier, más le vale. Porque en caso contrario desarrollará el resto de su carrera como físico teórico en Meissen, en la escuela de su madre.

Sonó terrible, pero comprendí que era una pose cuando vi que, cual negociador que cree haber alcanzado un buen acuerdo, el hombre de la NG recuperaba el talante amable. Como si la naturaleza

quisiera contribuir a aliviar la tensión, el repiqueteo de la lluvia había cesado y los sonidos se oían más diáfanos en el ajetreado vestíbulo.

—¿En qué hotel se alojarán? —Quiso saber Gelb.

—En uno llamado Métropole, creo.

—¡Caramba con el Instituto Solvay! No se anda con estrecheces con sus invitados: el Métropole tiene fama de ser el mejor hotel de Bruselas. Bien, Maier, pues allí encontrará al enlace a quien deberá entregar los informes. Sea exhaustivo, pero no por ello deje de dormir. —Me dedicó una risita sarcástica—. ¡Lo quiero bien despierto cuando esté con sus colegas!

—Pero ¿cómo reconoceré al enlace?

—Oh, no tiene de qué preocuparse. Él lo reconocerá a usted.

El arquetipo ario de sombrero y gabardina gris, mirada clara y eterna pipa calada en los labios; el hombre con quien acababa de cerrar un trato que, esperaba él, redundaría en mayor gloria de la física alemana, y, esperaba yo, en un espaldarazo a mi carrera, me tendió la mano en señal de despedida.

—No lleve los dosieres a la universidad. Estúdielos en su casa y destrúyalos antes de partir. No queremos que nadie pueda verlos y pensar cosas extrañas, ¿verdad? —dijo, guiñándome un ojo—. Y ahora, si me lo permite, debo coger el próximo tren a Berlín. Adiós, doktor Maier.

Lo vi alejarse por la inmensa nave en dirección a su andén. Por enésima vez desde que apareciese en mi vida en el café Riquet, me pregunté qué inconfesable interés podía moverlo a ocultar su verdadero nombre. El instinto, la intuición o, simplemente, la inevitable desconfianza que invadía las vidas de todos los alemanes en aquellos tiempos revueltos, la mía incluida, me hacía dudar de que me hubiese contado toda la verdad.

LEIPZIG-BRUSELAS

5



Heisenberg, Werner Karl
Nacido el 5 de diciembre de 1901. Wurzburgo
Nacionalidad: alemana
Estado civil: soltero

Doctor en Física por la U. Múnich
Ayudante de Max Born. U. Gotinga
Ayudante de Niels Bohr. U. Copenhague
Act. catedrático de Física Teórica. U. Leipzig

Distinciones:
Miembro de la Academia Sajona de Ciencias

Investigaciones más relevantes:
Su primer trabajo destacable consistió, en su época de estudiante en Múnich con Sommerfeld, en un controvertido modelo cuántico que, si bien no los justificaba, sí acertaba en predecir los espectros para átomos con varios electrones allí donde el modelo de Bohr fallaba…

Pese a su relativa juventud, el *dossier* de Heisenberg era de los más extensos. Para cuando embarqué rumbo a Bruselas me lo sabía casi de memoria. Sin que me considere el más indicado para resumir su biografía temprana, me permito dedicar aquí unas líneas escogidas por cuanto ayudarán a comprender la evolución previa de la física moderna, y a conocer a la persona de cuya mano me disponía a tomar contacto con su élite.

Siendo su personalidad remarcable, lo más sorprendente era la

extrema celeridad con que, a sus treinta y un años, mi maestro había desarrollado una intensa y fructífera carrera. Para empezar, resultaba notable que lo hubiesen admitido en un seminario desde el primer semestre[14]. Pero Heisenberg había aprendido por su cuenta muchas matemáticas, más allá de las que se enseñan en el *gymnasium*, y fue aceptado de inmediato por Arnold Sommerfeld, un prestigioso catedrático de física teórica de la Universidad de Múnich con quien había estudiado Peter Debye, estudiaba Wolfgang Pauli y estudiaría Rudolf Peierls, a quienes menciono porque todos ellos estaban invitados al Consejo Solvay. Gracias a la reconocida habilidad de Sommerfeld para hacer que sus alumnos diesen lo mejor de sí mismos, Heisenberg obtuvo su doctorado a la temprana edad de veintiún años. Para entonces ya había realizado notables logros, no solo en sus trabajos de investigación, sino también en trabar amistades y relaciones que, a la postre, resultarían determinantes en su trayectoria.

En 1920, el año en que Werner Heisenberg se convirtió en alumno de Sommerfeld, el modelo atómico de Niels Bohr —una singular combinación de física clásica y cuántica que el propio Sommerfeld había contribuido a perfeccionar— mostraba síntomas de estancamiento. Los átomos con una mínima complejidad no acababan de encajar y nuevos avances en física experimental habían detectado efectos extraños para los que no ofrecía respuesta. Los más inconformistas comenzaron a pensar que ya era hora de dar un nuevo impulso a la que ya consideraban como «vieja» teoría cuántica…

Leipzig, jueves, 19 de octubre de 1933

Querida madre:

Como ya le avancé la semana pasada, esta tarde parto para Bruselas con el profesor Heisenberg. Si todo va según el

programa, emprenderemos regreso el lunes, 30 del corriente, con lo que el primer fin de semana de noviembre podré hacerle la acostumbrada visita mensual. Aunque, pensándolo bien, es posible que lo deje para el siguiente; así podremos celebrar Martinstag[15] *juntos, en recuerdo de padre.*

Pero tengo más buenas noticias: mi proyecto de investigación llega a su fin y ya he comenzado a redactar la memoria correspondiente. Confío en poder presentarla pronto, tras las vacaciones de Navidad, y en obtener la habilitación antes del comienzo del semestre de primavera.

Al final, madre, va a resultar que mi elección no fue tan mala, pese a que usted siempre vio con escepticismo que cambiase las matemáticas por la física. Es cierto que los números son intrínsecamente bellos. Son honestos, porque siempre dicen la verdad; pero también son esquivos, capaces de llevar al límite nuestra capacidad de raciocinio antes de dejarse arrancar sus secretos más profundos.

La física, además de belleza, tiene alma. Usted siempre ha dicho que cuando era joven se la daba por amortizada: se había desentrañado la naturaleza de las fuerzas cósmicas y pocas novedades cabían en el orden establecido. Sin embargo, el siglo XX ha traído la revolución: durante las últimas tres décadas, mientras yo veía pasar mi infancia y mi juventud preguntándome si algún día haría algo de provecho, hombres poco comunes con mentes extraordinarias han tenido la clarividencia y la valentía —porque una gran dosis de esta es necesaria para enfrentarse al statu quo— *de romper las barreras tradicionales del pensamiento. La teoría de la relatividad y la mecánica cuántica desbordan cuanto parecía atado por la física clásica, y desafían, no menos que los problemas de Hilbert*[16] *los límites del intelecto y de la imaginación.*

Así que ya ve, madre: siendo la física moderna, quizá, menos honesta que las matemáticas, es igual de esquiva. Y

yo tengo la oportunidad de participar en la emocionante tarea de enfrentar sus retos.

¿Por qué me invade, entonces, un sentimiento de frustración? Soy joven, estoy bien preparado y pertenezco al país que lidera el mundo de la ciencia. Y de repente, cuando debería entrar en sana competencia para crearme un futuro, se allana ante mí el camino de forma inesperada, no por mis méritos científicos, sino por el mero hecho de pertenecer a determinada raza. ¿Cómo debo tomarlo? Estoy confuso, madre. Si hoy rechazo la forma en que nuestro país trata a los judíos, ¿deberé aceptar mañana una plaza arrebatada a uno de ellos? Si no lo hago, si renuncio, mi simbólico gesto pasará inadvertido, y quedaré condenado al ostracismo. Si acepto, en cambio, tal vez pueda hacer algo desde dentro, pelear para que las cosas vuelvan a su antiguo cauce y ayudar, ya que no a los profesores, a algunos estudiantes, al menos.

Mi preocupación podría parecer prematura si no fuese porque en el ambiente politizado de la universidad ya me veo sometido a innumerables presiones: para participar en mítines y manifestaciones donde se aclama al Führer, para acudir a campos de adoctrinamiento dirigidos a futuros profesores y, por supuesto, para afiliarme al partido único. Temo que, si me mantengo en la negativa, mi carrera acabará antes de haber comenzado.

Disculpe, madre, si la atosigo con mis tribulaciones. No era esa mi intención, pero ¿a quién confiarlas, si no? Quédese con lo bueno: tiene un hijo que va a participar, aunque sea entre bastidores, en un evento que formará parte de los anales de la física. A mi regreso se lo contaré con todo lujo de detalles.

Nos vemos en noviembre, pues. Diga a tía Gretchen que no perdonaré su tarta de moras, esa que siempre prepara por Martinstag.

Su Matt

Leipzig Hauptbahnhof. De nuevo allí, con la diferencia de que esa vez yo era un viajero en busca de andén. El tranvía que había de ahorrarme el coste de un taxi se había hecho de rogar, por lo que llegaba apurado de tiempo al magnificente vestíbulo abovedado de la Preussische Staatseisenbahnen, la Compañía de Ferrocarriles del Estado de Prusia. Busqué entre la muchedumbre a mis compañeros de viaje, temeroso de que mi impuntualidad fuese objeto de reproche, pero no hubo caso: plantados junto a sus pesadas maletas, al pie de la escalinata que daba acceso a los andenes, Werner Heisenberg y Peter Debye consultaban, ajenos a mi tardanza, una voluminosa y gastada guía ferroviaria que el holandés sujetaba entre las manos.

—… En Magdeburgo hay que hacer transbordo —constataba quien me hiciera cambiar las matemáticas por la física—. Tenemos una hora, desde las 22:54 hasta las 23:50, antes de la salida del expreso a Hannover.

—Estupendo —asentía Heisenberg—. Suficiente para estirar las piernas. ¡Ah, Maier, por fin llega!

Saludé a ambos con una inclinación de cabeza que también pretendía servir como disculpa.

—Buenas tardes, *herr professor. Herr professor* Debye…

—Nuestro tren sale del andén seis a las 19:40 —informó Debye, blandiendo la guía en dirección al gran reloj octogonal que presidía la escalinata—. Deberíamos ir hacia allá; faltan solo quince minutos.

Escaleras arriba, el vestíbulo se abría a la inmensa nave de andenes que días atrás recorriese durante mi, a ratos tensa, a ratos relajada, entrevista con Gelb. El barullo era el mismo, aunque la multitud de aquel jueves estaba compuesta mayormente por viajeros solitarios: trabajadores, comerciantes y hombres de negocios.

En el andén seis esperaba la composición regional —segunda, tercera y cuarta clase— para Magdeburgo, vía Halle. Más de tres horas de viaje para apenas ciento veinte kilómetros. Me alivió saber que la siguiente etapa la haríamos a mayor velocidad en un tren expreso para el que los doctos profesores habían encargado billetes de primera clase.

6



Debye, Peter J. W. (nacido Petrus)
Nacido el 24 de marzo de 1884. Maastricht
Nacionalidad: holandesa
Estado civil: casado

Graduado en Electrotecnología. TH Aquisgrán
Doctorado en U. de Múnich
Profesor U. Zúrich, Utrecht, Gotinga
Director Inst. de Física.ETH Zúrich
Act. director Inst. de Física-U. Leipzig

Distinciones:
Medalla Rumford (RS Británica)

Investigaciones más relevantes:
Debye ha mostrado un permanente interés por la difracción y por la interacción de la radiación con sistemas atómicos y moleculares. Ya en la época de Múnich, bajo la dirección de Sommerfeld…

—Nuestro formidable equipo se ha ido desmembrando, Werner —se lamentaba Debye—. Unos se fueron de forma natural, porque les llegó el momento; otros lo han hecho a la fuerza, por judíos…

Se refería al Instituto de Física, que seis años antes había tomado a su cargo en un estado de lamentable decadencia, sin apenas estudiantes y entregado a una física obsoleta. Con Heisenberg como director de la sección teórica, entre ambos habían renovado planes de estudios, modernizado laboratorios y

multiplicado de forma espectacular el número de estudiantes hasta convertir Leipzig en una referencia internacional para la física.

—… y lo mismo ocurre con algunos de nuestros mejores estudiantes, expulsados de la Universidad de forma ominosa. Ellos aportaban juventud, dinamismo, empuje; y había una gran compenetración entre todos nosotros. Los últimos años han sido prolíficos en ideas frescas y en el desarrollo de nuevas teorías…

De aspecto siempre impecable, el cabello repeinado y el bigotillo cuidadosamente recortado, nuestro director acompañaba su presencia bondadosa de unas maneras un tanto relajadas en el trabajo; más de lo que resultaba aceptable en un académico de su edad y estatus, al decir de sus colegas más estirados. Pasear por el jardín regando flores en horas de trabajo no podía ser tan malo, pensaba yo, si no le había impedido convertirse en el mayor experto mundial en estructuras moleculares.

Había estudiado a fondo los dosieres de Gelb, si bien ya conocía la mayor parte de los datos relativos a Peter Debye. Nacido en el seno de una familia humilde, el empeño de sus padres en aprovechar sus buenas calificaciones en la escuela lo llevó, por economía de recursos, al politécnico más cercano, el de la ciudad alemana de Aquisgrán. Allí caería bajo la tutela de un joven profesor de ingeniería mecánica, el mismo que más tarde se convertiría en maestro de Heisenberg y de muchos otros físicos notables: Arnold Sommerfeld. Impresionado por el talento del holandés, Sommerfeld lo llevó consigo como ayudante cuando fue nombrado director del Instituto de Física Teórica de la Universidad de Múnich. Luego vendría una sucesión de puestos en diferentes universidades que convertiría a Debye en un buen ejemplo de la facilidad con que los académicos cambiaban de trabajo en pos de mejores condiciones salariales o de una mayor relevancia profesional.

—En cierto modo los envidio, ¿sabe? —dijo Heisenberg con un suspiro—. A los judíos.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Debye con extrañeza.

—Que no han tenido que decidir: los nazis lo han hecho por

ellos. No digo que exiliarse sea fácil, entiéndame, aunque a los más conspicuos no les han faltado buenas oportunidades: Bethe, Simon, London…, todos ellos han recibido ofertas de universidades y centros de investigación punteros. A los modestos no les resulta tan fácil, claro está, pero las asociaciones de ayuda en el extranjero están haciendo un gran papel.

Recostado en una esquina del compartimento de segunda clase, me dejaba mecer por el acompasado vaivén mientras los profesores comentaban la situación. Con los ojos cerrados y el oído atento, procuraba no dejarme adormilar para no perder palabra de una conversación que se tornaba interesante por momentos. No olvidaba que ambos, Heisenberg y Debye, estaban en la lista de Gelb.

—A este paso —continuó el primero—, americanos y británicos acabarán quedándose con toda nuestra ciencia. Por eso no creo, Peter, que emigrar sea lo mejor. Como le decía, los judíos no han tenido opción; los no judíos, en cambio, hemos de hacer frente a un dilema: ¿debemos exiliarnos, como defienden algunos, aduciendo que la ciencia es libre y no puede estar sujeta a imposiciones políticas; o debemos permanecer en Alemania para tratar de contener la desbandada?

Por la rendija de los párpados entrecerrados vi cómo Debye se encogía de hombros.

—Abandonar Alemania supone dejarla en manos de quienes reniegan de la física moderna, como Lenard[17] y Stark[18] —respondió.

—Física judía, según ellos; teórica y probabilista.

—En efecto —asintió Debye—. Mientras que la verdadera física, la que denominan aria, sería causal y experimental. Pero si quiere mi opinión —su voz adquirió un matiz irónico—, el verdadero motivo de su rechazo está en su propia incapacidad de comprender la relatividad y la mecánica cuántica. La defensa de la física aria no se basa tanto en fundamentos científicos como en prejuicios raciales; por eso, mi querido Werner, los que aman a Alemania no pueden dejar que entre todos, los que se van y los que abrazan la doctrina

única, la conviertan en un erial, científicamente hablando.

Heisenberg cabeceó un asentimiento.

—Supongo que tiene razón. ¿Y qué hay de usted, Peter? Los alemanes debemos decidir si seguimos la estela oportunista o la rebelde, pero su situación es menos comprometida, porque al ser extranjero no está sometido a tanta presión.

Oí a Debye inspirar hondo. Noté que dudaba, como quien enfrenta una situación enrevesada.

—La verdad es que ya no me reconozco como holandés, ¿sabe? —Se sinceró al fin—. Alemania me ha dado casi todo lo que poseo: una educación, una carrera profesional, una esposa… Me siento tan alemán como el que más.

—Sin embargo, prefiere mantener la nacionalidad holandesa.

—Y cada vez estoy más convencido de que acierto, porque, como usted bien dice, el hecho de ser extranjero me dispensa de muchos compromisos y obligaciones que el nacionalsocialismo exige a los alemanes. En cuanto al dilema que me plantea, Werner, mi postura es permanecer en Alemania y hacer todo lo posible para que nuestra física, esa que hemos hecho grande entre todos, permanezca libre de injerencias políticas.

—Eso mismo opino yo. Y, visto que nuestros esfuerzos por retrasar o impedir los despidos vienen siendo estériles, y que tampoco es posible convencer a los judíos de que permanezcan en Alemania a la espera de que las cosas cambien, he llegado a la conclusión de que debemos luchar para que sus plazas las ocupen los más competentes. Gentes —añadió, tras una pausa en la que adiviné su mirada clavada en mí— como nuestro doktor Maier, que tan a gusto duerme.



Con la puntualidad que le era obligada, el convoy de la Preussische Staatseisenbahnen fue dejando atrás estaciones y paradas. La conversación de los profesores decayó, y mi supuesta cabezada se

hizo real hasta que, al filo de las once de la noche, la lenta marcha se ralentizó todavía más para la entrada en Magdeburgo, donde habíamos de transbordar.

Una vez en el andén del que partiría nuestro expreso, me ofrecí para quedarme con el equipaje mientras los profesores estiraban las piernas en dirección a la cafetería. A ellos les vendría bien tomar algo caliente ante la larga noche que se avecinaba; y yo, que de la temprana, apresurada y frugal cena de la pensión solo conservaba el recuerdo, podía reparar el triste vacío de mi estómago con un bocado frío.

Mientras masticaba, por gentileza de mi patrona, un emparedado de jamón que me supo a gloria, no dejaba de dar vueltas a las palabras de Debye sobre la opinión que la física judía merecía a los científicos pronazis, tan coincidente con la de Hugo Reetz sobre la teoría de la relatividad. Quizá no había juzgado a mi amigo en su justa medida. Tal vez, me dije, fuese más extremista, más antisemita, más nazi de lo que pensaba. No me había pasado desapercibido, por ejemplo, que Hugo siempre me evitaba cuando yo estaba con Jakob; lo cual, tratándose de mis dos mejores amigos en el Instituto de Física, me resultaba embarazoso. Y yo, que debía nadar entre dos aguas, con frecuencia me veía criticando a Hitler ante el primero y defendiéndolo un cuarto de hora después ante el segundo, como si me fuese obligado ejercer de contrapeso.

Menos mal, sonreí para mis adentros con el último bocado, que Hugo no tenía una hermana que también me gustase.



En el expreso a Hannover las tornas cambiaron: pasada la medianoche, los profesores descabezaron un sueño mientras yo me obligaba a permanecer despierto para transcribir, en una libreta de notas comprada al efecto, lo que recordaba de su conversación.

Una repentina sombra me oscureció el ánimo. ¿Y qué había de mí? Hice una pausa en mis anotaciones. ¿Cómo me afectaría el

dilema? Porque, si conseguía una plaza de profesor, ¿no me vería yo mismo obligado a plegarme a la doctrina nazi? Peor aún: ¿no me vería forzado a renegar de la física moderna? ¡La física de Einstein y Heisenberg! Si me desasosegaba el recuerdo de mi última conversación con Hugo, un mero aspirante a la habilitación, ¿qué ocurriría si había de enfrentarme a mis colegas profesores, a mis superiores, a todo un claustro? Y aunque lo hiciese, ¿no sería una farsa por mi parte, puesto que, al aceptar una plaza arrebatada a un judío, habría mostrado una vergonzante aquiescencia con el antisemitismo?

Con los últimos renglones de la transcripción traté de olvidar todo aquello. El futuro, me dije, no podía ser tan enrevesado. Me arrellané en el confortable asiento corrido del compartimento, que los profesores y yo compartíamos con un simpático matrimonio de Magdeburgo, también abandonado a un apacible duermevela; y, mecido por el monótono traqueteo del coche y agradecido por la calidez que emanaba de su potente calefacción, me dispuse a echar una cabezada. Recordaba la última recomendación de Gelb: sin poder reprimir un bostezo, tuve el presentimiento de que la semana que se avecinaba iba a dormir poco.

7



Hannover Hauptbahnhof. Nuevo transbordo, esta vez el definitivo: el Nord Express procedente de Berlín nos llevaría a Bruselas con solo breves paradas en las principales ciudades. Y lo mejor de todo es que haríamos el trayecto instalados en un confortable coche-cama, como correspondía a un expreso de lujo. Le había sugerido a Heisenberg que podría realizar el viaje en un tren más económico, pero fue en vano: no era de su estilo permitir que un colaborador suyo viajase en peores condiciones. Me pregunté de dónde habría sacado los fondos para mis gastos, que el Instituto Solvay no cubría. Quizá de sus propios proyectos de investigación, o puede que se los hubiese proporcionado Gelb. Me lo pregunté, pero no insistí demasiado. Eran casi las tres de la mañana cuando embarcamos, y lo que más necesitaba entonces, aprovechando que la llegada a la capital belga no estaba prevista hasta las once y media de la mañana, era dormir. No pude por menos que agradecer el estilo de Heisenberg.

> *País de estrechas fronteras, fácil de recorren Bélgica ofrece grandes atractivos en forma de noble arquitectura medieval, un rico arte pictórico y un notable desarrollo industrial moderno. Las numerosas ciudades conservan mayormente su carácter medieval, los ayuntamientos y otros edificios seculares son los*

más bellos de su clase en Europa, y muchas de las ricas catedrales contienen pinturas y obras maestras de arte…

Nada más echarme en la litera alta —la baja la había cedido, en atención a su superior corpulencia y edad, al campechano comerciante de vinos del Rin con quien compartía departamento—, repasé la sección dedicada a Bélgica de la guía que gentilmente me había prestado Debye. Más que por afán de culturizarme, con intención de que la lectura acabase de cerrarme los ojos.

… Gobierno: rige Alberto I de Bélgica, nacido en 1875, quien subió al trono en diciembre de 1909.

Moneda: 100 céntimos = 1 franco. Piezas de oro: 20 y 10 francos. Piezas de plata: 5, 2,1 francos, y 50 céntimos. Piezas de cuproníquel: 25,10 y 5 céntimos. Piezas de cobre: 2 y 1 céntimos.

Población: 8,2 millones de habitantes. Bélgica es el país con mayor densidad de población del mundo…

Sintiendo que me vencía el sueño, a las tres y veinte deposité la guía en la minúscula mesilla, apagué el punto de luz de lectura y sentí un inmenso alivio al frotarme los párpados con las yemas de los dedos.

Objetivo cumplido.



¿Cumplido?

Un rato largo más tarde, el tratante de vinos roncaba como un descosido y la excesiva calefacción me resecaba la garganta. Todavía no había logrado dormirme. Para colmo de males, sentía una

incómoda presión en la vejiga, fruto del desordenado horario que arrastraba desde la tarde anterior. Encendí el punto de luz y consulté el preciado reloj de bolsillo, herencia de mi abuelo materno, que pendía de la rejilla para el equipaje de mano: las cuatro y media, casi. Maldije mi suerte en voz queda, aunque al vinatero tanto le hubiera dado que lo hiciese a gritos. Al menos, me consolé, había tenido el acierto de acostarme en ropa interior, sin echar mano del pijama. De un salto me descolgué de la litera. Me puse los pantalones, la camisa y el chaleco de lana, y me calcé remetiendo los cordones sin atarlos. Salí al pasillo en dirección al aseo situado en un extremo del coche. Tras aliviarme, me resigné a quedarme un rato al fresco, pues la sola idea de regresar a los infernales ronquidos se me hacía insoportable. Fue entonces, al recorrer de vuelta el pasillo en penumbra, cuando reparé en una silueta apoyada en el pasamanos que corría por debajo de las ventanillas, un poco más allá de mi compartimento.

—Buenas noches —saludé al llegar a la altura del mío.

La silueta, absorta en su propio reflejo sobre el cristal, respondió con una inclinación de cabeza, sin apenas girarse.

—Buenas noches —dijo una voz femenina, ligeramente ronca.

Por primera vez reparé en el insondable exterior: un cielo sin luna y sin estrellas sobre un espacio abierto, indeterminado y vasto, de opaca oscuridad. Imaginé que lo mismo se vería desde un paquebote en alta mar —imaginé, digo, porque nunca había estado en alta mar—; solo que, en tal caso, las ocasionales luces que se cruzaban en nuestro camino no serían granjas aisladas, sino pesqueros faenando a la luz de sus fanales.

—¿Tampoco puede dormir? —se interesó la voz femenina.

—Tenía calor —respondí—. Y mi compañero de compartimento es… hum, algo escandaloso, digamos.

Percibí una comprensiva sonrisa cuando ella se volvió hacia mí.

—Hasta yo lo he notado —dijo, señalando la puerta del compartimento contiguo al mío—. Creo que dormimos pared con pared.

A la débil luz eléctrica del pasillo, la sonrisa, quizá porque iba acompañada de una sutil fragancia a jabón de olor, me resultó atractiva. La mujer se sujetó con la mano izquierda las solapas del abrigo que llevaba echado por los hombros y, con la derecha, extrajo una pitillera de nácar del bolsillo.

—¿Tiene fuego?

—Lo siento, no.

Hizo ella un mohín de indiferencia.

—Da igual, era para romper el hielo —dijo, y del mismo bolsillo sacó una caja de fósforos—. ¿Quiere uno? —ofreció, abriendo la pitillera.

—Gracias, no fumo.

—Mejor para usted. Se ahorrará un montón de toses.

Rio al decir esto, y la risa dejó al descubierto dos hileras de dientes bien alineados. La llama del fósforo prendió la brasa a la vez que iluminó el rostro: labios carnosos en una boca ancha; nariz recta, levemente ahuesado el tabique; ojos grandes, de largas pestañas y un color que no pude discernir porque los párpados caían hacia el extremo del cigarrillo. La espontánea belleza del cutis lavado, sin rastro de maquillaje —supuse que también ella se había desvelado una vez acostada—, me causó una sensación agradable.

—¿Se dirige a Bruselas? —pregunté, por aportar algo a la conversación.

Una densa bocanada, exhalada hacia lo alto, me hizo percibir un inusual aroma a especias. La mujer asintió con la cabeza.

—Mis padres viven allí.

—¿Es usted belga, entonces?

—*Demi belge, halb deutsch* —precisó—. Mi madre es berlinesa. Antes trabajaba para una reputada modista. Mi padre, comerciante textil, la conoció en París, en la Exposición Universal de 1900, donde ella ayudaba en la exhibición del atelier. Ahora tiene el suyo propio en Bruselas.

—Vaya. Así que usted es el final feliz de una historia romántica.

—Es una forma original de verlo —aprobó—. Por cierto, me llamo

Charlotte.

—Matthias…

Su gesto de tenderme la mano y mi ocasión de estrecharla se perdieron cuando un exagerado vaivén, efecto perverso del paso por una aguja, nos zarandeó de tal forma que hubimos de agarrarnos al pasamanos.

—Y usted —se interesó Charlotte, una vez recuperada la estabilidad—, ¿también va a Bruselas?

—Voy a un congreso de físicos; ya sabe: científicos, universitarios y demás ralea.

—Interesante. Conque es profesor.

Pude dármelas de tal. Al fin y al cabo, era cosa de meses, y eso me haría más maduro ante Charlotte, que me parecía algo mayor que yo. Pero siempre me ha caracterizado un absurdo exceso de modestia.

—Todavía no —confesé—. En realidad voy como ayudante del jefe de mi departamento.

—Ah. ¿Y conoce Bruselas?

Qué iba a conocerla, si era la primera vez que me alejaba más de cien kilómetros de Meissen. Pero ese último era un detalle pueblerino; innecesario, por tanto.

—En absoluto. Es mi primera vez.

Charlotte pareció animarse, como quien tiene oportunidad de hablar de un tema que domina.

—Pues le encantará, si es que su congreso le permite conocerla. Bruselas es una ciudad agradable para vivir y hermosa para ver. No deje de visitar sus cafés, que nada tienen que envidiar a los parisinos; y sus *brasseries*, donde le sorprenderá la calidad de la comida y donde podrá degustar las mejores cervezas del mundo. Lo cual, dicho por alguien medio alemán, es mucho decir.

Volvió a reír. Si su sonrisa me había resultado atractiva, su risa franca y el brillo de unos ojos inmensamente verdes —en aquel momento pude verlos con claridad— me produjeron un extraño vacío en el estómago.

—Por supuesto —me hice cómplice, riendo a mi vez—. Nadie más neutral que usted.

Yo contenía el aliento, sorprendido de que una voz grave pudiese resultar tan sensual, mientras Charlotte, entusiasta de su lado belga, llevaba el peso de una conversación agradable y hasta divertida, que dio por concluida cuando, apurado su cigarrillo oriental hasta el filtro, lo apagó contra el cenicero de pared situado bajo la ventana.

—Es tarde —dijo, lanzando por la nariz la última bocanada—. Debería tratar de dormir. Le deseo mucha suerte en su congreso, Matthias.

—Y yo a usted una agradable estancia con su familia, Charlotte. Quién sabe, quizá nos volvamos a encontrar en Bruselas.

—No es probable —dijo ella con mohín escéptico.

La conversación me había sabido a poco, pero al menos esta vez sí estreché su mano, tibia y acogedora, a modo de despedida. Y luego, cuando se dispuso a abrir la puerta de su compartimento, Charlotte me dedicó, con una caída de párpados digna de una diosa de Hollywood, una última, traviesa mirada.

—Pero tampoco imposible. —Sonrió.



Mi regreso a la litera no tuvo nada de sosegado. Me turbaba pensar que apenas me separaba un delgado mamparo de Charlotte, y que podría sentir su respiración si no fuese por mi ruidoso vecino, el chirriar de los *bogies* y el crujir del vagón. Y me irritaba mi falta de picardía con las mujeres; esa torpeza, no sé si congénita o producto de la inexperiencia, que la había dejado marchar sin averiguar más sobre ella: a qué se dedicaba, si estaba comprometida, cómo localizarla, si aceptaría mostrarme su ciudad, esa de la que hablaba maravillas. Si me consideraría digno, en fin, siquiera por unas horas, de su compañía.

Molesto conmigo mismo, apoyé en el mamparo la palma de la mano, imaginando que ella hacía lo mismo. Si fuese más avispado le

habría dejado caer el nimio detalle de que me alojaría en el Métropole; lo cual, además de darme un toque de distinción, podría haber propiciado un encuentro en el bar del hotel. Charlotte sabría encontrar una excusa, y yo, haciéndome el sorprendido, alabaría su glamuroso aspecto, pues ella exhibiría un llamativo *rouge*, una exquisita sombra de ojos y un vestido de tarde a la moda, muy corto y muy chic. Yo me obligaría a esforzarme para que mi mirada no se demorase más de lo estrictamente caballeroso en la magnificencia de sus piernas, lo que me distinguiría del resto de los presentes, lascivos ellos, envidiosas ellas. Charlotte me invitaría a un cigarrillo, luciendo sus brillantes uñas bermellón al abrir la pitillera; y yo, por qué no, aceptaría. Y luego, poniendo en riesgo la integridad de mi magra billetera, la invitaría a un cóctel con aceituna, de esos que sirven en las películas americanas…

Maldito Hollywood.

Encendí el aplique: las cinco y media pasadas. A este paso iba a perder la noche entera.

Al menos, los ronquidos parecían haber amainado. Escuché atento hasta constatarlo. Ahora o nunca, me dije. Tenía que dormir, aunque solo fuese un par de horas, si no quería ser un despojo de físico por la mañana.

Intenté poner la mente en blanco.

Rachel.

Di media vuelta en la estrecha litera. Di la espalda al mamparo.

Dejar la mente en blanco.

Qué diferentes, Charlotte y Rachel.

¿Por qué pensé eso?

Rachel, tan juvenil, tan fresca. Tan alegre a veces, tan esquiva otras. Tan frágil y tan fuerte a la vez. Con sus mejillas fácilmente arreboladas, Rachel me inspiraba cariño y ternura.

¿Por qué, justo en aquel momento?

Con Charlotte solo había hablado unos minutos. No la conocía. No me conocía. Sin embargo, esos minutos habían bastado para hacer volar mi imaginación. Charlotte era sofisticada, mundana.

Charlotte, a la vista estaba, era sensual y divertida.

Qué absurdo, pretender compararlas. No era justo.

Rachel me enamoraba; Charlotte me hacía sentir vértigo.

Pero era inevitable.

Y también era una tontería. Ninguna de ellas estaba a mi alcance: la una, tan próxima que casi podía sentir su respiración sosegada, sin duda había pasado por mi vida como una estrella fugaz, perdida para siempre en el éter de los antiguos. De la otra me separaba una distancia que aumentaba cada minuto. Y a mi regreso, si todo salía como esperaba, la perdería para siempre.

Por enésima vez recordé —me lo sabía de memoria— el telegrama que guardaba como un tesoro en el bolsillo de la chaqueta:

«ASUNTO W CONFORME STOP HAGA BUEN TRABAJO BRUSELAS STOP GELB».

Buen trabajo.

La mente en blanco.

Tenía que hacer un buen trabajo.

Maldición.

Así no iba a dormirme nunca.



—¡Arriba, muchacho! Son las nueve y cuarto. Estamos llegando a Aquisgrán.

Mi ruidoso compañero de compartimento, bien vestido, bien aseado y, sin duda, mejor desayunado, descorrió las cortinillas de la ventana. Un chorro de luz inundó el compartimento. Abrí con fastidio los ojos a la dorada claridad y a la prescindible visión del orondo y satisfecho rostro. Millones de motas de polvo, que de otro modo serían invisibles, se revelaron al contraluz cuando el comerciante de vinos sacudió su arrugada chaqueta antes de ponérsela.

—Yo me apeo aquí, amigo —dijo, sonriente—. Y usted, si no espabila, se quedará sin desayunar: el servicio de comedor cierra a las diez.

Farfullé un agradecimiento y una despedida al estrechar su mano, y luego cerré los ojos a la luz hiriente. Solo un momento, me dije. Calculé que había dormido tres horas, como mucho, y necesitaba reunir fuerzas para ir en busca de los profesores, con quienes ya llegaba tarde, pues habíamos quedado a las nueve en el coche-restaurante.



Una inesperada inmovilidad me sacó de mi sopor. De repente no había chirridos, no había traqueteo ni vaivén. Estábamos parados. En el pasillo se oía el inconfundible barullo de pasajeros en movimiento, y al otro lado de la ventanilla percibí más bullicio, aderezado con pitidos y anuncios de megafonía. Aquisgrán, todavía.

Esta vez sí, salté de la litera, pues no quería hacer esperar más a los profesores. Me dirigí hacia el minúsculo lavabo de acero situado en un rincón, junto a la ventanilla, y bombeé agua con el pedal de pie. Bendije el frescor que alivió mis ojos irritados y el acierto del vinatero al despertarme, pues de lo contrario habría seguido durmiendo hasta Bruselas. Su santa esposa, me sonreí, sí que habría dormido bien esa noche. Me enjuagué la boca, me peiné el cabello con agua, tratando de domar las greñas deformadas por la almohada, y busqué pantalón, camisa y chaleco, que milagrosamente, después de la ajetreada noche, se conservaban más o menos libres de arrugas.

> *Tren expreso estacionado en vía uno, andén uno, procedente de Berlín, Hannover, Dusseldorf, Colonia y Aquisgrán, con destino a Lieja y Bruselas, va a efectuar su salida en unos instantes…*

¿De Aquisgrán?

El anuncio de megafonía me confundió. ¿Qué diablos…?

Descorrí la cortinilla, que había cerrado para preservar mi intimidad, y contemplé el siempre animado ir y venir de una estación en plena efervescencia. Pero una estación modesta, no la que correspondía a una ciudad moderna, industrial y pujante como Aquisgrán.

«Herbesthal», leí en el rótulo situado en el andén. Si recordaba bien la guía de ferrocarriles, aquel era el pueblo fronterizo donde se realizaban los trámites aduaneros y el control de pasaportes. Pero entonces… Un mal presagio me asaltó. Desde la ventana no podía ver el reloj de la estación. Me abalancé sobre el mío, que pendía inmóvil de su leontina, justo cuando el expreso empezó a rodar: las nueve y cincuenta y tres minutos.

¡Maldición una vez más!

8



VIERNES, 20

Mal dormido, mal humorado —había perdido unos minutos preciosos mostrando mi pasaporte a un oficial de policía— y resignado a quedarme sin desayuno. Cuando me presenté en el coche-restaurante, dispuesto a disculparme ante los profesores por mi tardanza, pasaban ya de las diez y cuarto en mi reloj. Los vi al otro extremo del vagón, sentados a una mesa en compañía de dos figuras inequívocamente femeninas que me daban la espalda. Desde la distancia, un sonriente Heisenberg me hizo señas para que me acercase.

Recorrí el pasillo despacio, fijándome en el resto de los pasajeros que ocupaban el comedor. Tenía la esperanza de encontrar a Charlotte; de contemplar su rostro radiante a la luz del día —no lo imaginaba de otra forma—, y de preguntarle cosas que quedaban por preguntar. Tenía la esperanza y a la vez lo temía, porque ¿y si viajaba acompañada? Que yo recordase, en ningún momento había dicho lo contrario.

Pero mis cavilaciones eran en vano: Charlotte no estaba en el restaurante, ni sola ni acompañada.

—Ah, Maier, por fin amanece —me saludó Heisenberg, campechano—. Se nota que duerme usted a pierna suelta.

—Es natural, Werner —dijo Debye, acompañándose de una carcajada—. Nuestro amigo es demasiado joven como para que las preocupaciones se lo impidan.

Tras sus sombrías disquisiciones de la noche anterior, ambos parecían de buen talante. Me confundió que estuviesen a medio desayunar a pesar de lo avanzado de la hora, y también hallarlos en compañía de dos desconocidas: una dama en la cincuentena que fumaba indolente un cigarrillo, y una muchacha risueña que podría tener mi edad. Devolví el saludo a los profesores e hice una cortés inclinación de cabeza a las mujeres.

—Les presento al doktor Maier, un colaborador mío —dijo Heisenberg, y luego se dirigió a mí—. Ellas son la profesora Lise Meitner, de quien sin duda habrá oído hablar usted, y su ayudante, la doctora Klara Hofmann. Como nosotros, ambas se dirigen a Bruselas para el Solvay. Pero siéntese, Maier, por favor —añadió, señalando una mesa libre al otro lado del pasillo—. Supongo que le apetecerá un buen desayuno.

—Por supuesto, pero… —Dudé—. Tenía entendido que el servicio de restaurante cerraba a las diez.

—A las diez de Bélgica, Maier, no de Alemania —se chanceó Debye, quien parecía tener el día chistoso—. Acabamos de atrasar los relojes en Herbesthal.

Todos rieron mi ingenuo despiste, que Heisenberg certificó echando mano a su reloj de pulsera.

—Tendrá que cambiar su hora —señaló—: ahora mismo son las nueve y veintiséis minutos.



Café con leche, pan, mantequilla, fiambres, queso y un huevo pasado por agua en su perfecto punto de cocción. Para lo limitada que había de resultar la cocina de un vagón-restaurante, era sorprendente lo bien servido que estaba el desayuno en el Nord Express. Por algo sería, me dije, que lo consideraban un expreso de lujo.

Al principio, mientras daba cuenta de las viandas con sano apetito, traté de seguir la conversación entablada al otro lado del

pasillo. Heisenberg había regresado de Copenhague entusiasmado con las nuevas ideas de Paul Dirac sobre las interacciones entre electrones y núcleos atómicos. Siendo la profesora Meitner una de las mayores expertas en radiación del país, era natural que mi inquieto jefe no hubiese sido capaz de esperar a las reuniones del Consejo para recabar su opinión. Para cuando terminé de despachar la refacción, ambos discutían vivamente sobre la forma de abordar las contradicciones de la teoría; Debye, a pesar de que el tema se apartaba del campo molecular, intervenía a veces con oportunas observaciones; y Klara escuchaba a los sabios con fervorosa atención, asintiendo de vez en cuando, aunque me pregunté si su comprensión correría pareja con su interés. En cuanto a mí, entre la complejidad intrínseca del asunto, el bullicio del salón-comedor y el pasillo que nos separaba, a menudo atravesado por pasajeros que iban y venían y por camareros que venían e iban, no tardé en perder el hilo. Lo cual, lejos de molestarme, me llevó a relajarme en el asiento y a dejar vagar la mirada por la campiña que precedía a Lieja.

Que yo supiera, nadie de mi familia la había visitado. Sin embargo, aquella gran ciudad francoparlante, tan alejada de nuestros predios, tan industrial, tan moderna, tan diferente en todo a Meissen, menos en su carácter fluvial, ocupaba un lugar de honor en el imaginario de la familia Maier.

Me explico.



En agosto de 1914 Martin Maier, mi padre, contaba con treinta y tres años. Lo habían movilizado unas semanas antes, dada la inminencia del conflicto bélico. Su trabajo como mecánico electricista en una central hidroeléctrica del Elba lo convertía en un activo valioso para el Ejército. Descartado como carne de cañón, fue destinado a un cuerpo de reciente creación que algunos preconizaban como el arma definitiva: los dirigibles. Según estas mentes preclaras, tales

ingenios, producto de la más moderna tecnología del Reich, no debían limitarse a misiones de observación, sino que, sacando partido a su gran autonomía y capacidad de carga, debían tomar parte activa en la guerra mediante el bombardeo de objetivos estratégicos.

No había un instante que perder. Con Francia y Rusia movilizadas, para Alemania era vital despachar el frente occidental con presteza, lo que permitiría concentrar esfuerzos en el oriental. Y el primer bastión que había que someter para arrollar a la débil Bélgica era la ciudad de Lieja, bien defendida por un cinturón de fuertes blindados, lo que propició la primera misión de bombardeo asignada a un dirigible, el Zeppelin Z-VI Cöln[19], con cuyos alternadores y dínamos se afanaba el cabo electricista Maier.

¿Qué debió sentir mi padre, sabedor de la terrible misión en que tomaba parte, al sobrevolar aquellos pacíficos campos, los mismos que pasaban raudos ante mi ventanilla? Si el Cöln se disponía a arrojar sus bombas sobre la ciudad que se interponía en el camino de su ejército, ¿sentía orgullo patrio? Si esos explosivos segaban vidas de unos semejantes que solo pretendían permanecer neutrales en una guerra que no era suya, ¿sentía remordimiento?, ¿sentía repugnancia? Quizá, encerrado en la claustrofóbica góndola de los motores, sucio de grasa, ebrio de vapores de gasolina, ensordecido por el ruido incesante, quizá, digo, la respuesta más probable, por más primaria, es que se limitaba a sentir miedo. Razones no le faltaban: la artillería antiaérea podía alcanzarlos; el *Cöln* podía perder propulsión, velocidad, altitud, quedar a la deriva sobre territorio hostil, a merced de los rudimentarios aeroplanos belgas; y en cualquier momento, ya fuese a causa del fuego enemigo o de un simple cortocircuito, veinte mil metros cúbicos de hidrógeno podían inflamarse sobre las cabezas de su tripulación.

O quizá mi padre, pendiente de sus manómetros, amperímetros, relés y conmutadores, ni siquiera llegó a sentir miedo. Tal vez, aventuré, y al hacerlo supongo que buscaba la tranquilidad de mi propio espíritu, solo pensó en su esposa, una mente capaz resignada

a una modesta escuela de pueblo, y en su espabilado hijo de seis años.

Pero todo eso no eran más que elucubraciones mías. De lo único que podía estar seguro —el bombardeo tuvo lugar a las tres de la mañana— es de que, con miedo o sin miedo, el cabo electricista Martin Maier no tuvo ocasión de contemplar la campiña belga.

Arrellanado en el confortable asiento del coche-restaurante, me pregunté qué sentiría yo en parecidas circunstancias. Si me dejaría llevar por el miedo; si actuaría como un héroe o como un cobarde. Parecía poco honesto responder la cuestión con el estómago lleno, una taza de café entre las manos y los ojos entrecerrados para abandonarme al tibio sol otoñal que, por efecto del trazado de la vía, me daba en el rostro en aquellos instantes.



Debí de quedarme dormido, porque, cuando abrí los ojos, vi que el servicio del desayuno había sido recogido y que, sentada al otro lado de la mesa, sin hacer caso al libro abierto entre sus manos, Klara Hofmann —¿o era Hausmann?— tenía la mirada fija en mí.

Se diría que no ha dormido esta noche —observó, entre curiosa y divertida.

Reprimí un bostezo que hubiera resultado poco elegante, pero no pude resistir una intensa necesidad de frotarme los párpados.

—No mucho, la verdad —reconocí—. Hicimos transbordo a las tres de la mañana, y luego… ¿Dónde están los profesores?

Señalé la mesa contigua, donde no había nadie. Klara hizo un gesto ambiguo.

—*Frau* Meitner los ha invitado a nuestro compartimento para proseguir la conversación —dijo—, y ellos, en vista de su apacible sueño, han optado por no despertarlo. Yo estaba saturada de electrones y positrones, la verdad. ¿No le importa que me haya sentado aquí?

—Claro que no.

—Pensaba disfrutar de la lectura, pero he acabado distrayéndome con el paisaje.

—¿Y qué tal es?

—¿La lectura o el paisaje?

—El paisaje ya lo veo. —Sonreí—. Me refería al libro.

Klara deslizó hacia mí, por encima de la mesa, el volumen encuadernado en tela. El grabado de la portada mostraba una especie de extraño insecto —ancho pico ganchudo, múltiples patas delgadas, como de alambre, y mirada de pocos amigos— sobre un título en tipografía *art déco*.

—¿*La guerra de los mundos*? —Arqueé una ceja—. ¿Es una novela?

—Una novela extraña —asintió—. Fantástica. Describe una hipotética invasión de la Tierra.

Fruncí el entrecejo, sin comprender.

—De marcianos —aclaró—. Llegan en cientos de naves, por oleadas; desembarcan en Inglaterra, en las cercanías de Londres; y se dedican a exterminar a los humanos. Por lo que llevo leído, da la impresión de que les servimos de alimento.

—Qué macabro. ¿Y no invaden otros países?… ¿No invaden Alemania?

Klara encogió los hombros.

—Se supone que la invasión es global, pero ya sabe…, ¡el autor es británico! —exclamó.

Rio Klara Hofmann, o Hausmann, y un aire soñador en su mirada celeste me hizo situarla más del lado de Rachel que del de Charlotte en la particular clasificación —mujeres dulces, mujeres picantes— que había establecido durante la noche.

Falda marrón oscuro de punto por debajo de la rodilla. Chaqueta larga a juego, sobre una desenfadada blusa de reminiscencias orientales. Melena inusualmente corta, acabada en punta a lo largo de la mandíbula. Moderno reloj de pulsera. Puede que en aquel instante Klara no me pareciese tan guapa como mi bella judía, pero su desenvoltura cosmopolita, su estilo tan chic y hasta su original

gusto literario la dotaban de un singular atractivo, raro de encontrar en provincias. Me sorprendía que una joven dotada de una inteligencia excepcional —no podía pensar otra cosa de quien colaboraba con Lise Meitner— se comportase de forma tan espontánea y, para haberme conocido hacía pocos minutos, tan cercana. ¿Era Klara una excepción a las pocas científicas de su nivel que yo conocía —distantes, hurañas, aburridas—, o era que mi concepto de ellas estaba equivocado?

Mientras me entregaba a tales cavilaciones, Klara había vuelto a su lectura. Contemplé el paisaje: granjas esparcidas por doquier, entre parcelas de cultivo y pastos habitados por caballos y vacas. De vez en cuando, un bosquecillo o un curso de agua alteraban la uniformidad del terreno. ¿Cómo se vería desde las alturas? Trazos rectos, ondulados y quebrados limitando un mosaico de verdes, ocres y amarillos, supuse; pero… Una idea sombría me vino a la cabeza. ¿Cómo se vería el seis de agosto de 1914, a la incierta, mortecina luz de la amanecida, desde un dirigible herido de muerte que luchaba por la supervivencia?

—¿Está usted bien, Matthias?

Klara me observaba con extrañeza por encima del libro.

—Ejem… sí…, claro que estoy bien —respondí—. ¿Por qué lo dice?

—Oh, por nada —quitó importancia—. Es que se ha quedado pensativo.

—Tiene razón. Pensaba en mi padre: sobrevoló estos campos durante la guerra, ¿sabe?

—¿Era aviador?

—Aerostero. Sirvió en los dirigibles del Ejército y de la Marina.

Como parecía interesada, le narré la peripecia del *Cöln* con el mismo tinte melodramático con que mi padre hacía estremecer a familia y amigos durante sus permisos.

—… Lograron arrojar sus granadas sobre los fuertes de Lieja, pero la artillería belga les provocó averías. La pérdida de gas hizo que se estrellasen en suelo alemán durante el regreso. Ningún tripulante resultó dañado, pero la nave quedó irrecuperable.

Klara había contenido el aliento durante el relato.

—Me alegro por su padre. —Respiró aliviada—. Y después de eso, ¿siguió en activo?

—Ya lo creo. La guerra no había hecho más que comenzar, así que sirvió en diversos dirigibles que operaron con desigual fortuna. Pero él, de una forma u otra, logró sobrevivir hasta casi el final.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Casi? Quiere decir que…

—En 1917 fue destinado al L-59, uno de los mayores dirigibles que se construyeron durante la guerra. Puede que haya oído hablar de él por su nombre de campaña: el Afrika-Schiff.

—¿No fue el que batió un récord de distancia en una misión a nuestra *Deutsch-Ostafrika*[20]?

—Seis mil ochocientos kilómetros sin paradas para llevar suministros al ejército de allí —respondí, asintiendo con la cabeza—. Durante cuatro días sus tripulantes soportaron las temperaturas del desierto, abrasadoras de día y gélidas de noche; sufrieron la rotura de un motor, la avería de la radio, pérdidas de gas, alucinaciones por la fatiga y hasta el fuego de san Telmo. Mi padre nos escribió una larga carta, que todavía conservo —sonreí, orgulloso—, en la que relataba cómo, después de todo eso, a la altura de Jartum recibieron la orden de dar media vuelta, pues los nuestros, rodeados por los aliados, habían tenido que retirarse de la zona de encuentro prevista. Por fortuna, la aeronave no fue detectada y regresó a su base en Bulgaria con la tripulación sana y salva.

—¿Y qué fue de ellos, entonces?

—El zepelín se dedicó a realizar vuelos de apoyo al ejército otomano, hasta que, en abril de 1918, uno de nuestros sumergibles lo avistó sobre el canal de Otranto: fue testigo de cómo caía en llamas al mar tras una súbita explosión sin causa aparente. Aeronave

y tripulación se perdieron para siempre.

—Vaya. Lo… siento mucho, Matthias.

Agradecí la condolencia con un suspiro compungido; más de lo que me hubiera gustado.

—Mi padre estuvo a punto de conseguirlo —dije—. Solo quedaban siete meses para el armisticio. Le faltó tan poco, tras cuatro años de guerra…

Nos quedamos en silencio, dejando correr ante nuestros ojos el paisaje liejense. Intenté pensar en un tema de conversación que nos animase, pero Klara no me dio tiempo.

—Qué lástima —se lamentó—. Tantos años de dolor, tanta muerte, tanta barbarie, ¿para qué?

—Mi padre me dio una buena respuesta a eso —recordé—. Fue la última vez que lo vi, antes de incorporarse al L-59. Él disfrutaba de unos días de permiso en Meissen, que recuerdo felices, pero también tristes por su inminente partida. Yo contaba diez años, y apenas tenía recuerdos en los que mi padre estuviese presente. Mi relación con él se limitaba a los breves lapsos que mediaban entre cada reencuentro y la correspondiente despedida.

»Ese día paseábamos por la ribera del Elba. Él era experto en lanzar cantos rodados al agua, haciéndolos planear y rebotar varias veces sobre la superficie. Yo me esforzaba en imitarlo, aunque sin éxito. Supongo que no tenía la fuerza necesaria, porque ahora se me da mejor. —Sonreí—. En un momento dado, él me dijo que partiría al día siguiente. Yo me eché a llorar.

Un tierno rictus afloró en los labios de Klara.

—Pobre, qué mal trago pasaría usted.

—Puede imaginar lo asustado que estaba: a esas alturas de la guerra, varios niños del colegio habían enterrado a sus padres. Otros, ni siquiera eso: las familias habían tenido que conformarse con un funeral sin difunto. Pero lo peor, para mí, era ver a los soldados repatriados del frente: mutilados unos, quemados otros, tullidos, ciegos, desfigurados. Mi idea de la guerra era que solo traía desgracias, y mi padre se disponía a regresar a ella. Así que, cuando

recuperé la compostura, se lo pregunté: «¿Para qué sirve la guerra, padre?». ¿Y sabe qué me respondió? Me dijo que las guerras servían para poca cosa en general, más allá de satisfacer la ambición de algunos que raramente morían en ellas; pero que aquella en particular había causado tanta destrucción que iba a servir, al menos, para que los hombres nunca cayesen en la tentación de hacer otra igual.

Klara sacudió la cabeza con tristeza.

—Ojalá su padre tuviese razón —dijo—, aunque no sé. La historia demuestra que los hombres olvidan pronto. Tal vez nuestra generación logre mantener el recuerdo de la anterior; pero las siguientes…

—Pues yo, ¿sabe?, soy optimista —repliqué—: creo que los europeos hemos aprendido bien la lección.

Eso dije, y lo dije convencido. Lo juro.



El tren ralentizaba la marcha. El paisaje rural y boscoso se había convertido en una sucesión de pequeñas villas con apeadero. La siesta me había desubicado. Me pregunté si…

—¿Estamos llegando a Lieja?

Klara echó un vistazo a su reloj.

—Eso creo —respondió—. Deberíamos llegar a las diez, y son menos cinco.

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, ambos miramos en derredor: estábamos solos en el coche-restaurante, al margen de unos camareros afanados en colocar mantelería y vajilla en el resto de las mesas.

—Creo que nos miran mal —susurré, haciendo un guiño cómplice.

—Les estorbamos —rio ella—. Están preparando el servicio para el almuerzo.

Era evidente que habíamos de dejar libre la mesa. Se imponía ir

en busca de los profesores, pero eso pondría fin a nuestra conversación privada, cosa que no me apetecía. Recordé que Lise Meitner estaba en mi lista. Aunque el *dossier* que me había entregado Gelb era muy completo, profundizar en su persona me pareció buena idea.

—Podemos ir a mi compartimento, si usted quiere, y me habla de su profesora —sugerí con aire ingenuo—. Tengo entendido que es una mujer excepcional, además de una física brillante.

9



Meitner, Lise (nacida Elise, judía)
Nacida el 7 de noviembre de 1878. Viena
Nacionalidad: austriaca
Estado civil: soltera

Doctora en Física por la U. de Viena
Colabora con S. Meyer. U. Viena
Colabora con O. Hahn. U. Berlín
Asist. de M. Planck, U. Berlín, e investigadora en KWIC
Voluntaria en el Ejército austriaco (1915-16)
Profesora U. de Berlín desde 1923, act. cesada
Dirige Sección de Radiofísica en el KWIC

Distinciones:
Medalla de plata Leibniz (Acad. Prusiana de Ciencias)
Premio Lieben. Austria
Investigaciones más relevantes:
Desde el inicio de su carrera investigadora, Meitner se interesó por la radioactividad. Sus primeros trabajos en Viena, bajo la dirección de Meyer, se centraron en la dispersión de rayos alfa…

Si hasta poco antes su origen judío y su condición de mujer le habrían vetado una educación superior, Lisa Meitner tuvo la suerte de crecer en una sociedad en que las creencias liberales se abrían paso. Aun así, no lo tuvo fácil cuando, en 1897, las universidades austriacas abrieron sus puertas a las mujeres: debía afrontar un examen de ingreso sin haber recibido educación secundaria, hasta

entonces reservada a los hombres. Meitner dedicó dos años a prepararse, haciendo gala de una determinación inflexible. Tras aprobar, optó por matricularse en la especialidad que tan poderosamente atraía a su inquieto espíritu: la física.

Klara Hofmann me hablaba de su admirada profesora en la calidez de mi compartimento, donde el servicio había convertido las literas en respaldo y bancada del asiento. Más que las investigaciones y méritos académicos de Meitner, profusamente enumerados en el *dossier* de la NG, me interesaban su personalidad, que no podía sino ser excepcional, y las circunstancias bajo las que había logrado triunfar en un ámbito tan hostil para las mujeres. Según Klara, tras las primeras dificultades vino una época motivadora para Meitner, pues tuvo buenos y dedicados profesores. Entre ellos destacaba una eminencia en el campo de la termodinámica y la física estadística, Ludwig Boltzmann, quien también era un firme defensor de la presencia femenina en la universidad. Su apoyo y sus enseñanzas resultaron determinantes para que Meitner brillase en los estudios y llegara a convertirse en la primera doctora en ciencias por la Universidad de Viena, casi cinco siglos y medio después de su fundación.

—La universidad es ahora asequible para nosotras —decía Klara —, pero para las pioneras como ella fue intolerante; cruel, incluso. Nunca una mujer había ocupado siquiera el puesto de asistente de profesor, el más bajo del escalafón, y para Meitner no fue distinto. Sin embargo, estaba empeñada en proseguir sus investigaciones, por lo que decidió acudir por las tardes al Instituto de Física mientras se resignaba a ganarse la vida como profesora en una escuela femenina. Eso duró hasta que tuvo ocasión de conocer la teoría cuántica de boca del mismísimo Max Planck, y decidiese mudarse a Berlín para seguir sus clases.

—¿Sus clases? —me extrañé—. Pero si ya tenía un doctorado…

—Sí, pero el título no le bastaba. Ella quería entender de verdad la física. Y en eso Planck era el más indicado para guiarla. De hecho, fue más allá: se convirtió en su nuevo mentor y protector, hasta el

punto de que entre ambos se estableció una buena amistad.

—Deduzco que usted también siente admiración por Planck.

Klara concentró su mirada en algún punto a mis espaldas.

—Mucha. Y no solo por la audacia con que planteó la hipótesis cuántica en su día, sino porque es un caballero íntegro, amable y respetuoso; y, aunque considera que las mujeres dotadas para la ciencia son una rara excepción, no duda en apoyarlas cuando cree llegado el caso, como demostró al admitirme sin reservas en su seminario.

Alabé la indudable valía de mi nueva amiga, capaz de llamar la atención del mismísimo padre de la física cuántica. Se sonrojó ella, quitando importancia al hecho, y luego continuó elogiando al hombre que durante las tres últimas décadas había liderado la física en Alemania. Yo la dejé hablar, cautivado por su entusiasmo y por la hipnótica luminosidad de sus iris. Si en el coche-restaurante me habían llamado la atención su aire moderno y su desenvuelta frescura, en el compartimento me acusé de haber infravalorado su atractivo físico, que un misterioso magnetismo —efecto inexplicado, quizá, de nuestra compartida pasión por la física— realzaba ahora ante mis ojos.

Klara rememoró sus primeros días en el seminario de Planck, sus primeras semanas, sus primeros meses. Cómo se sintió valorada desde el principio; cuán fácil fue su integración en el grupo, invitada a participar en las actividades que el profesor auspiciaba: los debates científicos, las veladas musicales, las salidas dominicales al campo y la montaña.

No recordé mi interés en Lise Meitner hasta que ella, ahíta de pensamientos alejados en la distancia y en el tiempo, dejó vagar en silencio la mirada por los prados que a gran velocidad nos acercaban a nuestro destino.

—Volviendo a su profesora —dije—, hasta donde me ha contado no parece que la universidad haya sido demasiado cruel con ella. ¿Qué ocurrió en Berlín?

Suspiró Klara, de vuelta al presente.

—Ocurrió que *frau* Meitner no quería renunciar a sus experimentos mientras estudiaba, pero estos no encajaban en el Instituto de Física; o eso le dijeron. Entonces conoció a Otto Hahn, un químico que había trabajado con William Ramsay y con Ernest Rutherford; a quien, por cierto, espero conocer en Bruselas.

Silbé con admiración, recordando lo que había leído sobre Rutherford antes del viaje.

—No está mal tener a un premio nobel de química como preceptor.

—A dos —me corrigió Klara—, porque Ramsay obtuvo el de 1904 por su descubrimiento de los gases inertes.

—¿Y qué pasó con Hahn?

—Meitner y él congeniaron enseguida. Hahn había hecho notables progresos en el estudio de la radioquímica, con descubrimientos para cuya comprensión ambos intuyeron que la física y la química debían complementarse. Decididos a trabajar juntos, tuvieron que instalar su laboratorio en el sótano del edificio, en una carpintería en desuso con entrada por la calle, porque a las mujeres no se les permitía acceder al Instituto. ¡Meitner debía utilizar los lavabos de un restaurante cercano!

Me acaricié la barba, convenientemente retocada antes del viaje.

—Vaya —dije comprendiendo lo que Klara había querido decir—. Tenía usted razón con lo de cruel.

Pero ella me pidió paciencia con un gesto.

—Pues eso no es nada —dijo—. Lo peor viene ahora: Meitner, entusiasmada con sus investigaciones, decidió quedarse en Berlín, donde trabajó durante nada menos que cinco años en el sótano sin percibir un solo marco por ello. ¿Se da usted cuenta?… Se vio obligada a redactar traducciones y artículos divulgativos para subsistir. Y cuando se creó el Instituto Káiser Guillermo de Química y se le ofreció a Hahn el puesto de director del departamento de radiactividad, a ella se le permitió acompañarlo para que pudiesen seguir investigando juntos, *pero* —recalcó— sin retribución.

Me revolví en el asiento, incómodo.

—¿Es posible?

—Como lo oye. Tuvo que ser Planck quien la contratase como asistente para rescatarla de la penuria económica; una decisión valerosa en la época, por cuanto quebrantaba prejuicios muy arraigados en la comunidad académica. Luego, poco a poco, las cosas fueron mejorando. El KWIC acabó asignándole un sueldo, y Meitner vio al fin reconocida su valía investigadora, que para entonces ya había demostrado de sobra con numerosas publicaciones científicas.

—Su profesora es una luchadora, desde luego —dije respirando hondo por fin.

Orgullosa, Klara levantó la barbilla, gesto que me pareció tremendamente atractivo.

—Ni se lo imagina. Durante la Gran Guerra sirvió como especialista voluntaria en radiología y como enfermera en un hospital de campaña. Luego, a su regreso a Berlín, continuó con sus investigaciones, que se vieron culminadas con el descubrimiento del protactinio. A partir de entonces, su reconocimiento como científica fue unánime. Mantenía contacto fluido con Einstein, trabó amistad con Bohr, quien la invitó a Copenhague, y por fin se convirtió en la primera profesora universitaria de Alemania.

—Sé que recibió numerosas distinciones y premios —apunté recordando el *dossier*—; y que incluso Planck la propuso para el Nobel.

Si esperaba una sonrisa por su parte, lo que obtuve fue una mirada amarga, el espléndido azul desvaído en acuosa palidez.

—Por eso —dijo con dureza—. Por eso resulta tan grave la injusticia que se ha cometido con ella, después de haber recorrido un camino tan arduo, de haber superado tantas trabas y menosprecios, y de haber llegado a brillar en un mundo reservado a los hombres, donde se codea con los mejores.

—¿A qué se refiere? —pregunté impresionado por la transmutación.

Klara me miró como si yo fuese de otro planeta.

—¿A qué va a ser, doktor Maier?… Han apartado a *frau* Meitner de su puesto como profesora en la Universidad. A pesar de estar bautizada y de profesar el protestantismo, ni siquiera Planck y Hahn han logrado evitar que su ascendente judío se imponga a la cordura. Los nazis, como bien sabrá usted, no atienden a razones de justicia.

De otro planeta, como el marciano del libro que ella había dejado a su lado, sobre el asiento, y que parecía burlarse de mí desde la portada.

Y yo, en lugar de dejarlo ahí, perdí una inmejorable oportunidad de permanecer callado.

—Cierto —admití—. Los nazis han traído cosas buenas, pero no se entiende muy bien su animosidad contra los hebreos.

Hila enarcó una ceja admonitoria, preludio de una tormenta que me cogió por sorpresa.

—¿Animosidad? ¿Llama animosidad a dejar sin empleo a miles de personas de la noche a la mañana? ¿A boicotear sus comercios, reventarles los cristales y saquear sus escaparates?… ¿Qué será lo siguiente?, ¿encarcelarlos?, ¿enviarlos a campos de trabajo?… No, doktor Maier, yo no hablaría de animosidad, sino de ensañamiento. De barbarie.

El tono de su voz había ido creciendo. Levanté las palmas de las manos a la defensiva. Esa discusión, al fin y al cabo, ya la había mantenido más de una vez; y desde ambos lados del argumentarlo, según fuese con Jakob o con Hugo.

—Tiene usted razón, *frau* doktor Hofmann —dije tratando de apaciguarla—. Tengo buenos amigos judíos, y me duele tanto como a usted lo que les han hecho, pero no creo que la cosa llegue a tanto como para…

Pero ella no me permitió continuar.

—¿Y a qué «cosas buenas» se refería? —me desafió, visiblemente alterada—. Esas que, según usted, han traído los nazis. No lo dirá, espero, por la forma en que menosprecian a las mujeres, que para ellos hemos ido demasiado lejos en nuestra independencia. No admiten que tengamos inquietudes, o que deseemos elegir

nuestra forma de vida y trabajar para ganárnosla. Según ellos, una mujer trabajadora no aporta nada a la nación; para eso ya están los hombres. Nosotras deberíamos dejar nuestros puestos a los parados y limitarnos a buscar un marido a quien cuidar, que ya traerá él la comida a casa; y a parir hijos para que acaben nutriendo las filas de las Juventudes Hitlerianas.

Su serena expresión había sufrido una transformación repentina, encendida en fuego su tez transparente, inyectada de furia su mirada límpida. Había en su actitud, en sus palabras, en sus ojos de tormenta, una arrogancia que nunca había visto en una mujer de mi edad. Ni siquiera en Rachel, cada vez que me mostraba su desconfianza.

He de decir que me gustó.

—Klara, yo… No niego todo eso, y lo deploro —contemporicé—. Pero me refería… Lo que quería decir es que toda mi vida he sufrido la *grandeza* de Alemania: la *Gran* Guerra, la *gran* inflación, la *gran* depresión. Siento que ya es hora de que volvamos a ser un país grande de verdad, sin ironías, y eso está en manos de Hitler. —Desvié la mirada por la ventana, buscando con tiento las palabras para no volver a herir su susceptibilidad—. Desde que tengo uso de razón he oído echar la culpa a comunistas y judíos de todos los males de nuestra Alemania. Los judíos, en eso estoy seguro de que coincidimos, son un pueblo pacífico y trabajador. Los comunistas, en cambio, son fanáticos e intolerantes; intelectualoides que no han trabajado en su vida y buscan perpetuarse en su *modus vivendi*; o trabajadores que, a pesar de no saber leer ni escribir, ansían hacerse con el poder para pasar de explotados a explotadores. Y para ello están dispuestos a cometer las mayores atrocidades contra su propio pueblo. Mire, si no, lo que hace Stalin: se habla de millones de rusos torturados y asesinados, de millones de deportados a Siberia. ¡Se sabe que ahora mismo mueren a diario miles de ucranianos a causa de una hambruna salvaje! Que Dios nos asista si caemos en manos de los bolcheviques. Por eso hace falta un gobierno enérgico, que sepa armar un ejército poderoso y convertir a Alemania en un

estado fuerte, capaz de hacer frente a su amenaza.

Respiré hondo, seguro de haber puesto las cosas en su sitio. Ingenuo de mí, la satisfacción apenas me duró una fracción de segundo: la que tardé en descubrir que, lejos de impresionarla, mi alegato apenas había hecho mella en la argumentación de Klara.

—Y todo eso, naturalmente, se hará sin contar con las mujeres —desdeñó—; que mientras tanto debemos renunciar a los avances que obtuvimos durante la República, por inmorales: la libertad sexual, la de elegir nuestras compañías, la de andar solas por la calle, la de mostrarnos insumisas ante los hombres. Pero claro, todo ello va en contra de la *virtud*, ese concepto arcaico del que los nazis hacen bandera. —Se tentó la colorida blusa de seda, que tanto me gustaba —. ¡Pero si incluso cosas que hoy nos parecen tan naturales como vestir con comodidad, sin los corsés y refajos que constreñían a nuestras madres, comienzan a estar mal vistas! Para los nazis, las mujeres somos un objeto que debe guardar la casa mientras los hombres se dedican a salvar la Patria.

Suspiré con una sensación extraña, esa que deja la típica discusión absurda con otra persona que piensa igual que uno. La diferencia es que yo suscribiría, punto por punto, todos los argumentos de Klara, mientras que ella hacía oídos sordos a los míos, que no eran sino complementarios. Compuse el gesto ambiguo de quien dispara su último cartucho con poca esperanza de que dé en el blanco.

—Pero mírese usted —observé—: es el vivo ejemplo de la mujer moderna; viste a la última, es culta, tiene estudios superiores… ¡Es una científica, joder! Con nazis o sin ellos obtendrá trabajo en la universidad o en la industria, donde se lo proponga. En eso no hay diferencia entre nosotros dos.

Mientras me arrepentía del exabrupto, Klara, con una parsimonia que me hizo dudar de que me hubiese escuchado, se levantó del asiento, se alisó la falda, recogió su libro y consultó su reloj de pulsera. El tren volvía a aminorar la marcha, y ambos sabíamos que la próxima parada era Bruxelles-Nord.

—¿De verdad cree eso? —dijo al fin, los labios fruncidos en una mueca que me pareció más dolida que enfadada—. Pues permítame que lo dude, en vista de cómo ha tratado Hitler a *frau* Meitner y a otras profesoras. Con lo que les costó ver reconocidos sus derechos, ahora él se los niega. Y usted defiende a ese… a ese… —Se contuvo. Al fin y al cabo, yo era un desconocido—. Me temo que se hace tarde, doktor Maier. He de regresar a mi compartimento.

Abandonó el mío sin despedirse. Cálidamente arrimado a su pecho, el marciano, en cambio, me guiñó un ojo desde su cubierta entelada.

10



—*Heil, Hitler!*

Cuerpo erguido. Mirada al frente. Brazo en alto. Jürgen Attel, investigador del Instituto de Física de la Universidad de Heidelberg, saludó como era preceptivo a Wolf Stahel, oficial de las SS y jefe local de la Liga Nazi de Estudiantes en su ciudad.

—*Heil!* —replicó este, para luego adoptar un tono menos rígido —. Pase, doktor Attel, pase y siéntese… Le agradezco que haya acudido tan rápido a mi llamada.

La escena tenía lugar en el despacho de Stahel en la misma universidad, más o menos a la hora en que Klara Hofmann-Hausmann abandonaba airada mi compartimento. Los posteriores acontecimientos en que me vería envuelto en Bruselas me permiten recrearla sin temor a equivocarme en lo esencial, aunque yo entonces todavía no conocía a Attel.

Halagado por la deferencia que le mostraba el oficial, Attel aceptó el cigarrillo que aquel le ofrecía. Stahel le dio lumbre, y luego encendió otro para sí.

—Dice el profesor Schrader que puedo serle útil, mi *sturmführer* —comentó el investigador con las primeras volutas de humo—. Será un honor para mí ayudarle en lo que esté en mi mano.

Complacido, Stahel asintió con la cabeza.

—Según Schrader —dijo—, además de un científico capaz, es usted un patriota sin tacha. Aunque esto último ya lo sabía —añadió, dando unos golpecitos con su dedo corazón sobre el *dossier* de

cartulina gris situado ante él—: consta en su ficha.

—Intento ambas cosas, señor.

—Dígame, Attel, ¿qué opinión le merece la… ejem, física judía, como la denomina Schrader?

No era lo mismo pensar algo que expresarlo, en especial cuando de judíos se trataba ante un representante del Partido Nazi. Attel sintió el peso de la mirada escrutadora del Führer, cuyo retrato, recordatorio de su presencia omnipotente y omnímoda, colgaba en lugar preferente del despacho. Aspiró una profunda calada y luego la liberó lentamente para darse tiempo a ordenar su respuesta.

—Se refiere a cierto modo de entender la física que ha proliferado en las últimas décadas —dijo al fin—. Verá, mi *sturmführer*: la ciencia no es neutra; está condicionada por los objetivos, la motivación, la manera de pensar de quienes la hacen. Ejem… La hacemos. Frente al espíritu alemán, observador y metódico, la física judía elabora teorías rebuscadas a partir de elucubraciones abstractas. Con ella sus creadores han tejido una tupida red de influencias en nuestras instituciones, corrompiendo la manera de pensar de muchos otros físicos, que han de creer en la relatividad o en el principio de incertidumbre como dogmas de fe, so pena de ser excomulgados.

El oficial elevó una ceja.

—¿Excomulgados?

Attel encogió los hombros.

—Marginados, si lo prefiere, de esa supuesta élite, esotérica y ventajista, que pone la ciencia al servicio de su ego, cuando la verdadera física, nuestra *Deutsche Physik*, sirve tan solo a los intereses de Alemania.

—Comprendo. Usted es ayudante del profesor Bothe. ¿Diría que es uno de esos… hum, corruptos?

Attel se revolvió en su silla, como si se hubiese vuelto incómoda. La cuestión que se le planteaba era compleja; nada que pudiera responderse con un sí o con un no.

Con un extraordinario currículo investigador a sus espaldas,

Walther Bothe había recalado en Heidelberg el año anterior, procedente de la Universidad de Giessen. A Philipp Lenard, uno de los físicos más prestigiosos de Alemania, le había llegado el momento del retiro, y él mismo había ofrecido su puesto a Bothe como director del Instituto de Física. Pero Lenard, que continuaba en activo como profesor emérito, era el principal instigador del desprestigio de la física judía, con argumentos que Bothe consideraba anacrónicos y absurdos. El idilio entre ambos se había marchitado pronto, empeñado el primero en utilizar su notable influencia para socavar la autoridad del segundo.

Como físico y colaborador suyo, Attel admiraba y respetaba a Bothe; como físico y patriota, admiraba y respetaba a Lenard. Hasta entonces había logrado nadar entre dos aguas, pero la mirada severa del oficial dejaba claro que no iba a admitir evasivas.

—Que yo sepa, *herr* Bothe es un buen alemán —declaró, resuelto. Pero ante el silencio expectante de Stahel, se vio obligado a matizar—. Como experimentales, nosotros no participamos directamente de la física judía, pero Bothe es tolerante con ella e incluso la asume. Es lo que le venía diciendo, mi *sturmführer*, se trata de una enfermedad contagiosa, y algunos arios la han contraído.

—Ya. ¿Podría decirse que mantiene usted una buena relación con su jefe?

Un sexto sentido hizo que Attel se pusiera en guardia. Tal vez la cuestión no era tan inocente como Stahel pretendía aparentar. Sin duda Bothe no estaba bien visto por el Partido Nazi, y seguro que a él mismo estaba a punto de caerle un buen rapapolvo. Pero era inútil mentir, suspiró, puesto que la respuesta, a buen seguro, constaba en el *dossier* gris.

Apagó su colilla en el cenicero para ganar tiempo. Carraspeó. Descruzó las piernas y luego, en un intento de no aparentar nerviosismo que produjo el efecto contrario, las volvió a cruzar.

—Tenemos una buena relación profesional —admitió—. Y también tenemos nuestras diferencias, como es lógico —puntualizó,

prudente—. Pero el profesor Bothe es un excelente científico, leal a su país, como demostró en la guerra. Supongo que necesita más tiempo para asumir los cambios, y que…

—Hum. Sí, posiblemente sea eso —atajó Stahel, quien tampoco quería incidir en el tema—. Tengo entendido —añadió con gesto despreocupado— que va usted con él al Consejo Solvay de Física, que se celebra la semana próxima en Bruselas.

El cambio de tema animó a Attel.

—Así es —confirmó—. Iba a hacerlo su esposa, pero se encuentra indispuesta; por eso el profesor ha tenido la gentileza de pedirme que lo acompañe en calidad de ayudante. Algunas de las conferencias están relacionadas con mi trabajo, y ha considerado que me resultarán de sumo interés. Partimos mañana temprano para llegar a Bruselas por la tarde, vía Darmstadt.

El oficial asintió, retrepándose en su silla. Durante unos instantes pareció como si no quisiera perderse detalle de las volutas de humo que desprendía la brasa de su cigarrillo. En su abstracción, consideró con calma las palabras de Attel, tratando de valorar si el joven —demasiado joven, para su gusto— era la persona adecuada. Él tan solo tenía que transmitirle ciertas instrucciones precisas de Berlín; pero también le habían recalcado la necesidad de asegurarse de su compromiso. Ahora bien, Jürgen Attel pertenecía a su sección de la Liga, había prestado juramento de fidelidad al Führer y se había labrado una reputación como investigador perseverante y metódico. Por si todo eso fuera poco, no había duda de su ambición por labrarse un porvenir en esa *Deutsche Physik*, como él la llamaba, lo cual siempre lo predispondría a obedecer. Difícil pedir más, concluyó. Y, puesto que el tiempo se echaba encima, quizá no debería darle más vueltas al asunto.

—Tengo aquí un informe elaborado en Berlín sobre los asistentes al Solvay que proceden de universidades alemanas —dijo, abriendo por primera vez el *dossier* que tenía ante sí—: seis en total. Es curioso, ¿sabe?… Dejando al margen a Meitner y Peierls, los judíos, el resto simpatiza con sus compañeros de esa raza inferior, cuando

no les presta apoyo de forma abierta; todos asumen las tesis de la física judía, menospreciando la física aria que usted describía hace un minuto; y lo que es peor: todos, sin excepción, son desafectos al régimen nazi. ¿Qué opinión le merece eso?

Attel tomó la cuartilla mecanografiada que le tendía Stahel. Los comentarios que acompañaban a los seis nombres eran escuetos pero taxativos. De Walther Bothe el informe no desvelaba nada que no fuera *vox populi* en Heidelberg: que su desdén por la física clásica lo hacía indigno de su predecesor, y su postura crítica con el antisemitismo, mal visto entre sus compañeros. De Lise Meitner, a quien se había retirado la *venia legendi* y prohibido dar clase en la Universidad de Berlín, resaltaba su obstinación en continuar con sus investigaciones, amparada por su condición de austriaca y a pesar de la renovada doctrina de que las mujeres debían ceder sus puestos de trabajo a los hombres. De Erwin Schrödinger revelaba fundadas sospechas de su desagrado por el nazismo, hasta el punto de que se disponía a abandonar temporalmente su cátedra en Berlín en beneficio de la Universidad de Oxford. De Peter Debye destacaba su renuencia a pedir la nacionalidad alemana, a pesar de que acostumbraba a definirse a sí mismo como «muy alemán». De Werner Heisenberg, las múltiples gestiones que venía llevando a cabo en favor de sus colegas judíos. De Rudolf Peierls, en fin, su negativa a regresar a Alemania tras la promulgación de las leyes de abril.

Todo muy desagradable, en suma.

—Lo que yo pienso —dijo sin ocultar su enfado— es que el Consejo Solvay solo tiene en cuenta a nuestros físicos judíos y a sus simpatizantes, mientras que ignora la *Deutsche Physik*, aunque a sus máximos representantes, los profesores Lenard y Stark, los hayan laureado con el Nobel.

—Esa es la cuestión —coincidió el otro—. Comprenderá usted, por tanto, la preocupación que existe en ciertas esferas. Lo que nos lleva, doktor Attel, al motivo de esta entrevista.

Si Attel pensó que el oficial iba a ir al grano, lo que hizo este fue

demorarse en el ritual de encender un nuevo cigarrillo. Luego, con parsimonia, extrajo del *dossier* un sobre de papel manila y lo sopesó pensativo, asegurándose de que su interlocutor reparase en la figura representada en el membrete: un águila de alas desplegadas sobre una corona vegetal que circundaba una esvástica. Cómo les gustaba a los militares, se dijo el joven físico, la teatralidad. En especial, a los paramilitares.

—El partido —prosiguió Stahel, envuelto en humo— me ha ordenado asegurarme de que es usted una persona de la *máxima* confianza, capaz de llevar a cabo un cometido que puede resultar crucial para el futuro de la ciencia alemana. Por lo que a mí respecta, tiene usted mi visto bueno. Si acepta, claro.

Aunque formulado de un modo amable, Attel tuvo la impresión de que Stahel no contemplaba una negativa. No de un miembro de la Studentenbund, desde luego; y, menos todavía, de un científico con la habilitación y toda su carrera profesional por delante.

—Estoy a su disposición, mi *sturmführer*.

Complacido, Stahel extrajo del sobre un fajo de francos belgas y una cuartilla con un escueto renglón escrito a máquina.

—Aquí tiene dinero para eventuales gastos. Sus instrucciones son sencillas: deberá memorizar el número de teléfono aquí indicado, al que llamará una vez instalado en el hotel. Solo pregunte por Peter y siga sus indicaciones.

—¿Peter? —se extrañó Attel—. ¿Quién es Peter?

El otro hizo un gesto vago.

—Es un nombre muy común, supongo —se limitó a decir—. ¿Alguna pregunta?

Un contacto misterioso. Una misión secreta. Sin tiempo a digerir tanta opacidad, a Jürgen Attel se le ocurrían docenas. Pero su intuición le dijo que Stahel no tenía las respuestas.

—Supongo que las que surjan podré hacérselas a Peter —contestó.

Wolf Stahel se puso en pie. Fuera lo que fuese lo que acababa de iniciar, su papel había acabado.

—Usted limítese a hacer lo que se le indique —concluyó, dando por finalizada la entrevista—. El Partido sabrá recompensarlo.

BRUSELAS

Heisenberg (cont.)

… A partir de un trabajo experimental sobre el movimiento de agua en un canal, Heisenberg se dedicó al estudio teórico de la transición del régimen laminar al turbulento, para lo que tuvo que resolver las complejas ecuaciones diferenciales que determinan el movimiento del líquido. Un tema de una dificultad tal que, en palabras de Sommerfeld, «no lo habría propuesto como tesis a ningún otro de mis discípulos»…

Desde tiempos inmemoriales, la vida en la tranquila ciudad de Gotinga había girado alrededor de su universidad, considerada como el centro mundial de las matemáticas. En 1921 el consejo rector recuperó a Max Born, uno de sus egresados, para reemplazar en la dirección del Instituto de Física a Debye, en ese juego continuo que hacía mudarse a los académicos en busca de mejor sueldo, mejores condiciones de trabajo y mayor prestigio.

Born puso al mando de la física experimental a James Franck —quien traería el Nobel de 1925 a Gotinga—, y se reservó el área teórica, menos prestigiosa pero la única que le interesaba. Estaba decidido a revisar por completo la teoría cuántica del átomo, y a hacerlo aplicando las matemáticas y la mecánica, herramientas que conocía bien, para construir un modelo consistente y estable, a semejanza de la astronomía planetaria.



De algún modo los astros se alinearon para el precoz Heisenberg: Sommerfeld, invitado a impartir clases en la Universidad de Wisconsin durante el curso siguiente, acordó con Born que algunos de sus estudiantes se trasladarían a Gotinga; entre ellos Werner, quien trabajaría allí en su tesis doctoral.

Heisenberg se presentó en Gotinga en octubre de 1922. Seis meses más tarde, profesor y alumno habían hecho grandes progresos en el modelo cuántico-planetario del átomo, solo para descubrir que no funcionaba. Se hacía necesario, en palabras de Born, reconstruir el sistema entero de conceptos físicos desde su base. A pesar de todo, el profesor estaba tan satisfecho del alumno que le propuso que, una vez aprobada la tesis, regresase a Gotinga para convertirse en su colaborador y preparar la habilitación como profesor.

Tras una breve estancia en Múnich para presentarse al examen *rigurosum* de la tesis, y humillado por la mediocre calificación obtenida, Heisenberg regresó a Gotinga temeroso de que Born lo rechazase. Pero al profesor le tenía sin cuidado el nulo interés de su alumno favorito por la experimentación, a la que él mismo tampoco era aficionado. Max Born estaba decidido a reinventar la mecánica cuántica, y Werner Heisenberg, *doktor* a la temprana edad de veintiún años, estaba preparado para aceptar el reto.

11



No hubo solemnidad en la entrada del Nord Express a la estación de Bruxelles-Nord. No, al menos, la que un joven de provincias esperaría en su llegada en expreso de lujo a la capital de un reino. Habíamos recorrido con penosa lentitud suburbios grises y destartalados de poco interés, como los de las otras ciudades atravesadas. Y si la ralentizada marcha por la playa de vías se me antojó emocionante, ante la vista de la decimonónica cubierta de acero y cristal que, obediente a las leyes de la estática, se agrandaba majestuosa ante mí, el resto de los viajeros se mostró ajeno. Apiñados con sus pertenencias en el pasillo, deseosos de sacudirse de encima la prolongada inmovilidad y de reanudar sus quehaceres ordinarios, los pasajeros mataban la espera conversando, fumando y mirando por la ventanilla, o se dejaban mecer por el traqueteo, sumidos en insondables pensamientos.

Yo lanzaba constantes miradas a la puerta del compartimento contiguo, que permanecía con la cortinilla echada. Tarde o temprano había de abrirse, pero el tiempo se acabó cuando el convoy se detuvo entre quejumbrosos chirridos. Si hubiese viajado solo, cualquier excusa me habría parecido buena para demorarme, buscando cruzar con Charlotte un último saludo. Dedicándole, quizá, una frase ingeniosa: «Tenía usted razón: no era imposible encontrarnos en Bruselas», podría haberle dicho. Pero no fue el caso: desde el extremo del pasillo, el profesor Debye me hizo señas para que me apresurase. Veterano en lides ferroviarias, el holandés

sabía que convenía ser diligente para evitar una interminable cola en la parada de taxis.

Con la flema correspondiente a toda una primera clase, los pasajeros fuimos saliendo en orden del vagón. Los profesores se apresuraron en depositar sus maletas, recargadas a causa de las rígidas normas de etiqueta de los congresos, en el carrito de un mozo de cuerda. Hice lo mismo con la mía cuando llegaron a mi altura, aunque no habría tenido dificultad para llevarla a mano hasta la salida. Mientras nos uníamos a la corriente humana, eché un vistazo hacia la parte posterior del convoy, donde se hallaban los coches procedentes de Berlín. Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría Klara a mi saludo, pero la multitud me impidió ver si ella y la profesora Meitner se habían apeado ya. Lo que sí pude comprobar, al llegar al vestíbulo, es que el público de Bruselas no difería gran cosa del de Leipzig: grupos familiares, de amigos, parejas, viajeros solitarios… Muchos viajeros solitarios, sobre todo. Curiosamente, todos daban la impresión de haber dormido bien.

El trayecto se me hizo corto desde la estación hasta la plaza De Brouckère, donde se hallaba el Métropole. Podríamos haberlo hecho a pie sin dificultad de no ser por el equipaje de los profesores: el taxi apenas recorrió media docena de manzanas antes de detenerse de nuevo. Pero media docena de manzanas que se me antojaron un mundo por descubrir, pues ambas aceras estaban plagadas de comercios y cafés concurridos y de cines y teatros que, supuse, lo estarían por la tarde. Apenas tuve tiempo de empapar mis sentidos de tan formidable ajetreo mundano antes de que el taxista detuviese el vehículo. Ante nosotros se erguía un magnífico edificio de entrada cubierta por un dosel semicircular.

—*Voici l'hôtel Métropole, messieurs…*



Ricas telas. Ricos mármoles. Ricas maderas. Ricos bronces y dorados. Si la fachada era de una elegancia contenida, casi sobria, el

interior del Métropole impactaba por su lujosa decoración. Era fama que allí se alojaban reyes, políticos y artistas, y me conturbaba pensar que había gente para la que aquel lugar suntuoso era su hábitat natural. La primera impresión que producía el vestíbulo, agradablemente iluminado por lucernarios de artísticas vidrieras, era que no se había escatimado en espejos, alfombras y exóticas plantas ornamentales. En la recepción, una fontana de mármol rosado, pedestal para una lánguida ninfa indiferente a su desnudez, emitía su refrescante murmullo tras el mostrador. Pero no pude, a pesar de mi excitada curiosidad provinciana, detenerme a curiosear como me hubiera gustado: una vez registrados, los profesores y yo nos dimos quince minutos para reencontrarnos y lanzarnos a la calle en busca del almuerzo.

Mi habitación tenía una ventana abierta a la plaza en el tejado abuhardillado correspondiente a la fachada principal. Una de las más económicas, supuse, pues se hallaba en la última planta; aun así, el confort saltaba a la vista: la cama, amplia como para dos personas, estaba cubierta por una colcha adamascada, en vistosa combinación con la tela que recubría las paredes. Había una butaca, dos mesillas de noche de refinada marquetería y un escritorio a juego con silla y lámpara de pesada peana de bronce, que presentí iba a serme útil para redactar mis informes. La moqueta que recubría toda la estancia era tan mullida que invitaba a descalzarse, pero tampoco tenía tiempo para tales placeres; solo el justo para asearme y ponerme una muda limpia.

—*Service de chambre!*

Un cauteloso golpeteo de nudillos en la puerta, acompañado de una voz femenina, me sorprendió a punto de ponerme una camisa recién sacada de la maleta. Dado que no conocía los usos en aquel tipo de establecimiento —ni en ningún otro, a decir verdad, pues mi experiencia hotelera era nula—, abrí la puerta sin hacerme esperar.

—*Bonjour, madame* —respondí en mi mejor francés del *gymnasium*.

Al verme en camiseta interior, la camarera, una mujer de

mediana edad, rostro bondadoso y el aspecto sobrio que confieren una cofia y un delantal inmaculados sobre un uniforme negro, desvió la mirada con recato.

—Le traigo más toallas por si le hacen falta, señor —dijo.

Curioso, pensé, porque junto al lavabo había una pila de ellas, impolutas, esponjadas y primorosamente plegadas.

—Gracias —respondí—, pero creo que tengo suficientes.

—Como desee el señor. Disculpe si lo he molestado. Si necesita alguna otra cosa…

Pero entonces caí en la cuenta: Gelb había dicho que el enlace se me revelaría a su debido tiempo. Por lo visto, no había perdido un minuto. La de las toallas era, sin duda, una excusa para presentarse.

—¿Viene de parte de *herr* Gelb? —pregunté con sonrisa cómplice —. Ahora he de salir, pero podemos vernos más tarde. Supongo que hacia las cuatro estaré de regreso, y que…

—Oiga, caballero, ¿qué quiere usted decir? —se escandalizó ella, la mirada centelleante y las toallas apretadas contra el pecho, a la defensiva—. ¿Por quién me toma?

—Yo… Pues…

—¡No sé a quién espera usted de parte de ese tal Gelb, pero le aseguro que este es un hotel decente!

Salí del ascensor disimulando el rostro bajo el ala del sombrero, por si la camarera me había denunciado al conserje. Todavía sentía el sonrojo provocado por su ira destemplada y su sonoro portazo cuando me reuní con los profesores, que departían junto a la entrada con *frau* Meitner y con Klara Hofmann. Otra vez era yo el último.

—Ah, Maier, llega a punto —se alegró Heisenberg, para mi alivio —. Salgamos a comer, ahora que estamos todos.

Según la sección turística de la guía de ferrocarriles, las *brasseries* eran lugares poco adecuados para las damas; pero

cuando se lo comenté a Debye en un discreto aparte, al salir del hotel, el profesor quitó importancia al hecho. La guía está anticuada, dijo, eso son cosas de posguerra. Nuestros pasos nos llevaron a un concurrido local de la calle Neuve, a poca distancia del Métropole. El lugar, en efecto, presentaba un aspecto inocuo, al menos a aquella hora del día: había abundancia de presuntos oficinistas, de funcionarios y de quienes, cargados de paquetes y bolsas, sin duda estaban de compras por los comercios aledaños. Todos ellos parecían de buen humor y mejor apetito. Me pregunté si más tarde, cuando la cerveza corriese con alegría de viernes por la noche, el ambiente sería igual de recomendable.

No fue casual, supuse, que Klara se sentase en el otro extremo de la mesa. La impresión de que me rehuía, adquirida durante el corto paseo hasta la *brasserie*, se convirtió en certeza cuando constaté que evitaba cruzar su mirada con la mía. Seguía disgustada, sin duda, por la desafortunada discusión con que había acabado nuestra charla de la mañana.

En todo caso, mis cavilaciones acabaron cuando llegaron las generosas raciones de salchichas que el profesor Heisenberg tuvo la gentileza de recomendarnos, cada una de ellas guarnecida con una montaña de, al decir suyo, las mejores *frites belges* de Bruselas.

—… lo cual —rubricó— equivale a decir las mejores patatas fritas del mundo.

—Sin duda —apoyó Debye—. He aquí un menú sencillo pero contundente. Ya habrá tiempo de degustar el *waterzooi*, la *carbonnade* y otras suculencias del país.

Lise Meitner dirigió una mirada cómplice a Klara.

—Me temo, mi querido Peter —dijo con elocuente sonrisa— que pasar toda una semana en su compañía va a resultar catastrófico para nuestra figura.

Ambas rieron de buen humor, a lo que el aludido correspondió con una galantería.

—Oh, vamos —protestó—… No me parece que la señorita Hofmann y usted tengan el menor problema en ese sentido.

Mientras la conversación proseguía por derroteros triviales, alejados de la sesuda ciencia pura del desayuno, aproveché la ocasión para observar con discreción a la conspicua profesora austriaca. La cual, dicho sea de paso, me parecía lo bastante menuda como para haber tenido que preocuparse alguna vez por los kilos de más. Por los de menos, si acaso, dadas las penurias que, según Klara, había tenido que soportar para abrirse paso en el masculino mundillo académico.

La profesora hablaba de Viena, su ciudad natal: elogiaba la monumental arquitectura, de imperial grandeza, y describía la intensa vida cultural, que tachaba, aclaró con desdeño, de clásica y encopetada en exceso. Nada que echase de menos en Berlín, ciudad que a dichos atractivos aunaba otros más mundanos, como su desenfado, su pujanza y su modernidad; aspectos en los que, estaba convencida, la capital germana no tenía parangón.

—… salvo, probablemente, París —puntualizó—. Pero París solo lo conozco de oídas, por lo que no puedo hablar. ¿Sabían ustedes que, tras obtener el doctorado, solicité a madame Curie que me admitiese como ayudante en su laboratorio de la Sorbona? Lamentablemente —meneó la cabeza—, en aquel momento no había plazas libres.

—No tan lamentablemente —discrepó Heisenberg—, porque ello nos habría privado de su inestimable presencia en Alemania.

—Agradezco su consideración, Werner. Sin embargo, parece que no todos sus compatriotas la comparten.

Lo noté de repente. Algo, no sabría decir con exactitud qué, ocurrió entre la veterana profesora y su joven pupila. Un leve asentimiento de esta, apenas iniciado, no concluso; o una furtiva mirada cómplice de aquella, reprimida antes de llegar a su destino. Observé a los profesores: conversaban sin perder de vista sus *frites*, que atacaban sin misericordia. Nada en ellos, más allá de su evidente disgusto por la situación de Meitner, ofrecía indicios de que participasen de esa complicidad atisbada.

Imaginaciones mías, tal vez.

O tal vez no. No pude no admirar a la mujer de aspecto frágil y

mirada melancólica que se sentaba frente a mí. Nadie que no la conociese podría adivinar la férrea voluntad que anidaba en ella, capaz de derribar barreras en una sociedad misógina sin más armas que su desmesurada obstinación, su entusiasmo por el trabajo y su pasión por la física. Si aparentaba ser poca cosa era, además de por su talla exigua, porque había consumido sus energías en una profesión en la que tuvo que esforzarse más, durante más tiempo y en peores condiciones que sus colegas para ver reconocidos sus méritos por igual. Pero ahí estaba, codeándose con los grandes, y mañana se sentaría en la asamblea del particular Olimpo de la física moderna, reconocida como igual entre sus dioses. Y a pesar de todo, suspiré, relegada por quienes venían —de nuevo las sensaciones contradictorias— a redimir Alemania.

—Y usted, doktor Maier, ¿ha estado en Viena? —se interesó ella, devolviéndome a la realidad.

—Me temo que no, *frau professor* —respondí—. Pero tras oírla a usted ardo en deseos de viajar a esa hermosa ciudad.

—Quizá debería regresar allí, Lise —intervino Heisenberg—. Dado el cariz que están tomando las cosas en Berlín, sería lo más seguro para usted.

—Me decepciona, Werner —se burló la aludida—. Me habían dicho que usted trataba de convencernos a los judíos de que permaneciésemos en Alemania; de que los nazis recuperarán la cordura y podremos reincorporarnos a nuestros trabajos.

Asintió Heisenberg, el semblante preocupado. Su tenedor, cargado con las últimas patatas fritas, interrumpió su camino y regresó al plato.

—Lleva usted razón. Eso hacía, pero… —Meneó la rubia cabeza, y por primera vez desde que lo conocía tuve la impresión de que su animosa mirada naufragaba en un mar de dudas—. No sé, Lise. Últimamente, nuestros gobernantes… Ya no sé qué pensar.

Debye y Meitner asintieron y luego callaron, porque no había nada que añadir, sin percatarse ninguno de ellos del acto íntimo y furtivo que tuvo lugar entre Klara y yo: al oír la mención a los nazis,

por primera vez desde que saliéramos del hotel ella me dirigió la mirada. Un dardo celeste, gélido y acerado, hiriente como una puñalada.

12



Tras el almuerzo, Heisenberg propuso dar un paseo para estirar las piernas y admirar el centro histórico de aquella, al decir suyo, bella ciudad. *Frau* Meitner y Klara aceptaron de inmediato: era su primera vez en Bruselas y no querían perderse una visita guiada por quien llevaba varios consejos Solvay a sus espaldas. Debye se excusó alegando que ya conocía la ciudad y que prefería salir más tarde, una vez despachada la digestión, lo que todos interpretamos benévolamente como la necesidad de una siesta tras los rigores del viaje. En cuanto a mí, me uní a él aduciendo que apenas había pegado ojo la pasada noche; y omitiendo, porque no venía a cuento mencionarlo, que debía redactar un informe y que prefería evitar la hostilidad de Klara.

Era consciente de que su ayudante no me había contado nada sobre Lise Meitner que la NG no pudiera saber ya; y no disponía de ninguna pista sobre sus intenciones, más allá de su antiguo intento de trabajar en París. Nada que pudiese aportar interés a mi informe. Así pues, aunque el sueño y la pesada carga de salchichas con *frites* apenas me dejaban pensar en otra cosa que no fuese en echar una cabezada, decidí aprovechar la buena relación que me unía a Debye durante el corto paseo de regreso al hotel.

—Es terrible, ¿verdad? —comenté—. Me refiero al hecho de que le hayan retirado la *venia legendi* a *frau* Meitner. La señorita Hofmann me comentó esta mañana lo disgustada que está la profesora, disgusto que comparten colegas de la talla de Planck, Von

Laue y Hahn.

Asintió el hombre que algún día, si el dios de los físicos tenía la sabiduría que cabía suponer, debería ganar un Nobel por sus descubrimientos sobre física molecular[21].

—Lo terrible —se lamentó— es que no todos piensan igual. Algunos en Berlín nunca llegaron a aceptar que una mujer impartiese clases en la universidad, y hoy se regocijan de la expulsión de Meitner, exigiendo también que se le impida seguir investigando en el KWIC.

—¿Pueden conseguirlo?

—Esa es una buena pregunta. —Frunció los labios el profesor, como quien considera puntos fuertes y débiles—. Lo veo difícil —dijo al fin—, mientras la KWG[22] mantenga su autonomía y Meitner cuente allí con el apoyo incondicional de quienes usted ha mencionado. Por fortuna para ella, su nacionalidad austriaca la exime de muchas normas y obligaciones que afectan a los alemanes, igual que a mí. Pero también hay fanáticos nazis en la KWG, y estoy seguro de que pondrán todo su empeño en hacerle la vida imposible.

—Supongo, entonces, que es probable que *frau* Meitner decida regresar a su país o exiliarse en Inglaterra o Suiza, como han hecho otros —aventuré, tratando de sonsacarle—. Digo yo que a una científica de su talla no le faltarán propuestas en ese sentido.

Sea por prudencia o por ignorancia, Debye ni confirmó ni desmintió.

—Tal vez —se limitó a admitir, alzando los hombros—, pero es una mujer valiente. Ha conseguido todo lo que se ha propuesto hasta ahora, y no creo que vaya a dejarse amedrentar por esa patulea de intransigentes. Y ahora —añadió con un gesto que interpreté como voluntad de zanjar el tema—, ¿le apetece un digestivo antes de subir a la habitación?

Habíamos franqueado la puerta del hotel mientras hablábamos, y el profesor señalaba con su bastón hacia uno de los salones abiertos al vestíbulo. Temí quedarme dormido si me sentaba en un sillón,

pero la oportunidad de proseguir nuestra conversación a solas era demasiado buena. Además, un digestivo siempre ayudaría en eso, en hacer la digestión. Saqué fuerzas de flaqueza. Acepté.



—Creo que tiene un hijo en el *gymnasium*, ¿no es cierto, *herr professor*?

—Así es —respondió Debye con orgullo de padre—. Se llama Peter también, y he de decir que no se le dan mal los estudios.

Nos habíamos instalado en el salón de lectura, una estancia de mullido alfombrado, cómodos butacones y ecléctica decoración a base de mármoles, dorados y motivos de reminiscencias africanas. Si en eso consistía el lujo, me dije, no me parecía difícil acostumbrarse.

—¿Estudiará física? —aventuré.

Rio él la ocurrencia.

—Es pronto para saberlo —respondió—. Pero no le quepa duda de que tendría todo mi apoyo. Quién sabe, Maier —me guiñó un ojo —, quizá acabe siendo alumno suyo.

Degusté mi *peket*, una ginebra aromatizada típica de Valonia que el profesor me había recomendado. Era ligeramente dulce, con sabor a frutas del bosque, al estilo de nuestro *himbeergeist*. Él, tras bañar en la suya la punta de un cigarro puro, lo chupó con deleite antes de proceder al ritual encendido con su pericia de gran aficionado.

—Sabe que para mí sería un honor —dije—. Le debo a usted mucho: le debo mi vocación por la física.

—Lo sé. Usted es uno de mis mayores logros como profesor, y sabe que, adonde quiera que lo lleve la azarosa vida del académico, siempre podrá recurrir a mí cuando me necesite.

—Se lo agradezco, *herr professor*. Es solo que…

Me interrumpió la duda. Observé a aquel hombre de excepcional inteligencia, carácter bondadoso y fama de *bon vivant*, y me pregunté si no sería indigno aprovecharme de su confianza para mi informe.

—Usted dirá, Maier.

Contemplaba él la regular incandescencia del extremo de su habano tras darle varias chupadas bajo la llama del fósforo. Y decidí, para aliviar mi conciencia, que de ninguna manera pondría por escrito nada que pudiese perjudicarlo.

—Me pregunto si permanecerá usted en Alemania —dije al fin—. Antes, cuando hablábamos de *frau* Meitner… Bueno, me consta que usted tampoco simpatiza con los nazis, y teniendo en cuenta que es holandés… Lo que quiero decir es que estoy seguro de que en su país lo acogerían con los brazos abiertos.

Claro que, tal como estaban las cosas, quién sabía qué podía perjudicar y qué no. Me prometí a mí mismo ser prudente, en cualquier caso.

—Es cierto que he recibido algunas indirectas. —El profesor exhaló una densa nube de humo con aire complacido—. Ya ejercí en Utrecht en el año doce, y no me disgustaría volver si no hubiese más remedio; pero, de momento, eso no entra en mis planes.

Asentí en silencio. Debye había sido claro, así que opté por no insistir. Para los detalles del informe ya disponía de mis notas sobre la conversación escuchada en el tren. Apuré el *peket*, dispuesto a excusarme, pero no me dio tiempo. El profesor se levantó antes, el bigote y los labios repentinamente distendidos.

—¡Mi querido profesor Cabrera! —exclamó, mirando más allá de mi espalda—. Qué placer volverlo a ver, don Blas.

Me puse en pie a mi vez para dejar que me presentase al recién llegado, un hombre de ojillos saltones y bigote cano, como el pelo que le crecía desde el final de una frente muy despejada. Las investigaciones de Blas Cabrera para obtener el valor del magnetón, la unidad básica de carga magnética, habían sido referencia obligada durante la elaboración de mi tesis doctoral. Y, aunque no figuraba en la lista de Gelb, algo había leído sobre este español, profesor de la Universidad de Madrid y miembro de la Academia de Ciencias de París y del Comité científico del Consejo Solvay, en el que había entrado a propuesta de Einstein y de Curie. Cabrera era un físico de

gran mérito por cuanto, además de su renombre internacional en el campo del magnetismo, era un pionero de la física moderna en un país en el que la ciencia siempre había ido rezagada respecto a las principales naciones europeas.

—Y dígame, Cabrera, ¿cómo les va en su flamante Instituto? —se interesó Debye tras el pertinente estrechar de manos—. Debe usted saber, Maier, que el profesor dirige el Instituto Nacional de Física y Química, que se inauguró el año pasado en un moderno edificio construido al efecto. Sommerfeld estuvo presente —añadió, con la admiración que sentía por todo lo relacionado con su maestro—, y se llevó una magnífica impresión.

—El profesor Sommerfeld nos hizo un gran honor con su presencia en Madrid —dijo Cabrera en un razonable alemán, aprendido durante una estancia de investigación en Zúrich—. Y sí, he de decir que las condiciones de trabajo son excelentes, gracias al generoso patrocinio de la Fundación Rockefeller.

Debye posó una mano amistosa en el hombro del recién llegado. Con la otra señaló la mesa a la que estábamos sentados.

—Cuéntenos usted, por favor. Me interesa mucho saber cómo están organizados.

Campechano, cualidad en la que no desmerecía a Debye, Cabrera exigió invitarnos a una copa a cambio. Si el holandés se mostró encantado de seguir dando cuenta de su habano en buena compañía, yo rehusé, aduciendo una perentoria necesidad de sueño. Lo que no me eximió de responder antes a las preguntas del español sobre mi colaboración con Heisenberg, a quien conocía de los anteriores consejos. Naturalmente, aproveché para hablarle de mi tesis sobre magnetostricción, sobre la que mostró un vivo interés, haciéndome prometer que le enviaría una copia.

—Un placer conocerlo, doktor Maier —dijo, una vez satisfecha su curiosidad—. Espero que volvamos a vernos durante estos días.

—Lo mismo digo, profesor Cabrera. Y ahora, caballeros, si no les importa…

Aún no había alcanzado el umbral cuando ya ambas eminencias

reanudaban su amistosa charla. Una del elevado nivel intelectual que en ellas cabía esperar.

—… Creo que probaré uno de esos cigarros, Debye. ¿Es cubano? —Desde luego. Anímese, Cabrera, no le defraudará…



Bruselas. Viernes, 20 de octubre de 1933
De: M. Maier
Para: H. Gelb
Asunto: Informe correspondiente a los días 19 y 20

Partida de Leipzig ayer a las 19:40 con W. Heisenberg y P. Debye.

Llegada a Bruselas a las 11:30 de hoy (hora local) sin novedad, vía Magdeburgo y Hannover. Alojamiento en el Hôtel Métropole, plaza De Brouckère.

Almuerzo con W. H., P. D., L. Meitnerysu ayudante, K. Hofmann, con quienes hemos coincidido en el expreso de Berlín. Se alojan también en el Métropole.

A continuación, se ofrece un resumen de diversas conversaciones mantenidas, con especial detalle de las manifestaciones expresadas por los profesores sobre sus respectivas situaciones personales y académicas, así como sobre sus intenciones de futuro.

1. *Conversación entre W. H. y P. D. durante el trayecto Leipzig-Magdeburgo.*
2. *ídem, con K. H. sobre L. M. durante el trayecto Lieja-Bruselas.*
3. *ídem, con todos durante el almuerzo.*
4. *ídem, con P. D. a solas tras el almuerzo.*

…

No imaginaba cómo escribirían sus informes los informadores de la NG, por no decir los espías en general. Tampoco había recibido instrucciones precisas, más allá de «completo y detallado», así que decidí dar al mío un estilo neutro, impersonal. Como si de un artículo científico se tratase. Escribí aparte, para empezar, una lista de las cuestiones que no quería dejar en el tintero: el dilema de los físicos no judíos, el enfrentamiento entre la física aria y la judía, las asociaciones de ayuda a los expulsados. También anoté de forma telegráfica la actitud de cada profesor ante la situación creada por la Ley de Restauración. Luego, con más calma, me extendí a lo largo de varias cuartillas en pasar a limpio las notas, incluidas las tomadas en el tren. La somnolencia se cebó conmigo al igual que hiciese entonces, solo que ahora se hacía más insoportable por la cama de colchón mullido y tersas sábanas que esperaba a mis espaldas. Pero me obligué, pues no quería dejar escapar ciertos detalles de las últimas conversaciones, todavía frescas en mi cabeza.



Un ruido en la puerta me sobresaltó. No sabía cuánto había dormido. Lo suficiente como para que la luz exterior hubiese declinado hasta una débil penumbra. Mi mano buscó sobre la mesilla de noche la cadenita de la lámpara eléctrica. Me había acostado vestido, constaté sin sorprenderme. Al menos me había descalzado. Consulté mi precioso, anticuado reloj de bolsillo: las seis menos diez.

Volvieron a golpear la puerta. Esta vez oí la voz jovial de Heisenberg.

—¿Está usted ahí, Maier?

—Un momento.

Me incorporé maquinalmente. Alcancé la puerta maquinalmente,

la entreabrí maquinalmente. Debía de parecer un autómata mal engrasado.

—Lo… siento. —Carraspeé—. Me he quedado dormido, y…

La actitud animada del profesor contrastaba con mi torpeza.

—Por supuesto. —Sonrió—. Para eso ha subido, ¿no? Lamento haberlo despertado, si es que no ha tenido suficiente.

Sabía que la cortesía me obligaba a franquearle el paso, pero también que sobre el escritorio estaban desparramadas las cuartillas del informe, tal como habían quedado cuando se me cerraron los ojos definitivamente.

—Es que —balbucí—… he escrito a mi madre antes de acostarme, y… Pero pase usted, por favor.

Me dirigí al escritorio con intención de recoger los papeles, pero Heisenberg no hizo ademán de entrar.

—Oh, no es necesario. Tan solo quería decirle que el profesor Langevin, el presidente del Comité científico, ha organizado una cena para los invitados al Consejo que nos encontramos ya en Bruselas. Pero me temo que eso no incluye a los colaboradores —añadió con visible embarazo—, y que…

Lo interrumpí con un gesto tranquilizador.

—No debe preocuparse por mí, *herr professor*. A decir verdad, me vendría bien cenar ligero y acostarme temprano. No estoy acostumbrado a viajes tan largos.

—Descanse usted, entonces —asintió él, comprensivo—. El Consejo va a ser largo y le conviene estar despejado. Mañana por la mañana, si le parece, podemos repasar la ponencia tras el desayuno.

Heisenberg no imaginaba lo mucho que me alivió no tener que acudir a una cena de compromiso. Desde luego que cenaría ligero, si es que cenaba. En cuanto a lo de acostarme temprano, eso ya se vería. Necesitaba estirar las piernas, y nada me apetecía más que echar un vistazo a aquella prometedora ciudad.

13



La impúdica ninfa seguía ignorándome desde su pedestal. El conserje, en cambio, me saludó cuando dejé la llave sobre el mostrador.

—Ah, *monsieur* Maier, acaban de dejar una nota para usted —dijo con adusta profesionalidad—. Precisamente iba a enviársela con un botones.

Buscó en el casillero y me tendió un sobre del tamaño de una tarjeta de visita. Un recado tardío de Heisenberg, supuse; o quizá, fantaseé, una nota de Klara Hofmann, que deseaba reconciliarse. Ni lo uno ni lo otro. Tan solo se trataba de una tarjeta comercial impresa en letras de molde.

HOTEL ASTORIA
101-103, RUE ROYAL
ESTRICTLY FIRST CLASS

Mi decepción se vio en parte aliviada cuando leí el lacónico mensaje escrito a mano en el dorso: «21:00 en el bar». Una cita, pues. Pensé en el misterioso enlace que debía ponerse en contacto para recoger mis informes.

—¿Ha visto al mensajero? —pregunté al conserje.

«Remy», rezaba una chapita prendida en su pecho. Se encogió de hombros y extendió ambos brazos en elocuente gesto: qué más quisiera él que poder abarcar todo lo que ocurría ante el ajetreado

mostrador. Sin embargo, no me defraudó cuando mi ademán de sacar el monedero —lección número uno del manual del detective de Hollywood— le refrescó la memoria.

—Era un botones del hotel Astoria, creo recordar —dijo.

Tenía sentido. Siendo con toda probabilidad el enlace alguien de la NG, no querría venir en persona y exponerse a que alguno de nuestros físicos lo reconociese.

—¿Tiene un mapa? —pregunté—. Si fuese tan amable de indicarme su situación…

—Desde luego, *monsieur* Maier. El Astoria queda junto a la plaza del Congreso, en la Villa alta. Puede tomar un taxi o el tranvía, si lo desea. Veamos…

Iras las explicaciones pertinentes, convenientemente agradecidas con una moneda de dos francos de plata a cambio del mapa de cincuenta céntimos y un folleto turístico gratuito de la ciudad, consulté mi reloj de bolsillo: las siete y cuarto. Tiempo de sobra, calculé, para callejear un poco y llegar puntual a la cita. Pero antes…

—Espere un momento, Remy —dije en el preciso momento en que el conserje se disponía a devolver la llave a su casilla—. He olvidado algo en la habitación.

Subir a la última planta del Métropole era cuestión de un minuto, y además se disfrutaba del pueril placer del viaje en ascensor. Pero mi sonrisa plácida se desvaneció cuando observé que la puerta de mi habitación estaba entreabierta.

Intrigado, me detuve fuera a escuchar: un repetido crujir de ropa almidonada revelaba que había alguien dentro. Asomé la cabeza con precaución hasta que alcancé a ver una figura de cofia y delantal blancos, inclinada sobre la cama. Al apoyar mi mano en el pomo, la puerta rechinó. La figura dio un respingo y se volvió hacia mí: era la camarera de la mañana.

—¡Jesús, qué susto me ha dado! —exclamó al verme, llevándose una mano al pecho—. Estaba… Ejem. Arreglando su cama para la noche.

Eché un vistazo en derredor. Todo estaba en orden; incluido el

sobre en que había introducido el informe, visible encima del escritorio. Me lo guardé en el bolsillo interior del abrigo.

—Está bien —dije—. Disculpe, no quería asustarla.

—Oh, no ha sido culpa suya —contestó ella, azorada—. Además, soy yo quien debo disculparme por mi actitud de esta mañana, *monsieur* Maier. El conserje me ha dicho que es usted el ayudante del profesor Heisenberg, y…

—¿Conoce usted a Heisenberg?

La mujer abrió mucho los ojos.

—Todos en el hotel lo conocemos. Se ha alojado aquí varias veces; y es un científico muy importante, ¿no es cierto?

Suponía yo que, en un lugar como aquel, en el que acostumbraban a recibir personajes célebres, el personal estaría aleccionado para proporcionarles un trato exquisito, pero no imaginaba que eso incluyese a los físicos conspicuos.

Cabeceé una afirmación.

—Lo es. Y en cuanto a lo de esta mañana, ha sido un lamentable malentendido. Esperaba a una persona para…

Ella hizo un gesto de rechazo.

—No necesita darme explicaciones, *monsieur* Maier. Por cierto, me llamo Francine. —Sonrió—. Soy la camarera de esta planta. No dude en usar el pulsador del servicio para cualquier cosa que necesite. Procuraremos atenderle enseguida.

—Así lo haré, muchas gracias.

Se inclinó Francine al tiempo que hacía una leve genuflexión —una reverencia que se me antojó teatral—. Luego, cuando se disponía a abandonar la estancia, se detuvo en el umbral.

—Ah, también le he repuesto el recado de escribir —añadió con mohín cómplice, señalando la bandejita repleta con sobres y cuartillas con membrete del hotel.



Opté por caminar hasta el Astoria. Además de resultar económico,

me permitiría echar un vistazo a algunos lugares obligados de la ciudad. Dejé a un lado la monumental columnata del Teatro de la Moneda donde, según el folleto, se oyeron los primeros gritos de la revolución que en 1830 traería la independencia al país, y siguiendo el mapa tomé la calle de L'Ecuyer y luego por d'Arenberg. Quizá Bruselas, en sus amplios bulevares periféricos, mostrase la importancia que se le suponía a la capital de un reino, pero aquellas calles del centro histórico no me parecían muy diferentes de las de Dresde, Leipzig o Chemnitz, las pocas ciudades que conocía. Estaban constituidas en su mayoría por casas modernas de tres o cuatro plantas, similares, a la vez que desiguales, en los miradores y balconadas de hierro forjado que adornaban sus fachadas, más o menos vestidas según los posibles de quienes las hicieron construir.

Me asomé a las —siempre según el folleto— famosas galerías Saint Hubert, una calle comercial que alojaba elegantes tiendas y restaurantes enteramente cubierta por una bóveda de cristal, algo bastante práctico dado lo lluvioso del clima. Luego llegué a una encrucijada desde la que, al final de una calle diagonal, percibí una mole simétrica en sus torres sin pináculo: la catedral de Saint Michel destacaba su intensa negrura contra el tinte violáceo del cielo recién anochecido. Tras comprobar que andaba bien de tiempo, examiné la fachada a la escasa luz del atardecer, y después rodeé el edificio para continuar hacia la parte alta de la ciudad, remontando una suave pero pertinaz pendiente que me obligó a reducir el paso, so pena de perder el resuello. La calle Royale resultaba reconocible por el amplio edificio del Parlamento, erigido en la acera opuesta. Para llegar al Astoria bastaba con seguirla hasta más allá de la Columna del Congreso, a cuya plataforma recomendaba el folleto subir para disfrutar de las vistas.

Sería en otra ocasión.

La fachada del Astoria, con su entrada flanqueada por lujosas tiendas, presentaba un aspecto imponente. En el suntuoso vestíbulo el ambiente me hizo sentir fuera de lugar: damas enfundadas en rutilantes vestidos de cóctel y caballeros de riguroso esmoquin, con

pinta todos ellos de haber cenado bien, circulaban en animada conversación entre el comedor y los diversos salones: el de señoras, el de fumar, el de lectura. Al preguntarle por el bar, el recepcionista dedicó una mirada displicente a mi traje de calle, que todavía conservaba —y conservaría indefinidamente, a menos que lo hiciese planchar— las arrugas del viaje.

En el bar la animación no era menor. Recordé que no era responsabilidad mía reconocer al enlace, sino suya. Lo único que yo debía hacer era acercarme a la barra, pedir una consumición que no me hiciese un agujero en el bolsillo y sentarme a esperar. Y puestos a sentarme, ¿por qué no en el taburete libre junto a la esplendorosa, interminable espalda que un pronunciado escote dejaba al descubierto y que una especie de gargantilla negra separaba de un no menos espléndido cuello, visible gracias al artístico recogido de la cabellera caoba?

La damisela fumaba un cigarrillo acodada en la barra. Ante ella, un líquido de tinte anaranjado burbujeaba en una copa adornada con piel de naranja. Decidido a vencer mi natural timidez, coloqué abrigo y sombrero sobre un tercer taburete y me senté a su lado. Esbocé un «con su permiso» que, por no atreverme a mirarla a la cara, no pudo por menos que parecer tímido. Mientras esperaba a que el barman reparase en mí, percibí de reojo cómo se retiraba de mi campo de visión una mano enguantada en negro hasta el codo y cómo luego retornaba a su posición inicial, seguida de una vaporosa voluta de humo perfumado.

Un aroma a especias que reconocí.

—¿Ya ha tenido ocasión de visitar la ciudad, Matthias? —preguntó una voz más ronca de lo que cabría esperar.

—¡¡¡Usted!!!

14



—¿Le sorprende?

Me pregunté si no estaría soñando despierto. Abrí mucho la boca, pero luego la cerré.

—¿Por qué no me lo dijo en el tren? —susurré al fin.

Pestañeó Charlotte con aire inocente. Como si las obviedades no necesitaran explicarse.

—Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Miré en derredor, haciendo con la mano un gesto que quería abarcar el bar atestado.

—Aquí hay mucha más gente que en aquel pasillo —observé.

—Que yo sepa, todavía no hemos hablado de nada —repuso ella, bellísima con su rímel y su sombra de ojos achampanada sobre los iris verde alga, y con sus labios de intenso carmín.

Me froté la barba, como solía hacer cuando me enervaba.

—Pero la forma en que me trató —balbuceé—… Es humillante. Usted lo sabía todo sobre mí, y yo, en cambio…

Ella puso los ojos en blanco.

—Al menos fue sincero, Matthias. Reconozco que ganó muchos puntos cuando reconoció ser un mero ayudante del profesor Heisenberg. Cualquier otro se habría tirado un farol.

—Y se burló de mí al despedirse —añadí exasperado—. En realidad, *sabía* que volveríamos a vernos.

Charlotte se llevó el cigarrillo a la boca. Inhaló el humo, lo expelió sin prisa; con indolencia, casi. ¿Ganaba tiempo para

encontrar la forma de excusarse?

—Ah, *eso* —dijo al fin. Y luego rio, divertida—. Espero que no le quitase el sueño —Y me obsequió con un delicioso mohín de contrición—. ¿Quiere tomar una copa? Lo invito como desagravio.

Embaucadora.

Pero una embaucadora irresistible.

Ella sabía perfectamente que, más que sentirme agraviado, yo estaba encantado de volverla a ver. Por un instante me pregunté si no resultaría inapropiado que una dama invitase a un caballero en un lugar como aquel, y luego sonreí para mis adentros. Al diablo. Al fin y al cabo, no se trataba más que de un sueño.

—¿Qué toma usted? —pregunté.

—Un cóctel de champán.

Según el manual del galán de cine, debería poner cara de póker y decir «tomaré lo mismo». No creí, sin embargo, que fuese buena idea para mi estómago vacío. Y, además, el paseo, la pendiente, la incertidumbre, la sorpresa, todo ello me había resecado la garganta. Quedaría fatal si me bebía el cóctel de un trago.

—Tomaré una cerveza, mejor —dije, aun a riesgo de desentonar.

Pero Charlotte asintió complacida. A una seña suya, el barman que hasta entonces me había ignorado acudió solícito.

—Y bien —dijo ella tras pedir la consumición—, todavía no ha respondido a mi primera pregunta: ¿ha visto la ciudad?

—Poca cosa. —Ladeé la cabeza con gesto impreciso—. Y, además, ya de noche…

Mientras le describía mi recorrido desde el Métropole, me sentí aliviado por el hecho de que el sofisticado vestido negro, que dejaba al descubierto los hombros y una espalda ancha, tirando a atlética, le cubriese las piernas hasta los tobillos y el pecho hasta el cuello, al que se abrazaba en la gargantilla. Una preocupación menos, la de que mi mirada no actuara por su cuenta de forma inconveniente.

—… y eso es todo —concluí—. Ni siquiera he podido detenerme a contemplar las vistas desde la Plaza del Congreso.

—Ya tendrá tiempo. No todo será trabajo para usted la semana

que viene…

—Eso espero. Por cierto, se la ve a usted muy elegante —añadí, dejando que mis anteriores pensamientos se mezclasen en la conversación.

—Gracias. Pero el mérito es de mi madre: se trata de un modelito suyo.

El camarero colocó ante mí una extraña copa en forma de cáliz. La visión de la cerveza tostada acrecentó mi sed. Charlotte levantó su cóctel, invitándome a brindar.

—*Santé!*

—*Zum Wohl!*

Di un largo sorbo a través de dos dedos de densa y amarillenta espuma. Charlotte apenas se mojó los labios, mirándome con curiosidad.

—¿Es buena?

—Mmm… —Asentí con la cabeza, aunque fruncí el ceño sin querer—. ¡Pero es fuerte! ¿Cuántos grados tiene?

Encogió ella la piel tersa y la geometría angulosa de sus hombros.

—Se acostumbrará usted. Todo el mundo se acostumbra a lo bueno.

Lo dijo mientras apagaba la colilla en un cenicero de cristal tallado. Yo, reconfortado tras un segundo trago, dejé vagar la mirada por el local. Si antes me habían llamado la atención los refinados vestidos de las mujeres, en ese momento me fijé en los vistosos tocados: sombreritos, turbantes, plumas, diademas. En comparación, Charlotte lucía un sobrio pero no menos elegante pasador de pelo engastado con perlas.

—Tendría que haberme advertido de que este es un lugar distinguido —la recriminé en tono amistoso.

—Tonterías —desdeñó—. No es más que un hotel. Y, además —añadió, dejando caer los párpados de esa forma que ya no recordaba y que volvió a secarme la garganta—, un joven de buena planta como usted no debería sentirse incómodo en ningún sitio.

Alcé ambas cejas. No sabía si me tomaba el pelo o si me cumplimentaba.

—Gracias —respondí, esforzándome en creer lo segundo—. Usted, en cambio, parece sentirse como pez en el agua. ¿Se aloja aquí?

—¡Por Dios, no! —A su ronca carcajada siguió un susurro cómplice—. Es demasiado caro. Además, ya le dije que mis padres viven en Bruselas.

—¿Está con ellos?

—No exactamente. Cuando vengo los visito a diario, pero prefiero instalarme en un pequeño apartamento que tienen en Ixelles, más allá del Palacio Real. Me da más —hizo un gesto vago—… independencia.

—Entonces, ¿por qué citarme aquí?

—Me gusta este sitio. —Sus ojos brillaron de un modo especial—. ¿Ve a todas esas mujeres?… Algunas llevan creaciones del atelier de mi madre. Luego le cuento lo elegantes que iban y a ella le hace ilusión.

Charlotte siguió hablando. Me relató la historia del hotel, cuyo edificio fuera reconstruido para la Exposición Universal de 1910 con la idea de aunar el lujo y el confort exigidos por la selecta clientela que se esperaba. Conocía bien el establecimiento porque su padre había suministrado la mayor parte de los cortinajes, doseles, tapicerías y demás telas que lo enriquecían, de ahí la familiaridad que le dispensaba el personal. Yo la escuchaba embelesado. Decididamente, su voz me parecía muy sexi. Me pregunté cómo sería la vida con una mujer tan atractiva, tan divertida, tan perfecta. ¿Un sueño? Pero tan independiente. ¿Una tortura? Sin embargo, algo me decía que no todo en ella era superficial, que bajo su fachada frívola se escondía una mujer inteligente y sensible. Lo cual, qué puedo decir, no hacía sino redoblar su atractivo.

De repente Charlotte se interrumpió, como si la charla le hubiese hecho olvidar algo importante.

—Ha cenado, supongo —dijo.

Hice como si espantase una improbable mosca ante mí.

—No tengo hambre. El almuerzo con los profesores ha sido copioso. ¿Y usted?

—Lo he hecho con mis padres. En Bélgica también se cena temprano. ¿Le gustaría dar un paseo?

Nada me apetecía más que seguir en su compañía. Tras un torpe intento por mi parte de pagar las consumiciones, que el barman rechazó con gesto esquinado —«*Tout est en ordre, mademoiselle Belle-Croix*», dijo en cambio con su mejor sonrisa, el muy taimado, cuando rehusó el billete que le ofrecía Charlotte—, nos acercamos al guardarropa para que ella recuperase su abrigo, momento que aprovechó para tocar el tema que nos había llevado hasta allí.

—Tiene algo para mí, supongo —dijo.

—¿Para usted?

—Para *herr* Gelb, si lo prefiere. —Su sonrisa había desaparecido, y hablaba con la firmeza de quien se toma en serio su trabajo—. Pero le advierto que soy yo quien debe estudiar sus informes y telegrafiar a la dirección de la NG mis propias valoraciones.

Sorprendido, le entregué de forma discreta el sobre, que ella sopesó como si su valía pudiera determinarse a bulto. Luego lo dobló por la mitad y lo guardó, no en el bolsito negro a juego con el vestido, sino en un bolsillo interior del abrigo. Estaba claro que no quería correr riesgos.

—No es usted un mero enlace, entonces —constaté mientras salíamos a la noche despejada—. ¿A qué se dedica en realidad, Charlotte?

Había refrescado. Me calé el sombrero y me levanté las solapas del abrigo. Sentí envidia del suyo cuando ella se arrebujó en el cuello forrado y se abrazó a sí misma con ambas manos.

—No se confunda conmigo, *herr* Maier —dijo mientras echábamos a andar por la calle Royale—. Quizá me vea como una mujer despreocupada, y es posible que yo contribuya a dar esa imagen, pero eso no quiere decir que no tenga mi cabecita. Soy graduada en Economía por la Universidad de Berlín y mi trabajo

habitual en el departamento financiero de la NG tiene que ver, como persona de confianza de *herr* Schmidt-Ott[23], con la distribución de fondos entre los diferentes comités científicos.

—Entonces… usted conocerá a Planck, a Von Laue, a Franck…

—¿A los miembros del Comité de Electrofísica? Por supuesto; los conozco a todos. Y también a Meitner y a Debye; y a su profesor Heisenberg, cuyas investigaciones financió el Comité. Claro que eso fue antes de que yo entrase en la NG —puntualizó con un mohín divertido.

Asentí con la cabeza. A todos. De pronto, ciertas incógnitas cobraban sentido: Charlotte no había acudido al coche restaurante, ni desembarcó hasta que todos los pasajeros abandonaron el andén. Ni siquiera había salido de su compartimento más que de madrugada, para fumar un cigarrillo cuando dormían quienes podrían reconocerla.

De nuevo sonriente, para mi alivio, sacó su pitillera de nácar. Le hice pantalla con las manos hasta que el fósforo prendió la brasa. La visión de su rostro fugazmente iluminado me recordó la impresión que me produjo la primera vez, en el pasillo del Nord Express. Me obligué a ignorar mi pulso acelerado para intentar sacar provecho de su buena disposición.

—Y *herr* Gelb… ¿Cuál es su papel en la NG? —pregunté—. Por cierto, ¿es ese su verdadero nombre?

Recordé su calculada ambigüedad, su poca pinta de burócrata, su capacidad para gestionar asuntos delicados, como los pasaportes para los Weiss, y mis sospechas, en fin, en cuanto al accidente de Jakob. Decía trabajar para la NG, pero si Charlotte hablaba sin tapujos de su trabajo, ¿por qué iba él a querer ocultar su nombre? Sin embargo, ella no quiso, o no pudo, ayudarme.

—Olvídelo —dijo, enigmática—. Él ya hizo su parte. Desde ahora, Matthias, preocúpese solo de que sus informes merezcan mi tiempo. Tengo demasiados quehaceres en Berlín como para desperdiciar diez días enteros en esta… distracción.

¿Distracción?

Suspiré. Por lo menos volvía a llamarme por mi nombre de pila.

—¿Quiere que vayamos a otro sitio? —propuse—. Me gustaría poder invitarla a una copa.

—Si le soy sincera, preferiría retirarme temprano. Yo también he dormido mal esta noche, recuerde.

—Permítame acompañarla al menos.

—Le advierto que hay un buen paseo hasta Ixelles.

—No importa.

Era sincero, porque un largo paseo significaba más tiempo a su lado. Amigable, como si me hubiese leído el pensamiento, ella se cogió de mi brazo. Y cuando su cabeza se acercó tanto a mi hombro que pude sentir el perfume de su cabello, tan sutil que en el enrarecido ambiente del Astoria no había llegado a percibirlo, yo, Matthias Maier, hijo único de un mecánico electricista y una maestra de escuela, nacido en una pequeña población rural del alto Elba, no puedo describir lo que pasó por mi mente. No solo me hallaba en una ciudad mundana y cosmopolita, a punto de asistir a un congreso en el que participarían los mejores físicos del mundo —como ayudante, sea, pero a punto de *asistir*—, sino que nunca en mi vida me había visto paseando en compañía de una mujer tan hermosa, sensual, sofisticada, inteligente y divertida.

Oh, Dios.

15



SÁBADO, 21

Por la mañana me encontraba de excelente humor: había dormido como un bendito, me había dado un baño caliente, y luego, limpio y perfumado, que diría mi madre, había disfrutado de un magnífico desayuno en compañía de los profesores, tanto más reconfortante cuanto que la noche anterior me había ido a la cama sin cenar.

Ahora, acomodados en la *suite* de mi jefe, ambos repasábamos su conferencia, treinta y cinco folios sobre las posibles respuestas a una de las grandes incógnitas de la física del momento: la constitución del núcleo.

—… y si la experimentación nos permite constatar la posición de una partícula en un instante determinado —argüía yo—, entonces el principio de incertidumbre exige una falta de precisión en lo que concierne a su energía.

—Pero el caso de la emisión de una partícula beta sería diferente —reflexionaba Heisenberg—: puede medirse su energía de una forma bien definida, y entonces la cuestión del balance de energía se impone necesariamente…

En realidad, los asistentes a la conferencia ya disponían de copias mimeografiadas del texto remitidas con anterioridad por la secretaría del Consejo, por lo que, más que revisar la redacción, lo que hacíamos era tratar de anticipar las dudas y comentarios que pudieran surgir durante el acto. Era un papel, el de abogado del diablo, en el que me sentía cómodo: teorizar sobre los misterios de

la materia era lo que más me gustaba del mundo, y hacerlo con Werner Heisenberg era… Bueno. Él era hombre meticuloso, y gustaba de tenerlo todo bien pensado.



—Magnífico, Maier. Creo que es suficiente por hoy —zanjó satisfecho tras una hora de minucioso escrutinio—. Más adelante, según se vayan desarrollando las demás conferencias, iremos puliendo todas esas ideas.

—Tengo especial interés en la del profesor Dirac sobre el positrón —dije—; y, naturalmente, en la de Gamow, cuyas teorías utiliza usted como base para su argumentación.

—En cierto modo, es una suerte que nuestra charla sea la última. Por cierto, que lo veo a usted bastante recuperado. Es imposible no descansar bien en un hotel como este, ¿verdad? —Rio con ganas.

Sonreí para mis adentros, halagado por el «nuestra».

—Si no le importa, *herr professor*, voy a salir antes del almuerzo para estirar las piernas. Me gustaría comprar algunas postales para la familia.

—Vaya usted con toda tranquilidad. ¿Volverá para el almuerzo?

—Por supuesto.

El profesor me despidió con una afectuosa palmada en el hombro.

—Estupendo, porque me gustaría presentarle a los profesores Bohr y Pauli, que estarán al llegar. Y, de paso —me hizo un guiño—, les hablaremos de Weiss antes de que se dejen absorber por el Consejo.



Salí a la calle exultante.

Había conocido —Meitner, Cabrera— o estaba a punto de conocer

—Bohr, Pauli— a figuras clave de la física del momento, personas que hacían Historia a la vez que Ciencia, tarea a la que yo contribuía con mi modesta aportación como *sparring*.

Heisenberg, mi maestro, me mostraba verdadero aprecio, y no me cabía duda de que encontraría una salida para Jakob. Rachel estaría lejos, pero a salvo.

Yo abandonaría la provinciana Leipzig. Berlín, quizá. Qué mejor destino para un profesor recién habilitado.

Todavía podía sentir en el brazo, en el hombro, en la base del cuello, la perfumada calidez de Charlotte.

La vida me sonreía.

La mañana era fría y luminosa. Llevaba las manos en el bolsillo, el sombrero bien calado y las solapas del abrigo levantadas. Deambulé sin prisa por las animadas callejas medievales de Îlot Sacré, una zona contigua al Teatro de la Moneda donde abundaban los comercios y los cafés. Alcé la vista reparando en el peculiar escalonado que culminaba muchas fachadas de piedra o ladrillo, rematado por una escultura o una cruz de hierro forjado. En mi recorrido dejé atrás tiendas de ultramarinos y bodegas, zapaterías, carnicerías, panaderías, droguerías, ferreterías, mercerías y todas las «ías» que uno pueda imaginar.

Me detuve frente a una librería de angosta entrada y estrecho escaparate, ante la que unos cajones de madera apoyados sobre taburetes exhibían cientos de postales en blanco y negro o coloreadas. Me entretuve hasta escoger una de la Grand Place para mi madre y otra de la plaza Royale para tía Gretchen. Dudé si una del Manneken Pis sería adecuada para Rachel. Me sonreí pensando en la cara que pondría, y pensé que tal vez fuese más prudente enviársela a Jakob. Podía desearle un pronto restablecimiento con un saludo para su hermana. La cogí con idea de decidir más adelante. Al entrar en el local para dirigirme a la caja, un libro llamó mi atención. No fue la portada, más bien anodina, sino el título sugerente y el nombre del autor. Me pregunté si podría con él, porque desde la época del *gymnasium* mi práctica del francés se

había limitado a la consulta de libros de texto y la lectura de artículos científicos.

Ya veríamos, también.

Satisfecho, con las postales en un sobre y el libro envuelto en papel de estraza, busqué en el mapa el camino hacia la cercana Grand Place, deseoso de echarle un vistazo antes del almuerzo.

Temía que mi acento pudiera ser motivo de desconfianza y hasta de hostilidad. Al fin y al cabo, no hacía veinte años que Alemania había invadido aquel pueblo pacífico y neutral. Allá donde las tropas defensoras se batían en retirada, las nuestras habían sembrado el terror entre la población civil en represalia a la resistencia hallada. La prensa extranjera había aireado en su día saqueos, violaciones, masacres. ¿Cómo pudieron llegar a ese extremo? ¿En verdad éramos así los alemanes, o la crueldad era intrínseca a toda la especie humana?

Tales reflexiones, surgidas a la vista de aquellos lugareños de apariencia saludable, afanados en sus quehaceres cotidianos, me llevaron a una cuestión en extremo inquietante: de haber servido en las fuerzas de invasión, ¿cómo se habría comportado el cabo electricista Maier? ¿Habría mantenido la dignidad o se habría dejado arrastrar a la barbarie? Nunca me había planteado así su papel en la guerra. Y si su muerte había empañado cualquier otra consideración hasta entonces, en aquel momento agradecí que mi padre hubiese sido destinado al arma de dirigibles, muy por encima, literalmente hablando, de las depravaciones cometidas en el frente.

Pero lo cierto es que los bruselenses se mostraban simpáticos, quizá porque muchos de ellos vivían de los forasteros. Me pregunté cómo reaccionarían a mi acento en un pueblo represaliado, donde tullidos y viudas fuesen todavía moneda corriente y los memoriales recordasen a padres, hijos y hermanos caídos.



Bulliciosos tenderetes de flores, pájaros y comida. El aire

impregnado de sugerentes aromas. La melodía alegre de un violinista ambulante. El ansioso revoloteo de cien palomas en pugna por una miga de pan.

Como el soplo de brisa que despeja la bruma alrededor de una nave al pairo, así la Grand Place alejó las sombras de mi espíritu. Inspiré hondo ante un puesto de tulipanes multicolores, necesitado de ventilar la mente. Deseaba que Charlotte estuviese allí, que su brazo me guiase para descubrir tanta belleza.

—Qué coincidencia, *herr* Maier. ¿También a usted le gustan las flores?

Me di la vuelta. Antes de ver el rostro reconocí el abrigo de botones forrados, ceñido con un cinturón de la misma lana beis.

—¡Klara! Er… Ejem. *Frau* doktor Hausmann —rectifiqué—, ¡qué sorpresa!

Mi colega berlinesa arrugó la nariz.

—Hofmann, si no le importa. Aunque prefiero Klara, la verdad.

Me ruboricé, pero su semblante amistoso ignoró mi metedura de pata.

—Faltaría más —dije mirando en derredor en busca de la profesora Meitner—. ¿Está de paseo?

—Descubro esta sorprendente ciudad. Como usted, supongo.

Hizo ademán de comenzar a andar, esperando que la siguiera. Me fijé en que apretaba un grueso sobre de papel manila contra el pecho.

—He comprado unas postales —comencé a explicar—, y… —Callé de repente. Una idea atrevida me acababa de cruzar por la cabeza —. Sí, es una ciudad sorprendente. En especial, esta plaza.

—¿Se ha fijado en el ayuntamiento?

—No mucho. Todavía no he tenido tiempo.

Seguí su mirada entusiasta, que aquel día competía con el cielo despejado, y contemplé la fachada de esbeltas ventanas y profusión de esculturas; pero fue sobre todo la torre central, que ascendía airosa hasta el remate en forma de estatua de bronce, lo que me dejó unos minutos sin habla.

—Es bellísimo —dije al fin, tomando aliento.

—Bélgica llegó a ser una región muy próspera en el medievo —dijo Klara comenzando a andar—. Y a principios de siglo era uno de los países más industrializados de Europa. Lástima que los alemanes la arruinásemos en el catorce.

Me giré para mirarla de frente. Una sombra había oscurecido su risueño semblante.

—Es curioso —admití—. En eso mismo venía yo pensando.

—¿Ah, sí?… Cuénteme, por favor.

Mientras hablábamos de esto y de lo otro, atravesamos la Grand Place en dirección al ayuntamiento. Satisfecho porque la tensión entre nosotros parecía haber remitido, me atreví a poner en práctica la idea que me había asaltado antes.

—Klara, yo —comencé inseguro—… Quería decirle que lamento la discusión de ayer por la mañana. Creo que ambos coincidimos en lo esencial, y que…

—Lo sé, Matthias. No tiene que disculparse. Soy yo quien ha de hacerlo por mi mal genio. Me temo que estuve desagradable.

—Le he comprado un obsequio como desagravio. —Le tendí el libro con mi mejor sonrisa—. Pero ha de disculpar el envoltorio; es que en la tienda…

Klara arrugó la nariz, pero su curiosidad pudo con cualquier atisbo de desconfianza: deshizo la basta lazada de bramante con cuidado de no rasgar el papel.

—*La Machine à explorer le temps* —leyó, abriendo mucho los ojos—, H. G. Wells. ¡Matthias, por Dios! No tenía que haberlo hecho —protestó.

—Puede que tenga razón. ¡Ni siquiera sé si lee usted francés! —Dejé escapar una viva carcajada, complacido porque era evidente que ella apreciaba el regalo—. Pero cuénteme: ¿cómo va la guerra contra los marcianos?

Klara también rio. Se pasó la punta de su corta melena por detrás de la oreja y ladeó la cabeza.

—De momento arrasan con un rayo calórico, y la artillería no

puede gran cosa contra ellos. No está claro cómo vamos a salir los humanos del trance.

—Hum. —Arqueé una ceja, pensativo—. La idea me parece novedosa.

Ella enderezó la cabeza. La punta volvió a su sitio.

—¿A qué se refiere?

—A tener un enemigo común. A que las naciones luchen unidas en lugar de despedazarse entre sí.

Continuamos hablando, amigables y distendidos, hasta que el tañido de un campanario llamó nuestra atención. Klara consultó su moderno reloj de pulsera.

—Me temo que debo dejarlo, Matthias —dijo con evidente decepción—. Voy justa de tiempo para hacer un recado de la profesora Meitner antes del almuerzo.

Un recado para Meitner. Un abultado sobre. Aquello me recordó a Gelb. Pero tampoco a mí me sobraba el tiempo si quería llegar a la cita con Heisenberg.

—Puedo acompañarla, si le parece —me ofrecí, a pesar de todo.

Debió notarse mi escaso convencimiento, porque Klara me rechazó con un gesto que no daba opción.

—No es necesario. Pero podemos continuar el paseo esta tarde, si no tiene nada mejor que hacer. —Me miró con aire travieso—. ¿Ha visto ya el Manneken Pis?

Nos despedimos con una amistosa inclinación de cabeza. Al volver sobre mis pasos, me agazapé tras la esquina del ayuntamiento, que ya habíamos rebasado. Observé cómo Klara se alejaba de forma resuelta en dirección contraria, por la calle de la Violette. Desplegué el mapa. Más allá de la plaza Saint-Jean se hallaba el Palacio de Justicia; más allá, la calle de la Régence y la Villa alta, por donde Charlotte y yo habíamos deambulado la noche anterior. Pero aquel era el distrito elegante de la capital: sedes ministeriales, palacetes de la nobleza, embajadas.

Embajadas.

No pude evitar preguntarme si aquellos papeles tendrían que ver

con una eventual deserción de Lise Meitner.

16



Bruselas, sábado, 21 de octubre de 1933

Querido Jakob:

No puedo esperar para contarte las novedades surgidas, en la seguridad de que esta carta te llegará antes de mi regreso a Leipzig. El almuerzo de hoy ha sido interesantísimo: Heisenberg ha tenido la gentileza de invitarme a compartir mesa con sus buenos amigos Wolfgang Pauli y Niels Bohr, a quien acompañaba su encantadora esposa Margrethe. Todos ellos se han mostrado muy amigables conmigo, como si yo fuese uno más de tan ilustre grupo.

Del Bohr científico no creo poder decir nada que no sepas. Como persona no difiere un ápice, puedo asegurártelo, del retrato que tantas veces hemos oído de boca de Heisenberg. Es persona de elevada estatura y mirada melancólica, hasta podría decirse que ingenua. He visto en él a alguien extremadamente amable, casi tímido; de habla reflexiva y pausada, no es nada dado a pontificar, y me ha sorprendido la ausencia en él de toda autocomplacencia, esa que uno podría esperar en quien cuenta con un Nobel en su haber[24]*…*

En cuanto a Pauli, en mi carta le explicaba a Jakob que probablemente no hubiese una persona más opuesta en aspecto,

carácter y aficiones a Heisenberg. El austriaco era moreno, de rostro atezado y marcadas entradas que hacían destacar su frente amplia. Sus ojos prominentes respaldaban con brillo vivaz la mordacidad de sus apreciaciones, siempre ingeniosas, capaces de desconcertar incluso a quienes lo trataban con asiduidad. Heisenberg y él habían hecho gran amistad cuando estudiaban en Múnich. Frente al alemán, disciplinado y amante de la naturaleza, el austriaco era más de costumbres urbanas, e incluso su afición a la vida nocturna le hacía perderse a menudo las clases matinales de Sommerfeld.

Pero el extrovertido y mundano Pauli engañaba a primera vista: era tan dado como cualquier otro físico de su época a las cuestiones filosóficas de la vida[25]. Tanto, que él y Heisenberg solían mantener vivas discusiones sobre la naturaleza de la materia.

> *… pero no quisiera que me malinterpretases, Jakob. No es mi intención darte envidia; menos aún que lamentes tu suerte, siendo tú quien debería estar aquí por derecho propio. Espero que no me guardes rencor por haberte usurpado el puesto, aunque haya sido accidentalmente (disculpa el chiste).*
>
> *Lo que en realidad quería contarte con urgencia es que tanto Pauli como Bohrse han mostrado favorables a ayudarte. Pauli ha sugerido Cambridge, y ha prometido hacer algunas consultas rápidas.*
>
> *En cuanto a Bohr, ve con buenos ojos tomarte como ayudante, supongo que influido por el elogio que nuestro querido profesor ha hecho de tus cualidades científicas y humanas. Bohr se ha convencido de que tus trabajos sobre rayos cósmicos podrían encajar en su línea actual de investigación sobre el núcleo. Se ha comprometido a llamar por teléfono a su administrador, de forma que, cuando Heisenberg regrese a Leipzig, pueda transmitirte un avance de fechas, salario y demás condiciones de una eventual colaboración. ¡Espero que el paquete incluya una generosa*

asignación semanal de cerveza, por si alguna vez te hago una visita[26]*!*

Ahora en serio: tanto Copenhague como Cambridge se me antojan inmejorables destinos en los que continuar tu carrera. A no ser que tengas una preferencia clara, te diría, si me permites un humilde consejo, que te dejes asesorar por Heisenberg.

En fin, no sabes cuánto me alegro de poder transmitirte estas nuevas. Espero que a mi vuelta estés bien restablecido y con ganas de oír mis impresiones sobre el congreso que comienza el lunes y sobre el resto de sus participantes.

Transmite, de mi parte, un afectuoso saludo a tus padres; y también a Rachel, para quien adjunto una simpática postal del símbolo por excelencia de Bruselas.

Satisfecho con aquella forma elegante de enviar a Rachel la postal, en la que incluí para ella unas palabras corteses, me dispuse a plegar la carta. Pero antes de cerrar el sobre, caí en la cuenta de un detalle importante. Pasé cinco minutos pensando en la mejor forma de plantearlo.

P. S.: He conocido a alguien con notable influencia en ciertos círculos de Berlín. No puedo darte más detalles, pero esta persona se ha comprometido a echar un cable en el asunto de tu visado.

Así, en singular. Prefería no mencionar la eventual salida de Alemania de Rachel. Ni mi amigo me había aclarado su postura, ni yo sabía si había planteado el tema a la familia. Tal vez fuese más prudente no generar una prematura ansiedad a los padres, la cual podría afectar a la decisión de la hija. Ya me ocuparía de ello en su momento: una vez tuviese los visados en la mano, sería más fácil convencer a los Weiss.

Con los sentimientos confundidos por la perspectiva de una dolorosa despedida de mi bella judía, que a la vez consideraba obligada, me dirigí al vestíbulo a despachar la carta y en busca de Klara.



Klara Hofmann —no volvería a equivocarme— era una caja de sorpresas. Apareció en el vestíbulo cinco minutos tarde, con una espléndida sonrisa y una moderna Leica de treinta y cinco milímetros colgada del hombro. Vestía un traje de chaqueta a la moda, con la falda por debajo de la rodilla y un gracioso sombrerito a juego, y llevaba al brazo su abrigo de fina lana beis, a cuyo lado el basto paño del mío desmerecía.

Mientras me mostraba la cámara, bromeando con que esa tarde haríamos nuestras propias postales, pensé que debía de ser de familia pudiente, pues era imposible que su salario como ayudante de Meitner le permitiese una vida tan desahogada.

> *… La fuente es famosa debido a la estatua en bronce que la decora, de apenas un metro de alta, y que representa a un Cupido del que mana el agua de forma muy natural pero poco decente…*

Clic.

Comenzamos, naturalmente, por el Manneken Pis. Posé para Klara, y luego un amable transeúnte aceptó sacarnos una foto juntos. Tomándonos por pareja, el hombre insistió en que nos arrimásemos el uno al otro, ante lo que ella no dudó en cogerme del brazo.

> *… La aguja está coronada por una estatua-giralda de san Miguel en metal dorado, cuyos cinco metros de alzada, vistos*

desde el suelo, apenas parecen cinco pies…

Clic.

Divertidos por el malentendido, nos alejamos en dirección a la Grand Place, desde donde, tras repetir la sesión de fotos, tomamos camino de la catedral.

> *… El pórtico principal se eleva sobre una escalinata de cuarenta peldaños. Las estatuas que han sido colocadas en los nichos de alrededor no están, por desgracia, en consonancia con el resto del edificio…*

Clic.

Pasamos una tarde agradable. En cada parada, yo leía lo más remarcable de mi folleto turístico. Klara, si lo estimaba oportuno, obtenía una o dos tomas. Cuando consideró que la luz diurna ya no daba más de sí, guardó la cámara cuidadosamente en su funda. Decidimos regalarnos con una taza de chocolate caliente en una coqueta confitería que nos había llamado la atención en las Galerías Saint Hubert.



Tartas en porciones, protegidas por relucientes campanas de vidrio. Multicolores pastelillos. Delicados bombones. Trufas al ron, al armañac, al casis, al Cointreau. Los escandalosos precios de los chocolates no podían ser ajenos, me dije, a que fuésemos los únicos clientes jóvenes, una nota discordante frente a la homogénea selección de damas encopetadas que animaba el salón.

La merienda resultó distendida. Dada la susceptibilidad de Klara ante ciertos temas, me preocupaba volver a tener un involuntario desliz. Pero esa tarde no había cuidado: mi nueva amiga estaba de

excelente humor. Aunque la notaba inquieta, no me dio tiempo a preguntarle la causa de su excitación: ella misma me la desveló en cuanto nos vimos cómodamente sentados junto al ventanal, aislados del bullicioso trajín de las galerías. Si yo había tenido el privilegio de sentarme a la mesa con Heisenberg, Pauli y Bohr, ella cenaría aquella tarde, además de con su jefa, con Rutherford y con el clan Curie al completo: madre, hija y yerno. Estaba impaciente por conocerlos; sobre todo a aquella mujer asombrosa, la única hasta la fecha en ganar un Nobel científico, y también la primera persona —en eso superaba a todos sus colegas varones— en conseguir dos.

—No está mal —dije—. Yo he comido con un nobel, pero usted va a cenar con tres, contando los dos de madame Curie.

—Pues serán cuatro —replicó ella radiante— si, como espero, la Academia Sueca no tarda en recompensar los méritos de *frau* Meitner[27]. Es como un sueño, ¿verdad?

Llegaron las dos tazas humeantes, acompañadas por un platillo de galletitas rectangulares con aroma a mantequilla. Resultaba agradable tener la porcelana caliente entre las manos. Klara acercó la suya a sus labios. Sopló el borde con un gracioso mohín, sin dejar de hablar de su profesora.

—¿Sabía usted que Einstein, con quien le une una buena amistad, la llamaba en Berlín «nuestra madame Curie»? —Mojó los labios en el chocolate—. ¡Por Dios, qué rico está!

Lo probé también. Me sorprendieron su textura, más untuosa que arenosa, y su sabor, un punto dulce, un punto amargo, más intenso de lo que yo estaba acostumbrado.

—¡Es verdad! Supongo que por eso nos van a cobrar su peso en oro.

Rio ella mi ocurrencia y se tocó, divertida, la comisura de los labios, dándome a entender que habían quedado trazas de chocolate en los míos.

—La admira mucho, ¿verdad? —pregunté—. Le gustaría ser como ella.

Klara ladeó la cabeza. Su dedo índice jugueteó con el corto

mechón que le cubría la oreja.

—En realidad lo que me gustaría es *no* tener que ser como ella. Mírela: fue pionera en todo en la universidad, y ahora dirige el departamento de Radiofísica del KWIP. Entre ella y Hahn, que dirige el de Radioquímica, suman veinticinco científicos contratados, incluyéndome a mí. Pero, a diferencia de Hahn, Meitner ha sufrido lo innombrable para llegar hasta ahí: incomprensión, menosprecio, rechazo… ¡Es injusto! Las mujeres no deberíamos tener más dificultades que los hombres para dedicarnos a lo que nos interesa —dijo, y me sorprendió que a continuación bajase la mirada hacia su taza humeante, como si se avergonzase—. O eso es lo que deberíamos pensar, al menos.

—¿*Deberían*? —inquirí, arqueando una ceja.

Se encogió de hombros.

—Después de la guerra, las mujeres hacían falta en todas partes: en los campos, en las fábricas, en la administración. Se partieron el pecho para sacar adelante el país sin dejar por ello de atender a sus hogares e hijos. Aprendieron los oficios, demostraron que podían hacer de todo, y que podían hacerlo igual que los hombres. Si era necesario, suplían fuerza con coraje. Y ahora, de la noche a la mañana, Hitler las despide de esos trabajos con que se ganan la vida. Les dice que lo suyo son los hijos, la cocina y la iglesia[28]. Les arrebata la independencia económica que tantas penurias les ha costado lograr. —Si hasta entonces Klara había hablado en un tomo más melancólico que áspero, en este punto me dedicó una mirada fiera—. ¿Y sabe qué es lo peor, Matthias? Que muchas lo aplauden y lo votan en masa. Las muy ingenuas creen sus promesas de que habrá un buen marido para cada una, y de que nunca más faltará el pan en sus hogares. Eso —sonrió con despectiva amargura—, si es que se las considera lo bastante arias como para casarse y tener hijos.

Suspiré pensando en mi madre, viuda desde los treinta y cinco años. Todavía la consideraba hermosa a pesar de que el dolor había dejado huella en su rostro. Habría podido muy bien rehacer su vida

con otro hombre, pero nunca llegó un pretendiente: la guerra no dejó varones disponibles en Meissen más allá de los jovenzuelos de mi generación.

Extremé la prudencia, pues sabía que entraba en terreno pantanoso.

—Las mujeres aceptan esa política porque tener un marido y una familia es un sueño para muchas de ellas —dije—. Y sindicatos, funcionarios e intelectualoides la apoyan sin reservas. No entienden que haya hombres parados mientras que tantas mujeres están pluriempleadas en el trabajo y en la casa.

—¿Y por qué no se ocupan de la casa los hombres?

—Es una buena pregunta. Yo diría que todo empieza por los hijos: ellas los gestan, los paren, los amamantan. Eso condiciona el resto.

—Supongo que tiene razón —admitió Klara con un suspiro. Luego dejó que un surco se dibujase en su frente—. Y usted, Matthias, ¿también cree que debería preocuparme más por encontrar marido que por la física?

Di un brinco en mi silla.

—¡No! Klara, yo…

Una cálida oleada me golpeó el rostro. Ella correspondió con una refrescante carcajada.

—Era broma, Matthias. —Se tapó la boca con las manos—. Oh, discúlpeme; no quería…

Le quité importancia, aun siendo consciente, por lo oído a Heisenberg y Debye, de que Klara tenía motivos de sobra para preocuparse por su futuro. Aunque Laue se resistiese a despedir a las mujeres del Instituto Káiser Guillermo de Física, era cuestión de tiempo que sucediese.

Terminamos las galletas y rebañamos hasta la última gota de chocolate con las cucharillas. Klara continuó llevando el peso de la conversación, sin que yo dejase de admirarla. A mis veinticinco años no tenía mucha experiencia con las mujeres. Ninguna, para ser honesto. Mi exclusiva dedicación al estudio no había favorecido la

interrelación con el sexo opuesto; la escasez de faldas en el ámbito de la física universitaria, menos aún. Mi aversión a la superficialidad del galanteo había hecho el resto. Tan solo Rachel me había sacado de aquel letargo misantrópico; pero Rachel era, precisamente, la confirmación de mi torpeza con las mujeres.

Con todo eso, no resultará difícil entender la sensación extraña, desasosegante y agradable a la vez, que me embargaba aquella tarde. En menos de doce horas había conocido a dos mujeres singulares. En menos de veinticuatro me había citado con ambas. Y lo que más me excitaba era que Charlotte y Klara, cada una a su manera, cada una con sus matices, representaban a la perfección esa imagen tan arraigada en mi mente, gracias al cine y a las revistas frívolas que mi madre compartía con su hermana, de la mujer alemana moderna.

Ambiciosas. Inteligentes. Con iniciativa. Ambas eran buenas en su trabajo. Ambas llevaban una vida independiente en Berlín. Una vida que imaginaba cosmopolita y mundana; inaprehensible para mi alma pueblerina y timorata. Mi imaginación desbocada las veía jugando al tenis ligeras de ropa; tomando el sol con ajustados maillots en cualquiera de los lagos que rodeaban la capital; saliendo en compañía del amigo de turno, libremente escogido, como Klara me había escogido para ocupar aquella tarde. Las imaginaba yendo al teatro o al cine, divirtiéndose luego en un club nocturno, bailando foxtrot o charlestón, bebiendo, fumando, haciendo el amor con su amigo si les venía en gana. Cosas todas ellas, el teatro, el baile, el amor, que lo mismo podían hacer con una amiga el día que les apeteciese, como era fama en las berlinesas.

Y yo, ¿cómo encajaría en un ambiente así? Me pregunté cómo sería salir —pero salir de verdad, con romance de por medio— con una mujer moderna. Mi exigua experiencia resultaba contradictoria: Charlotte me provocaba una permanente opresión en el estómago, como si yo, temeroso de no estar a la altura de su mundanidad, olvidase respirar. Con ella siempre me parecía andar un paso por detrás. Con Klara, en cambio, todo resultaba más natural ahora que

nos entendíamos. Klara no me alteraba el pulso, como Charlotte, pero con ella podía hablar en un salón de té esnob y sentirme tan relajado como si estuviera con Jakob o con Hugo en una concurrida cervecería.

Quizá por eso no me sorprendió su pregunta.

—Y usted, Matt, ¿tiene a alguien que lo espere en Leipzig? —me soltó a bocajarro—. ¿Una novia, tal vez?

Quizá por eso, también, y porque por primera vez me había llamado Matt, me pareció que se merecía mi sinceridad.

—No, en realidad —dije con gesto vago—. Hay una chica que… —Carraspeé—. Bueno, que me gusta; pero lo nuestro no tiene ninguna posibilidad.

Klara puso en blanco el acuoso azul de sus ojos.

—No me diga que ella es aristócrata —sonrió—; y que usted, humilde plebeyo, no puede ni soñar con su favor.

—No se ría —la reconvine amistosamente—. Es la hermana de un compañero de trabajo. Son judíos y, si todo va bien, en breve abandonarán Alemania los dos.

Asintió ella en silencio, y luego, como quien tiene una idea brillante, elevó las cejas sobre los ojos muy abiertos.

—¿Sabe qué le digo?… Que debería intentar conseguir una plaza en Berlín. Le gustará la ciudad.



Klara Hofmann no me permitió pagar. Se empeñó en corresponder a mi regalo de la mañana. Yo, prudente, renuncié a contrariarla, no fuese a tomar una eventual obstinación mía como condescendencia para con las mujeres.

He de reconocer que mi bolsillo agradeció el convite.

17



Bothe, Walther Wilhelm Georg
Nacido el 8 de enero de 1891. Oranienburg
Nacionalidad: alemana
Estado civil: casado

Doctor en Física. U. Berlín
Voluntario Ejército alemán (1914)
Prisionero de guerra, deportado a Siberia (1915-20)
Director Lab. de Radioactividad-PTR Berlín
Director Instituto de Física-U. Giessen
Act. dirige el Inst. de Física-U. Heidelberg

Distinciones:
Miembro de la Academia de Ciencias de Gotinga
Miembro de la Academia de Ciencias de Heidelberg

Investigaciones más relevantes:
Durante su prisión en la Unión Soviética, Bothe no dejó de trabajar en los problemas teóricos derivados de su tesis doctoral sobre la teoría molecular de la reflexión y la difracción de la luz…

Llegamos al hotel con tiempo de sobra para acudir a nuestros respectivos compromisos. Invitado por Heisenberg, yo me uniría a los participantes más jóvenes en el Consejo para acudir a una *brasserie* típica. Ni qué decir tienen las expectativas que tenía puestas en aquella cena de cara a progresar con mi lista.

El vestíbulo del Métropole era un hervidero. En número variable,

grupos de huéspedes se encontraban, conversaban, se dirigían al bar o salían de él, todos ellos con el ánimo dispuesto para la cena. La mayoría de los participantes en el Solvay había llegado ya a Bruselas, aunque algunos rezagados lo harían el domingo, a tiempo para la inauguración del lunes por la mañana.

En el trayecto al ascensor nos interceptó una voz conocida. Heisenberg charlaba con un recién llegado, a juzgar por las maletas acumuladas a los pies de este. De mirada penetrante, bigote bien recortado y prematura calvicie, le calculé unos cuarenta. Mi jefe nos lo presentó como Walther Bothe, director del Instituto de Física de la Universidad de Heidelberg.

—Me temo que no por mucho tiempo, amigo Werner —puntualizó Bothe con desmayada sonrisa—. Las cosas se han radicalizado en nuestra universidad hasta límites insoportables. Los nazis ejercen un control férreo, y ese petulante de Lenard está logrando que mi posición resulte insostenible, cuando fue él mismo quien me propuso para el puesto.

Heisenberg negó con la cabeza.

—Cuánto lo siento, profesor. ¿Cree que le harán renunciar?

—Lo veo inevitable —suspiró Bothe—. Lo contrario implicaría renegar de todo aquello por lo que he trabajado en el pasado.

Había en aquel hombre la serena resignación de quien sabe que hace lo correcto, aunque le perjudique. Comprendí lo que quería decir: por su *dossier* sabía que sus experimentos en Giessen lo habían llevado a descubrir una nueva forma de radiación con un intenso poder penetrante; descubrimiento que, a su vez, resultaría en el del neutrón por parte del británico James Chadwick. Toda una revolución para la física nuclear, convertida en *leitmotiv* del Solvay que nos ocupaba.

Lo que quiero decir es que Bothe estaba implicado hasta la médula en la física judía, y que no me parecía que un hombre que había sobrevivido a cinco años de reclusión en Siberia como prisionero de guerra fuera a dejarse achantar por un dinosaurio, por mucho que este se llamase Lenard. Bothe no solo estaba en la lista

de Gelb, sino que una declaración de intenciones suya podía convertirse en elemento clave de mi informe. Debió de ser el exceso de interés lo que me perdió, porque cambió de tema al reparar en mi boca, muy abierta.

—Pero no sigamos hablando de mí ante estos jóvenes prometedores —dijo, señalándonos con su mirada perspicaz—. Van a llevarse la impresión de que la política ha desbancado a la ciencia.

Bothe se interesó por las actividades de Klara junto a Meitner, a quien conocía bien de su época en Berlín. La charla duró hasta que un joven con sendos llaveros del Métropole en la mano, a quien presentó como su ayudante, se unió al grupo.

Jürgen Attel se cuadró casi militarmente para tender la mano a Heisenberg, y luego, más relajado, estrechó la de Klara y la mía.

—¿Cenarán con nosotros? —preguntó Heisenberg, cortés.

—Nada me complacería más —respondió Bothe—, pero algunos de los profesores más veteranos han organizado una cena privada, y me temo que no me perdonarían una deserción. Sin embargo, estoy seguro de que *herr* Attel preferirá unirse a ustedes, los jóvenes.

Creí percibir —pero sin duda fueron imaginaciones mías— cierto interés por parte del profesor en librarse de su ayudante. La primera impresión que me produjo Attel fue ambigua. A su aspecto alto, rubio y atlético, que más bien daba envidia, se contrapuso la mirada de curiosidad que dirigió a Klara, como si evaluase su aptitud para la crianza de esos cachorros tan deseados por el Führer. Tomé buena nota mental, de cara a una futura conversación con mi amiga.

Ella —con satisfacción creí percibir una gelidez en su mirada como respuesta— se excusó para subir a su habitación. Bothe y Attel se dirigieron a tomar posesión de las suyas. Yo permanecí en el vestíbulo con Heisenberg, con la esperanza de que hiciese algún comentario sustancioso. No me defraudó.

—Ya lo ve, Maier —dijo, siguiendo con la mirada a los de Heidelberg—: es seguro que Bothe compartirá algún día un Nobel con Chadwick[29]. Y a pesar de ello, en unas semanas podría verse forzado a abandonar Alemania.

Puse la cara que reservaba para cuando me obligaba a acompañar a mi madre a la iglesia en Meissen.

—¿De verdad cree usted que será para tanto?

Mi jefe torció el gesto.

—Bothe es un buen hombre, un buen físico y un buen alemán; pero si los nazis lo obligan a dejar Heidelberg, no encontrará trabajo en ninguna otra universidad del país. —En su frente se dibujaron unas líneas de concentración—. No veo alternativa, a no ser que Planck… —Luego meneó la cabeza, como quien descarta una idea absurda.

Me quedé sin saber en qué pensaba.

18



—Diga.

—Quiero hablar con Peter.

—¿Quién pregunta?

—Soy Jürgen Attel. Acabo de llegar a Bruselas, y…

—Espere un momento.

Un cloc. Habían dejado el micrófono sobre una superficie dura. Unos pasos se alejaron. Un silencio. Al poco, los pasos regresaban. Imposible saber si era la misma persona.

—Soy Peter. ¿Desde dónde llama?

Attel arrugó el entrecejo. La voz sonaba distorsionada, como si el dueño hablase a través de algún tipo de filtro.

—Desde la habitación del hotel —respondió—. ¿Va a decirme…?

—Por teléfono, no. Nos vemos esta noche en su hotel. ¿A las once le va bien?

Attel hizo un cálculo rápido. La cita para la cena era a las siete y media en el vestíbulo. Por nada del mundo quería perdérsela.

—Voy a cenar fuera con algunos profesores. Sí, supongo que a esa hora habremos terminado.

Una pesada espiración.

—Mejor a las doce en punto, entonces. No conviene que deje usted de hacer vida normal. Estaré fuera, en la puerta del hotel, el tiempo que me dure un cigarrillo. No se retrase.

Peter colgó sin despedirse.

Attel consultó su reloj de pulsera: las siete y diez. Tenía tiempo.

Una vez refrescado y mudado, se acercó a la ventana. No parecía que fuese a llover. Se aseguró de que llevaba en la cartera un buen puñado de los francos belgas de Stahel. Del partido, en realidad, que tan generosamente suplementaba su exigua bolsa de viaje. Sonrió para sus adentros al coger el sombrero, la bufanda y el abrigo.

Resultaba perfecto que Bothe hubiese quedado con los mayores. Al llegar al hotel había temido que esa tarde tuviesen que cenar juntos, mano a mano. No es que no mantuviesen un trato cordial, todo lo contrario; pero ya habían pasado suficientes horas juntos en el expreso de Berlín. Además, el profesor se había mostrado distante la mayor parte del tiempo. Tenía motivos para estar preocupado, desde luego: su situación en el Instituto no era agradable, y estaba lo de su esposa, que no había podido viajar. Aunque a esto último debía Attel su presencia en Bruselas, esperaba que Barbara se recuperase pronto. Tenía en gran estima a la rusa, que se desvivía por los ayudantes de su marido cada vez que este los invitaba a comer. El matrimonio solía acabar contando anécdotas de Rusia, donde se habían conocido durante el cautiverio de él y se habían enamorado hasta el punto de que, tras su liberación, ella no había dudado en seguirlo a Alemania, ya convertida en su esposa.

Con todo, la oportunidad de relacionarse con colegas más jóvenes, de su edad, incluso, le parecía a Attel liberadora. Esperaba que acudiese la señorita… ¿Cómo la había llamado Heisenberg?, ¿Hofmann?… Klara Hofmann, eso es. Preciosos ojos, moderno peinado. Seguro que era buena en lo suyo, si acompañaba a Lise Meitner. Lástima que su futuro en la ciencia fuese a acabarse en cuanto el Führer la enviase a casa.

Pero saberla inteligente le daba un plus de atractivo.

Todavía sonreía Jürgen Attel cuando salió al corredor.

19



De que los físicos formábamos una especie de hermandad daban buena idea los reunidos alrededor de la mesa. A la cabecera se sentaba Pauli, como si le correspondiese el puesto de honor por ser el comensal de más edad. Dado lo informal de la cena, supongo que era una cuestión de azar, más bien. A su derecha se sentaba su gran amigo Heisenberg, seguido de los británicos Paul Dirac y Nevill Mott; a la izquierda, Rudolf Peierls, el benjamín de los invitados al Consejo, con solo un año más que yo, seguido del italiano Enrico Fermi y del irlandés Ernest Walton.

Todos ellos se conocían de anteriores seminarios y congresos, habían realizado estancias de investigación unos con otros, y los más veteranos habían dirigido las tesis de los más jóvenes, formando un círculo en el que todos los primeros actores de la física europea se hallaban relacionados de alguna manera. Y ese concepto elemental, el de que la ciencia es ciencia, independientemente del quién y del dónde, era uno que la ideología nazi se obstinaba en refutar.

Como ya había conversado bastante con Heisenberg y Pauli aquella mañana, procuré hacerme un hueco en el ala francófona de la mesa. A mi alrededor tenía a los belgas Max Cosyns y Léon Rosenfeld, al galo Francis Perrin —hijo del nobel Jean Perrin—, a Jürgen Attel y al americano Ernest Lawrence. La jugada me salió bien: Cosyns y Perrin —Rosenfeld era judío— se hallaban en la lista de Gelb. Más allá, completaban la mesa otros invitados de la ULB, la Universidad Libre de Bruselas.

La cena acabaría dejándome en un claroscuro. Aquellos once jóvenes sabios se mostraban satisfechos y orgullosos de sus puestos de trabajo, donde habían realizado importantes logros para la física. Si bien era indudable que Gelb tenía razón en cuanto a que sus oportunidades serían mayores en las diezmadas universidades alemanas, para nada parecía que pudiera interesarles el cambio. Pensándolo bien, concluí, quizá aquella información fuese importante para Berlín. Aunque levantase ampollas.

Por otro lado, no era cuestión de que mi compromiso con la NG estropease la que podía ser mi cena más memorable hasta la fecha. El saludable bullicio que reinaba en el abarrotado local me hizo descartar mis prevenciones del día anterior. A nuestro alrededor, hombres y mujeres comían con festivo desenfado. Era obvio que la contundente cerveza y las no menos contundentes viandas, servidas por diligentes *mademoiselles*, alentaban al pueblo belga a demostrar su proverbial buen humor. Nada que no fuese moneda corriente en nuestras *bierstuben*. La mayor diferencia estribaba en que aquí la cerveza era más turbia y de más grado. Comprendí que debía bebería con tiento si no quería acabar con la mirada vidriosa y la lengua espesa, estadio al que parecían dirigirse ciertos lugareños cercanos. Confiado en mi innata moderación, me dispuse a aprovechar la oportunidad que se me ofrecía de charlar con mis ilustres colegas.

—… y Ehrenfest le pasó a Einstein una nota que decía: «¡No se ría! Hay una sección especial en el purgatorio para profesores de teoría cuántica, donde se verán obligados a oír conferencias de física clásica diez horas al día»…

Más allá de Dirac, fuera de mi ámbito conversacional, se lamentaba la ausencia de Einstein, con la consiguiente imposibilidad de revivir sus famosas discusiones con Bohr de los anteriores consejos. A veces se oían risas, sin duda provocadas por alguna guasa del irreverente Pauli.

—… si la frecuencia, la fase del voltaje y el campo magnético están bien ajustados, la diferencia de potencial se invierte en el

momento justo, y el ion recibe una nueva aceleración. El proceso puede repetirse cientos de veces…

A mi izquierda, Lawrence explicaba a Mott detalles técnicos de su nuevo acelerador de partículas, al que llamaba ciclotrón, con el que confiaba en obtener iones muy rápidos con voltajes reducidos.

—… incluso ingenieros, que trabajan en labores del campo o en el mantenimiento de bosques, y por ello reciben comida y alojamiento, amén de un pequeño salario. Eso es mejor que hallarse parados, ¿no cree usted?…

Frente a ellos, Attel trataba de convencer a Walton, en un correctísimo inglés, de las bondades de los campos de trabajo voluntarios establecidos por Hitler. No me figuraba cómo habían llegado a tal tema, salvo que el irlandés se hubiese interesado por la política alemana. El caso es que Attel hablaba con entusiasmo del nuevo régimen; entusiasmo que en cierto modo yo compartía, salvo por determinadas obsesiones de funesta deriva. Temiendo que Attel pudiera tocar la cuestión judía, preferí quedarme al margen, imaginando que a Rosenfeld, sentado en mi otra diagonal, le incomodaría una diatriba pronazi. Me tranquilizaba que Pemil se hubiese sentado entre ambos, pues no se me ocultaba la facilidad con que se elevaría el tono en una discusión directa.

—… como una especie de *petit* París, con sus museos, su Palais Royal, su Bois de la Cambre, que no es sino una maqueta a escala del Bois de Boulogne.

—Es que en ningún caso puede Bruselas competir con la *grandeur* de París, querido amigo.

—Ni con la animación de sus cafés y sus bulevares, muchacho, ni con la animación…

Pero Perrin y Rosenfeld se mantenían ajenos, enzarzados en una amistosa comparativa entre sus respectivas capitales, que mi regular francés apenas me permitía seguir. Por suerte, a mi derecha tenía a Cosyns, quien, ejerciendo de oficioso anfitrión, se había ocupado de elegir el local y el menú. Gran aficionado a la espeleología y la escalada, su mirada perspicaz reflejaba a la perfección al aventurero

inquieto que me había imaginado. Nada más sentarnos desechó las formalidades conmigo y se lanzó a preguntarme sobre la organización de las universidades alemanas. Respondí gustoso, alentado por la posibilidad de que su interés fuese útil a los propósitos de Gelb. Hablábamos una mezcla de francés e inglés en la que ambos nos sentíamos cómodos, y para cuando llegó el plato principal, un apetitoso guiso de carne elaborado, cómo no, con cerveza, ya Perrin y Rosenfeld se habían unido a nuestra conversación.

No había olvidado la admiración de Hugo por Auguste Piccard. En cuanto vi que el tema universitario se agotaba, y antes de que mis interlocutores se lanzasen a otro que yo no pudiese seguir, interrogué a Cosyns sobre las ascensiones estratosféricas, asunto que me evocaba las aventuras paternas.

El rostro de Cosyns se iluminó al relatar las dos ascensiones de Piccard, en la segunda de las cuales él mismo había ejercido de copiloto. Gracias a la cápsula presurizada de aluminio inventada por el sabio suizo, habían traspasado con facilidad la barrera de los cinco mil metros de altitud, que el consenso entre los aeronautas tenía por infranqueable, y establecido el asombroso récord de dieciséis mil doscientos metros. Por primera vez se había observado la curvatura de la Tierra, y en ambas ascensiones se habían realizado experimentos científicos dirigidos a conocer la composición en altura de la atmósfera y al estudio de los rayos cósmicos[30], tan importantes en el campo de la física de partículas. El entusiasmo con que Cosyns hablaba de la perfección del globo terráqueo, del profundo azul del horizonte enrarecido, de la intimidante sensación de inmovilidad, acabó atrayendo la atención de todos en nuestra mitad de la mesa. Y con el relato de los incidentes sufridos por Piccard durante la primera ascensión —una fuga en el casco; los vanos intentos de descender hasta que el enfriamiento de la atmósfera al atardecer contrajo el gas del globo; el final de la aventura en un glaciar alpino, al límite de las reservas de oxígeno y después de que se los hubiese dado por perdidos—, mi admiración

por el suizo aumentó: había que ser muy audaz para embarcarse en un segundo viaje a la estratosfera.

—… pero utilizar instrumentos desde dentro de una cápsula resulta complicado —se quejaba Cosyns—. Yo creo que el futuro de la experimentación a gran altura pasa por utilizar escafandras autónomas que permitan el manejo de los equipos en el exterior, al estilo de las que emplean los buzos. El profesor Cabrera me decía esta tarde que un conocido suyo, un ingeniero llamado Herrera[31], ha anunciado su propósito de realizar un ascenso con un traje de su invención que le permitiría alcanzar los veinte mil metros de altitud.

—¿Y no teme usted que le arrebate su magnífico récord? —preguntó Rosenfeld con amistosa sorna.

Cosyns se pasó la mano por el cabello, muy repeinado hacia atrás.

—Bah. En eso estoy de acuerdo con el profesor Piccard —dijo—: el objetivo de un científico no debe ser batir récords. Lo importante es abrir caminos para la Ciencia.



Yo asentía a todo, feliz de verme tratado como uno más por aquellos hombres conspicuos. Y supongo que a mi satisfacción no contribuía menos la excitación de los sentidos, saturados por el jolgorio que reinaba en el local; por el peculiar sabor del guiso, con su toque a especias, cebolla y jengibre, del que no me privé de repetir; por la exquisitez del postre, unas deliciosas crepes rellenas de confituras y de fino chocolate, y por la cerveza que, ignorando mi pretendida prudencia, rellenaba mi jarra en sucesivas oleadas. Se notaba que al día siguiente, víspera de la inauguración del Consejo, era domingo, y que los participantes no tenían ningún compromiso hasta la cena de bienvenida, a la que los ayudantes no estábamos invitados.

En mi placentero estado, comenzó a rondarme la cabeza la posibilidad de invitar a Klara a una cena *tête à tête*. Corresponder a su merienda sería lo justo, además de una inmejorable excusa para

pasar la velada. Y en una *brasserie* como en la que nos encontrábamos —en aquella misma, sin ir más lejos—, mis finanzas no se verían seriamente comprometidas.

Solo debía tener cuidado para que Jürgen Attel no se inmiscuyese en la cita.

20



Fermi, Enrico
Nacido el 29 de septiembre de 1901. Roma
Nacionalidad: italiana
Estado civil: casado

Doct. en Física. Scuola Normale Superiore de Pisa
Estancias en Gotinga y Leiden
Profesor U. Florencia
Act. Profesor de F. Teórica. U. Sapienza de Roma

Distinciones:
Miembro Real Academia de Italia

Investigaciones más relevantes:
Su primer trabajo relevante fue la cuantización de un gas monoatómico perfecto, para lo que elaboró una formulación estadística que tenía en cuenta el principio de exclusión de Pauli. Esta formulación, obtenida independientemente por Dirac, pasó a denominarse Estadística de Fermi-Dirac…

A la salida de la *brasserie*, la mayoría de los asistentes, capitaneados por Pauli y Cosyns, se animaron a visitar un cabaré en el bulevar Adolphe Max. Los menos prefirieron una copa tranquila en el Métropole. Me uní a estos últimos, entre los que, además de Heisenberg, se hallaban Dirac y Fermi, con quienes aún no había tenido ocasión de conversar. Para mi tranquilidad de espíritu, Attel optó por el cabaré.

Relajante melodía de piano. Azulada atmósfera con aroma a

tabaco. Tintineo de vasos. El pum de una botella de champán. El ambiente en el bar era distinguido, similar al del Astoria. Decorado con exquisito gusto *art nouveau*, entre sus columnas flotaba el discreto rumor de las conversaciones. La nuestra, inevitablemente, iba a añadir algunos decibelios más.

En la barra conversaba Walther Bothe con una pareja, que nos presentó como James Chadwick y señora. Esta, sin duda aburrida de rayos beta y neutrones, no disimuló su alivio al conocer a Laura Fermi. El grupo se distribuyó entre los confortables canapés de cuero. Yo, necesitado de mantenerme despejado para seguir el hilo de la conversación, asunto ya de por sí arduo a causa de la mezcla idiomática, eludí los espirituosos y me limité a pedir un café.

La ocasión, mitad buscada, mitad casual, me provocaba una excitación no menor que la experimentada a mediodía, durante la comida con Pauli y Bohr. Por un rato olvidé mi papel de espía. Era mi amor a la física el que quería empaparse, como esponja reseca arrojada a una jofaina, de las palabras de los allí reunidos. No era para menos, pues aquellos hombres habían dado en los años recientes un impulso vertiginoso a la física de partículas.

Por resumir:

En 1928, Dirac propuso la existencia de una partícula con la masa del electrón, pero con carga de signo opuesto, a la que llamó positrón.

A su vez, a partir de los experimentos de Bothe, Chadwick descubrió en 1932 la existencia del neutrón, una partícula de igual masa que el protón, pero sin carga.

En paralelo, Frédéric e Irène Joliot-Curie observaron que también podía darse la emisión de un positrón por un protón[32]. Pauli, quien detectó una incoherencia en la conservación del momento, postuló que debía haber una partícula desconocida implicada, a la que llamó neutrino.

Y aquí es donde entraría Fermi en escena: allí mismo, de su propia boca, supimos que tenía en mente el desarrollo formal de una teoría del neutrino.

En fin. No se preocupen si les resulta confuso. Lo importante, lo que quería recalcar, es que… ¡Bothe, Chadwick, Dirac, Fermi! Supongo que ahora sí me entienden: de haber estado allí Pauli y los Joliot-Curie, juro que habría corrido en busca de un fotógrafo para hacerme un retrato con todos ellos.

Durante un rato se habló de física. Yo me empapaba sin atreverme a abrir la boca, limitándome a asentir cuando lo hablado entraba dentro de los límites de mi comprensión, y a poner cara de póquer cuando se me escapaba. Pero era sábado por la noche, se había comido y bebido bien, y también los físicos son humanos. Habiendo británicos, alemanes y un italiano de por medio, era inevitable que la conversación derivase hacia temas mundanos.

La cuestión alemana, por ejemplo.

—… no creo que me quede otra opción —decía Bothe, por cuyo enfrentamiento con Lenard se había interesado Chadwick—. Gran Bretaña, Francia… Los Estados Unidos de América, tal vez. ¿Cree usted que debería venderme al mejor postor? —bromeó con forzada sonrisa.

—No le faltarían oportunidades, querido amigo —respondió Chadwick—. Estoy seguro de que el AAC[33] le haría una buena propuesta. Y, desde luego, no me cabe duda de que en Cambridge sería usted bien recibido. ¿No le parece, Paul?

Dirac asintió con la cabeza.

—Sin duda. Ahora mismo sus colegas nos tienen invadidos, *herr* Bothe, ¡pero en el Saint John's tenemos un escobero que estamos pensando reconvertir en despacho!

Todo el mundo rio la ocurrencia, meritoria por cuanto el británico tenía fama de parco en palabras. Todo el mundo menos Heisenberg, cuyo semblante permanecía contraído. Supe que le daba vueltas a lo que fuera que se le había ocurrido aquella tarde.

—No sería el primer científico alemán que abandonase su puesto por convicción, Walther —observó Chadwick—. He oído que Haber[34] y Franck[35], pese a que sus méritos de guerra los protegen, han dimitido como protesta ante el despido de sus

compañeros. Y no olvidemos que Schrödinger ha abandonado su cátedra sin siquiera ser judío. Según Born, que lo visitó durante sus vacaciones en Italia, piensa venir a Bruselas en automóvil directamente, sin regresar a Alemania.

—Haber ya se ha ido con su familia, por temor a sufrir represalias —confirmó Heisenberg, bien informado gracias a su reciente visita a Berlín—; y supongo que Franck no tardará. En cuanto a Schrödinger, imagino que nos desvelará sus intenciones mañana, en la cena de bienvenida.

—A este paso —intervino Fermi—, británicos y americanos van a acaparar lo mejorcito de la física alemana.

—Y usted, Enrico —se interesó Chadwick—, ¿no teme que Mussolini acabe haciendo lo mismo? Me refiero a la cuestión judía.

Miré con disimulada atención al aludido. No en vano Fermi, miembro del Partido Nacional Fascista, era una de las mayores esperanzas de Gelb. El *dossier* de la NG era extenso. Ya desde que estudiaba en Florencia, Fermi había sido un adelantado en la introducción de las tesis cuánticas y relativistas en su país. Ávido de conocer las fuentes, tras su doctorado marchó al extranjero para trabajar en Gotinga, donde coincidió con Heisenberg, y en Leiden, donde conoció a Einstein. Actualmente daba clases en Roma, dirigiendo un grupo de investigación tan notable que a él acudían físicos de todas partes. Su prestigio en Italia era tal que Mussolini lo había nombrado miembro fundador de la Reale Accademia di Italia.

Todo eso, junto con algunos datos personales como su afiliación a una logia masónica y su afición al deporte y a la montaña, constaba en el *dossier*. Había, sin embargo, un dato que la NG ignoraba.

—Lo dudo —respondió el italiano—. Mussolini comparte con Hitler muchas cosas, pero no su aversión a los judíos. Aunque nunca se sabe. —Se frotó el mentón con el índice y el pulgar, la mirada clavada en su vaso de cerveza medio vacío—. Quizá debería pedirle a Paul que me reserve uno de sus escoberos. —Esbozó una sonrisa, mirando hacia donde su esposa charlaba aparte con Aileen Chadwick

—. Por si no lo saben, Laura es judía.

Esposa judía. Se me escapó un involuntario suspiro.

Fermi, descartado.

Maldición.



Mi yo espía tomó nota mental de cuanto se habló aquella velada. Al disolverse el grupo, al filo de la medianoche, algunos de los profesores se dirigieron al ascensor. Expresé a Heisenberg mi agradecimiento por hacerme partícipe de la reunión, y luego opté por las escaleras. Deseaba estirar las piernas, pues mi estómago acusaba la contundencia de la cena. Realicé el ascenso con parsimonia, arrepintiéndome de haber repetido *carbonnade*. En alguna de las plantas oí palabras de despedida en inglés, francés o alemán, conforme el ascensor liberaba su humana carga. Justo cuando alcanzaba el descansillo de la sexta, la mía, el chasquido de apertura de las puertas dio paso a un par de voces que susurraban en mi idioma. Reconocí una de ellas en un par de frases sueltas: «… una sorpresa, conocerla…», «… en mi dormitorio, mejor…». La otra, femenina, se limitaba a responder con monosílabos. Me quedé inmóvil, esperando a que se alejasen por el pasillo. No me apetecía encontrarme con Jürgen Attel, si era cierto que su descaro llegaba al extremo de llevar a una dama, o damisela, a su habitación. A una damisela —no se me ocurría otra alternativa— conocida en un cabaré.

Aguardé hasta que una puerta se cerró al final del corredor. Me asomé, comprobé que estaba despejado, y me deslicé hasta mi propia habitación, situada a mitad de camino. Justo en el momento en que cerraba la puerta, una oleada de sangre caliente me subió a la cara y una comezón se extendió por debajo del cuello rígido de la camisa.

¿Y si ella…?

Me maldije a mí mismo por tan innoble pensamiento. Además, no

podía ser. Habría reconocido su voz, y… ¿De veras la habría reconocido? La mujer solo había susurrado palabras sueltas, a distancia creciente. Me reproché no haberme asomado al pasillo cuando estaba a tiempo, y luego me desprecié por pensar mal de Klara.

Por mucho que las berlinesas tuvieran fama de liberadas, la cosa no podía funcionar así con ella. La conocía lo suficiente como para estar seguro de que no era una mujer frívola, y no me parecía que su fuerte carácter la hiciese presa fácil de un galanteo circunstancial.

Aunque… ¿qué experiencia tenía yo con mujeres? Y en la remota eventualidad de que se tratase de Klara, ella estaba en su perfecto derecho. Yo no era quién para inmiscuirme en su vida.

Lo cual me llevaba a otra cuestión: ¿por qué me turbaba la idea de que Klara y Attel…? ¿Celos? Meneé la cabeza. Precisamente esa misma tarde había llegado a la conclusión de que ella no me hacía suspirar. Me quité la chaqueta para aliviar el calor. Me aflojé la corbata. Lo mío se trataba, más bien, de animadversión hacia Attel. Injustificada, tenía que reconocer, pues no sabía nada de él más allá de su admiración por los campos de trabajo voluntarios y otras políticas nazis de las que había hablado en la cena; admiración, dicho sea de paso, que diecisiete millones de alemanes compartían[36].

Pero la forma en que Attel había mirado a Klara aquella tarde me había disgustado. Tanto como para que me sacase de quicio la mera posibilidad —fruto exclusivo, sin duda, de mi imaginación desbocada — de que ella hubiese claudicado a sus galanteos.

Todo eso cavilaba un buen rato después, aún en mangas de camisa, cuando oí una puerta al fondo del pasillo. Pegué la oreja a la mía: un resuelto taconeo amortiguado por la moqueta se acercó, pasó por delante y se alejó. Quien quiera que fuese la visita de Attel, aguardaría al ascensor. No pude evitarlo. Bajar en busca de una aspirina sería una excusa excelente si la cara era conocida. Y si no, mi paz de espíritu lo agradecería. Me eché la chaqueta al hombro y abrí la puerta con aire distraído, resuelto a protagonizar el más

casual de los encuentros premeditados.

No había nadie en el pasillo. El dial del ascensor, inmóvil, señalaba la planta baja. En la escalera no retumbaba eco alguno. La quietud en la madrugada del Métropole era absoluta.

21



Bruselas, domingo, 22 de octubre de 1933
De: M. Maier
Para: H. Gelb
Asunto: Informe de actividades del sábado, día 21

Almuerzo en el hotel con W. Heisenberg W. Pauli, N. Bohr y frau *Bohr.*

Cena con la mayoría de los profesores jóvenes y otros ayudantes.

Posterior tertulia con algunos de ellos en el bar del hotel.

1. *Conversación mantenida durante el almuerzo.*
2. *ídem con W. H. y W. Bothe en el vestíbulo del hotel antes de la cena.*
3. *ídem durante la cena con algunos de los asistentes,* notablemente M. Cosyns, F. Perrin, L. Rosenfeld y E. Lawrence.
4. ídem durante la tertulia con W. H., W. Bothe, J. Chadwick, P. Dirac y E. Fermi.

…

Debería de haber escrito mi informe antes de acostarme, pero la larga jornada, intensa en emociones, me hizo caer fulminado en la cama. Me desperté de madrugada bañado en sudor, secuela anunciada de una pesada digestión. Incapaz de volver a conciliar el sueño, mi cabeza se puso a dar vueltas a las conversaciones del día anterior. Volvían a mí una y otra vez, como si la mente temiese olvidarlas, y comprendí que no descansaría hasta plasmarlas en papel. Me eché la colcha sobre los hombros, encendí la lámpara del escritorio y tomé asiento. Un borrador bastaría para liberar el subconsciente. Ya tendría tiempo por la mañana de completarlo y pasarlo a limpio.

Hice hincapié en la problemática situación de Bothe, a quien veía dispuesto, en caso de no hallar una salida digna en Alemania, a emprender un camino en el que no le faltarían buenas ofertas. Me guardé de opinar que tal cosa supondría una gran pérdida para la nación pues, como espía, suponía que debía limitarme a plasmar los hechos y dejar para otros las valoraciones.

Relaté sucintamente la poca predisposición a trabajar en Alemania de los francófonos Perrin y Cosyns, a quienes había sondeado durante los postres con el señuelo de posibles vacantes de cierto nivel. Ambos adujeron vaguedades sobre la insoslayable barrera idiomática, barrera que más bien interpreté como política, por la forma en que se expresaban.

Expliqué, en fin, que sus circunstancias familiares hacían adoptar a Fermi un claro posicionamiento projudío, lo que haría inviable cualquier intento de atraerlo a nuestro ámbito académico. Cosa ya de por sí complicada, pues el italiano gozaba de un elevado prestigio en su país, donde dirigía un grupo investigador de primer nivel.

Por último, dudé sobre qué hacer con algunas frases de Chadwick. Tras su doctorado, el británico había trabajado con Geiger en Berlín, con tan mala suerte que la Gran Guerra lo sorprendió allí. Lo acusaron de espionaje y lo internaron en un campo de

concentración hasta el final de la contienda. Era evidente que su pasado le generaba sentimientos contradictorios para con Alemania y que, fuera de contexto, sus opiniones iban a malinterpretarse. Dado que Chadwick no estaba en la lista, eché mis notas a la papelera.

En cuanto a mis sospechas sobre una eventual deserción de Lise Meitner —en la cual, de alguna forma, estaría involucrada Klara—, la prudencia me llevó a no mencionarlas por el momento. No tenían solidez, y bajo ningún concepto quería que profesora y ayudante se viesen injustamente comprometidas.

A pesar de tantas reservas, hube de esforzarme para soslayar la certeza de que lo que hacía no era ético. Y traté, tanto como me era posible a aquellas horas de la madrugada, de no olvidar nada importante. Ético o no, el hijo de mi madre solo sabía hacer las cosas bien.



«18:00».

Tal era el lacónico mensaje escrito al dorso de la tarjeta del Astoria que un botones me subió a la habitación, junto con una caja plana de cartón de gran tamaño que, según él, un colega acababa de traer a mi nombre. Intrigado, lo despedí con una moneda de cincuenta céntimos —Heisenberg me había instruido sobre estas cuestiones de orden práctico—, y deshice la lazada que mantenía cerrada la caja. El corazón me dio un vuelco.

¡Charlotte me preparaba una velada de esmoquin!

Sonreí halagado.

Torcí el gesto, preocupado.

La perspectiva de cenar con Charlotte me parecía un sueño. El problema era que no me veía rodeado de esnobs, como sin duda eran quienes cenaban en el Astoria vestidos de esmoquin. No quiero decir que considerase esnob a Charlotte, todo lo contrario: ella era espontánea, divertida, amigable. Pero… ¿y si la cena era con amigos

suyos? ¿Tendría que aguantarles miraditas y sonrisitas importunas? Me senté en la cama, junto a la caja, tratando de ver el lado positivo: al menos no había visto a Klara en el desayuno. No había tenido, por tanto, ocasión de invitarla a cenar, lo cual me habría puesto en un aprieto en caso de que ella hubiese aceptado. Pero eso era mucho suponer y, en todo caso, el plan con Klara podría ser otro día. Una cena con Charlotte, en cambio…

Suspiré. Acaricié las sedosas solapas de la chaqueta; el duro, picudo cuello de la camisa, desplegado como las alas de una diminuta gaviota; la suave textura de la corbata de pajarita. Una vez me puse una de mi padre para la fiesta de graduación del *gymnasium*. Mi madre me hizo un nudo primoroso que más tarde, una vez deshecho, fui incapaz de replicar. Sentí un repentino desasosiego: la pajarita, el fajín, el pañuelo. ¿Cómo iba a vestirme solo? Podía pedir ayuda a Heisenberg, naturalmente, pero ¿qué pintaba su ayudante en una cena de etiqueta, si no conocía a nadie en Bruselas? Haría preguntas a las que yo no sabría qué responder.

Mi siguiente suspiro resultó más bien un resoplido. ¿Sería cierto, como solía decir Jakob, que las mujeres tendían a complicarle a uno la vida?

Decidí centrarme en lo inmediato: debía completar el informe y pasarlo a limpio sin demora. Era una pena dedicar la mañana a tan fastidiosa tarea, porque un cielo despejado invitaba a disfrutar de las calles de Bruselas, apacibles por el descanso dominical. Pero el informe era algo que, con esmoquin o sin él, Charlotte no me perdonaría.

Pulsé el interruptor de servicio. Esperaba que apareciese Francine, pero en su lugar lo hizo una camarera jovencita, de cuerpo menudo y rostro aniñado. Se presentó como Léa, a mi disposición, y se ofreció a arreglarme el dormitorio. Le dije que mejor más tarde, que tenía trabajo y que solo necesitaba más papel de escribir. Al minuto, la muchacha estaba de vuelta con un generoso mazo de cuartillas, que le agradecí con el medio franco de rigor.

Cuando Léa hubo salido, me senté, me arremangué y tomé la

estilográfica. Antes de concentrarme en las notas sonreí para mis adentros, pensando que debería reclamar a Heisenberg una asignación para propinas.



Una hora después apilaba con cuidado ocho o diez cuartillas escritas por ambas caras. Para lo completo que era, el informe me había llevado menos tiempo del previsto gracias a las notas tomadas de madrugada. Lo doblé por la mitad, lo metí dentro de un sobre y lo guardé en el cajón del escritorio. Luego me desperecé con ese ambiguo sentimiento, mezcla de satisfacción y culpa, al que me estaba acostumbrando.

La luz que filtraban los visillos había aumentado hasta inundar la estancia. Al abrir la ventana me restregué los ojos con los nudillos. No me había dado cuenta del enrarecido ambiente del dormitorio hasta que respiré el aire de la mañana. Una campanada solitaria sonó a lo lejos. Saqué el reloj de bolsillo: las diez y media. Apoyado en el alféizar, me entretuve unos minutos en contemplar la calle. Unos pocos viandantes se solazaban: aquellos paseaban cogidos del brazo; a esta la arrastraba un perro más grande que ella; ese otro, pipa en boca, leía la prensa a los pies de la fuente ornamental, cuyo cristalino rumor no hacía sino realzar la quietud de la plaza. Un taxi se detuvo ante la entrada del hotel. El chófer se apeó, abrió la portezuela a una dama y extrajo dos maletas del baúl trasero. Reverencioso, las depositó en la acera junto a la entrada. De inmediato, un botones las recogió y precedió a la dama al interior mientras el taxi se alejaba por la solitaria calzada.

Un domingo apacible y tranquilo.

Como Heisenberg me había anunciado que dedicaría el día a una de sus largas caminatas —seguramente con Bohr, como era costumbre en ellos desde que se conocieran—, yo tenía libre hasta mi cena con Charlotte. Decidí que, si me daba un baño rápido, estaría a tiempo de dar un paseo antes del almuerzo.

Abrí el grifo de la bañera. Esperé, la mano bajo el chorro, hasta que el agua empezó a salir templada. Puse el tapón. Justo cuando echaba un puñado de sales aromáticas, unos nudillos golpearon con delicadeza la puerta de la habitación. A la vista de la cama deshecha y de mi traje arrugado, tirado de cualquier manera sobre la butaca, me sonreí. La perseverante Léa aún tendría que esperar a que me bañase para hacer su trabajo.

—Un momento, por favor —dije en voz alta.

Antes de abrir la puerta, guardé la caja del esmoquin en el armario y, con el celo que cabría presuponer en un espía profesional, me demoré en rescatar mis notas de la papelera, convertirlas en pedacitos y arrojarlas al inodoro.



—Buenos días, Matt. Espero no molestar.

El pulso se me detuvo un instante.

—Ehhh…, no, nada de eso —balbucí, tragando saliva con esfuerzo—. Siento haberla hecho esperar. Estaba… Me preparaba un baño.

Klara sonrió con timidez. Sin apenas girar la cabeza, echó una mirada furtiva a ambos lados del pasillo. Comprendí que se hallaba en una situación incómoda, pero temí parecer desvergonzado si la invitaba a entrar. Ella misma resolvió el dilema.

—¿Puedo? —preguntó, mirando por encima de mi hombro hacia el interior del dormitorio.

Me aparté a un lado, furioso conmigo mismo: mi patético embarazo había tenido el efecto, una vez más, de ruborizarme.

—Por favor —dije atusándome con la mano el cabello revuelto para disimular—. Pero me coge usted un poco desaliñado. —Me subí los tirantes, que llevaba caídos a los costados, y apunté con el mentón hacia la cama revuelta—. Y tendrá que disculpar el desorden. He estado escribiendo… ejem, una carta, y no han tenido tiempo de…

Klara se desentendió con un ademán indiferente. Sus labios dibujaban una línea asimétrica, entre divertida y maliciosa.

—¿Una carta?… ¿Para su novia de Leipzig?

—No es mi novia —protesté—. Y la carta es para mi madre, en realidad.

—Claro.

Eso dijo, «claro», aunque el tono burlón no aclaraba si me creía o no. Mientras ella, el bolsito sujeto con ambas manos, pasaba revista a la habitación, yo me quedé observándola. Llevaba el mismo juego marrón de chaqueta y falda que en el tren, aunque una blusa blanca de escote en uve sustituía a la de corte oriental. Adornaba el cuello con un colgante dorado de estilo egipcio, en combinación con los pendientes. Me fijé en el detalle porque me pareció rabiosamente moderno, como todo en ella.

—Tiene una habitación muy espaciosa —apreció—. ¡Y con vistas a la calle! La mía da a la parte de atrás, a un patio interior —añadió, arrugando la nariz.

Comprendí que no había ventilado la estancia lo suficiente, pues había cerrado la ventana al dirigirme al baño. Me apresuré a abrirla de par en par. Klara se asomó, entusiasmada con la novedad.

—¿Está sola? —pregunté, y enseguida me obligué a precisar—. Quiero decir… ¿No acompaña hoy a su profesora?

—¡Qué bonita, la vista sobre la plaza! —suspiró ella. Luego, haciéndose visera con la palma de la mano, me miró entornando sus ojos claros—. *Frau* Meitner atiende algunos compromisos. Hoy tengo el día libre. ¿Usted no?

—Lo tengo.

—En ese caso, supongo que acudirá a la cena de ayudantes.

—¿Ayudantes? —Arqueé una ceja—. No sabía…

Ella parpadeó.

—¿No lo sabe? Anoche, el resto de los ayudantes, junto con algunos posgraduados de la ULB, decidieron organizar hoy una cena, aprovechando que los profesores tienen la de bienvenida. Me sorprende —añadió con un delicioso gesto en la comisura de los

labios—, teniendo en cuenta que estuvo usted con ellos. Bueno, el caso es que he coincidido con Jürgen Attel esta mañana, en el desayuno, y me lo ha dicho.

Attel. Si fue casualidad que una nube ensombreciese la plaza en ese momento, de ningún modo pudo serlo el que yo sintiese una especie de vacío interno. Tuve que relajar la mandíbula para poder hablar.

—Es que, tras la cena, me vine directo al hotel con algunos profesores. Los demás acudieron a un cabaré. Supongo que lo decidieron allí.

Klara batió palmas, risueña.

—Entonces, ¿qué me dice?… ¿Asistirá?

Bajé los ojos hacia la fuente, donde unos niños jugaban a mojarse los brazos arremangados ante la mirada displicente de sus padres.

—No puedo. —Carraspeé—. Esta tarde tengo un compromiso. Se trata de…

—Por favor, no tiene que darme explicaciones —me atajó ella. Quería parecer despreocupada, pero me pareció que su sonrisa había palidecido.

Agradecí su comprensión, porque no quería mentirle.

—No crea que no lo siento —dije—, porque lo de ustedes será más divertido.

—No tiene importancia, es solo una cena. —Se encogió de hombros y luego, desviando la mirada, hizo ademán de irse—. Aunque lo echaré a usted de menos. No conozco a nadie más, salvo a Attel.

Torcí el gesto. Si la buena suerte me propiciaba una velada con Charlotte, la mala me privaba de una magnífica ocasión de estar con mis colegas y dejaba a Klara en manos de Attel. Fue entonces cuando un Matt desconocido hasta entonces me sorprendió.

—Espere —dijo, hablando por mi boca sin pedirme permiso—. ¿Qué le parece si almorzamos juntos? En media hora puedo estar en el vestíbulo.

Klara abrió mucho los ojos a pesar de la luz.

—Podríamos coger un tranvía —sugirió atropelladamente el Matt verdadero, temiendo que el otro sufriese un airado rechazo—. ¿Le gustaría visitar el Parque de Bruselas?

Pero a ella se le iluminó la cara.

—Quiere decir… ¿un pícnic?

Percibí de reojo que la plaza volvía a brillar. La nube había sido pasajera.

—Tendríamos que estar de regreso temprano. —La euforia no me impidió poner cara de circunstancias—. Debo vestirme para esa… cena.

—En media hora, entonces —zanjó ella—. Y, por cierto —añadió con expresión divertida—, ¿no debería cerrar el grifo?

—¡Oh, mierda!

22



Klara comenzó a tutearme de forma espontánea al tomar asiento en el tranvía. Le seguí la corriente asumiendo que, en Berlín como en Leipzig, una relación amistosa permitía eludir la formalidad académica en privado. Ella traía su cámara y una bolsa de lona con viandas compradas en un colmado cercano al hotel mientras yo me bañaba. Insistí en pagar la cuenta, pero ella se reveló como una dura negociadora. Al final aceptó la mitad del importe y, sin proponérselo, consiguió que aumentase mi admiración por ella.

El tranvía nos dejó cerca de la entrada principal del parque. Nos demoramos para que Klara tomase una instantánea del Palacio de la Nación, y luego nos adentramos en aquel cuadrilátero de verdor situado en lo más noble de la Villa alta.

—Es señorial, ¿verdad? —comenté.

—No es tan grande como el Tiergarten, pero resulta elegante —admitió ella—. ¡Mira esa fuente! Vamos allí. Te sacaré un retrato de recuerdo.

Un ramillete de surtidores divergía hacia las alturas desde el centro de una amplia lámina circular de agua. La brisa empujaba la estela en su caída, dibujando lentejuelas sobre la superficie espejada. Klara, fotómetro de bolsillo en mano, me hizo rodear la fuente hasta dar, según ella, con la luz adecuada.

—Pon un pie sobre el borde de piedra. Pon el codo sobre la rodilla. La barbilla, sobre el puño. Sonríe. ¡Así no, tonto, con naturalidad!

Yo había accedido a posar a condición de que luego ella lo hiciese para mí, y me dejaba manejar con la docilidad de un niño al que van a permitir jugar con un juguete nuevo.

—Me toca —anuncié en cuanto se dio por satisfecha.

Klara hizo unos reajustes en la cámara y me la colgó al cuello, no fuese yo a cometer una torpeza. Luego me explicó lo básico: así corres el carrete; así disparas; lo demás, no toques nada. Hablaba con su cabeza pegada a la mía, y yo sentía su respiración tibia en el cuello.

—Ponte ahí, bajo la estatua de Diana cazadora —dije—. A ver si eres capaz de imitarla.

—Para eso necesitaría un cervatillo —rio ella.

—Podríamos pedir prestado el perrito a aquella dama, la del sombrero como un frutero.

Continuamos así, bromeando y riendo; descubriendo aquel parque de rectas avenidas trazadas con escuadra y cartabón; admirando una escultura aquí, una pajarera allá, un pavo real acullá; internándonos en los irregulares senderos que atravesaban los parterres. Ocasionalmente, Klara tomaba una instantánea. Yo me sentía relajado. Más que la tarde anterior, cuando me cuestionaba el desparpajo de Klara como síntoma de frivolidad. De repente —o no de repente, quizá había sido un proceso gradual—, sus encantos estaban por encima de mis preferencias. Su rostro, más redondeado de lo que me gustaría, y sus caderas, no tan esbeltas como las de mi mujer ideal, importaban menos que la acuosa transparencia de sus ojos; que la oblicua comisura de sus labios llenos; que las agudas observaciones de su privilegiada inteligencia.

Tu problema, Matt —solía decirme Hugo Reetz, a quien le había conocido ya varias novias—, es que analizas a cada muchacha como si fueras a casarte con ella, y como ninguna te parece perfecta de entrada, las desdeñas sin esforzarte en conocerlas. Debes aprovechar las oportunidades, amigo mío. Relájate. Date un respiro. Disfruta los placeres de la vida. Además, ¿quién te dice que las mujeres buscan en ti un marido? Hoy en día ya nunca se sabe.

Hugo exageraba al hablar en un plural tan amplio. Había ocurrido, es cierto, pero tan solo en un par de citas que él me había concertado con amigas de su novia de turno; citas por las que perdí el interés al conocer a la hermana de Jakob. Pero ahora debía olvidarla: Rachel estaba a punto de convertirse en pasado sin haber llegado siquiera a formar parte de un presente. ¿Qué tal si, por una vez, le daba una oportunidad al Hugo Reetz que había en mí?



Klara y yo buscamos un lugar donde almorzar. Encontramos un pequeño prado junto a un estanque con patos. Al extender el mantel, un guarda nos dirigió una mirada displicente. Asumimos entre cuchicheos que teníamos su venia.

—Al menos, mientras mantengamos la compostura —bromeó ella.

Yo sumergía un blanco del Mosa en la orilla del estanque.

—Eso será difícil, si nos bebemos la botella —le seguí la corriente.

Klara respondió con una mueca altanera.

—Modérese usted, doktor Maier —me recriminó con impostada ausencia de tuteo—. Tiene una cena esta tarde.

—Y una cena de etiqueta, nada menos —suspiré.

Fue decirlo y sentirme palidecer: acababa de perder una magnífica ocasión para morderme la lengua. Pero ya era demasiado tarde.

—¿En serio? —Klara levantó ambas cejas—. Es usted una caja de sorpresas, Maier. Pero cuénteme; cuénteme, por favor.

Así fue como, mientras desenvolvíamos los bocadillos de jamón, queso y pepinillos, tuve que improvisar la poco verosímil historia de una tía lejana, casada con un industrial belga antes de la guerra, a quien mi indiscreta madre había escrito nada más saber de mi viaje a Bruselas. Naturalmente, mi tía había insistido en conocer a su sobrino —todo un físico de renombre, a su entender, puesto que

acudía al Consejo Solvay— y en presentarlo a sus amistades, sin duda aburridas y esnobs.

O no tan poco verosímil: Klara apoyó una mano en mi hombro.

—Suena horrible, en efecto.

Me sentí bien, a pesar de todo.

—Lo es.



—¿Sabías que este parque fue uno de los principales escenarios de lucha durante la revolución de 1830? Las barricadas en las calles adyacentes pararon aquí al ejército de los Países Bajos…

Recostado contra un roble, yo leía en voz alta la guía turística. Klara, sentada en una esquina del mantel, asentía distraídamente a veces, concentrada en cambiar el carrete a su Leica. Habíamos comido con apetito los bocadillos, compartido un racimo de uvas y saboreado con deleite las típicas galletitas especiadas, sin dejar en ningún momento de conversar sobre lo científico y lo divino. La botella, mediada, reposaba en la orilla del estanque.

—¿Te gustaría aprender a utilizarla? —preguntó Klara sin previo aviso.

Levanté la mirada del folleto.

—Ya sé —dije—: correr el carrete, disparar, no tocar nada más.

Ella puso los ojos en blanco. Luego hizo ese mohín adorable con los labios.

—No, tonto. Me refiero a utilizarla de verdad: hay que medir la luz, seleccionar diafragma y velocidad, y controlar la profundidad de campo, como mínimo, para hacer una fotografía decente.

La natural curiosidad que me había llevado a estudiar física no podía dejar pasar de largo tal ofrecimiento. Supongo que también influyó la intuición de que Klara tendría que sentarse muy cerca de mí.

—Claro —dije incorporándome—. Me encantaría.

—… así, ¿ves? Has de girar el dial hasta que las dos imágenes se superpongan en el telémetro.

—Vaya. —Asentí con la cabeza sin despegar el ojo del visor—. ¿Cómo lo hace?, ¿cambia el paralaje?

—Ajá. Mediante dos lentes, esta y esta.

Nuestros hombros se apoyaban el uno en el otro. Podría rodear su cintura con el brazo sin estirarlo siquiera. Nuestras cabezas estaban tan cerca que me bastaría girar el cuello para aprisionar con los labios el diminuto pendiente egipcio y el adorable lóbulo al que estaba prendido. En ese momento, ambas cosas me apetecían más que nada en el mundo. Pero si una parte de mí quería pasar a la acción, una extraña laxitud la vencía desde la otra. Era como si la fragancia que emanaba de Klara, de su piel satinada, de su cabello castaño y sedoso, fuera una droga que anulase la voluntad. Sin embargo, mi corazón latía muy deprisa, muy fuerte. ¿Era posible que ella no lo percibiese? Y lo que más acrecentaba mi turbación: la pugna entre la idea de que quizá ella desease mi atrevimiento y la de que una torpeza mía podría estropear nuestra amistad.

—Luz directa —dije manipulando el fotómetro—. Cierro la cortinilla.

Klara me observaba en silencio, los párpados entornados.

—Giro la rueda hasta que la marca de fondo se sitúe por debajo de la aguja —continué—. Entonces, según la escala, a un diafragma de dos corresponde una velocidad de quinientos. Bueno, de un quinientosavo. Como quiero aumentar la profundidad de campo para que salga enfocado el pato, cierro el diafragma a… Hum. Pongamos cinco con seis, a lo que corresponde un sesentavo. Suficiente, mientras el pato permanezca quieto…

Klara no había torcido el gesto, señal de que lo estaba haciendo bien. Seleccioné los valores en la cámara. Enfoqué. Encuadré. El pato me miró con desconfianza. Comprendí que el muy bastardo me estropearía la composición si no disparaba rápido.

Clic.

—*Et voilà!* —Resoplé, liberando la respiración contenida—. Estanque con pato y nenúfares.

Klara aplaudió enérgicamente.

—Lo has hecho muy bien, Matt. *Summa cum laude*.

Un solitario rayo de luz se filtraba por la copa del roble, iluminando su cabello. La risa le ensanchaba los generosos labios. A tan corta distancia, sus iris me parecieron más límpidos que nunca.

—Eres increíble, Klara —dije.

—¿Qué?

No fui yo, lo juro. El verdadero Matthias Maier habría permanecido con la respiración congelada y el corazón oprimido.

Fue el otro, el Hugo Reetz que había en mí, quien se inclinó y rozó con sus labios los de Klara.

El verdadero Matt los retiró avergonzado.

—Lo… siento —balbucí temiéndome una catástrofe—. Soy un estúpido. No quería…

Ella había abierto mucho los ojos.

—Matt —me interrumpió. Su tono no era de enfado—. Me ha gustado, Matt.

23



En el Parque todo quedó en beso robado. Con la lección de fotografía se había hecho hora de regresar. En el tranvía charlamos como si nada hubiese sucedido, supongo que para no enfrentarlo. Mientras Klara me hablaba de un compañero suyo, un tal Fritz Strassmann[37], condenado a la indigencia por su manifiesto desprecio a los nazis, en lo único que pensaba yo era en que tal vez ella pudiese resolver mi problema.

—¿Sabes hacer un nudo de pajarita? —le pregunté.

Parpadeó varias veces.

—¿Es para tu cena de etiqueta?

—He de pedirte un favor.



Una luminosa cascada inundaba mi dormitorio. Millones de motitas de polvo relucían como un universo estrellado. Klara estaba hermosa, bañada en la luz dorada. No solo me hizo un nudo impecable; también me enseñó a colocarme el fajín, ajustó los puños de la camisa para que sobresaliesen la longitud adecuada, y plegó el pañuelo de forma que asomase elegantemente por encima del bolsillo. Ante mi desconcierto por su destreza, me aclaró que lo había aprendido de su madre: *herr* Hofmann era catedrático de Fisiología de la Universidad de Berlín, y a menudo se vestía de

etiqueta para acudir a los actos académicos propios del cargo.

—Vaya —dijo al fin, satisfecha con su obra—. Tu tía está en todos los detalles.

—Es… —Carraspeé—. Debe de ser muy detallista, en efecto. La verdad, no sé si me encuentro cómodo vestido así.

La cautivadora acuosidad azul se elevó un instante hacia el techo. Su dueña dio un último retoque al pañuelo.

—Pues deberías —dijo con una sonrisa—. Estás muy guapo.

Las palmas de sus manos se demoraron un poco más de lo necesario alisando las solapas del esmoquin. Las cogí con las mías. Las manos, no las solapas. Algo que escapaba a mi control estaba a punto de suceder.

Sucedió. En ese preciso instante, unos nudillos golpearon la puerta.

El corazón me dio un vuelco. Quizá me buscaba Heisenberg, de regreso de su excursión. Podría ignorarlo para no comprometer a Klara. Pero también podría ser Léa, la camarera, en una de sus rutinarias rondas. De no obtener respuesta, abriría con su propia llave. Crucé mis labios con el índice. Klara asintió, retirándose a un discreto ángulo muerto. Inspiré hondo. Entreabrí la puerta un palmo.

—Buenas tardes, Maier. Disculpe la molestia.

Supongo que se me avinagró el rostro. Traté de paliar el efecto mostrándome amable.

—Attel… ¿Qué ocurre?

Encogió él sus hombros atléticos, sonriente.

—Nada. Quería decirle que hay una cena de ayudantes, por si no está enterado. He venido antes, pero no estaba en la habitación.

—Sí, algo de eso me han dicho —asentí—. Muchas gracias por avisar, pero no puedo asistir: tengo un compromiso.

Me miró de la pajarita a los zapatos.

—Ya veo —dijo en tono admirativo—. Bueno, pues…

Se disculpó de nuevo. Le agradecí el gesto. Si en algún momento pensó que le franquearía la entrada, lo cierto es que no moví la puerta un milímetro. Pero sí le desee una buena velada con mi más

educada sonrisa antes de despedirnos hasta el día siguiente. Cerré la puerta. En su rincón, Klara se tapaba la boca con la mano para sofocar la risa. Me acerqué victorioso, cual caballero que acabase de alejar un grave peligro de su damisela.

Entonces sucedió de verdad.

Esta vez no fue el otro, sino yo, Matthias Maier, quien le cogió las manos y me las llevé a los labios. Y al instante nuestras cabezas se atrajeron como se atraen dos polos magnéticos opuestos. Esta vez el beso fue mutuo, instintivo, consensuado. Presioné los labios rígidos contra los suyos, mórbidos, y luego los relajé sin apartarlos. Presionó ella, como si no hubiera tenido bastante. El resultado de tanta presión fue que una humedad de sabor indescriptible, extrañamente dulce o afrutada, se filtró entre nosotros.

Nos apartamos al fin, respirando hondo; abriendo los ojos para comprender mejor lo que había sucedido. Por algún motivo, los de Klara brillaban mucho. Tenía las mejillas encendidas. Supongo que yo también.

Al instante me sentí fatal: la había utilizado para preparar mi cena con Charlotte, y luego… aquello. No quise saber qué significaba. No era el momento.

—He de irme —dije.

Ella asintió con la cabeza.

—Claro. Te veré mañana.

24



En cuanto vi a Charlotte se disipó mi mala conciencia. Si yo había logrado llegar puntual al Astoria, ella se hizo esperar quince minutos; y cuando apareció, ni siquiera tomó asiento. Me cogió del brazo, guiñó un ojo al barman, que esta vez se había dignado atenderme, y me arrastró hacia la calle, obligándome a abandonar una cerveza apenas empezada. El botones de turno le abrió la puerta de un rutilante Mercedes Sportwagen blanco.

Seis cilindros en línea. Seis mil ochocientos centímetros cúbicos. Ciento veinte caballos; ciento ochenta con el turbocompresor en acción. Una bestia, al decir de Hugo Reetz, quien solía alardear de sus conocimientos de mecánica. Me senté en el lado del pasajero del formidable descapotable, pero Charlotte no hizo ademán de arrancar. En lugar de eso, me extendió la palma de la mano.

—Antes que nada, el trabajo —dijo con la firmeza que solía aplicar a los negocios.

Le entregué el sobre, más abultado que el anterior. Esta vez lo abrió. Encendió uno de sus cigarrillos turcos y lo fumó distraídamente, tomándose su tiempo para examinar el contenido. Escorado hacia ella, yo la observaba expectante. Olía a intenso perfume oriental. Llevaba los mismos zapatos charlestón y el mismo vestido negro de la tarde anterior, pero esta vez se cubría con una vistosa chaquetilla corta recamada en hilo dorado y pedrería, al estilo de los toreros españoles.

Di un embobado repaso a su fisonomía cautivadora mientras

insidiosas volutas de humo especiado se empeñaban en buscar mi nariz. Charlotte estaba tan concentrada que no se percató de lo uno ni de lo otro. Tosí.

—Tu primer informe era bueno, Matt, pero este lo supera con creces —dijo al fin—: Bothe, Cosyns, Perrin… Lo de Bothe es muy relevante, y lo de Fermi… —Dejó escapar un silbido. Sus ojos brillaban—. ¡Menuda sorpresa!

«*Tu* primer informe». No me pasó inadvertido el cambio. Como era improbable que Klara y ella se hubiesen puesto de acuerdo, concluí que la segunda cita daba derecho al tuteo en Berlín. Charlotte guardó el sobre en su bolso y arrancó. Los seis cilindros atronaron la calle Royale en dirección norte.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

El viento barrió de sus labios una nube perfumada.

—A Laeken, en las afueras.

Se había puesto gafas y mitones de conducir. Ella aceleraba conforme nos alejábamos del centro, y a mí me fascinaba la confianza con que conducía el bólido. A esa velocidad no tardaríamos en salirnos de mi mapa.

Acaricié el salpicadero de noble madera barnizada. Salpicado, valga la redundancia, de diales cromados y bruñidos pomos.

Charlotte adelantó un tranvía sin tocar el freno.

—Veo que la NG paga bien —dije alzando la voz por encima del silbido del viento.

—*Monsieur* Belle-Croix es amante de la velocidad —dijo ella, indiferente al sarcasmo—. Y yo me aprovecho cuando vengo a Bruselas. Juego a ser niña de papá y mamá, ya lo ves. Ropa cara, coche caro, locales caros… En Berlín no me reconocerías.

Por algún motivo no acabé de creerla.

—¿Y el esmoquin? —pregunté.

Esbozó una sonrisa picara sin dejar de mirar al frente.

—Papá es de tu misma talla, más o menos. Se conserva en una forma envidiable para su edad.

Concentrada ella en la carretera, me permití disfrutar de su

exquisito perfil. Frente. Cejas. Pestañas. Labios. Mentón. Si cabía considerar a *monsieur* Belle-Croix un hombre de fortuna, sin duda Charlotte era su bien más preciado.

Cruzamos una vía ferroviaria que supuse acababa en Bruxelles-Nord. Cruzamos un ancho canal en cuyas riberas se alineaban decenas de barcazas de carbón en espera de que las descargasen. Bordeamos una monumental iglesia de reminiscencias góticas, a la que Charlotte se refirió como Notre Dame de Laeken. Rebasada la población, nos adentramos en una carretera flanqueada por hermosas mansiones, algunas de ellas apenas visibles a causa de sus elevadas tapias. Nos hallábamos en el campo, en una zona de gente bien.

Cruzamos otra pequeña población. Charlotte conducía ahora más despacio. De pronto se metió por un sendero de grava que discurría entre unos tilos y acababa, quinientos metros más allá, en una tapia con la cancela abierta. Al fondo, tras un hermoso jardín de estilo inglés, se erigía una mansión de sólidos sillares de piedra, flanqueada por sendos torreones con chapiteles de pizarra. No era la más ostentosa que habíamos visto, pero tampoco desmerecía. Varios automóviles de calidad se alineaban en un terreno lateral habilitado como aparcamiento. Detrás había unas construcciones bajas que muy bien podían ser caballerizas. Al otro lado de la casa sobresalía entre unos setos la valla de alambre de una probable pista de tenis.

Lo dicho: gente bien.

Charlotte me informó telegráficamente. La finca era de la familia de una querida amiga. Olga Rogier celebraba su cumpleaños. El convite sería sencillo: seis amigas de juventud con sus respectivas parejas. Ostras. Caviar. Paté. Fiambres. Fruslerías, vaya. Champán a discreción, por descontado. Le pregunté con ironía si las otras cinco eran parejas formales o si habría alguna más de circunstancias. Me regaló una ronca, sensual carcajada. Ni siquiera todas las parejas, dijo, incrementando mi desazón, eran hombre y mujer.

—¿Por qué yo? —Quise saber en el último momento, cuando recorríamos a pie el sendero de gravilla que conducía a la puerta

principal.

—Porque eres apuesto, inteligente y desconocido. Mis amigas se dedicarán a diseccionarte y no tendré que soportar que pasen el rato tratando de buscarme pareja.

Me detuve. Alcé una ceja inquisitiva.

—O sea, que no la tienes.

Se detuvo. Se acercó para retocarme la pajarita. Aletearon sus pestañas cargadas de rímel, extendiendo unos párpados en que brillaban diminutas motas de purpurina dorada a juego con la torera. Satisfecha con el resultado, el carmín de sus labios se ensanchó. Luego me cogió del brazo y enfiló la escalinata.

—Esta tarde, sí.



No aburriré con el relato de una nueva cena. Baste decir que mis previsiones se cumplieron en desigual medida.

¿Los amigos de Charlotte eran esnobs? Sí. Pero me trataron bien. Ellos, con relativa curiosidad hacia mi persona al principio, tuvieron el buen gusto de no sacar a relucir la política alemana. Hablaron de sus automóviles, sus caballos y sus negocios —¿o eran los de sus padres?—, mientras ellas, como había anticipado Charlotte, me disparaban fuego graneado. Cómo. Cuándo. Dónde la había conocido. Por las miradas complacidas que a veces me dedicaba mi *pareja*, creo que salí airoso del trance.

¿La cena fue aburrida? No. Lo cierto es que el tiempo pasó volando. Las fruslerías anticipadas por Charlotte me parecieron exquisitas en su mayoría. Con una ostra viscosa tuve bastante, pero los caracoles estaban suculentos: me comí dos docenas. Procuré comedirme con el espumoso de Reims. En ese sentido me preocupaba Charlotte, mi garantía de vuelta al hotel; pero también ella se moderó. Me divirtió, sobre todo, su solicitud para conmigo, lo cual provocaba las sonrisitas de sus amigas; lo cual, a su vez, hacía que ella se mostrase radiante.

Tras la cena, sirvieron el café en un salón presidido por un buen fuego. Supongo que se trataba de crear ambiente, pues la temperatura era benigna. De las paredes colgaban panoplias con sables y trofeos de caza. Las conversaciones se fragmentaron por parejas, por tríos. Ligeramente apartada, Charlotte palmeó el brazo izquierdo de su sillón para indicarme que me sentase junto a ella. Yo no deseaba otra cosa. Desde mi perspectiva elevada, inclinado sobre su hombro para mantener el equilibrio, una vez más agradecí que el vestido la cubriese hasta el cuello. Cual garantes del decoro, los ojillos vidriosos de una cabeza de jabalí no me perdían de vista.

—Les he dado tema de conversación hasta mi próxima visita —me susurró Charlotte, a todas luces satisfecha, mientras extraía un cigarrillo de su pitillera nacarada.

El comentario me hizo sonreír. Ella me utilizaba, como yo había utilizado antes a Klara. Y el caso es que, lejos de importarme, ser su pareja de conveniencia me hacía sentir estúpidamente feliz. Incluso se me ocurrió —el champán desinhibe una barbaridad— una idea perversa. Me incliné aún más, hasta rozar con la punta de la nariz su melena caoba. La mezcla de tabaco y pachuli anuló cualquier resto de recato que pudiera quedarme.

—Deberíamos besarnos —musité en su oreja—. Eso daría verosimilitud a nuestra relación.

La cogí desprevenida, claro. Me miró a los ojos con los suyos muy abiertos; tratando de discernir si le hablaba en serio o en broma. Pero no había hielo en su mirada, solo curiosidad.

—Es usted un fresco, *herr* Maier —susurró—. ¿Acaso desea aprovecharse de una amiga vulnerable?

Sonreí para mis adentros. Vulnerable no es como la hubiera descrito. No se me pasó el usteo admonitorio, el mismo que había empleado Klara. Con la experiencia de lo ocurrido en el parque, di el beso por cosa hecha. Le cogí la mano de uñas bermellón, a juego con los labios. Me llevé a la boca el dorso. Cosas del champán.

—Solo deseo servirla del mejor modo posible, *fräulein* Belle-Croix —respondí—. *Mademoiselle* Olga ha considerado muy romántico que

nos conociésemos en un expreso, pero ha fruncido el ceño al saber que eso sucedió hace solo dos días. No la veo convencida.

Charlotte torció el gesto. Aspiró una profunda bocanada. La exhaló con parsimonia. Como mínimo, consideraba mis argumentos.

—¿Has adivinado ya quiénes son las parejas? —preguntó de repente—. Si aciertas, tendrás tu recompensa. En caso contrario, exigiré la mía.

Resoplé. Una vez más, Charlotte jugaba conmigo. Pero yo, intrigado por el comentario que me había hecho al entrar, había dedicado parte de la cena a pensar en el tema.

Con cinco hombres y cinco mujeres, sin contarnos a nosotros, podían hacerse, en principio, hasta ciento veinte combinaciones distintas de parejas. Un número elevado.

Pero Charlotte había introducido una interesante variable: no todas las relaciones eran heterosexuales. En primera aproximación, por tanto, cualquiera podía ser pareja de cualquiera. No soy rápido haciendo cálculos mentales, pero lo había conseguido con la ayuda de diez conchas de caracol vacías situadas en círculo en mi plato: ¡novecientas cuarenta y cinco combinaciones de parejas posibles!

Bueno. La cosa no era tan complicada, en realidad.

—Olga y François son matrimonio —dije—. Llevan anillo, y no hay más que ver cómo él se las da de anfitrión en casa de sus suegros.

—Ajá.

Eso reducía las combinaciones posibles a ciento cinco.

—Michel trata con empalagosa afectación a Suzanne, y ella le corresponde. Están prometidos.

—Ajá.

Quince combinaciones posibles. El beso estaba a mi alcance. Pero entre las tres mujeres y los tres hombres restantes, la cosa no estaba clara. No conocía los usos en Berlín, pero en Leipzig la homosexualidad se llevaba con suma discreción. Odette y Sophie se cogían de la mano a menudo y se lanzaban continuos guiños cómplices. Si lo que decía Charlotte era cierto…

—Odette y Sophie —aventuré.

Charlotte se tapó la boca para disimular la risa.

—¿Odette y…? ¡No, por Dios! Vaya idea. Son amigas de la infancia, pero…

—¿Léopold y Antoine?

Otra carcajada ocluida. Afortunadamente, tres o cuatro conversaciones paralelas apagaban nuestro comadreo.

—Pero me dijiste que hay alguna pareja… ya sabes —protesté elevando el tono—. Tienen que ser ellos, porque si no…

Charlotte me puso el índice en los labios.

—Léopold y Sophie están prometidos —explicó en voz apenas audible—. Giselle y Antoine están casados, aunque alardean de no llevar anillo. Odette y René están prometidos. René y Antoine están liados.

Tardé unos instantes en asimilarlo.

—¿Y ellas…? Quiero decir, Odette y Giselle…

—Lo saben, por supuesto. —Charlotte sonrió malévola—. Incluso toman el té juntas de vez en cuando, ya me entiendes.

Creí entender. Abrí la boca para hablar. La cerré sin saber qué decir. Charlotte me había vencido, pero… Compuse una mueca con las comisuras de los labios. ¿Me había vencido?

—Has hecho trampa —refunfuñé—. Según eso, hay más de cinco parejas. ¡Así era imposible!

Agitó la mano como si aventase su propio humo.

—Bah, no has acertado más que dos —zanjó—. Tengo derecho a exigir mi recompensa.

Suspiré. Tratándose de ella podía esperarme cualquier cosa.

—Tú dirás.

El jabalí, los colmillos aguzados, la boca abierta, se mofaba con descaro de mí. Como si lo secundasen, unas risas se elevaron desde el otro extremo del salón. René hacía juegos de manos con una baraja. Los demás grupitos se le aproximaron, ajenos a mi zozobra.

Los ojos de alga me miraron como se mira a un reo para comunicarle una dura condena. Los labios bermellón se pronunciaron.

—Bésame, *chéri*.



El 22 de octubre de 1933 fue el día más extraño, más increíble, más loco de mi vida hasta entonces.

No tardaría en verlo superado.

EL CONSEJO SOLVAY

Heisenberg (cont.)

… En Gotinga, Born pretendía ser riguroso. Se basaba en la mecánica celeste, pero solo conseguía avances a medias. Heisenberg, en cambio, tendía a inventar modelos a base de reglas semiempíricas, que lograban resultados sin responder a una teoría coherente. Ambos eran conscientes de su estancamiento, y comprendieron la necesidad de una nueva mecánica cuántica que sustituyese a la newtoniana…

En septiembre de 1923, cuando el joven Werner regresó a Gotinga con su título en el bolsillo, la inflación se había desbocado. Los ahorros, los depósitos, los bonos de guerra, dejaron de tener valor. Me recuerdo a mí mismo con quince años, aterido de frío ante la panadería, antes de acudir al *gymnasium*. Mi madre no podía llegar tarde a la escuela, y faltar a la cola de la mañana significaba, con toda probabilidad, quedarse sin la ración diaria. Recuerdo que hacíamos una lista cada vez que ella recibía su magra paga de maestra: harina, mantequilla, huevos, tocino, café, todo artículos de primera necesidad; y que ocasionalmente añadíamos unos zapatos, unos ovillos de lana, unas flores para el cementerio. Había que gastar el salario de golpe, porque guardar unos marcos significaba perderlos.

En casa de los Heisenberg no era muy diferente, a pesar de que la Universidad de Múnich, donde el padre era profesor de griego, incrementaba con regularidad los salarios para adecuarlos a la

inflación. Ellos, como nosotros, eran afortunados por poder pagar lo imprescindible. Los más desesperados se echaban a la calle o al campo para saquear tiendas, corrales, cultivos, ganado. El descontento, las huelgas y el hambre se adueñaron del país.

En tales condiciones, los departamentos universitarios no contaban con fondos para contratar ayudantes. Los investigadores postdoctorales se veían abocados a subsistir con lo poco que podían arañar sus familias y profesores. Las becas de la NG tuvieron un papel esencial a la hora de lograr que muchos se mantuvieran en activo. Heisenberg fue uno de los primeros en recibir una. Aun así, la asignación no daba para vivir de ella, y Born tuvo que ayudarlo con los fondos que su instituto recibía de algunos industriales y mecenas[38].



En julio de 1924, con solo veintidós años, Heisenberg logró la habilitación que le permitía ocupar un puesto de profesor en cualquier universidad alemana. Antes había hecho una fructífera estancia de varias semanas en el Instituto de Física Teórica de Bohr. Tanto este como Born querían que continuase colaborando con ellos, por lo que el joven profesor no numerario pasaría los siguientes dos años a caballo entre Copenhague y Gotinga.

Heisenberg describiría su estado mental de entonces como el del excursionista que asciende por un valle sumergido en la niebla, intuyendo la claridad por encima de su cabeza. De algún modo estaba seguro de que el esfuerzo de la subida se vería recompensado por la superación del banco de nubes. Por las magníficas vistas bañadas por el sol.

Entonces, a finales de mayo de 1925, sufrió un terrible ataque de fiebre del heno.

PROGRAMA DEL DÍA

Lunes, 23 de octubre

10:00 h: Sesión de apertura

* * *

11:00 h: Informe de M. Cockcroft:
La desintegración de elementos por partículas aceleradas

* * *

12:30 h: Almuerzo

* * *

15:00 h: Discusión

* * *

19:30 h: Cena en el Hôtel Métropole



25



Schrödinger, Erwin Rudolf
Nacido el 12 de agosto de 1887. Viena
Nacionalidad: austriaca
Estado civil: casado

Doctor en Física por la U. Viena
Asistente en U. Viena
Oficial de artillería de montaña (1914-1918)
Prof. en U. Jena, U. Stuttgart, U. Breslau, U. Zúrich
Act. catedrático de Física Teórica en U. Berlín

Distinciones:
Miembro de la Academia Prusiana de Ciencias

Investigaciones más relevantes:
Schrödinger se inició en el área experimental con su tesis «Sobre la conducción eléctrica en la superficie de aislantes en presencia de aire húmedo». Siguió trabajando en el laboratorio durante varios años, pero, tras obtener la *venia legendi*, se convenció de que prefería dedicarse a la física teórica…

Señor presidente, señoras, caballeros:

El nombre de Ernest Solvay está indisolublemente ligado al nacimiento y al crecimiento del Instituto Internacional de Física. La obra del fundador, como ustedes saben, prosigue gracias a las miras altas y generosas de madame Solvay y sus hijos…

Monsieur Rolin, vicepresidente de la Universidad Libre de

Bruselas, dirigía unas palabras de bienvenida a los ilustres miembros del Consejo. De pie, al fondo de la sala, algunos acompañantes presenciábamos el acto inaugural. Rolin glosaba al hombre que, intrigado por la dificultad de conciliar las novedosas teorías de Planck y Einstein con la física tradicional, había convocado a sus expensas a los más eminentes físicos del momento para debatir sobre la radiación y los cuantos. El debate se celebró en Bruselas en octubre de 1911, precisamente en el Hôtel Métropole, donde se alojaban los invitados. Los resultados se publicaron en un volumen, y Solvay, satisfecho, decidió establecer una fundación para promover la investigación de los fenómenos naturales. La llamó Instituto Internacional Solvay de Física, bajo cuyos auspicios se celebrarían las futuras reuniones periódicas del denominado Consejo de Física[39].

Pero la visión intemacionalista y colaborativa del industrial se vio interrumpida, tras una segunda edición del Consejo en 1913, por el fragor de la Gran Guerra.

> *… El Consejo de Física, emanación y prolongación del Instituto, comienza hoy los trabajos de su séptima edición, cuyo objeto, me aseguran, ofrece un interés capital. El Consejo se compone de los físicos más ilustres de nuestro tiempo sin distinción de nacionalidad…*

«Sin distinción de nacionalidad». La apreciación era importante. Atrás quedaban la dolorosa contienda y los años difíciles de posguerra. Las ediciones tercera y cuarta del Consejo, celebradas en 1921 y 1924, se habían vetado a los físicos alemanes y austriacos, sometidos, como el resto de la ciencia alemana, a un contundente aislamiento internacional.

Británicos, franceses y belgas tardaron en perdonar que muchos notables alemanes de la ciencia y la cultura hubieran firmado, en 1914, un manifiesto en el que rechazaban que su país hubiese causado la guerra, negando que su ejército hubiese infringido

gratuitamente la neutralidad de Bélgica. La hostilidad que tales afirmaciones provocaron no comenzaría a verse aplacada hasta 1926, año en que Alemania ingresó en la Sociedad de Naciones. Al deshielo aportó su grano de arena la ejemplar actitud de Einstein, quien, no habiendo firmado en su día el manifiesto, tampoco quiso hacerse cómplice del boicot, por lo que declinó participar en el Solvay[40].

En el quinto Consejo, celebrado en 1927, las cosas volvieron a la normalidad. Una nueva generación de alemanes y austriacos —Born, Heisenberg, Pauli, Schrödinger— había tomado el testigo de sus mayores, y sin su participación no se entendía la física del momento.

> *… Que un grupo compuesto por tan eminentes personalidades se reúna aquí es, para la Universidad de Bruselas, un gran honor; créanme que así lo siento de corazón. En su nombre les agradezco su presencia y les deseo una cordial bienvenida.*

Los aludidos desplegaban cuatro decenas de privilegiadas testas ante mi vista. Todas ellas, ya fuesen pulidas calvas o pobladas cabelleras, habían contribuido de forma decisiva al cambio de paradigma de la física. Y yo, un modesto aspirante a profesor, procedente de una modesta área rural de Sajonia, estaba allí para aprender de ellos. Sentí un ligero picor en las fosas nasales. Ojalá mi padre me supiera allí.

Una ovación respondió a las palabras del vicepresidente, que dio paso al turno de Paul Langevin, profesor del Collège de France y presidente del Comité científico del Instituto Solvay. Alumno de Pierre Curie, amigo íntimo de Marie Sklodowska-Curie —llegaron a mantener un romance, viuda ella, casado él, por el que la prensa los maltrató de forma escandalosa— y maestro de Irène, la hija de ambos, Langevin se había convertido en una eminencia en electricidad y magnetismo, y a sus sesenta y un años era la viva imagen del venerable hombre de ciencia. En su alocución agradeció

la bienvenida y propuso el envío, en nombre de los allí reunidos, de un telegrama de reconocimiento a Su Majestad Alberto por la importancia que este otorgaba a los trabajos del Consejo; importancia que iba a verse refrendada en el banquete que el rey de los belgas ofrecería a los sabios en palacio.

Después tuvo unas palabras de recuerdo para el difunto fundador y su familia, y agradeció a la Universidad la puesta a disposición de la magnífica sala en que nos hallábamos, un laboratorio del Instituto de Física donde los equipos experimentales ejercerían como mudos testigos del debate.

… Los físicos descendieron primero al dominio interior del átomo, y aprendieron a interpretar las nuevas realidades que allí encontraron. Desde entonces han alcanzado un dominio aún más profundo, el del núcleo, donde las dimensiones son diez mil veces más pequeñas todavía que las del átomo…

Mientras Langevin describía los objetivos científicos del Consejo, busqué a Klara con la mirada. Apenas había tenido tiempo de saludarla antes del comienzo de la sesión. Quería estar con ella y a la vez lo temía. Me sentía confuso. El día anterior nos habíamos besado, y luego yo la había traicionado. Bueno, puede que esa no fuera la palabra adecuada: en realidad, no le había hecho ninguna promesa. Aun así, sentía que había actuado con una ligereza impropia de mí y, sobre todo, me pesaba haberle mentido. ¿Qué pensaría ella si supiese de mi frivolidad? Todavía no se había enfriado en mis labios su beso cuando ya estaba pidiendo otro a Charlotte. Los dos primeros besos de mi vida, el mismo día. Los dos con mujeres admirables, cada una en su estilo. ¿Qué clase de casquivano era yo?

… Nos colma la esperanza, ya que ha sido precisamente en estos dos años que hemos visto la aparición sucesiva de

los dos últimos nacidos de la física nuclear y de partículas: el neutrón y el electrón positivo, que tan importante lugar van a ocupar en nuestras discusiones de esta semana…

Suspiré. Hugo Reetz me felicitaría. Lo imaginé palmeándome la espalda para celebrar mi doblete. Meneé la cabeza. Hugo no haría nada, porque en menos de una semana Klara y Charlotte serían un recuerdo que guardaría para mí solo. En menos de una semana, la euforia que me embargaba volvería a convertirse en soledad.

… Otra característica importante de este encuentro es la presencia de un gran número de estos jóvenes que he mencionado antes. La nueva física necesita nuevos físicos. Confiamos en los jóvenes; ellos son los que se han encargado de los informes, en ellos se apoya la mayor parte del trabajo…

Por un momento, el discurso de Langevin volvió a centrar mi atención. Hablaba de los jóvenes venidos de diferentes países como ejemplo de colaboración internacional, aspecto en que la física moderna era modélica. Aunque la mención no me iba dirigida, quizás algún día, ¿por qué no?, sería yo uno de esos jóvenes invitados al Solvay. Eché una cuenta tan sencilla como ingenua: de continuar la dinámica trienal, el próximo tendría lugar en 1936. No era imposible, habida cuenta de la gran cantidad de incógnitas planteadas por los últimos descubrimientos, que lograse en ese plazo los méritos necesarios. Para ello tendría que hacer alguna contribución relevante —cuando digo relevante quiero decir *muy* relevante—, pero me hallaba en la compañía adecuada —Heisenberg—, en el lugar adecuado —Leipzig—, con las mejores puertas abiertas —Berlín, Múnich, Gotinga— y, lo más importante, pletórico de motivación.

Suspiré de nuevo. Quizá 1936 fuese pecar de optimista. Tal vez en el 39.



Langevin acabó su discurso. Con una nueva ovación, el Consejo Solvay más numeroso hasta la fecha se dio por inaugurado. Los profesores se levantaron de sus asientos. Se estrecharon las manos, se saludaron unos a otros y salieron al pasillo, donde empezaron a formarse los primeros corros. Todos estaban ávidos de ciencia; y algunos, de café.

Camareros de chaquetilla blanca aparecieron con jarras y bandejas de *viennoiseries* que depositaron sobre una mesa alargada. Me acerqué con la intención de conseguir dos tazas de café, pensando que acercarle una a Klara sería una buena forma de iniciar la conversación.

No llegué al bufé. Por el camino, un sonriente Debye me interceptó. Departía con un hombre de aspecto enjuto, expresión severa y más o menos su misma edad.

—Ah, Maier, permítame que le presente —dijo, dirigiéndose luego a su acompañante—. Mi querido Erwin, este es Matthias Maier, uno de nuestros más brillantes postgraduados en Leipzig. El doktor Maier está a punto de obtener su habilitación y, quién sabe, quizá le interese optar a alguna vacante que pueda haber en Berlín.

Erwin. Berlín. Y esas gafas de concha sobre una nariz aguileña que yo había visto en la prensa. La asociación de ideas me hizo tragar saliva. Estreché la mano que se me ofrecía. Pero si el gesto de Debye buscaba abrirme puertas en la Universidad de Berlín, al instante se reveló tardío.

—Le deseo mucha suerte, joven —respondió el conspicuo catedrático de Física Teórica—. Berlín sería, sin duda, un gran destino para quien merece la estima de *herr* Debye. Lamentablemente —añadió con un rictus amargo—, no estaré allí para darle la bienvenida. Como puede que ya sepan ustedes, solicité permiso para una estancia en el extranjero, solicitud que, por lo visto, no sentó bien en el Ministerio de Educación.

—Pero entonces… ¿no regresa a Berlín tras el Consejo? —se

sorprendió Debye.

—Mi intención es dirigirme a Oxford desde aquí, mi querido Peter —confesó con un suspiro—. Debo incorporarme al Magdalen College, donde me han contratado por un período de dos años.

Oxford. Dos años. El anuncio me impresionó: el descubridor de la ecuación de onda abandonaba Alemania de forma oficial. Mi país perdía un genio y yo obtenía una miserable ganancia: uno más a borrar de la lista. Sentí una imperiosa necesidad de empatizar.

—Lo lamento, *herr* Schrödinger —dije—. Supongo que la decisión de abandonar Berlín no ha debido de resultarle fácil.

—Cierto —asintió él con aire indiferente, lo cual me pareció contradictorio—. Pero no soporto que me fastidien con la política. Ah —añadió, mirando por encima de mi hombro—, si no les importa, me gustaría saludar a Langevin antes de que comience la charla. —Me dedicó una leve inclinación de cabeza, y por primera vez sus labios esbozaron una sonrisa—. Lo dicho, doktor Maier, le deseo mucha suerte.

Debye se alejó con él, tras darme una palmadita en el hombro. Yo me quedé como alelado, mirando al menudo, gran hombre que acababa de conocer.

26



—Yo conocí anoche a los Schrödinger, antes de la cena —comentó Klara cuando mencioné mi encuentro con el austriaco—. Me los presentó Irène Joliot-Curie, con quien coincidieron la semana pasada en París en una reunión de la Sociedad Francesa de Físico-Química. Anny, la mujer, es muy simpática. E intrépida: imaginaos que, sin haber conducido nunca, se empeñó en que comprasen un BMW descapotable con el que ir de vacaciones al Tirol italiano. Dice que contrató a un chófer en Berlín para que le enseñase a conducir en el trayecto hasta la frontera suiza.

Salvo autorizadas excepciones, solo los invitados del Comité científico podían asistir a las sesiones del Consejo. Una vez que los profesores hubieron entrado en la sala, algunos acompañantes permanecimos en el pasillo departiendo y tomando café. Luego, como quiera que los demás se fueron dispersando, Klara, Attel y yo salimos a tomar el aire.

—Después de recorrerse los Alpes al volante —proseguía Klara—, Anny ha conducido todo el camino hasta aquí, atravesando Italia y Francia. Dice que a su marido no le interesa conducir y que es mejor así, porque es capaz de quedarse en trance pensando en sus ecuaciones; y claro —dejó escapar una refrescante carcajada—, en esas carreteras de montaña…

La imagen de Charlotte al volante del Mercedes Sportwagen, bordeando infernales quebradas mientras yo, a su lado, permanecía concentrado en adorar su perfil, me hizo inspirar hondo.

—Pues yo tengo entendido que el profesor es aficionado a las faldas —intervino Attel—. Se le conocen varias relaciones consentidas por tu admirada *frau* Schrödinger, quizá porque ella también tiene sus cosillas.

—Algo de eso se dice en Berlín —admitió Klara, arrugando su bien perfilado entrecejo—. Pero tú ¿cómo lo sabes?

Sentí una leve decepción por el tuteo con que ambos se trataban. Si para tal bastaba una cena con los demás ayudantes, los méritos de una cita privada me parecían devaluados.

Attel —Jürgen en adelante, pese a mi reticencia— hizo un gesto de suficiencia.

—Bah. El otro día, en el cabaré, se habló de muchas cosas, pocas de ellas relacionadas con la física. —Bajó el tono, a pesar de que estábamos solos—. Cosas como que Schrödinger le ha conseguido un puesto en Oxford a Arthur March, un profesor de Física en Innsbruck, viejo conocido suyo, porque anda interesado en su esposa.

El comentario me hizo poner los ojos en blanco.

—¿En serio? —protesté—. ¿Eso es todo lo que os interesa del padre de la mecánica ondulatoria?, ¿sus líos de faldas?

—Reconoce que resultan sustanciosos. —Klara se encogió de hombros—. Schrödinger no es, precisamente, un galán de cine.

—Lo que no comprendo es que haya renunciado a su cátedra en Berlín —dijo Jürgen—. Al fin y al cabo, la Ley de Restauración no le afecta.

—¿No lo comprendes? —Klara enarcó una ceja de delicioso perfil —. Pues yo sí: Schrödinger tiene fama de independiente en su trabajo. No soporta influencias ni injerencias; ni siquiera le gusta trabajar con colaboradores. Es fácil imaginar que la obsesión de los nazis por controlarlo todo le resulte insoportable. Dicen que el Día del Boicot se encaró a los camisas pardas delante de unos grandes almacenes judíos, y que solo la intervención de uno de ellos, un asistente de Von Laue que lo reconoció, lo salvó de un linchamiento.

—¿Laue tiene un asistente nazi? —me sorprendí—. No debe de

resultarle fácil.

Jürgen apretó los labios. Comprendí que no quería polemizar. Consciente de que mi animadversión anterior hacia él resultaba injustificada, deseaba compensar de algún modo la escasa cortesía que le había mostrado cuando llamó a mi puerta. Traté de desviar la conversación para que no se sintiera incómodo.

—Así que la cena de anoche estuvo bien —dije.

—Resultó divertida, ¿verdad, Jürgen? —Klara le dedicó una sonrisa indulgente—. Los muchachos no hicieron demasiado el gamberro. ¿Y la tuya?

Me recordé durmiéndome con una sonrisa embobada, la que me producía comparar —dulce uno, picante el otro— su beso y el de Charlotte. Curiosamente, no me sentí como un cerdo al responder.

—La mía fue más aburrida, sin duda. Esas cenas formales, ya sabéis… —Hice como si espantase una mosca. Era obvio que procedía un nuevo cambio de tema—. En fin, ¿no creéis que deberíamos ser más prácticos? —Extraje unas cuartillas de mi portafolios—. Tengo aquí una copia de la ponencia de Cockcroft; supongo que la habéis leído.

Jürgen carraspeó. De repente pareció recordar algo.

—Me temo que debo dejaros —dijo—. He de hacer unas cosas en el centro.

Klara consultó su reloj de pulsera.

—Yo dispongo de media hora —concedió—. Luego he de hacer unas gestiones para *frau* Meitner.

Gestiones. Cuando abrió su cartera para sacar la ponencia, atisbé el abultado sobre de papel manila que llevaba en la Grand Place. Mi creciente instinto de espía se puso en guardia.



Recorrido de las partículas. Naturaleza de las partículas. Naturaleza de la desintegración. Balance de energía. Durante la siguiente media hora, sentados en el *hall* del Instituto —fuera estaba desapacible—,

diseccioné con Klara los aspectos clave de la desintegración del litio y el boro. Ella se tomaba en serio el trabajo. Más familiarizada con las técnicas experimentales, comprendía mejor que yo los métodos empleados por Cockcroft y Walton para provocar transmutaciones atómicas. A sus aclaraciones yo aportaba tal duda o cual comentario, a pesar de lo difícil que se me hacía concentrarme. No hacía veinticuatro horas que nos habíamos besado y allí estábamos, nuestras bocas a escasos centímetros de nuevo, inhalando cada una el aire que respiraba la otra sin que eso pareciese afectar lo más mínimo a Klara. Llegué, innoble de mí, a preguntarme si lo que para mí había sido extraordinario —¡mi primer beso, por Dios!—, para ella no lo era tanto.

Una vez más, la incertidumbre me invadió. ¿Acaso la amaba? ¿Cómo saberlo, si no había amado nunca? ¿O quizá sí lo había hecho? Que fuese lego en amores no implicaba que no pudiera amar; si no ¿por qué me importaba la seguridad de Rachel hasta el punto de haber desafiado a Gelb para conseguirle un visado? ¿Por qué disminuía la presión parcial del oxígeno a mi alrededor cuando me hallaba con Charlotte? ¿Y por qué me incomodaba tanto que Klara pareciese haber olvidado la escena del día anterior?

Una duda trascendental me impacto cual protón acelerado a un núcleo de berilio: ¿era posible amar a varias mujeres a la vez?

—He de irme —dijo Klara, haciendo ademán de guardar sus papeles—. Además, no se te ve muy centrado. Creo que tu aburrida cena de anoche te está pasando factura.

Suspiré. Su perspicacia también me gustaba de ella.

—Aburrida pero larga —dije a modo de justificación—. Tienes razón, siento no estar más lúcido. Creo que terminaré con esto en el hotel —añadí, ordenando mis notas—; Heisenberg querrá comentarlo luego. ¿Vas a tomar el tranvía?



Frondosos castaños, casi tan altos como los suntuosos palacetes que

se alineaban tras ellos, flanqueaban la larga avenida que enlazaba el campus con la Villa alta. Permanecíamos en silencio. Klara, absorta en castaños, palacetes y todo cuanto desfilaba al otro lado de la ventanilla. Yo, deseando decir algo sin que mi mente confusa acertase a decidir qué. Antes, en el *hall* del Instituto, ella me había mostrado cierto distanciamiento, achacable al continuo flujo de personal que convertía el lugar en poco propicio para las confidencias. Pero en aquel tranvía medio vacío no había motivo para que no pudiésemos hablar como dos adultos.

—Klara.

—¿Qué?

Miré adelante y atrás. Una mujer de semblante hosco me devolvió la mirada, pero no daba la impresión de entender el alemán.

—Lo de ayer por la tarde… —le dije al oído—. No hemos hablado.

Si pensaba que la insinuación podía resultarle violenta, sus iris claros me sonrieron.

—Fue bonito, Matt —dijo con tono cómplice.

Cogí una mano blanca, cuyo suave tacto me devolvió a la tarde anterior. Inspiré hondo.

—A mí también me gustó. ¿Crees que…?

—¿Si podríamos repetir?

—Sí.

Esta vez ambos miramos en derredor. La mujer de semblante hosco no nos quitaba ojo. Klara trocó la sonrisa en torcido gesto.

—Pero no aquí. Además, me bajo en la próxima parada.

Reconocí las señoriales edificaciones de la Villa alta, en las inmediaciones del Parque.

—Puedo acompañarte, si quieres.

—Gracias, pero no. Las gestiones que he de hacer… —Desvió la mirada, demorándose en recoger el sempiterno mechón rebelde tras la oreja. Supe que trataba de disimular una cierta incomodidad—. Bueno, son privadas.

Por supuesto, me dije. Pero tenía que intentarlo.

—Disculpa, no era mi intención…

Ella puso su mano libre sobre las mías.

—Lo sé —dijo, y el azul pálido se volvió intenso, casi eléctrico—. Podemos vernos más tarde, si te parece bien.

—Me gustaría.

Con una leve inclinación de cabeza, Klara rozó con los labios mi mejilla. Los sentí cálidos, y su dulce aroma permaneció junto a mí mientras ella, el aire resuelto, se apeaba del tranvía.



Desanduve lo más rápido que pude el camino desde la parada siguiente. Me arriesgaba a una situación embarazosa si ella me descubría, así que había determinado, en tal caso, decirle que no podía esperar a la tarde para besarla; lo cual, dicho sea en mi descargo, no dejaba de ser cierto. Pero la media mentira no fue necesaria: tuve un atisbo lejano del familiar sombrerito justo en el momento en que desaparecía al atravesar una cancela de hierro forjado. Me acerqué con precaución, el ala del sombrero muy inclinada hacia delante por si Klara volvía inesperadamente sobre sus pasos. La cancela estaba abierta, custodiada por un militar uniformado. Una placa desvelaba la incógnita:

United States of America
Embassy

Volví sobre mis pasos, seguro de que podía completar mi informe sobre Lise Meitner. Pero debía pensar bien cómo hacerlo: de ningún modo involucraría a Klara en la deserción de la austriaca.

27



—Su llave, *monsieur* Maier.

Al depositarla sobre el mostrador, el conserje, con quien ya había tratado otras veces, me dedicó la mirada satisfecha de quien se sabe haciendo un buen servicio.

—Una joven acaba de preguntar por usted —me informó—. Ha dicho que estaría un rato en el salón de lectura.

Supongo que puse cara de sorpresa.

—¿Una joven?

Los impenetrables labios se estiraron en una apenas perceptible sonrisa.

—Y muy atractiva, si me permite decirlo.

Introduje índice y pulgar en el bolsillo del chaleco, donde procuraba llevar siempre unas monedas, y deslicé la mano sobre el mostrador con discreción.

—Gracias, Remy.

Joven. Atractiva. Me dirigí al salón. Solo se me ocurrían dos posibilidades, y a una de ellas acababa de dejarla atrás en la Villa alta. La otra difícilmente se dejaría ver por el Métropole, a menos que…

—¡¿Charlotte?!

—Hola, Matthias. —El objeto de mis mejores sueños dedicó una mirada arrobada a las suntuosas paredes—. No he resistido la tentación de sentarme un rato en este salón tan distinguido.

Apenas dos o tres huéspedes tomaban un aperitivo o leían la

prensa, arrellanados en sus sillones con aire ausente. Charlotte removía una taza de café con la misma mano que sujetaba un cigarrillo entre el índice y el corazón. La otra reposaba indolente en el bolsillo de su chaqueta de *tweed*. Dejé abrigo y sombrero a un lado y me senté en una butaca vecina a la suya.

—Pensaba que no querías venir aquí —repliqué, todavía sorprendido—, por si alguno de los profesores te reconocía.

Un gesto despreocupado dejó tras su mano una estela de humo aromático.

—Supongo que a esta hora no hay riesgo. Están todos en la Universidad, *n'est-ce pas?*

—Si vienes a por otro informe, te advierto que…

—Tranquilo —me atajó—. El de ayer era muy detallado. No espero que hayas tenido tiempo para reunir más material.

Asentí con la cabeza. Sí lo había hecho, en realidad, pero prefería reservar la información para el siguiente informe. Por un instante consideré la posibilidad más optimista: que ella, simplemente, deseara disfrutar de mi compañía.

—Entonces… ¿es que te apetecía verme? —aventuré.

—Digamos que me apetecía seguir charlando contigo. La de anoche fue una velada interesante.

Interesante. Recordé la despedida en su automóvil, frente a la puerta del Métropole. Envalentonado por cómo nos habíamos besado ante las indisimuladas miradas de sus amigos, me atreví a pedirle un último beso. Ella se resistió, como si yo fuera un niño caprichoso. Mañana tienes que trabajar; no me lo perdonaría si te quitase el sueño, dijo con poco convencimiento. Yo, con su sabor aún en la boca, insistí. Acabó consintiendo, y yo, ebrio de felicidad, dormí como un bendito.

—¿Interesante, dices? —Torcí el gesto, queriendo parecer decepcionado—. Para mí fue más que eso: fue muy agradable; sobre todo al final.

Sonrió halagada.

—También he venido a pedirte una cosa.

Justo en ese instante se acercó un camarero. Más que café, me apetecía una cerveza. La pedí, me puse cómodo y dirigí a Charlotte una mirada mitad curiosidad, mitad reproche.

—Ya decía yo.

Ella levantó los ojos al techo.

—Oh, vamos —protestó—. Se trata de algo sencillo. Y sí, ya que lo has dicho, para mí también fue agradable.

Suspiré. De nuevo se divertía conmigo, como la tarde anterior. Volvía a manipularme, y yo, ¿qué podía hacer si estaba, en cierto modo, a su servicio?

—¿Y bien? —pregunté resignado.

Sacudió la ceniza con el pulgar. Dio una calada profunda, los ojos gatunamente entornados. Exhaló el humo con parsimonia, como si le costase hablar. Intuí que la cosa no era tan sencilla como pretendía.

—He recibido un cable de Berlín —dijo al fin, adoptando un tono confidencial—. Se interesan por otro físico, otro alemán. Quieren que informes sobre él.

Arqueé una ceja.

—¿Otro alemán? —Repasé en silencio la lista de asistentes al Consejo—. Pero Charlotte, no hay…

—Se trata de Jürgen Attel, el ayudante de Bothe.

Me rasqué la barba mientras el camarero depositaba mi cerveza en la mesita baja. Luego me revolví incómodo.

—Mira, Charlotte, no sé qué interés puede tener la NG en Attel, pero no es el mío. Yo… no me hallo a gusto con esto.

—Pero Matt, si estamos muy satisfechos contigo. ¡Estás haciendo un trabajo impecable!

—Pues yo me siento mal. Además, Attel no figura en el trato que hice con Gelb. Ni siquiera es un científico de primer nivel, vital para el Reich.

—Cierto, pero la situación en Heidelberg es complicada. Tú lo sabes bien, porque la has descrito en tu informe sobre Bothe. Han quedado buenas plazas vacantes y Attel ha sido recomendado por

Philipp Lenard aun antes de haber conseguido la *venia legendi*. Hay quien teme que sea cuestión de afinidad ideológica más que de méritos propios, cosa que la NG quiere evitar.

—Pero casos así habrá a docenas en todo el país —protesté—. Cientos. ¿Por qué he de ocuparme yo de uno de ellos?

Ella aplastó el cigarrillo mediado contra el cenicero. Si durante una fracción de segundo —por primera vez desde que la conocía— me pareció nerviosa, enseguida se recompuso para dedicarme una mirada severa.

—Porque necesitamos *todos* los recursos a nuestro alcance para evitar que la Ciencia alemana se convierta en un desastre —dijo con amargura—. Attel y tú estáis aquí y ahora. ¿Qué hay de malo en que converses con él?

Apoyé los codos en las rodillas. Hundí la cabeza en las manos. Negué con vehemencia.

—No se trata de eso. Es que no está bien por mi parte. Heisenberg, Debye, Meitner… ¡Son mis colegas, por Dios! ¿Y ahora Attel? ¡Si ni siquiera es profesor!

Charlotte apoyó la palma de la mano en mi hombro.

—Comprendo que estés confuso, pero míralo de este modo: no se te piden juicios de valor; solo datos. Información con la que otros decidirán en consecuencia.

—Pues por eso. ¿Y si les perjudica? Espiarlos me hace sentirme innoble.

Charlotte me sostuvo la mirada.

—No seas melodramático. —De repente su voz sonaba enfadada —. La NG es una institución respetable. No somos la Gestapo; no metemos a nadie en la cárcel, solo damos ayudas para investigación. Además, piensa en todo lo que podemos hacer por ti —añadió, suavizando el tono—. Y no hablo ya de conseguirte una plaza donde quieras. Tú no eres nazi, Matt. Cuando seas profesor te verás sometido a una gran presión para acatar las directrices del régimen. Recibirás ataques incluso de tus propios colegas, ya has visto cómo funciona. Y si te obstinas en mantenerte al margen, tal como parece

que harás, entonces desearás contar con nuestro apoyo.

Todavía no había probado mi cerveza. Bebí un sorbo para darme tiempo. Sabía que Charlotte tenía razón. De hecho, todo eso ya me había quitado el sueño más de una vez. Por otro lado, había llegado al hotel pensando en Attel. Quería disculparme por mi descortesía del día anterior; invitarlo a tomar algo, quizá. Charlar con él iba de suyo y nada de lo que hablásemos, seguramente, lo comprometería. Sin embargo, antes de claudicar ante Charlotte me vino a la cabeza la imagen de Klara.

—¿Puedes prometerme que Jürgen Attel será el último? —pregunté.

—Puedo.

Por algún motivo, la seguridad con que respondió hizo que un escalofrío me recorriese el espinazo.

—Está bien —dije con un postrer suspiro—. Haré lo que esté en mi mano.



Continuamos hablando durante un rato de forma distendida. Conseguido su objetivo, Charlotte me premiaba, además de con su voz sensual y el parpadeo de sus ojos de jade, con el placer de su conversación mundana, que no frívola.

—… y a Albert Einstein, por supuesto —decía, concluyendo un repaso de los físicos relevantes que había conocido desde que trabajaba para la NG—. ¿Qué opinión te merece, por cierto?

La pregunta me sorprendió. Einstein, con su abierta oposición al régimen y su definitiva marcha a América, estaba en el foco de las iras nazis; opinar sobre él, según qué opinase uno y ante quién lo hiciera, podía tener consecuencias. Me pregunté si, de alguna forma, Charlotte me examinaba.

—¿Por qué quieres saberlo? —inquirí.

Ella, las piernas cruzadas con elegancia, las rodillas pudorosamente cubiertas por la falda de su traje de chaqueta, se

mostraba modosa en comparación con su actitud provocativa de la noche anterior.

—Mera curiosidad —respondió, encogiendo los hombros.

—Ya. ¿Y te interesa mi opinión sobre la persona o sobre el científico?

—Sobre el científico, desde luego. De la persona ya tengo una idea bien formada.

Asentí con la cabeza. Hablar del Einstein científico resultaba más objetivo; y de ese, *yo* tenía una opinión bien formada.

—En eso Einstein es único. Solo sus trabajos sobre mecánica estadística y teoría cuántica bastarían para consagrarlo en el Olimpo de la física; pero su descubrimiento de la relatividad lo convierte en un grande, al nivel de Newton o Maxwell.

—¿Maxwell?

—James Maxwell fue un físico escocés que, a mediados del siglo pasado, formuló la teoría de la radiación electromagnética. Y Einstein…

—Espera. ¿Por qué es tan importante Maxwell?

Me gustó el interés de Charlotte: demostraba que no conversaba para tenerme entretenido. Adopté la expresión didáctica con que preparaba mi habilitación.

—Porque la mecánica de Newton —respondí—, la termodinámica de Joule y el electromagnetismo de Maxwell eran los tres pilares básicos de la física a finales del siglo pasado. Sus fundamentos parecían definitivos e inmutables, hasta el punto de que los universitarios brillantes optaban por la química o la fisiología, pues en física parecía quedar poco por descubrir. Había anomalías que no podían explicarse, desde luego, pero se suponía que su comprensión sería cuestión de tiempo, a partir de las bases teóricas ya establecidas.

—Ah. Y entonces llegó Max Planck.

Elevé una ceja. Eso no me lo esperaba.

—¡No me mires así! —Charlotte puso los ojos en blanco—. Que tenga una licenciatura en economía no quiere decir que no lea sobre

otros temas.

—Disculpa, no quería… —Carraspeé—. Bueno, pues sí; esa concepción clásica de la física duró, en efecto, hasta que Planck se atrevió a proponer la hipótesis cuántica en 1900. No se trataba de una teoría propiamente dicha, sino de una especie de atajo provisional que soslayaba las deficiencias de la teoría de Maxwell para describir una de esas anomalías, la radiación del cuerpo negro. Lo que no podía imaginar Planck era que su hipótesis abriría la puerta a una revolución sin precedentes: durante los años siguientes, la física clásica se vería desbordada por la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica y la física de partículas.

—La física moderna, en resumen.

—Exacto. Y esa física moderna ha traído consigo un cambio de paradigma en la ciencia. Así que ya lo ves: Einstein ha revolucionado no solo la física, sino también la concepción filosófica del mundo.

—También tu profesor Heisenberg lo ha hecho, entonces —puntualizó Charlotte.

—Cierto. Pero el de Einstein fue el trabajo de un solo hombre[41]. Y eso, querida, tiene un mérito incalculable. Y ahora —añadí, con la autoridad de quien da por concluida una clase—, ¿quieres que almorcemos juntos?

—¿No tienes que trabajar?

—He quedado luego con Heisenberg; y he de entrevistarme con Attel, ya sabes. Pero para el almuerzo estoy disponible.

Charlotte frunció las comisuras de los labios como si lo sintiese de veras.

—Yo no, por desgracia —dijo—. Mi madre me espera en su *atelier*. Quiere que comamos juntas y utilizarme luego, supongo, como percha para alguna nueva creación.

—No puedo imaginar percha mejor.

Hacía tiempo, desde la noche anterior, por lo menos, que no oía una de sus carcajadas de contralto. Solo eso ya me compensaba el encuentro. Pero ella hizo ademán de levantarse.

—Espera. —La retuve por el codo. Todavía me quedaban media

cerveza y un par de cuestiones a tratar—. ¿No quieres llevarte el esmoquin? No tardo ni un minuto en bajártelo. Los pantalones están un poco arrugados, pero…

—Quédatelo de momento. Mis amigas quedaron encantadas contigo, y muy intrigadas. Quién sabe, tal vez vuelva a necesitar de tus servicios esta semana. —Sonrió traviesa—. De *esos* servicios.

—Será un placer —asentí.

La otra cuestión era más delicada, pero también más importante. Logré armarme de valor, tras haberla venido posponiendo todo el rato.

—Oye, Charlotte…

—¿Sí?

—El beso, anoche, en tu automóvil…

—Fue delicioso, Matt —me interrumpió—; y también un error. Debes olvidarlo. —Abatió la mirada, como si se avergonzase—. Yo… no te convengo.

Pero avergonzada, ¿de qué?

—¡Charlotte! ¿Cómo puedes decir eso? —protesté.

—Es… Uh. Complicado.

Esta vez sí se puso en pie. La imité. Me incliné para recoger mis cosas, pero ella me detuvo.

—No hace falta que me acompañes. Termina tu cerveza con tranquilidad.

Se despidió rozando mi mejilla con los labios. Me dejó con la cerveza a medias y una gran desazón. Solo me faltaba ruborizarme hasta las cejas cuando me percaté de que Klara Hofmann, en su camino hacia el ascensor, se había quedado plantada en el vestíbulo, la perplejidad pintada en su rostro al observar el gesto cariñoso de la glamurosa Charlotte.

28



Jürgen Attel se detuvo para recuperar el resuello. El ascenso a paso ligero hasta la Villa alta le había dilatado los poros y empequeñecido los pulmones. Luego se abrió paso sin rumbo concreto por entre la bulliciosa mezcolanza de puestos instalados en la plaza de Grand Sablon: floristas, chamarileros, artistas de fortuna y hasta un charlatán que ofrecía sus mejunjes a los transeúntes. Apenas se fijó en la iglesia erizada de esbeltos pináculos que presidía la plaza, ni en las casas de aspecto tradicional que la flanqueaban. Buscaba un comercio concreto, que encontró en los bajos de una estrecha fachada de ladrillo visto y característico hastial escalonado. «Relojería De Vrij. Desde 1833», rezaba un rótulo pintado con letras doradas sobre el escaparate. Un siglo haciendo relojes.

Una campanilla sonó al cerrarse la puerta tras él. El relojero, inclinado sobre un banco de trabajo situado a un extremo del mostrador, no se inmutó. Vestía un guardapolvo gris y se protegía con manguitos los puños de la camisa. A esa hora no habría clientes en la tienda, le había dicho Peter. Tenía razón, aunque a él le había supuesto saltarse el almuerzo para llegar a tiempo. Normalizado el pulso, ahora era el estómago el que le recordaba su humana condición.

Attel carraspeó.

—Buenas tardes —dijo.

El hombre levantó la cabeza de la diminuta maquinaria en que se hallaba absorto. Se colocó a modo de visera las gafas con lentes de

aumento acopladas. Saludó con un hosco movimiento de cabeza, como si le molestase la interrupción.

—Buenas. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Vengo de parte de Peter.

Escaso de estatura, sobrado de reluciente cráneo, el relojero observó al recién llegado con ojos entornados. Tal vez era miope. O quizá desconfiaba. En cualquier caso, no puso pegas. Señaló con la barbilla hacia la cartera de piel que su visitante, siguiendo las indicaciones de Peter, traía consigo.

—¿Me permite?

Attel se la tendió. El hombre la estudió con detenimiento: comprobó que la cerradura estaba abierta y examinó el interior, tanteando las paredes y el fondo. Cuando pareció satisfecho, extendió la palma de la mano hacia el joven.

—La llave.

Attel se tentó por debajo de la camisa hasta extraer un cordón que llevaba colgado del cuello. El relojero manipuló la cerradura. Debió de dar su visto bueno, porque hizo un leve asentimiento de cabeza.

—Venga a recoger la cartera mañana, a la misma hora —se limitó a decir.

29



Debye y Heisenberg permanecerían en Alemania; al menos, mientras se les permitiese continuar desarrollando su física. Dos puntos a favor.

Schrödinger había abandonado su cátedra en Berlín; pero no para un semestre, como algunos creían: permanecería en Oxford dos años, como mínimo. Un exilio en toda regla.

Meitner se marchaba a América. Ahora podía asegurarlo con casi absoluta certeza. Debía estar atento por si la sorprendía en alguna conversación que pudiese darme indicios de su destino. Quizá con Ernest Lawrence, el único americano presente en el Consejo.

Schrödinger, Meitner. Dos puntos en contra.

En cuanto a Bothe, lo había oído de su propia boca: se plantearía el exilio si no conseguía un puesto digno en Alemania. Si la salida de Meitner levantaría ampollas en la NG, un eventual desplante de Bothe, después del protagonizado por Schrödinger, resultaría en un escándalo para el régimen.

Me revolví sobre los almohadones, esforzándome por no quedarme dormido. No me había atrevido a ir en busca de Klara para almorzar juntos, pues la mirada tormentosa que me había lanzado, antes de dirigirse al ascensor sin volver la vista atrás, no presagiaba nada bueno. Así que, tras tomar un solitario refrigerio en un bistró cercano, repasaba mentalmente la lista de Gelb mientras esperaba el regreso de Heisenberg para nuestra reunión de trabajo.

Respecto a los otros, Perrin y Cosyns habían mostrado un nulo

interés por establecerse en Alemania. En Fermi, sensibilizado ante cuanto sonase a antijudío, tal cosa era impensable. Walton, sin embargo, había escuchado con curiosidad las explicaciones de Attel sobre la situación en nuestro país. Eso no quería decir nada, por supuesto, pero podía ser un primer paso. Decidí hablar con él en la primera ocasión que se me presentase. En cuanto a Dirac, se llevaba muy bien con Heisenberg. No me imaginaba al británico abandonando su país, donde tan bien considerado estaba, pero en fin. Algo positivo tenía que apuntar para que Gelb y Charlotte, o Charlotte y Gelb, estuviesen satisfechos de mis informes.

Quedaban Mott y Gamow, de los que no sabía nada. Y puesto que al soviético lo había visto antes de la inauguración en animada charla con Meitner y las Curie, tal vez, me dije con un suspiro, tendría que armarme de valor y sonsacarle información a Klara.



Debye fumaba un cigarro puro junto a la ventana abierta, procurando echar fuera el humo para no atufar la *suite* de Heisenberg. Se había unido a nosotros para comentar algunos aspectos derivados de la ponencia de Cockcroft. Durante el coloquio, la discusión se había animado. Los sesudos profesores habían intercambiado datos, comparado resultados y, sobre todo, intentado comprender los mecanismos subyacentes tras las transmutaciones. Era como recomponer un puzle diminuto con los ojos vendados, sin saber siquiera si cada una de las malditas piezas estaba boca arriba o boca abajo.

Terminamos de revisar las notas de ambos, copié algunos datos que consideré de utilidad para mi propia investigación, y aproveché para mostrar mi agradecimiento a Debye por presentarme a Schrödinger.

—Todo un detalle por su parte, *herr professor* —añadí—. Tengo entendido que les une una buena amistad.

Debye asintió complacido.

—Nos conocimos cuando él daba clases en la Universidad de Zúrich, y yo en la Escuela Politécnica —rememoró—. Por aquel entonces, Schrödinger estaba interesado en las consecuencias de la dualidad onda-partícula enunciada por De Broglie, que yo no comprendía bien. Así que lo animé a dar un seminario sobre el tema. Eso hizo, y al acabar le reproché que hubiese hablado de ondas sin haber utilizado ecuaciones de ondas. Parece ser que eso lo espoleó a encontrar una —concluyó, con una abierta carcajada.

—Es una lástima que nos abandone un hombre de su categoría —me lamenté.

—Se lo ve taciturno —apuntó Heisenberg—. Ha pasado la sesión como ausente; ni siquiera ha mostrado mucho interés en el coloquio.

—No me extraña —dijo Debye—. Hay que comprender que se enfrenta a una gran incertidumbre. Su carrera, sus relaciones profesionales, las personales…, todo en su vida está a punto de sufrir un cambio radical. En esas condiciones, ¿quién no siente ansiedad?

Heisenberg asintió, el aire grave.

—Con Schrödinger he tenido importantes discrepancias en el pasado —dijo—. Pero nuestras discusiones sobre la interpretación de las mecánicas matricial y ondulatoria siempre han sido constructivas, y aún necesarias, para el avance de la ciencia. En el fondo, ambas se complementan.

»Ahora volvemos a diferir, aunque en otro orden de cosas. He intentado convencerlo de que permanezca en Alemania, pero él ha elegido su opción, sin duda también legítima y no necesariamente más cómoda que la mía: hay que tener valor para empezar de nuevo en un entorno donde todo resulta extraño. Sin embargo, en un aspecto lo envidio —dijo con un suspiro—: le irá mejor o peor, pero trabajará tranquilo, sin coacciones, sin replantearse la vida a diario. Yo, en cambio, habré de enfrentar cada día haciendo concesiones al régimen: alzar la mano al comenzar cada clase; firmar los documentos oficiales con esa coletilla estúpida de *Heil, Hitler!*, participar en desfiles y en campos de adoctrinamiento…

Estoy seguro de que la tentación de abandonarlo todo y seguir el camino del exilio será constante.

Una ráfaga de viento devolvió al saloncito la última bocanada de humo expelida por Debye. Contrariado, el profesor se acercó hasta el baño y tiró la colilla al inodoro. Al siseo de la brasa siguió el rumor de la cisterna.

—Esas cosas son justo las que a Schrödinger se le hacen insufribles —apuntó al salir.

—Pero al dimitir renuncia también a utilizar su influencia para reconducir la situación —opinó Heisenberg, sombrío—; a preservar la integridad de la ciencia de los excesos nazis y de quienes la amenazan con consideraciones espurias; y a inculcar a los que vienen detrás que la ciencia está por encima de las coyunturas políticas —concluyó, dirigiéndome una afectuosa mirada—. Si se dimite de todo eso, amigos míos, se pierde la esperanza de reconstruir algún día la ciencia en nuestro país. Y yo quiero estar ahí cuando ese día llegue.

—Por cierto, Maier, hoy toca cena informal aquí, en el hotel —dijo Heisenberg—. Contamos con usted, a no ser que prefiera…

—Será un honor, *herr professor* —me apresuré a decir.

Sabía que, durante el Consejo, salvo que hubiese alguna recepción o cena oficial, los profesores cenaban en el hotel o en el club de la Fundación Universitaria, una institución creada al término de la Gran Guerra para impulsar la enseñanza y la investigación belgas. Estas eran ocasiones muy esperadas, pues, propiciadas por la buena comida y, con toda seguridad, por un buen vino, surgían encendidas discusiones que avivaban la llama del espíritu científico. Las más famosas, como creo haber mencionado en algún lugar, habían tenido lugar durante el quinto Consejo entre el determinista Einstein y el probabilista Bohr. A menudo Heisenberg, que aquel año participó por primera vez, narraba a sus estudiantes cómo Einstein, que no se encontraba cómodo con la naturaleza estadística de la mecánica cuántica, repetía que «Dios no juega a los dados», y cómo su amigo Paul Ehrenfest le había afeado amistosamente su actitud:

«Estás atacando la nueva teoría cuántica —le había dicho— de la misma manera que tus detractores atacan la teoría de la relatividad».

Así que por nada del mundo rechazaría yo la oportunidad de estar presente en una de tales cenas, máxime a unas horas en que mi colación de mediodía no sería más que un triste recuerdo. Sin embargo, nada más aceptar me invadió una incómoda desazón. Recordé mi beso con Klara, vehemente y romántico. Recordé nuestra cariñosa despedida en el tranvía, nuestras manos entrelazadas: «Podemos vernos luego, si te parece», había dicho ella con mirada encendida, y a mí eso me había sonado a esperanza, a deseo, a promesa. Pero ya la había decepcionado una vez, cuando vino en mi busca para que la acompañase a la cena de ayudantes; y si ella contaba con que hoy podríamos estar solos, cenar juntos, disfrutar del romántico embrujo nocturno de la Gran Place cogidos del brazo, yo acababa de comprometerme para darle plantón de nuevo.

Que conste que no ignoraba su reacción al verme en compañía de Charlotte. En aquel momento me había aliviado que se desentendiese de nosotros, pues, de habérsenos acercado, me habría obligado a improvisar otra mentira. Una situación embarazosa para la que en modo alguno estaba preparado.

Medité durante el trayecto entre la habitación de Heisenberg y la mía. Debía inventar alguna historia creíble sobre Charlotte, por si Klara me preguntaba. Ya se me ocurriría algo. Además, me dije, optimista, seguro que ella también estaba invitada a la cena en el hotel. Le propondría tomar un aperitivo antes, y no solo no habría desplante, sino que quedaría como un caballero.

Aunque antes debía acicalarme un poco.



A las seis y media de la tarde en punto mis nudillos golpearon la puerta de Klara con discreta suavidad. A las seis y treinta y un minutos lo hicieron con discreta insistencia. A las seis cuarenta,

Remy me confirmó en la recepción que *mademoiselle* Hofmann había salido a media tarde acompañando a madame Meitner. Tal vez, cavilé, la salida estuviese relacionada con el papeleo que se traían entre manos.

Pero una cosa no me cuadraba: en el caso de que Klara supiera que no iba a poder concretarse nuestra cita, ¿no debería de haberme avisado de algún modo?

Temí haber sobrevalorado mi escaso conocimiento de las mujeres. Hice un esfuerzo para dejar de morderme el labio inferior. Una cosa era segura: no iba a perder en cavilaciones los cuarenta y cinco minutos que quedaban hasta la cena.

A las siete menos trece minutos me dirigía a la habitación de Jürgen Attel. En el pasillo me crucé con Francine, la camarera del piso, de ronda con un cesto de ropa blanca bajo el brazo. Me sonrió, me preguntó si necesitaba algo y me recordó que estaba a mi disposición. Luego se esfumó, eficiente y sigilosa, por la escalera de servicio.

Jürgen se mostró amistoso y risueño al franquearme la entrada. Su habitación era idéntica a la mía: idéntico tamaño, idéntico mobiliario, idéntica moqueta mullida. Tan solo cambiaban el dibujo de las telas adamascadas y la sensación de orden en su escritorio. En mangas de camisa, Attel tenía en la mano un ejemplar de *Mein Kampf!* entreabierto con el índice interpuesto para no perder la página. Me disculpé por mi hosquedad del día anterior, que achaqué al natural nerviosismo provocado por una etiqueta a la que no estaba habituado, y lo invité a tomar un aperitivo antes de la cena.

A las siete menos cinco nos hallábamos codo con codo en la barra del bar. No éramos los únicos físicos: en parejas o en pequeños grupos, algunas eminencias del Solvay charlaban distendidamente. Respondí a un saludo de los simpáticos Fermi, que departían con los Joliot-Curie, a quienes todavía no tenía el honor de conocer. Jürgen saludó con un movimiento de cabeza a Bothe, en animada conversación con dos caballeros de mediana edad y parecida fisonomía que identifiqué como los De Broglie, Maurice y

Louis-Victor. Su jefe le devolvió el gesto sin apenas desviar la atención. Pensé que, de haberse tratado de Heisenberg, le habría faltado tiempo para presentarnos a los aristocráticos hermanos.

—¿Lo has leído? —me preguntó Jürgen con el primer sorbo de cerveza.

Supe por su tono inequívoco a qué se refería.

—¿El qué, *Mein Kampf*? —Negué con la cabeza, sin dar importancia al hecho—. Tengo mucha lectura atrasada; ahora mismo estoy acabando la *Ilíada*.

—¿No la leíste en el *gymnasium*?

—Opté por la *Odisea*. Que, dicho sea de paso, me pareció menos ladrillo.

—Entonces, ¿por qué lees la *Ilíada*?

Era una buena pregunta, pero no había invitado a Jürgen para hablar de Homero. Y menos cuando él mismo me brindaba la ocasión de sondearlo.

—¿Por qué lees tú *Mein Kampf*? —repliqué—. Tengo entendido, con todos mis respetos para el Führer, que también es un ladrillo.

Él me miró sorprendido; al instante sonrió, sin dar importancia al desaire.

—Pero un ladrillo que ahora mismo es el libro más vendido en Alemania.

Me pregunté hasta dónde podría llegar sin que le saltase alguna alarma.

—Puede —concedí—, pero… ¿es también el más leído?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… —Agité la mano, a modo de previa disculpa—. No lo digo por ti, obviamente; pero supongo que está bien visto lucirlo en un lugar preferente del salón. Por unos pocos marcos, te muestras como un buen patriota a tus visitas; ellas se sienten hermanadas contigo, porque también tienen el suyo, y Hitler engrosa su cuenta corriente a costa de unos y de otros. Un buen arreglo para todos, supongo —concluí—. Compraría un ejemplar a mi regreso a Leipzig, de no ser porque apenas recibo visitas en mi pensión.

Como esperaba, Jürgen torció el gesto.

—No deberías tomar tan a la ligera a nuestro Führer, Matthias —dijo—. El pueblo debería leer *Mein Kampf* no limitarse a tenerlo en un anaquel. Hitler trabaja para cambiar las cosas a mejor. Toda esa permisividad de la República, con su democracia, su renacimiento cultural, su liberación de las mujeres, su libertad de prensa y sus mejoras del bienestar, ¿para qué servía, si la calle estaba tomada por manifestaciones y revueltas? Hitler pretende cambiar la agitación comunista por trabajo y pan; devolvernos nuestro orgullo, humillado por los vencedores de la guerra, y restaurar la pureza de raza, corrompida por los no arios.

Bla, bla, bla. La misma retórica de siempre. Suspiré con disimulo. Jürgen había elevado el tono conforme hablaba, y me pregunté si era prudente seguir provocando a casi un desconocido. Si pertenecía a las SA, si informaba de nuestras conversaciones al regresar a Heidelberg, yo podía verme en serios problemas. Ni los buenos oficios de la NG, caso de que los hubiese, me librarían de verme internado en un campo de adoctrinamiento, como mínimo. *Auf Wiedersehen* habilitación.

Decidí rebajar la tirantez. Y, de paso, centrar la conversación en lo que me interesaba.

—Lo sé, no tienes que convencerme de todo eso —dije procurando parecer seguro de mí mismo—. Comparto los objetivos en su mayoría, aunque no todos los medios.

Jürgen elevó una de sus rubicundas cejas por encima de la otra.

—¿A cuáles te refieres?

—Reconocerás que algunas medidas están teniendo un efecto preocupante. En la universidad, sin ir más lejos: ¿a cuántos de tus antiguos profesores han despedido?… ¡Se habla de hasta un veinticinco por ciento de físicos, por Dios!

—Pero Matthias, la universidad es una institución muy sólida en Alemania; se repondrá sin dificultad. Es como desbrozar un bosque: una vez libres de maleza, los árboles sanos crecen mejor.

Maleza. Había oído antes el símil. Eso era lo más suave que los

nazis pensaban de los judíos. El recuerdo de Rachel me hizo apretar los labios. Me tomé medio minuto para reflexionar sobre la consistencia de la espuma belga: si soplaba en ella ligeramente, apenas cedía; si lo hacía con fuerza, acabaría salpicando toda la barra.

—Pero, judíos aparte —insistí—, si el régimen se muestra tan agresivo con quienes no comulgan con él, y estos optan por exiliarse, como Schrödinger, ¿quién va a quedar para hacer ciencia en nuestro país?

Jürgen encogió los hombros.

—Bah. Sigue habiendo muchos, ¿no es cierto? *Seguimos*.

Asentí, satisfecho por la deriva de la conversación. Pero las cervezas ya estaban mediadas, y un reloj de pared tras la barra marcaba las siete y cuarto. Debía ir concretando. Debía, sobre todo, medir bien mis palabras. Hundí la mirada en mi copa para que no se cruzase con la suya.

—Es cierto que el despido de los judíos nos favorece, en cierto modo, a quienes aspiramos a la *venia legendi* —admití—. Son muchas las vacantes por cubrir.

Prorrumpió él en una sonora carcajada.

—¿Lo ves? —dijo, palmeándome la espalda—. Ahora hablas con inteligencia.

—¿Pero no te parece poco ético acceder a una vacante a cuyo titular han despedido injustamente?

Volvió a encogerse de hombros.

—Bah. Justo, injusto… Todo es relativo. La Ley es la Ley, ¿no? El Führer tiene sus razones y, en todo caso, no son decisiones en las que hayamos tomado parte. Si nosotros no accedemos a esas plazas, lo harán otros, tal vez menos cualificados.

No supe qué replicar a esa última conclusión, porque era, ni más ni menos, la misma a que había llegado mi desesperanzado maestro.

—Ah, veo que los demás se dirigen al comedor reservado —observó Jürgen apurando su cerveza—. Deberíamos movernos.

30



Dirac, Paul Adrien Maurice
Nacido el 8 de agosto de 1902. Bristol
Nacionalidad: británica
Estado civil: soltero

Graduado en Ingeniería eléctrica U. Bristol
Graduado en Matemáticas-U. Bristol
Doctor en Física. U. Cambridge
Estancias en Copenhague y Gotinga
Miembro de St. John College-Cambridge
Cátedra Lucasian de Matemáticas. U. Cambridge

Distinciones:
Miembro de la Royal Society
Miembro correspondiente Acad. de Ciencias de la URSS

Investigaciones más relevantes:
En 1925, su director de tesis, R. Fowler, le pasó un borrador del artículo de Heisenberg sobre mecánica matricial, que había recibido para revisión. Consciente de que estas ideas resolvían las carencias de la vieja teoría cuántica, Dirac escribió una serie de artículos desarrollando y aplicando la nueva teoría…

Si la cena no deparó profundas discusiones filosóficas, para decepción de algunos, para mí resultó sumamente interesante, por cuanto me permitió alcanzar uno de mis principales objetivos en Bruselas: conocer en persona a Paul Dirac. Y, de paso, a una pareja notable, los Gamow, con lo que satisfaría con creces mi necesidad

de información sobre el soviético.

La cosa fue casual: el profesor Cabrera departía a la entrada del comedor con Schrödinger y señora. Por lo visto, al español y al austriaco los unía una buena amistad desde que se conociesen en el quinto Consejo. Cabrera, al acercarme, me saludó con afabilidad e hizo amago de presentarme a Schrödinger, ignorando que ya nos conocíamos. Schrödinger, menos sombrío que por la mañana, me presentó a Annemarie, su mujer, quien se mostró muy cordial cuando le dije tener entendido que era una gran conductora. Como quiera que, mientras nos acercábamos al ala izquierda de una gran mesa alargada, *frau* Schrödinger me venía contando sus cuitas al volante, consideré descortés dejarla con la palabra en la boca y tomé asiento a su izquierda, mientras su marido y Cabrera, que charlaban sobre una posible visita del austriaco a España, se alineaban a su derecha.

La mesa, preparada para unos cincuenta comensales entre profesores, parejas y ayudantes, se había ido rellenando desde el centro hacia los extremos. Me fijé en el ala opuesta, donde Jürgen Attel, de quien me había separado para ir al lavabo, se había sentado junto a Klara en un grupo que englobaba a los Joliot-Curie y los Fermi. Me preocupó que Jürgen expresase su antipatía por los judíos ante los italianos, pero poco podía hacer ya. En cuanto a Klara, traté de que nuestras miradas se cruzasen, pero ella, inmersa en una conversación con Laura Fermi, no me dio oportunidad.

Tener un ojo puesto en Klara me duró hasta que los Bohr se sentaron frente a los Schrödinger. Junto a ellos lo hizo una curiosa pareja a quien los primeros trataban con familiaridad. Él era un hombretón bien parecido, de ojos increíblemente azules y casi dos metros de estatura; ella, una delicada belleza caucásica que podría tener mi edad, contrastaba con su marido por su frágil apariencia. Nos los presentaron como George y Lyubov Gamow; o, como se llamaban entre ellos, Geo y Rho.

Bastó que el reservado Paul Dirac se sentase a mi izquierda, frente al extrovertido Gamow —les unía una buena amistad desde la

estancia del soviético en Cambridge—, para cerrar un círculo en el que, a partir de ese momento, la cena se convirtió en una interminable sucesión de anécdotas y relatos de vivencias interconectadas. Certifiqué —ya lo intuía, pero allí lo certifiqué— que la de los físicos era una gran familia. Y juro que en mi vida he vuelto a estar en una cena entre colegas en la que se haya hablado tan poco de física.

La conversación comenzó con el relato de Anny —así nos rogó *frau* Schrödinger que la llamásemos— de sus anécdotas al volante del BMW descapotable; un *tour* de casi tres mil kilómetros, desde Berlín a Bruselas, pasando por el Tirol italiano y las orillas del lago de Garda. Viéndola en tan amigable relación con su marido, nadie diría que los devaneos de él fuesen una preocupación para la atrevida conductora. De hecho, su mayor inquietud consistía en si sería capaz de adaptarse a la anómala conducción británica por la izquierda.

De Margrethe Bohr, a quien ya había conocido, sabía que era la primera colaboradora de su marido: él le confiaba sus teorías y manuscritos, que ella transcribía y revisaba para hacerlos más inteligibles. Durante la cena descubrí que ejercía un poco como matriarca del multinacional grupo, pues Dirac, Schrödinger y Gamow habían sido sus huéspedes en Copenhague, de ahí la confianza con que ella los trataba y el respeto que ellos le mostraban. Schrödinger había disfrutado incluso de los cuidados de su anfitriona durante un acceso febril que lo obligó a guardar cama. En cuanto al soviético, cuya perspicacia con la cuántica llevó a Bohr a becario en su Instituto de Física, casi podía decirse que era miembro adoptivo de la familia, hasta el punto de que los hijos del matrimonio lo llamaban «tío Gamow».

De Dirac qué puedo decir. Era una de mis más admiradas deidades en el politeísta Olimpo de la Física. Si alguien podía competir con Heisenberg en precocidad, ese era él. Su ecuación daba respuesta al gran reto de la física teórica del momento: obtener una formulación que hiciese compatibles la mecánica

cuántica y la teoría de la relatividad. En aquella ocasión no entendí nada, pero fue gracias al posterior tratado de Dirac, *The principies of quantum mechanics*, que esta procelosa rama de la física comenzaría a tener sentido para mí.

Del británico sabía por mi maestro que era un infatigable viajero. A menudo visitaba la Unión Soviética, donde tenía buenos amigos, y había dado una vuelta al mundo —parte de ella en compañía de Heisenberg—, conferenciando en los Estados Unidos, Japón y Moscú. También sabía que era reservado en extremo. Si no puedo expresar lo que sentí al verme sentado a su lado, sí puedo asegurar que todos mis intentos por entablar conversación con él se estrellaron contra un muro de monosilábica cortesía.

31



Gamow, George (Gueorgui Antónovich Gámow)
Nacido el 4 de marzo de 1904. Odesa
Nacionalidad: soviética
Estado civil: casado

Doctor en Física. U. Leningrado
Estancias en Gotinga, Copenhague, Cambridge, Copenhague
Act. en I. Físico-Matemático de la U. Leningrado

Distinciones:
Miembro de la Academia de Ciencias de la URSS

Investigaciones más relevantes:
Durante su estancia en Gotinga, Gamow aplicó sus conocimientos de mecánica cuántica a explicar la desintegración alfa mediante el efecto túnel. Su teoría le ganó el reconocimiento de Bohr, quien le ofreció una beca en su Instituto de Física…

En cuanto a los Gamow, descubrí que eran todo lo contrario. Con el plato principal se lanzaron a narrar sus intentos de abandonar la Unión Soviética, asfixiados por la implacable politización de la ciencia y las férreas restricciones de viaje impuestas a los científicos.

—… conque decidimos intentarlo en canoa.

Creo que todos alrededor de Lyubov abrimos mucho los ojos.

—¿Desde Crimea hasta Turquía? —inquirí, creyendo no haber entendido bien.

George y ella se limitaron a encoger los hombros. Para ellos,

supuse, cualquier plan, por descabellado que fuese, era preferible al ostracismo intelectual al que los obligaba el régimen.

Pero atravesar el mar Negro a remo era *muy* descabellado.

—Alguien en Moscú fabricaba kayaks desmontables —explicó Gamow—, pensados para franquear ríos y lagos en expediciones terrestres. Conseguí que nos prestasen uno para hacer pruebas de navegación en mar abierto. También conseguí una plaza de veraneo cerca de Yalta, en la parte más meridional de la península. Antes del viaje, Rho y yo reunimos provisiones para cinco o seis días a base de acumular chocolate duro y cocer huevos de estraperlo. El plan era intentar la travesía por la parte más estrecha, hasta Sinope…

—Hasta donde nos llevase la corriente, en realidad —puntualizó su esposa con encantadora sonrisa.

—Eso. En el mejor de los casos serían doscientos setenta kilómetros de mar abierto, pero a nosotros nos parecía factible. Verdad, ¿cariño?

—Geo se defiende en danés, y conserva su viejo permiso danés de conducir motocicletas —explicó ella—. Pensaba hacernos pasar por turistas extraviados para conseguir que nos llevasen hasta la embajada danesa en Estambul. Una vez allí, telefonearía a Bohr para pedirle ayuda.

—El primer día todo fue bien. Habíamos anunciado que salíamos de excursión para dos días, de forma que nadie se preocupase por nosotros al caer la noche. El mar estaba calmo y solo teníamos que seguir la brújula hacia el sur. Incluso llegamos a vernos en medio de una manada de marsopas juguetonas. Fue muy emocionante, ¿verdad, Rho?

Lyubov arrugó la nariz.

—Pero has de reconocer que al principio las mirábamos con recelo.

Gamow vació los pulmones en una estruendosa carcajada.

—Cierto —dijo—. ¡Cualquiera de ellas podía haber hundido el bote de un arrumaco!

El matrimonio continuó narrando sus peripecias, que se habían

tornado dramáticas cuando el segundo día amaneció tormentoso. El viento los empujaba hacia atrás, las olas pasaban por encima del kayak, ella no daba abasto a achicar agua, y todos los esfuerzos de él apenas servían para mantener aproado el bote. Exhaustos, empapados y ateridos, al final lograron tocar tierra en la misma costa de Crimea, ¡a cien kilómetros del lugar de partida!

—Unos pescadores tártaros nos llevaron a un hospital, donde pasamos dos días recuperándonos. Por fortuna —concluyó Lyubov—, nadie sospechó que nuestra malograda excursión había sido, en realidad, un intento de desertar.

Dirac, que hasta entonces apenas había intervenido en la conversación, esbozó una tímida sonrisa.

—Es comprensible —dijo, sin levantar la mirada de su plato—: nadie creería que dos adultos en su sano juicio planearían remar hasta Turquía.

—Pero decidnos —se interesó Anny—, ¿cómo, después de todo, habéis conseguido los pasaportes para viajar a Bruselas?

Gamow relató que, tras habérsele negado su asistencia a diversos eventos europeos, un día había recibido una inesperada notificación en la que se le instaba a acudir al Consejo Solvay como representante oficial de la Unión Soviética. Durante las semanas siguientes porfió, hasta el extremo de entrevistarse con el mismísimo jefe del Gobierno, Viacheslav Mólotov, para que a Lyubov se le permitiese acompañarlo. Y cuando, a pesar de haberse ganado en apariencia la complicidad de Mólotov, se le siguió negando el pasaporte para su esposa, él manifestó su negativa a acudir solo al Consejo.

—Al final conseguimos los pasaportes —concluyó, besando tiernamente a Lyubov en la frente—. En algún momento, en algún lugar, la Providencia debió de apiadarse de nosotros para que esta noche nos hallemos cenando con ustedes, en lugar de en algún gulag allende el Cáucaso.

La escena emocionó a los presentes. La heroica lucha de aquella pareja por salir de la Unión Soviética, juntos a toda costa, solo podía

significar que estaban muy enamorados. Hubo entusiastas aplausos, y alguna dama hasta sacó el pañuelo. Alguien comentaría luego que en el ala opuesta de la mesa habían achacado nuestro jolgorio a la llegada de los gofres de Lieja al chocolate. En cuanto a mí, Lyubov Gamow me despertó una gran admiración, no solo por la natural afinidad esperable entre personas de una misma edad, sino porque todo en ella —aficionada al arte, la música y el *ballet* además de graduada en física por la Universidad de Moscú— denotaba una sensibilidad y una inteligencia comparables a su férrea determinación aventurera. Su fragilidad, concluí, no podía ser sino aparente.

De aquella cena, en la que ejercí de cuasimudo comensal, saqué varias conclusiones. La primera, que la calidad y cantidad de las comidas a que invitaba la Fundación Solvay no estaban al alcance de cualquiera. La segunda, que si los hombres sentados a mi alrededor eran admirables, sus mujeres no lo eran menos. Y la tercera, la que más me afectaba personalmente, que la NG estaría muy interesada en saber que los Gamow no pensaban regresar a la Unión Soviética.

La cuarta hubiera sido que mi admirado Dirac hacía honor a su fama de trato difícil, de no ser porque, al levantarnos de la mesa, me sorprendió invitándome a tomar una copa con Gamow y con él.

El primer día del esperado Consejo Solvay me fui a la cama con sensaciones contradictorias. En mi boca permanecía el dulzor de las mieles cosechadas el día anterior. Sin embargo, el que terminaba había sido distinto: ni el encuentro por sorpresa con Charlotte había pasado de charla profesional, ni mi cita a solas con Klara se había materializado. Peor aún: esta última había salido del comedor bromeando con Jürgen de forma ostentosa. Pretendiese o no darme celos, lo cierto es que yo sentía mi orgullo lastimado.

En el lado opuesto de la balanza, el positivo, sumaba una memorable velada en el bar del Métropole. A Dirac y Gamow se

unieron Heisenberg y Pauli. Una fraternidad forjada en estancias, cursos y conferencias, engrasada por el constante debate y una incesante correspondencia. Algún día, me dije, formaría parte de ella. Mientras tanto, a modo de rito iniciático, no hice ascos a un *scotch*. Me animaba la certeza de estar a punto de concluir la misión que se me había encomendado: al día siguiente entregaría un jugoso informe a Charlotte, incluyendo la proyectada deserción de un Gamow, que todavía no contaba con acomodo, y algunos elogios para con la ciencia alemana que Dirac me había hecho y que avalarían una supuesta buena disposición para escuchar propuestas de la NG. Al fin y al cabo, pecar de optimista no me comprometía demasiado.

Por último, estaba la cuestión de Jürgen. Me había quedado claro que era afín al régimen y que mostraba nula simpatía hacia los judíos. Pero de lo que interesaba a Charlotte, si estaba o no capacitado para una plaza de profesor, seguía sin hacerme una idea. Eso solo podía saberlo Bothe; pero… ¿cómo averiguarlo?

Apagué la luz tras redactar unas notas. Confiaba en que lo intenso de la jornada me haría caer fulminado, pero no fue así: un insidioso desasosiego se empeñó en ocupar mi mente. El maremágnum de emociones encontradas, me decía el desasosiego, te hace pasar algo por alto. Una idea, vaga al principio, fue perfilándose en la oscuridad. Supe que estaba relacionada con Gamow; con algo que había dicho cuando narraba su entrevista con Mólotov para conseguirle un pasaporte a Lyubov: «Podría decirle que mi esposa, física también, actúa como mi secretaria científica —le había confiado para ganarse su complicidad—; que se ocupa de mis papeles y notas y que su concurso me resulta imprescindible en un viaje de tal duración. Pero eso no es del todo cierto: el verdadero motivo es que ella nunca ha estado en el extranjero, y que después de Bruselas tengo intención de llevarla a París para que conozca el Louvre y el Folies Bergère, y para llevarla de compras».

Todos los presentes habíamos reído la ocurrencia. Pero, más allá del desparpajo de Gamow para con el segundo hombre más

importante de la Unión Soviética, ¿qué había en sus palabras que pudiera haberme desvelado?

Me costó atar cabos.



Los científicos más abstractos —léase matemáticos o físicos teóricos — tenían fama de torpes en los aspectos más corrientes de la vida, de los cuales a menudo se ocupaban sus esposas: con Anny Schrödinger haciendo de chófer para su marido y Margrethe Bohr transcribiendo y revisando los escritos del suyo, esa misma tarde había tenido dos buenos ejemplos. Incluso Gamow, de no ser por su atrevida estrategia para ganarse a Mólotov, habría considerado natural decirle que Lyubov se ocupaba de sus papeles. Y eran varios más los invitados al Consejo que habían traído a sus mujeres. Ejerciesen o no como secretarias, tener los gastos pagados por la Fundación Solvay era, supuse, un buen aliciente para llevarlas de viaje.

Revisé mentalmente la lista de los ponentes: Cockcroft y Chadwick habían venido con sus respectivas esposas; los Joliot-Curie, que darían juntos la tercera conferencia, se tenían el uno al otro; Gamow contaba con Lyubov; Dirac, soltero, había venido solo, aunque… Bueno, Dirac era Dirac: se decía de él que ni siquiera tomaba alumnos a su cargo. En cuanto a Heisenberg, también soltero, tenía sentido que contase conmigo para preparar su charla.

Pero ni Meitner ni Bothe iban a conferenciar. ¿Para qué, entonces, querían un ayudante? De repente me pareció absurdo que la austriaca necesitase a Klara para desertar: como Schrödinger, podría haber hecho sus gestiones desde Alemania, en la seguridad de que daneses, británicos o americanos estarían felices de acogerla. En cuanto a Bothe, sabía que estaba casado. Que no hubiese traído a su esposa podía obedecer a mil razones de índole personal, pero… ¿por qué viajar con un ayudante de ideas tan opuestas a las suyas? Una sospecha me asaltó: ¿y si los nazis, en

vista de su díscola actitud en Heidelberg, le habían impuesto la presencia de Jürgen? La idea podría parecer ridícula, pero cosas peores se estaban viendo. Con todo, por muchas vueltas que le di a la almohada no acabé de verle sentido: con su familia expuesta a represalias en Alemania, no era probable que Bothe desertase en Bruselas.

La difusa frontera entre la consciencia y el sueño se presentó sin avisar. Esa noche me revolví inquieto. Mi yo onírico se empeñaba en recordar la lectura de la *Ilíada*, cuyo ejemplar de encuadernación rústica apenas había tocado desde mi llegada a Bruselas, angustiándose al encontrar que los elegantes versos de Homero eran, en realidad, un acre discurso sobre patria, raza, guerra, propaganda e imperio.

PROGRAMA DEL DÍA

Martes, 24 de octubre

9:30 h: Informe de M. Chadwick:
Difusión anómala de partículas alfa
Transmutación de elementos por partículas alfa
El neutrón

* * *

11:00 h: Discusión

* * *

12:30 h: Almuerzo

* * *

19:30 h: Cena en la Fundación Universitaria



32



Las tres primeras jornadas eran, más bien, de carácter experimental. Por eso, aunque nuestro trabajo estaba relacionado con la estructura del núcleo y, por ende, con el neutrón, Heisenberg había resuelto pedir permiso para que yo asistiese como oyente a las restantes. Un día más tendría que conformarme con leer la copia que obraba en nuestro poder, consciente de que, por la tarde, mi jefe querría comentar los pormenores del debate.

Bajé temprano al comedor, aunque no lo bastante: Lise Meitner y Klara desayunaban ya en animada conversación con Ernest Lawrence. No me extrañó, vistas las idas y venidas de Klara a la embajada americana. Aunque el conciliábulo no probaba nada, era significativo. Los saludé con un cortés *good morning* al pasar junto a su mesa. La inclinación de cabeza de Klara fue, como me temía, la menos efusiva de las tres. ¿Pero qué le había hecho yo a esa mujer? ¿Acaso se había enfadado por el inocente beso de despedida de Charlotte?

Heisenberg y Debye aún no habían hecho acto de presencia. Tracé un plan nada más tomar asiento en solitario: desayunaría rápido, esperaría a Klara en el vestíbulo, la interceptaría camino del ascensor, le rogaría que hablásemos. Estaba convencido de que haciéndolo resolveríamos cualquier malentendido. Si era necesario, le contaría la verdad sobre Charlotte. La parte de verdad —no soy tan ingenuo— en que no las besaba a ambas el mismo día.



Elegante artesonado de suntuosa decoración. Elegantes ventanales de intrincada vidriera. Elegantes columnas de rico mármol veteado. Había pasado de hacer planes a admirar tanta elegancia cuando un sonriente Jürgen tomó asiento en mi mesa. Por un momento pensé que lo de desayunar rápido corría peligro; pero él, sin pretenderlo, me tranquilizó.

—Tengo prisa —dijo—. Bothe ha logrado que me permitan asistir a la conferencia de Chadwick.

Le expresé mi complacencia, al tiempo que un circunspecto camarero depositaba ante mí un café con leche y una cestita con *viennoiseries* y tostadas y mermeladas de diversos sabores. Jürgen pidió lo mismo.

—Teniendo en cuenta la relevancia de vuestra investigación para el descubrimiento del neutrón —dije—, es natural que Langevin tenga esa deferencia con vosotros.

Dibujó él un gesto evasivo en el aire.

—No fueron *nuestras*, en realidad. En aquella época Bothe estaba en Giessen y yo ni siquiera me había graduado. Pero sí es cierto que ahora seguimos en esa línea. ¿Te interesa la radiación cósmica?

—No mucho. Lo mío es la estructura del núcleo. —Sin dejar de untar mantequilla en un cruasán, alcé una ceja en dirección a Jürgen —. ¿Tu trabajo de habilitación se basa en los rayos cósmicos?

La pregunta, formulada con aire inocente, estaba, sin embargo, cargada de intención. Había afirmado que no me interesaba el tema, no que no entendiese de él. De hecho, la radiación cósmica era la especialidad de Jakob y el otro punto fuerte del grupo de Heisenberg, del que a menudo se organizaban seminarios y charlas. Si no era capaz de examinar a Jürgen, sí podía, al menos, hacerlo hablar.

No me defraudó. Durante diez minutos disertó sobre cascadas de rayos cósmicos, partículas de alta energía y pares electrón-positrón

mientras ambos engullíamos tostadas y cruasanes. Jürgen sabía de lo que hablaba a un nivel equiparable al de Jakob, lo que me convenció de que, si llegaba a ocupar la plaza de algún hebreo despedido, al menos no lo haría como advenedizo. Suficiente, concluí, para Charlotte.

—Por cierto —dije entre bocado y sorbo, cuando la física de partículas me dio un respiro—, ¿qué tal anoche?

A Jürgen se le iluminó la cara.

—Fui con Klara y con otros a conocer la sala de baile del hotel. ¡Había una orquesta formidable!

Abrí mucho los ojos.

—¿Fuisteis a bailar?

Me miró como si yo fuese un marciano de Wells.

—¿Por qué no? Le dije a Klara que te esperásemos, por si te apuntabas; pero contestó que seguro que tenías mejores planes. —Frunció sus cejas arias—. ¿Los tenías?

—Me quedé en el bar —respondí alzando los hombros—, charlando con Heisenberg y con otros. Gracias por pensar en mí, de todos modos.

—No las merece. —Se inclinó hacia mí, bajando la voz—. Oye… ¿Recuerdas a Nathalie, la investigadora de la ULB que acudió a la cena del sábado? Luego vino al cabaré, y… He pensado que esta noche, o mañana, podríamos salir los cuatro juntos. —Me guiñó un ojo—. Nathalie es guapa y divertida, haréis buena pareja.

—¿Haremos?… ¿Quieres decir que Klara y tú…?

—Todavía no. —Jürgen señaló con la barbilla hacia la mesa de Klara en el preciso momento en que sus ocupantes se levantaban—. Pero ayer estuvo muy simpática conmigo. Yo diría que también le gusto.

Aquel «también» era una declaración. Comprendí que debía ser cauto: a Jürgen le fastidiaría saber lo nuestro. Pero cuando, al dirigirse a la salida, Klara le dedicó una cálida sonrisa y me ignoró ostensiblemente, suspiré. «Lo nuestro» parecía cosa del pasado.

—Creo que hay química entre nosotros —susurró Jürgen, ajeno a

mis tribulaciones—. Química entre dos físicos, esa es buena, ¿eh? —Rio con ganas su propia ocurrencia, y luego se ajustó la corbata y los puños de la camisa—. Te dejo, que tengo prisa.

Observé resignado, con el último sorbo de café, cómo se me adelantaba en interceptar a Klara tras el desayuno.



Dediqué la mañana, lluviosa y gris, como mi ánimo, a redactar un esmerado informe para la NG. Quizá porque Klara me ignoraba, la perspectiva de un nuevo encuentro con Charlotte se me hacía más deseable que nunca. No hacía veinticuatro horas que había estado con ella y ya añoraba su silueta de maniquí de alta costura, el burlón esmeralda de sus iris y esa voz casi masculina que lo mismo me subyugaba conversando sobre frivolidades mundanas que sobre historia de la física. Echaba de menos, sobre todo, la espontánea complicidad con que habíamos aprendido a tratarnos aun siendo tan diferentes, y no me quitaba de la cabeza su misteriosa alusión del día anterior. ¿Por qué decía no convenirme? Si pretendía que dejase de pensar en ella, había conseguido justo lo contrario.



A pesar de mi renovado entusiasmo por Charlotte, a la hora del almuerzo decidí ir en busca de Klara. Con los profesores y Jürgen en la sesión del Consejo, me pareció una inmejorable oportunidad. Le pediría que me acompañase a un bistró tranquilo donde aclarar la situación y retornar al punto en que lo habíamos dejado en el tranvía.

Cogí sombrero y abrigo. Me planté ante la puerta de Klara. Tomé aliento. No llegué a saber si estaba dentro. Sé que debí llamar, pero nunca he negado que yo era entonces un ser inmaduro. Y en ese momento me pudo el pueril disgusto que me causaban su

injustificado desdén y su coqueteo con Jürgen.

Comí solo por segundo día consecutivo.



Lo único reseñable de la tarde —del día, a la postre— fue la conversación que mantuve con Heisenberg una vez hubimos repasado la sesión de la mañana. Lo noté animado, tras el derrotismo que había mostrado la tarde anterior, y no pude dejar de comentárselo.

—He tenido una conversación telefónica con Max Planck —me confió—. Le he expresado mi preocupación por Bothe, urgiéndolo a encontrarle un puesto acorde con su categoría. Bothe hizo la tesis con Planck, y si a este le preocupa la pérdida de talento alemán, la posibilidad de que uno de sus alumnos más brillantes se vea obligado a emigrar lo espanta. Pero él ya estaba al tanto del problema y tiene una idea que podría funcionar: como sabe, Planck es presidente de la KWG, que cuenta con numerosos centros de investigación. Pues bien, en uno de ellos, el KWImF, ha quedado vacante la plaza de director del Departamento de Física.

Recordaba que la inauguración del Instituto de Investigación Médica de Heidelberg había sido noticia en mi época de estudiante.

—Pero el KWImF…

Heisenberg se encogió de hombros.

—Sí, ya sé, pero la física con fines médicos no deja de ser física. Y el KWImF dispone de magníficas instalaciones y laboratorios bien equipados.

Comprendí la jugada de Planck: la Sociedad Kaiser Guillermo era una institución independiente, libre de influencias políticas. Los nazis no tenían nada que decir respecto a sus nombramientos internos. De momento.

—Y Bothe, ¿qué opina?

Heisenberg me miró ceñudo.

—Bothe no sabe nada todavía, y nosotros nos guardaremos de

comentárselo, ¿entendido? Dejemos que Planck haga sus gestiones. Primero ha de convencer al director del KWImF, que sin duda estará pensando en alguien más afín a sus áreas de investigación.

—Sería una excelente noticia —asentí; y luego, en tono casual, añadí—: Tengo entendido que la mujer de Bothe es rusa. ¿Es cierto?

Heisenberg arqueó las cejas.

—Barbara, sí. La trajo consigo de su cautiverio en la Unión Soviética. ¿Por qué lo dice?

—No, por nada. Es solo que anoche conocí a los Gamow en la cena. Son muy simpáticos, y se me ocurrió que *frau* Bothe se habría alegrado de conocerlos.

—Creo que su intención era venir, pero cayó enferma unos días antes de su partida. —Heisenberg hizo un gesto vago—. Una afección intestinal, o algo así. El joven que lo acompaña…

—Jürgen Attel.

—Attel, eso es. Al parecer, conoce bien los trabajos de Chadwick y de los Joliot-Curie, por eso Bothe le ofreció venir como ayudante. Ustedes dos han congeniado, ¿no es cierto?

Asentí distraído, comenzando a recoger los papeles. Las circunstancias en que Jürgen había venido como asistente de Bothe se parecían extrañamente a las mías. Me despedí de Heisenberg con una incómoda opresión en el estómago. Más que nunca, necesitaba entrevistarme con Charlotte.



Opté por cenar solo, evitando cualquier compañía que pudiera retrasarme. Me resultó sencillo, pues los profesores y sus esposas lo hacían en la Fundación Universitaria. Luego me dirigí al Astoria, preocupado e ilusionado a la vez.

Esta vez el barman me reconoció. Un tipo de estrecho bigote y anchas espaldas sobre el que Charlotte, por algún motivo, parecía tener un notable ascendiente.

—¿*Monsieur* Maier? —dijo, colocando ante mí un posavasos.

Asentí, sorprendido de que me llamase por mi nombre. Se dio la vuelta para coger un sobrecito encajado entre dos botellas.

—*Mademoiselle* Belle-Croix ha dejado esta nota para usted.

Rasgué el sobre, desconcertado. Con su elegante letra, que ya me resultaba familiar, C. me informaba de que no le era posible acudir a la cita y me rogaba que le dejase el informe a Patrice, de su total confianza.

Charlotte tenía mejores cosas que hacer.

Patrice me sirvió una cerveza que bebí solo, tratando de convencerme de que el domingo no había vivido un sueño.

33



Misma hora. Misma relojería. Misma sensación de vacío en el estómago.

—¿Lleva reloj de pulsera? —inquirió el relojero, sin saludarlo siquiera.

Jürgen Attel se alzó el puño izquierdo de la camisa lo justo como para mostrar su preciado Longines, regalo de fin de estudios de sus padres. El relojero extendió la mano. Con un suspiro, Attel se desabrochó el cronógrafo de caja cromada y correa de piel de serpiente. El otro lo examinó a conciencia, como parecía hacer con todo lo que pasaba por sus manos. La inscripción grabada al dorso —«Jürgen Attel. Doctor en Filosofía. 1932»— le provocó un gesto admirativo, el único que se permitió.

—Un reloj excelente —se limitó a decir—. Si tiene la bondad de aguardar…

Desapareció tras una cortina llevando consigo el reloj. Durante un rato, Attel permaneció jugueteando con su sombrero en compañía de un centenar de tictacs. Sus pensamientos volaron hacia Klara Hofmann. Vaya que si había bailado con ella la noche anterior. La orquesta del Métropole tenía un *swing* fantástico. Rápido. Divertido. Él se defendía. Ella se movía con soltura. Incluso lo había sorprendido con su electrizante *jitterbug*, en el que a duras penas podía seguirla. Luego la orquesta había cambiado a un ritmo melodioso de aires latinos, y ella, aún jadeante por el *jitterbug*, no había puesto remilgos a que él le rodease la cintura con el brazo y la

atrajese hacia sí al compás de las baquetas.

Attel esbozó una sonrisa torcida. Había sido un acierto impedir que se les uniese Maier. A buen seguro que el de Leipzig se habría entrometido. Inspiró hondo, disfrutando el recuerdo. De Klara le habían gustado a primera vista sus redondos ojos celestes y su dulce sonrisa que, sin conocerla, había tomado por tímida. Pero si la noche anterior le había sorprendido su mundana desenvoltura, más lo había hecho su privilegiado intelecto, capaz, como había demostrado durante la cena, de penetrar los abstractos vericuetos de la física moderna. Aunque no se lo había preguntado directamente, se había convencido de que no estaba comprometida. Él había salido con un par de chicas desde que entró en la universidad: Christine, ardiente, estudiante de arte, en cuya residencia femenina a veces se colaba con nocturnidad; y Adele, soñadora, cuyo grupo de la Liga de Muchachas Alemanas a menudo realizaba actividades conjuntas con el suyo de las Juventudes Hitlerianas. Con ambas se había divertido; con Adele, incluso, llegó a trazar prematuros planes de futuro. Pero con ninguna de ellas podía hablar de lo que más le interesaba en la vida: la física. Con una mujer como Klara, en cambio, podría compartir hasta eso. Ella comprendería sus cuitas y, aunque renunciase a trabajar en la universidad —cosa deseable y en todo caso inevitable—, podría ayudarlo a preparar sus clases, revisar sus escritos, acompañarlo en sus viajes. Eso sería gratificante para ella. Le evitaría la rutina del hogar, sin duda limitante para una mujer de su talento.

Cierto era que en el grupo formado durante la cena apenas habían hablado de cosas que no fueran física, y a él le gustaría conocer las opiniones de Klara sobre otros temas. Una delgada línea le cruzó la frente. ¿Y si…? El recuerdo de sus hermosas facciones lo tranquilizó enseguida: los iris claros, la nariz respingona, el contorno del rostro, más redondeado que ovalado.

Aria, sin duda.

¡Dios, cómo le gustaba! Hablarían, desde luego; quedaban días suficientes. Y si todo iba como esperaba, quizá, incluso… Sacudió la

cabeza. Pedirle relaciones resultaría precipitado. Le pediría su dirección. Le escribiría, eso se le daba bien. Ella le respondería a vuelta de correo. Y un día, ya con la flamante *venia legendi* en el bolsillo, él se presentaría por sorpresa en Berlín y… Torció el gesto. Desde Heidelberg había una jornada entera en tren, nada que pudiera hacerse a menudo. Pero no se quedaría allí mucho tiempo. Sonrió para sus adentros. El Reich iba a deberle un favor. ¿Por qué no el mismo Berlín?

Se revolvió impaciente. ¿Qué diablos estaba haciendo el relojero con su reloj? ¿Qué diablos, ya puestos, hacía él allí, en lugar de haber almorzado con los profesores y estar ahora departiendo con ellos? Porque el debate tras la charla de Chadwick había resultado apasionante y eran muchas todavía las cuestiones abiertas. ¿Qué diablos era aquella misión? Peter no le había contado nada, en realidad. Se limitaba a darle instrucciones puntuales y concretas. Haz esto. Ve allá. Haz lo otro. Y él tenía ganas de acabar de una vez, por importante que la misión fuese para el Reich, y volver a lo que era importante para él. Además, Bothe estaría preocupado por su repentina desaparición. Peor aún, estaría enfadado. ¿Cómo iba a entender que se ausentase de la sesión de Chadwick?

Mierda.

Exhaló hondo. Pobre viejo, bastantes preocupaciones tenía. Le caía bien. Era buen científico y profesor, y sería buen director, de no ser por su excesiva tolerancia para con los hebreos y por…

Una explosión de campanadas, no todas perfectamente sincronizadas, interrumpió sus cavilaciones. La una y media de la tarde. Los carillones anunciaron, de paso, el regreso del relojero. Este le devolvió el reloj. Le entregó la cartera, ahora más rígida y pesada. Su semblante aparecía distendido. La satisfacción de un trabajo bien hecho. Le mostró el llavín entre el índice y el pulgar. Se disponía a hablar cuando sonó una campanada rezagada.

—Su reloj está sincronizado con el mío —dijo, tras dedicar una mirada sombría al carillón díscolo—. No lo toque. La llave me la quedo. Bajo ningún concepto debe usted abrir la cartera,

¿comprende? Tampoco debe separarse de ella. Peter le dirá qué más ha de hacer.

Eso fue todo, salvo que, al esbozar Attel con el sombrero un gesto de despedida, el otro lo traspasó con una inesperada mirada cómplice.

—*Heil, Hitler!* —dijo sin levantar la voz. Tampoco el brazo, para que no lo viesen desde la calle.

PROGRAMA DEL DÍA

Miércoles, 25 de octubre

9:30 h: Informe de M. y Mme. Joliot:
Radiación penetrante emitida por átomos bajo la acción de rayos gamma

* * *

11:00 h: Discusión

* * *

12:30 h: Almuerzo

* * *

14:00 h: Ofrenda floral en el Monumento a E. Solvay

* * *

19:30 h: Cena en el Hôtel Métropole



34



El día anterior me había sentido solo. En el desayuno busqué la compañía de Heisenberg y Debye, que compartían mesa con Cabrera. Pedí permiso para unirme a ellos, que el español me concedió con efusividad.

—Hablábamos de los próximos Nobel —dijo, introduciéndome en la conversación—. Según la prensa de mi país, Auguste Piccard suena para el del año pasado, que fue aplazado por la Academia Sueca; y Percy Bridgman[42], para el de este.

—Bridgman… —Meneé la cabeza—. No me suena. ¿A qué se dedica?

—Trabaja en física de altas presiones en Harvard —explicó Heisenberg, que untaba mermelada en su tostada—. Por lo visto, él mismo ha inventado y construido sus equipos, y ha realizado notables descubrimientos en ese campo.

—Eso está bien —intervino Debye, cruasán en mano—, pero ¿cuándo va a decidirse el Comité Nobel a premiar la física cuántica? Se supone que ya es una fruta madura.

Cabrera se sirvió más café.

—Los físicos suecos son muy conservadores —dijo—, reacios a considerar las nuevas teorías como descubrimientos en tanto no las valide la física experimental. Recuerden cuánto tardaron en premiar a Einstein[43], y no fue por la relatividad, sino por su explicación del efecto fotoeléctrico.

—La relatividad, la mecánica matricial, la ondulatoria… —Debye

hizo una mueca desabrida, sin dejar de masticar—. Se diría que a los suecos se les atragantan las matemáticas.

—El problema, creo yo, es que el Comité no logra ponerse de acuerdo —opinó Heisenberg—: está obligado a premiar la física cuántica, pero se encuentra con resistencias importantes. De ahí que no concediese el premio de 1931, y que reservase el del 32.

Más pendiente de recuperar mi desventaja con tostadas y cruasanes que de la conversación, vi la oportunidad de intervenir.

—No olviden —apunté— que en el 28 se le concedió a Louis de Broglie, en cuyos trabajos se había basado Schrödinger.

—Cierto —admitió Cabrera—. Pero no lo es menos que *herr* Heisenberg y *herr* Schrödinger han recibido docenas de nominaciones en los últimos años, y que ya es hora de un reconocimiento a su labor.

—Sin olvidar a Born y a Jordán —apuntó Heisenberg.

—Naturalmente —asintió Debye—. Y a Dirac.

La conversación prosiguió, amena. Observé que Klara no estaba en el comedor. Tampoco Jürgen. ¿Coincidencia? Mi espíritu debió de ausentarse en un momento dado, lo que no pasó inadvertido a Cabrera.

—¿Le preocupa algo, muchacho?

La pregunta, formulada en tono afable, me hizo dar un respingo.

—Al contrario, profesor, al contrario —mentí, negando con la cabeza. No era cuestión de airear mis cavilaciones—. Lo que ocurre es que… Bueno —improvisé—, estaba pensando que en cinco minutos acudirán ustedes a la sesión del Consejo, y para mí comenzará otra aburrida mañana.

El español me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Me hago cargo —dijo—. Pero anímese, hombre: venga a almorzar con nosotros al Instituto; luego nos acercaremos todos hasta el monumento a Solvay para depositar unas flores. Se distraerá.

Dirigí una mirada prudente a Heisenberg.

—¿Cree que puedo hacerlo, *herr professor*?

Mi maestro elevó los hombros.

—El profesor Cabrera es miembro del Comité científico. Si él lo invita, no hay más que hablar.

—Bah —quitó importancia el aludido—. Siempre quedan plazas libres en el almuerzo.

Me animé, en efecto, porque sabía que Klara tenía previsto asistir a la conferencia de los Joliot-Curie. Tendría ocasión de abordarla. En cuanto a Jürgen…

—Buenos días, caballeros.

Era Walther Bothe. Sombrero en mano, gabán al brazo, sin duda se disponía a partir hacia el Consejo. Debye lo invitó a sentarse.

—Ya he desayunado, gracias —rechazó—. Tan solo quería preguntar a *herr* Maier si sabe algo de mi ayudante. Ayer no volví a verlo tras la charla de Chadwick. No ha respondido a mis notas, y acabo de subir a su habitación, pero no contesta. —Chascó la lengua, contrariado—. He pensado que quizás usted, Maier, estuvo con él anoche.

—Lo siento, *herr professor* —dije negando con la cabeza—. Anoche cené solo, y… lo cierto es que no he visto a Attel desde el desayuno de ayer.

—Seguro que duerme profundamente —rio Debye—. Tal vez visitó algún cabaré y se le fue la mano con la bebida —aventuró—. Estos jóvenes…

No me pareció descabellada la idea, teniendo en cuenta que no era el primer cabaré de Jürgen en Bruselas.

—Iré en su busca en cuanto acabe de desayunar —prometí a Bothe—, si le parece bien.

—Se lo agradecería —asintió él—. Attel estaba interesado en la conferencia de hoy, y ya va siendo hora de partir.

Heisenberg consultó su reloj.

—Tiene razón —dijo, levantándose—. Nosotros deberíamos movernos también.

Debye y Cabrera lo imitaron. El español me señaló con el índice, a modo de despedida.

—Lo dicho, Maier: el almuerzo es a las doce y media.



Ante la puerta de Jürgen, en mi mente retorcida acabó de cristalizar la innoble sospecha que se me había insinuado en el comedor: ¿significaba algo que ni Klara ni él hubiesen bajado a desayunar? Inspiré hondo. Pues bien, si lo significaba, lo mejor sería acabar con las dudas de una vez por todas. Golpeé la puerta con insistencia, llamando a Jürgen en voz alta.

—Por Dios, ¿qué ocurre?

Asomada a una puerta de servicio, Francine me observaba con el ceño fruncido.

—Eeem, es… el señor Attel —farfullé, consciente de haberme excedido con el ruido—. Ha debido dormirse y se le va a hacer tarde para una importante reunión.

—Pero deje de dar golpes, se lo ruego; va a despertar al resto de los huéspedes. —La camarera sacó un juego de llaves del bolsillo—. Espere un momento.

Sus nudillos golpearon la puerta con suavidad. Al comprobar por sí misma que no había respuesta, introdujo una llave maestra en la cerradura.

—Parece que su amigo ha encontrado un sitio mejor donde pasar la noche —dijo con sonrisa picara.

La habitación estaba ordenada. La cama, hecha.

Lejos de disipar mis sospechas, aquello las acrecentó. Pero no podía repetir la escena ante la puerta de Klara. Sería incorrecto presentarme allí, y más aducir estar buscando a Jürgen. Dejé escapar un bufido. Seguro que él se hallaba ya en el Instituto y yo estaba haciendo el primo. Se acabó. Tomaría un baño. Escribiría a mi madre. Podría escribir a Rachel, incluso. La idea me hizo sentir indigno. ¿Por qué me acordaba de Rachel justo ahora, cuando Klara y Charlotte parecían haberse olvidado de mí?

—Hola, Matt.

Al borde de la escalera, con una mano apoyada en la barandilla y un pie en el primer peldaño de bajada, dos ojos luminosos me miraban con prevención. Mi corazón se paró un instante, y luego redobló sus latidos.

—¡Klara! Me… alegro de verte.

El bonito arco de una ceja castaña se elevó más que el otro.

—¿Lo dices en serio?

—¡Por supuesto! —exclamé vehemente—. Verás… —Tomé aire. Había pensado tanto en qué decirle que no supe por dónde empezar —. Estoy buscando a Jürgen, y…

Fue un mal comienzo. Klara soltó la barandilla para abrazarse a su cartera, en lo que me pareció un reflejo defensivo. Un mohín decepcionado afloró en la comisura de sus labios.

—No lo veo desde ayer —dijo—. Después del desayuno hablamos de cenar con los otros ayudantes, pero luego no apareció. —Ladeó la cabeza, recogiéndose el mechón rebelde en ese gesto que yo adoraba—. Tampoco tú te dejas ver, Matt. Llevo desde el lunes esperando a que des señales de vida.

¿Ella esperándome? Aquello me pareció injusto.

—Vine en tu busca el mismo lunes por la tarde —protesté, señalando con el índice hacia su puerta—, pero habías salido.

—Es que *frau* Meitner me rogó que la acompañase al teatro. La Fundación tiene un palco reservado en el Teatro de la Moneda para los asistentes al Consejo, y… —Carraspeó—. Supuse que estabas con Heisenberg, así que deslicé una nota por debajo de tu puerta para avisarte. ¿No la leíste?

—No encontré ninguna nota —respondí, arrugando el entrecejo —. Y luego, en la cena, no me hiciste el menor caso.

—¿Que no te hice…? —Klara esquinó los labios. Si creí haberla acorralado, el contraataque me sorprendió—. *Tú* no me hiciste caso, Matt. No quise interrumpir tu conversación con Cabrera y Schrödinger pensando que vendrías a sentarte conmigo; y luego, cuando te quedaste con ellos, no me dirigiste la mirada en toda la cena. Estabas demasiado ocupado con la gente *importante* —

refunfuñó.

Resoplé, sin dar crédito a mis oídos.

—Estaba siendo cortés, ni más ni menos —me defendí—. Y para cuando salí del comedor, vosotros os habíais ido de baile sin avisarme siquiera.

Encogió ella los hombros. El mechón se liberó de nuevo.

—Propuse hacerlo, pero Jürgen dijo que tenías mejores planes. Lo sabía bien informado, dado que habíais tomado el aperitivo juntos…

Me quedé con la boca abierta. ¿Jürgen había dicho tal cosa? Pero si era capaz de engañarme así, ¿por qué no también de coger la nota de Klara, en el caso de que la hubiese visto asomar por debajo de mi puerta?

—… así que te supuse con la joven del bar —proseguía Klara, los párpados entrecerrados—. Una chica muy guapa, por cierto —apuntó con voz meliflua—. No irás a decirme que es tu *prima*.

Escupió la última palabra como un veneno. Me estremeció comprobar que el azul claro se había ensombrecido.

—No… Bueno, sí, claro, es mi prima; la hija de mi tía —balbucí, sintiéndome ridículo.

Klara puso los ojos en blanco.

—Mientes fatal, Matt. —Colocó la mano de nuevo en la barandilla —. Por lo que a mí respecta…

—¡Pero no estuve con ella! —La interrumpí—. Estuve con Heisenberg, y con Dirac, y… Y ayer, en el desayuno, tampoco me hiciste el menor caso.

—Ayer estaba molesta, lo reconozco.

Lo sé. Debí aprovechar esa mínima concesión para rebajar el tono. Pedirle disculpas. Cogerle la mano, quizá.

—¿Ah, sí?… Pues yo también estaba molesto. Creía que Jürgen y tú…

Eso dije, en cambio, en un tono que no requería continuar. Klara, la barbilla muy levantada, me dirigió una mirada altanera.

—Escucha, Matthias Maier —me espetó—: Si Jürgen y tú creéis

que podéis disputarme como un vulgar trofeo de caza, estáis muy equivocados.

—Espera —imploré—. No es eso, Klara. Yo… —Miré a un lado y otro del corredor. Era un milagro que no hubiese aparecido nadie hasta entonces—. ¿Podemos hablarlo en otro lugar, con serenidad?

—Imposible. He de asistir a la charla de los Joliot. —Me mostró su reloj de pulsera—. He madrugado y desayunado temprano para ir con tiempo de sobra, y mira.

Me dejó allí plantado, observando cómo sus deliciosas nalgas, ceñidas por la falda del traje sastre, se balanceaban al bajar los escalones. Preguntándome qué había hecho yo mal. Respondiéndome que todo.

Lo había hecho *todo* mal.



Decidí no pasar la mañana en la habitación. Las cartas podían esperar. Una caminata hasta la universidad me serviría para bajar el desayuno y recuperar el apetito para el almuerzo. Si llegaba antes de tiempo, daría una vuelta por el campus, y si el tiempo empeoraba —el cielo se veía plomizo—, siempre podría refugiarme en la, según Heisenberg, magnífica biblioteca del Instituto de Física.

Tomé el ansiado baño. Me cepillé el pelo con esmero. Al cuello le vendría bien una pasada de navaja. Tenía tiempo: buscaría una barbería por el camino. Cogí guantes, abrigo, sombrero, paraguas. Si rompía a llover, no me pillaría desprevenido.

Me acerqué, llave en mano, a la recepción. Bajo la mirada atenta del conserje de turno, una mujer menuda estudiaba una guía de teléfonos abierta sobre el mostrador. Su indumentaria —el abrigo gastado, los zapatos de tacón bajo pasados de moda, el sombrerito que recordaba a los de mi madre— chocaba en aquel templo del refinamiento. Sonreí para mis adentros. Como la mía, cabía suponer.

—Buenos días, señora Gamow —la saludé en inglés.

Concentrada como estaba, Lyubov dio un respingo.

—¡Profesor Maier! —exclamó, mudando su sorpresa en amigable expresión—. ¿Cómo es que no está usted en el Consejo?

—No me llame profesor, se lo ruego. —Le devolví la sonrisa—. Todavía no lo soy.

—Ayudante del profesor Heisenberg —recordó ella—. Cierto. Le ruego me disculpe.

—No tiene importancia. ¿Puedo ayudarla?

Lyubov dirigió una mirada de impotencia a la guía.

—Busco un frac para mi marido; para la cena real del viernes.

—¿No tiene?

—La invitación especifica que se debe llevar corbata blanca. —Lyubov elevó la mirada al techo—. ¡Corbata blanca!, ¿se imagina?… —Esbozó una sonrisa amarga—. Somos trabajadores de la Unión Soviética: ¡ni siquiera tenemos vestuario de etiqueta!

Mi primer impulso fue ofrecer a Lyubov el esmoquin que guardaba en el armario, pero me refrené a tiempo. Un esmoquin no era un frac y, en todo caso, nada que nos fuese bien a *monsieur* Belle-Croix y a mí serviría para Gamow.

—Gastón ya ha llamado por mí a varias tiendas de alquiler —dijo ella, señalando con la barbilla al conserje—. En ninguna de ellas disponen de una talla adecuada para Geo.

—Es una lástima. Supongo que una cena en palacio sería una experiencia inolvidable. ¿Y usted? —Quise saber, aun a riesgo de ser indiscreto—. ¿Dispone de algo apropiado?

Lyubov se miró los zapatos con aprensión.

—No me haga reír —dijo muy seria—. Ya he asumido que no acudiré a la cena. Para mí no es tan importante, pero si Geo pudiese…

Pensé con rapidez. Hacerles un favor a los Gamow sería una buena forma de ganarme su confianza. Si Charlotte me ayudaba, la NG podría sacar partido.

Una pareja oronda, con un cigarro puro en la boca él, cargada de pieles ella, hizo entrada en el hotel. La seguía un botones con un carro atestado de maletas y baúles. Apunté con la barbilla en

dirección a una mesa libre en el vestíbulo.

—Acépteme un café —propuse a Lyubov—. Me gustaría preguntarle una cosa.

Nos sentamos en sendas butacas de mimbre. Ella pidió té con leche; yo, con limón. La pareja —turistas americanos, se adivinaba— se apropió del trozo de mostrador que habíamos abandonado.



—¿Le gustaría vivir en Alemania?

—¿Cómo dice?

Lyubov echó tres terrones de azúcar en su taza. Yo me limité a estrujar mi rodajita de limón con la cucharilla. Hice un esfuerzo por medir bien mis palabras.

—En la cena, la otra noche…, oyéndolos a ustedes, di por sentado que no piensan regresar a la Unión Soviética. También me pareció que no tienen, de momento, ninguna oferta para establecerse en otro país. ¿Cree que a su marido y a usted les interesaría establecerse en Alemania? En Berlín, o en Gotinga, que él conoce bien. Y usted es física, seguramente podrían trabajar en la misma universidad.

Los dulces ojos de Lyubov se iluminaron.

—Eso sería maravilloso, señor Maier. Aunque… —Bajó los párpados. Ladeó la cabeza. Su corta melena osciló en un gesto que me recordó a Klara—. No sé. Su Hitler, si me lo permite, parece tan autoritario como nuestro Stalin. Da un poco de miedo, la verdad.

Asentí con la cabeza. Esperaba algo así, en realidad.

—Ya, bueno… La comprendo. Pero Hitler odia a los comunistas tanto como a los judíos, si no más. Si ustedes desertan de la Unión Soviética, estoy seguro de que tendrían una cálida bienvenida.

Ingenuo o no, eso es lo que dije. En todo caso, no quería que nuestra conversación derivase en cosas que no estaban en mi mano. Lo que sí podía hacer era intentar echar una mano a los Gamow.

—Tengo una amiga… Escuche, señora Gamow…

—Lyubov, por favor.

—Por supuesto. Oiga, Lyubov, no le prometo nada, pero quizás ella pueda conseguirles un atuendo a ustedes dos para la cena real. De hecho —sonreí—, a mi amiga le resultará más fácil vestirla a usted que al gigantón de su marido.



El de Lyubov no fue el último encuentro inesperado que tuve esa mañana. En la calle, apenas dados unos pasos, un hombre de fino bigote se me acercó. Reconocí a Patrice, el barman del Astoria que había recogido el informe para Charlotte la noche anterior.

—¿Usted?

—Me envía *mademoiselle* Belle-Croix. Es importante que lo vea a usted esta noche. Pero no en el Astoria. Memorice esta dirección, si es tan…

—Yo también necesito verla, pero con urgencia —lo interrumpí, pensando en las extrañas circunstancias que rodeaban a Jürgen, en mi propuesta a Lyubov, en lo mucho que me apetecía volver a estar con Charlotte—. ¿No podría ser ahora?

—Imposible. Calle des Teinturiers, 11. Recuérdelo; no queda lejos de aquí. A las diez en punto.

Patrice cruzó la calzada esquivando el tráfico y, de un salto, se subió al pescante de un tranvía. De alguna forma me recordaba a Gelb, pero en belga.

35



Bruselas, miércoles, 25 de octubre de 1933

Querida madre:

Por fin encuentro tiempo para enviarle noticias de Bruselas. Los días se suceden deprisa aquí, cargados de emociones. Mis expectativas se van cumpliendo con creces. He conocido a algunos de los grandes nombres de la física: Meitner, Bohr; Pauli, Bothe, Schrödinger, Fermi, Dirac… Esta tarde, al fin, me han presentado a las Curie, madre e hija, junto con el marido de esta, Frédéric Joliot. Forman estos últimos una curiosa pareja, unidos por su amor a la ciencia además de por el matrimonio. Como modernos alquimistas, logran la transmutación de los elementos a base de bombardearlos con partículas procedentes de elementos radioactivos[44]*. Han sido precisamente ellos quienes han presentado hoy un informe sobre sus investigaciones con rayos alfa, precursoras, junto con las de Walther Bothe, del descubrimiento del neutrón. En cuanto a madame Curie, esa leyenda viva de la física y la química, es difícil poner por escrito lo que he sentido al conocerla: viva curiosidad, honda admiración, infinito respeto.*

Piense, madre, en una mujer mayor de apariencia frágil, debilitada por la enfermedad. Su aspecto sobrio podría hacerla pasar por una de tantas ancianas que se ven en

Meissen, cuya única distracción es comadrear y acudir a la iglesia. Sin embargo y esta mujer sencilla y modesta (quién la diría ganadora de dos Premios Nobel) sigue con interés las charlas, al decir de Heisenberg, y participa en los coloquios con agudos comentarios y útiles aportaciones. Qué inteligencia privilegiada y qué férrea voluntad la han llevado a ganarse, entre sus colegas varones, un puesto en el sanedrín de la física, es difícil de imaginar. Baste decir que ha sido la única mujer presente en las anteriores ediciones del Consejo Solvay, y la única persona, junto con el profesor Langevin, en asistir a las siete celebradas hasta hoy…

Hacia las cuatro de la tarde llegué al hotel. Los profesores habían regresado al Instituto de Física para concluir el debate interrumpido por el almuerzo. Una vez en mi habitación, me apliqué a la tarea de escribir a mi madre, demasiado tiempo pospuesta. Tenía tanto que contarle. Antes de resumir mis vivencias de las jornadas anteriores, le relaté mi encuentro con Maria Sklodowska-Curie, la persona a quien ella más admiraba en el mundo después de Emmy Noether[45]. Me la había presentado Klara durante el informal bufé ofrecido en el mismo Instituto a los asistentes al Consejo. Departí con ellas unos minutos, sorprendido por la repentina complacencia de mi amiga tras su enfado de la mañana. Pero Klara pertenecía a esa rara subespecie humana capaz de no mezclar lo personal con lo profesional; lo cual hizo, si tal cosa era posible, que mi admiración por ella aumentase.

Sin embargo, cuando más tarde la abordé para tratar de hablarle a solas, se escabulló con excusas vagas. Mientras me unía a la comitiva que se dirigía al monumento a Solvay, pude ver cómo ella intercambiaba unas palabras con *frau* Meitner, y luego, tomando un taxi con su inseparable cartera colgada del hombro, desaparecía camino de la Villa alta.

… Ha sido madame Curie, por cierto, quien ha depositado una corona de flores en el monumento erigido a la memoria de Ernest Solvay. Se trata de una majestuosa estatua del industrial sentado en actitud pensativa, situada a la vera del Bois de la Cambre, un vasto parque al estilo del Tiergarten berlinés…

La emotiva ofrenda al benefactor de la ciencia me hizo volver a las cavilaciones que me habían ocupado durante la caminata hasta el Instituto. Para empezar, la inminente cita con Charlotte me tenía preso de una ambivalencia extraña: ¿era normal sentirse atraído por dos mujeres a la vez? ¿Se trataba de algo natural a mi edad, o era síntoma de escasa integridad moral? Pero en este último caso, ¿acaso no eran tan culpables ellas como yo, al aprovecharse de mi inexperiencia? Que Charlotte me manipulaba era evidente, aunque yo me dejase hacer. En cuanto a Klara, de su contradictoria hostilidad tras haberse echado en mis brazos —o haberme recibido en los suyos, tanto daba—, no sabía qué pensar.

En cuanto a Jürgen Attel, su comportamiento se me hizo más misterioso todavía cuando, al decirle a *herr* Bothe que no lo había encontrado, el profesor me contó, desconcertado y contrariado, que su ayudante había hecho acto de presencia en la conferencia, y que se había marchado sigilosamente al poco de empezar, sin ofrecerle explicaciones ni darle ocasión de pedírselas. No se me ocurría otra posibilidad que la de un *affaire* con una mujer de vida alegre. Pero ¿qué hombre en sus cabales, tras haber declarado su interés por una mujer como Klara, la dejaría plantada para acudir a un cabaré? Quizá se había dejado arrastrar por alguno de los investigadores belgas que pululaban por el Consejo, buenos conocedores de la vida nocturna local. Peor para él. No le debía nada, y menos después de la forma en que se había comportado, mintiéndole a Klara sobre mí y hasta puede que interceptando su nota.

Sin embargo, a pesar de mi enfado, debía reconocer que Jürgen parecía un científico serio y competente. No me cuadraba que su

prioridad fuera divertirse dejando de lado sus obligaciones.

Y luego estaba el hecho de que Charlotte quisiera investigarlo. Con tanta mente privilegiada como nos rodeaba, cualquiera de ellas con méritos suficientes como para recibir un Nobel, ¿por qué tanto interés por un mero aspirante a la habilitación?

No tenía sentido, como no lo tenían otras cosas relacionadas con Charlotte. Al secretismo que rodeaba nuestros encuentros había que añadir la presencia del tal Patrice. ¿Por qué un barman de un establecimiento belga de alto *standing* me traía recados de una empleada de una organización prociencia alemana? La NG era una respetable institución, regida por respetables académicos. ¿Cómo se correspondía tanta respetabilidad con los poco ortodoxos métodos de Gelb y Charlotte? ¿Y por qué ella, tras nuestros encuentros en el Astoria, me citaba ahora en una misteriosa dirección? ¿Era, acaso, su apartamento en Bruselas? ¿Me había mentido con lo de Ixelles?

Tenía muchas preguntas. Necesitaba respuestas.

Necesitaba hablar seriamente con Jürgen, con Charlotte, con Klara.

> *… Para acabar: madre, le diré que he conocido a una chica inteligente y atractiva. También moderna, con ese estilo de mujer de ciudad que siempre alaba usted y que tanto escasea en Meissen. Hemos intimado hasta cierto punto (siempre de forma respetuosa, por supuesto), y me resulta muy agradable su compañía. No se lo cuento porque piense que hay un futuro entre nosotros (ella vive en Berlín), sino porque usted siempre insiste en que el trabajo no debería impedirme entablar relaciones de este tipo…*

Solo al releer el párrafo me di cuenta de su ambigüedad: lo mismo podía tratar de Klara que de Charlotte. Inspiré hondo. Me lo podía haber ahorrado, en realidad, teniendo en cuenta que ambas parecían haber dado por concluida su intimidad conmigo. Supongo que pretendía demostrar algo a mi madre, o puede que satisfacer mi

propio ego. Concluí la carta, la rubriqué, y luego dudé unos instantes. Mientras decidía si suprimir el último párrafo, oí un tímido golpeteo en la puerta.

No era la primera vez que llamaban así. Me atusé el pelo, encrespado de tanto revolverlo mientras escribía. Mi corazón latía con fuerza. No podía ser otra que…

—¡Klara!

—Hola, Matt.

Tenía el semblante serio y miraba de reojo a derecha e izquierda. Me hice a un lado.

—Pasa, no te quedes ahí.

Asintió con la cabeza y con un suspiro de alivio. Cerré la puerta tras ella. De repente nos hallábamos el uno frente al otro, como la tarde del domingo, solo que esta vez no nos iluminaba un cálido atardecer. El cielo, como el ambiente entre nosotros, se veía incierto a través de la ventana. Pero en sus iris diáfanos percibí un destello inquieto.

—Vengo a disculparme —dijo.

—¿A disculparte?

Desvió la mirada. Se retorcía las manos, pequeñas y sonrosadas.

—He sido muy brusca contigo esta mañana. Perdona, no era mi intención.

Su inesperada contrición me descolocó. Klara mostraba una nobleza de espíritu ante la que me sentí mezquino. Una fuerza más poderosa que yo me impulsó a cogerle las manos por las puntas de los dedos, como hiciera la primera vez. Le acaricié los nudillos con los pulgares. Ella se limitó a interrogarme con la mirada, como si ansiase una palabra mía.

—No tiene importancia —dije al fin—. He sido muy torpe. Me temo que no te he interpretado bien y que… —vacilé—. ¿Podemos volver a ser amigos?

—No solo eso —dijo ella, y sus labios esbozaron un mohín travieso—. Te recuerdo que tienes una cita pendiente conmigo, Matthias Maier.

Suspiré aliviado. Lo más difícil estaba hecho. A partir de ahí ya conocía el procedimiento: atraer sus manos hacia mi pecho, acercarme a ella sin dejar de mirarla a los ojos, dejar que nuestros labios se aproximasen en silencio. O susurrando, tal vez, una tierna galantería.

—Quizás esta noche —se adelantó ella—, tras la cena, podríamos…

Se interrumpió al advertir, supongo, mi repentina palidez. Maldecí mi mala suerte, esa que me acosaba una vez más.

—Esta noche no va a ser posible, Klara. —Carraspeé—. He de hacer algo.

Ella frunció el ceño. El acercamiento se detuvo a pocos milímetros de mí.

—¿Con tu *prima*?

De nuevo ese tono. La magia se había roto, pero esta vez creí saber cómo evitar la catástrofe: no habría más engaños.

—Klara, por favor… —supliqué—. ¿Has venido dispuesta a confiar en mí o no?

Si ella esperaba una excusa torpe, mi novedosa actitud la hizo dudar.

—Tienes razón, Matt —suspiró—. Es solo que… No sé. Reconocerás que esos compromisos familiares tuyos resultan extraños.

—Es posible —admití—. Pero no son nada que deba preocuparte, te lo aseguro. Ya te lo explicaré todo más adelante. Por cierto —añadí, atusándome la barba con un gesto ensayado ante el espejo—, que también tus idas y venidas resultan intrigantes. Esta tarde, por ejemplo, después de que hayas tenido la gentileza de presentarme a los Curie, he pensado en agradecértelo durante la ofrenda y en que tuviéramos esta misma conversación. Pero has desaparecido como por arte de magia…

Por un momento creí que Klara se iba a sincerar, contándome lo que yo ya había averiguado.

—Yo también te lo diré a su debido tiempo —respondió, en

cambio—. ¿Cenarás conmigo, al menos?

—Me encantará. ¿A las siete y media en el bar? Podemos tomar un aperitivo antes de pasar al comedor.

Esta vez sí, se acercó sin reticencia. Tener a Klara en mis brazos me hizo inspirar hondo. Recibir sus labios en los míos me entrecortó la respiración.

—Ahora he de irme —musitó, devolviéndome el aliento antes de lo que me habría gustado.

Se separaron los cuerpos, aunque las manos se resistían.

—Me debes una, por cierto —bromeó—. Tienes que presentarme a Bohr. Ah, y a Pauli.

—¡Eso son dos! —protesté, bromeando a mi vez.

Pero ella se despidió con un delicioso mohín.

—Bah. Los Curie son tres.

Klara se marchó con tanto sigilo como había venido. Me quedé inmóvil, felicitándome por la feliz reconciliación que la devolvía a mis brazos; culpándome por desear, más que nunca, que Charlotte —esa misma noche, en la calle des Teinturiers— se arrojase en ellos; mortificándome porque el apocado hijo de mi madre se había convertido en un desaprensivo.

Recuperé la carta, dispuesto a meterla en un sobre. Decididamente, no borraría el párrafo cuestionado. Era lo menos que podía hacer tras haber redescubierto cuánto me gustaba Klara y estar a punto, no me cabía duda, de redescubrir cuánto me gustaba Charlotte.

Un nuevo golpeteo en la puerta, también discreto, aunque más apremiante que el anterior, interrumpió mis pensamientos. Después de todo, Klara no podía esperar a que se materializase nuestra cita. Abrí la puerta con una cálida sonrisa en los labios.

—Klara, querid…

La carta se me escurrió de entre los dedos.

36



Jürgen Attel se apoyaba en el quicio de la puerta como si fuera a desmoronarse de un momento a otro, mientras se sujetaba el costado izquierdo, sobre el que su atlético torso se retorcía. Una mueca amarga le contraía los labios. Jadeaba.

—¡Jürgen! —exclamé atónito—. ¿¡Qué te ocurre!?

—Ayú… dame —balbuceó.

Abrí la puerta de par en par. Lo sujeté como pude y dimos unos pasos hasta alcanzar la butaca; encorvado él, doblado bajo su peso yo. Se desplomó con un profundo gemido. Antes de que pudiese preguntarle nada, señaló hacia la puerta.

—La… cartera.

Me asomé al pasillo. Reconocí su cartera de piel marrón, caída sobre la moqueta. El asa y la solapa tenían manchas oscuras y húmedas. Fue al depositarla junto a Jürgen cuando vi sangre en su chaqueta, por debajo de la mano con la que se apretaba el costado. Me incliné sobre él con aprensión, solo para constatar lo evidente.

—¡Estás herido!

—Tienes que… escucharme, Matt.

—Lo que voy a hacer es buscar un médico.

Hice ademán de incorporarme, pero él me agarró del brazo con la mano libre. El esfuerzo le hizo emitir un quejido.

—¡No! Ellos vigilan… el hotel —jadeó—. Si me descubren, me matarán. Y si averiguan que estoy contigo… te matarán a ti también.

—¿Ellos? ¿Te matarán? ¡¿Nos matarán?! —Abrí mucho la boca,

pero me costaba continuar. Inspiré profundamente—. ¡¿De qué demonios estás hablando?!… ¿Quiénes son ellos?

—Los que… me han apuñalado. Escucha… Has de hacer algo por mí.

Apuñalado.

Eso dijo, y una vaharada de bilis me subió a la boca. Sus ojos vidriosos y el rostro cerúleo, sudoroso, evidenciaban la gravedad de la herida. El cabello, oscurecido por la humedad, se le pegaba a la frente en desorden. Le aparté la chaqueta. Una mancha viscosa enrojecía la camisa. Entre estertores y espasmos, Jürgen me hizo prometer que ocultaría la cartera, que la arrojaría al canal en la primera ocasión que tuviese y, sobre todo, que bajo ningún concepto la abriría. Solo cuando le di mi palabra, determinado a incumplirla lo antes posible acudiendo a la Gendarmería, me contó lo que le había sucedido.

—Hay un… complot —dijo con voz apenas audible—. Quieren… asesinar a los físicos… del Solvay.

—¿A los físicos? ¿Te refieres a los judíos?

No sé por qué dije «los judíos». Lo mismo podía haber dicho «los británicos», o «los franceses», y ni siquiera las ideas de Jürgen bastaban para justificar lo primero. Me habría quedado corto, en cualquier caso.

—Me refiero a todos —respondió.

Tosió. Diminutas motitas, brillantes y oscuras, le salpicaron la barbilla y el cuello de la camisa. Yo —la sangre, la agonía, la brutal revelación— comenzaba a sentirme mareado. Me obligué a sobreponerme al espanto para escuchar.

El jefe de la Liga Nazi de Estudiantes en Heidelberg, me explicó, lo había requerido para una misión secreta aprovechando su viaje a Bruselas. Las instrucciones, recibidas a su llegada, resultaron sencillas: el lunes había llevado su cartera vacía a una relojería de la plaza de Grand Sablon. Al día siguiente se la habían devuelto llena, con orden de no separarse de ella en ningún momento —por eso, comprendí, había plantado a Klara en la cena—. El miércoles por la

mañana, muy temprano, debía abandonar el hotel y depositar su equipaje en una consigna de Bruxelles-Nord. Luego debía acudir al Solvay con la cartera. Debía colocarla bajo su silla al comenzar la conferencia de los Joliot-Curie. Debía abandonar la sala de conferencias exactamente a las diez menos cinco, dejando la cartera en el sitio. Tomaría un taxi hasta la estación y subiría al tren de las 10:54 con destino a Colonia, donde transbordaría hacia Frankfurt y Heidelberg. Ante cualquier indagación, presentaría un telegrama en que se le urgía a regresar a casa de sus padres por un asunto grave. El telegrama, en efecto, se lo había entregado un botones mientras desayunaba un apresurado café en el comedor aún vacío.

Jürgen ni siquiera deshizo la cama esa noche, como Francine y yo habíamos comprobado. No pegó ojo, atormentado por un leve tictac procedente de la cartera. No le habían contado el objetivo de la misión, pero tampoco era estúpido. Él era, ante todo, un científico. Quería medrar, por supuesto, obtener la *venia legendi*, hacerse con una buena plaza. ¿Quién no desea lo mejor para sí mismo? No le importaba que le hubiesen arrebatado la plaza a un judío, pero de ahí a…

Un violento acceso de tos lo interrumpió. Tardó un minuto en recuperarse antes de poder continuar.

Había cumplido el programa con puntualidad hasta las nueve y media de la mañana, hora de la conferencia. Antes había aguardado en los lavabos, y luego había entrado el último en la sala para evitar posibles preguntas incómodas de su jefe. El primer cuarto de hora lo pasó sin escuchar, abstraído en lúgubres pensamientos. No cesaba de consultar el reloj. Desde su asiento en la última fila se fijó, uno a uno, en los demás asistentes: en Walther Bothe, un alemán que había sufrido cautiverio en Siberia por defender a su patria; en Marie Curie, una mujer extraordinaria que había hecho frente a mil y una adversidades en su vida; en Ernest Rutherford, Owen Richardson, Niels Bohr, Louis de Broglie, eximios ganadores de un Nobel; en el resto, todos de mente preclara, muchos con esposa e hijos. No faltaba ninguno. Se fijó en el atractivo perfil de Klara, sentada unas

sillas más allá; un soplo de juvenil frescura entre tanto sabio trajeado.

Jürgen me agarró de la pechera. Por un instante, sus ojos turbios se aclararon. ¿Me había dicho cuánto le gustaba esa chica? ¿Qué clase de monstruo sería si la abandonase a su suerte y se dirigiese tranquilamente a tomar un tren?

Salió de la sala antes de tiempo, cartera en mano. Volvió a encerrarse en el lavabo. Forzó el cierre —observé que, en efecto, la cerradura aparecía rayada—. La cartera contenía un paquete con un extraño reloj de veinticuatro horas adherido. En un acto de fe arrancó los cables conectados al reloj sin saber cuál sería el resultado. Solo cuando, con la respiración contenida y el corazón desbocado, comprobó que el artefacto no explotaba, se dispuso a abandonar el Instituto de Física y a buscar una comisaría de policía donde entregar la cartera.

Esta vez, el ataque de tos hizo que las manchitas rojas se le extendieran por toda la pechera. Mi pánico aumentó. Quise salir corriendo en busca de ayuda, pero Jürgen se aferraba a mi camisa con una fuerza inusitada. Al mismo tiempo, su relato me tenía fascinado. Continuó farfullándolo entre muecas de dolor. Quienes habían urdido el complot no habían dejado cabos sueltos: dos hombres vigilaban la entrada desde el exterior; los mismos de gabardina oscura y sombrero calado hasta las cejas a quienes había creído ver en el vestíbulo del hotel, prestos a asegurarse, sin duda, de que cumplía su misión. Recorrió el enorme edificio de la universidad hasta encontrar otra salida en el ala opuesta. Logró alcanzar sin que lo viesen la avenida de las Naciones, y allí cogió un taxi al vuelo.

Pensando que la estación también estaría vigilada, se dedicó a vagar sin rumbo por el centro de la ciudad. Varias veces estuvo a punto de entrar en una comisaría, pero no llegó a decidirse. ¿Un alemán con una bomba en las manos? Solo podía despertar recelo y antipatía. Le espeluznaba la perspectiva de que lo acusaran de terrorista, de ingresar en prisión. Aunque se demostrase su

inocencia, sería carne de cañón para la prensa. Su carrera habría acabado antes de comenzar. Entró en una cafetería, donde permaneció horas a base de sucesivos cafés. Agotado por la noche en vela y la tensión sufrida, le costó hallar una alternativa a entregarse: arrojaría la cartera al canal de Charleroi y luego se dirigiría a la embajada británica, donde solicitaría una visa de refugiado con el argumento de ser un científico perseguido por los nazis.

Pero la fatalidad quiso que, para llegar al canal, debiese cruzar el bulevar Anspach muy cerca del hotel, y a él se le había fijado una idea en la cabeza: tenía que ver a Klara antes de exiliarse.

—¡¿Y te dirigiste al hotel con la bomba?! —exclamé, la preocupación convertida en enfado—. ¿Por qué no la echaste antes al canal?

—Estaba ofuscado —admitió él. Tosió—. Temía no encontrar a Klara; que hubiera salido a cenar, o que… —Volvió a toser—. Lo sé, cometí un error.

Asentí con la cabeza. Un Jürgen lúcido habría adivinado que, habiéndolo perdido de vista sin que la bomba estallase, los terroristas vigilarían el hotel.

—Y al llegar aquí te descubrieron —dije.

—Uno de ellos se me encaró ante la puerta del hotel. El tipo sacó un cuchillo. Forcejeamos. Algunos viandantes dieron la voz de alarma. Escuché el silbato de un policía…

Un nuevo arranque de tos, más violento que los anteriores, le impidió continuar. Tampoco era necesario, pues el resto era evidente. Malherido, de alguna forma había aprovechado el tumulto para alcanzar el interior del hotel, donde sus agresores no podían provocar un altercado sin que mediase una intervención policial. Si luego se había dirigido a la habitación de Klara sin encontrarla; si había decidido confiarme antes la cartera para no comprometerla; incluso si se habían cruzado en el camino, ella bajando por la escalera, él subiendo en el ascensor, todo eso ya carecía de importancia. Su mala suerte había querido que llamase a mi puerta

unos minutos tarde, impidiendo que lograse hablar con su enamorada.

A pesar de que Jürgen había llegado al límite, de que se ahogaba, no podía yo renunciar a una última pregunta antes de correr en busca de auxilio.

—¿Quién, Jürgen? —Lo sacudí por los hombros—. ¿Quién está detrás del complot?

Lo sacudí en vano, porque su tórax ya no subía y bajaba con los estertores. No había estertores, de hecho. Tampoco espasmos. Sus ojos vidriosos se habían petrificado.

No pude evitar las lágrimas. Que Jürgen no hubiese jugado limpio conmigo ya no importaba. Lo cierto era que había arriesgado su vida por hablarle a Klara, al tiempo que yo, miserable de mí, la besaba con la mente puesta en Charlotte.

Me miré la camisa, manchada de sangre. Un vértigo irracional me invadió. Miré en derredor, buscando a qué aferrarme.

Fue peor.

Plantada sobre la moqueta, la fatídica cartera me desafiaba.

37



No me atrevía a tocar la cartera. Me limité a empujarla bajo la cama con la punta del zapato. La luz natural había disminuido hasta dejar la estancia casi a oscuras. Mejor así. Me mantuve inmóvil durante unos minutos, evitando incluso el ruido de la respiración; asustado por la posibilidad de que Jürgen hubiese dejado un rastro de sangre hasta mi puerta.

Mi mente febril vagó sin rumbo hasta toparse con una idea aterradora: ¿y si, dando por perdida la bomba, los terroristas decidían eliminar a los físicos de otra manera? A esa hora, la mayoría estaría en sus habitaciones, reposando antes de la cena. Quien había acuchillado a Jürgen bien podía ir de puerta en puerta, ejecutándolos de uno en uno. Tan solo necesitaría el listado de las habitaciones reservadas por la Fundación Solvay, cosa que no parecía inverosímil dada la organización que se adivinaba bajo el complot.

El petardeo de una motocicleta recorrió la calle.

Pero si disponían del fatídico listado, mi habitación estaría incluida. Miré con aprensión hacia la puerta, tratando de adivinar si algo se movía en el exterior.

Un desagüe barboteó alegremente. Alguien había finalizado su baño.

¿Qué hacer? En todo caso, no podía quedarme de brazos cruzados: el cuerpo inerte de Jürgen requería que alguien se ocupase de él; y su alma, dondequiera que estuviese, reclamaba una

reparación.

El rechinar de una cañería me sobresaltó.

Me recriminé a mí mismo por mi paranoia. Asustado no serviría de ayuda a nadie. Debía reponerme. Debía actuar, pero no me veía con fuerzas de enfrentarme solo a la Policía. Y puesto que Heisenberg y los demás estaban en peligro, decidí ponerlos sobre aviso antes que nada y, de paso, recabar su ayuda.

Me puse una chaqueta de punto para cubrir las manchas de mi propia camisa. Abrí la puerta con sigilo. El corredor estaba vacío. En la moqueta, para mi alivio, la cartera no había dejado señales acusadoras.

Ni Debye ni Heisenberg respondieron cuando llamé a sus puertas; cosa extraña, pues a esa hora solían arreglarse para la cena. Pero que no contestasen no quería decir nada: ¿y si yacían dentro, con un navajazo en el pecho?

Recordaba el número de habitación de Bothe, grabado en el llavero que Jürgen le entregase el día de su llegada. Llamé a su puerta con idéntico resultado. Tanta coincidencia me pareció sospechosa. ¿Qué hacer? La única otra habitación que conocía era la de Klara.

Recorrí los pasillos con prevención. En cualquier momento podía encontrarme con uno de los terroristas. O con varios. ¿Cómo los reconocería? Podían ser individuos duros y malencarados, pero también gente educada y de buena presencia, capaz de meterte una cuchillada en el ombligo sin perder la sonrisa amable. De ambas clases había ejemplos de sobra en el cine. Más importante: ¿me reconocerían? Si vigilaban a los profesores, me habrían visto con ellos en algún momento.

Al aproximarme al descansillo percibí unos pasos en la moqueta de la escalera. Miré en derredor: ningún sitio donde ocultarme. Nada que hacer, si se trataba de…

—Buenas tardes, *monsieur* Maier.

Dejé escapar de golpe el aliento contenido.

—Bendita sea, Francine. —Inspiré hondo—. ¿Puede ayudarme? El

profesor Heisenberg no responde a mis llamadas. Me temo que le haya ocurrido algo.

La camarera arqueó una ceja.

—¿Lo teme?

—Es difícil de explicar. Yo… ¿Puede ayudarme o no?

Arrugó la nariz. Miraba hacia donde mi rebeca entreabierta dejaba las manchas al descubierto. Rectifiqué mi descuido cruzándola con ambas manos sobre el pecho.

—Espere aquí un momento —dijo al fin con un suspiro—. Voy a por la llave maestra.

—¿No la lleva encima?

Me dedicó una mirada paciente.

—En realidad, he acabado mi jornada —rezongó—. Me disponía a regresar a casa, pero haré un extraordinario por tratarse de *monsieur* Heisenberg. Deme dos minutos.

Los dos minutos —tres y medio, al cabo— se me hicieron eternos. Esperé junto a la puerta de mi jefe, atento a cualquier movimiento que pudiera producirse en el interior. Lo único destacable fue que un matrimonio salió de una habitación próxima para dirigirse al ascensor. Imaginé, cuando la dama hizo ademán de abrir su bolso, que ocultaba una pistola dentro, pero se limitó a sacar un pañuelo. También apareció un botones por el extremo del corredor. Empujaba un carrito con varios pares de zapatos y una pila de paños de limpieza bajo la cual, sin duda, ocultaba el arma. Supuse que todo acabaría cuando llegase a mi altura, pero el chico se limitó a recoger algunos pares más, alineados junto a las puertas, y a desaparecer por donde había venido.

—¡Francine, ya era hora! —exclamé al divisar la familiar figura.

—Cálmese, *monsieur* Maier. Enseguida vamos a salir de dudas.

La habitación de Heisenberg estaba pulcra y ordenada, como podía esperarse de él. Francine debió leer la confusión en mi rostro.

—Su jefe estará tomando una copa —dijo, encogiendo los hombros.

Empleó el mismo tono con que por la mañana había dicho: «Su

amigo habrá encontrado un sitio mejor donde pasar la noche». Lo cual, lejos de desanimarme, me hizo recordar a Jürgen.

—Escuche, Francine: no estoy loco —dije en tono de súplica—. Algo grave está sucediendo. Ha de ayudarme: el señor Attel está en mi habitación, malherido. Alguien lo ha atacado.

Dije «malherido» para no asustarla más de la cuenta. Aun así, la cosa funcionó. El espanto se dibujó en sus labios.

—Pero…

Comenzó a balbucir algo, pero yo volé escaleras arriba, dejando que me siguiese de cerca. Al introducir mi llave en la cerradura, observé que su semblante se mostraba más preocupado que irónico.

—¡No es posible!

Sentí que mis piernas desfallecían. Mi habitación estaba tan vacía y pulcra como la de Heisenberg. No había rastro de Jürgen; tampoco de su cartera. Francine me miraba de forma extraña; sin saber, supongo, qué pensar de mí.

—*Monsieur* Maier…

Pero yo aún tenía a qué aferrarme antes de perder la cabeza: me quedaba mi propia camisa, manchada de sangre. ¿Y si Jürgen no había muerto? Tal vez solo estaba desvanecido y yo me había dejado llevar por el pánico. Pero si había recuperado la consciencia, ¿adónde podía haber ido? ¿Y por qué llevarse la cartera que con tanto riesgo me había confiado?

—Vayamos a la habitación de Attel —sugerí—. Quizá…

Francine negó con la cabeza.

—*Monsieur* Maier, el señor Attel abandonó el hotel esta mañana, es lo que quería decirle. Después de que usted y yo fuésemos en su busca, me pasaron nota de que debía preparar su habitación para el próximo cliente.

Ya no parecía divertida ni espantada. Harta, más bien, de mis extravagancias, descolgó el teléfono que comunicaba con recepción.

—Hola, Marcel; soy Francine… No, todavía estoy aquí. Dígame, por favor: ¿sabe usted si el profesor Heisenberg se encuentra en el hotel?… Ya… ¿Todos, dice?… Hum… Gracias, Marcel.

Me miró con expresión contrariada. Arrepentida, supongo, de haber retrasado su vuelta a casa para seguirme la corriente.

—Los profesores y sus esposas se encuentran en el bar —dijo—. Parece que el profesor Chadwick los ha invitado a un aperitivo por su cumpleaños.



Los Joliot-Curie departían con los Gamow y los Fermi en una presumible conversación multilingüe. Los Schrödinger, con Pauli, Langevin y los hermanos De Broglie. El sector anglosajón —Lawrence, Chadwick, Dirac entre ellos— formaba un animado corro. Al parecer, no andaban escasos del peculiar humor británico. Marie Curie y Lise Meitner participaban en un amplio grupo, en el que también distinguí a Debye, a Cabrera y a Lord Rutherford, uno de los pocos monstruos de la física a quien todavía no conocía en persona.

Contemplé la escena desde el umbral del bar. Algo en mi expresión debió de llamar la atención de Heisenberg, quien interrumpió su conversación con Margrethe Bohr y vino a mi encuentro, vaso de cerveza en mano.

—Maier, muchacho, ¿se encuentra bien?

—Le estaba buscando, *herr professor*. No sabía que estaban todos aquí.

Heisenberg chascó la lengua en señal de disgusto.

—Tiene razón. Se me ha pasado avisarle. Se trata de una reunión bastante improvisada, la verdad —se justificó, a modo de disculpa—: de regreso al hotel, a Chadwick se le ha ocurrido mencionar que la semana pasada fue su cumpleaños; el profesor Ioffe ha dicho que el próximo domingo es el suyo, y alguien, medio en broma medio en serio, ha sugerido que deberían invitar a una ronda. Y aquí nos tiene. ¿Para qué me buscaba?

—Oh, no es nada. Esperaba su aviso para comentar la charla de esta mañana —improvisé—, y como se hacía tarde…

Heisenberg asintió con la cabeza.

—Ha sido interesantísima, en efecto. También la discusión, pero se ha alargado demasiado —dijo con gesto cansado—. Dejemos el trabajo por hoy, Maier. Diviértase —añadió, palmeándome el hombro —. Tómese una cerveza.

Una cerveza. Un reflejo automático me hizo mirar en derredor, en busca de la cartera de piel marrón. No creía que a quienes habían planeado tamaña monstruosidad les disuadiera el nimio detalle de que los sabios estuviesen acompañados por sus parejas. Y no era aquel mal lugar, pensé, para hacer volar por los aires a la mayor parte del Consejo. Hombres y mujeres felices de compartir amistad y una copa, ajenos al peligro que habían corrido. Y que seguirían corriendo mientras yo no diese la voz de alarma.

¿Cómo hacerlo?

Ante mi vacilación, Heisenberg me dedicó una mirada mitad curiosa, mitad admonitoria.

—De todos modos —dijo—, debería cambiarse para la cena. Su aspecto no es… hum, el más adecuado. No tarde —me apuntó con el índice, haciendo ademán de regresar a su grupo—; entraremos al comedor enseguida.

Me quedé allí plantado, sin decidirme a seguir su consejo —tomarme una cerveza— ni su advertencia —cambiarme de ropa—. No hizo falta, pues Klara, que conversaba con Bothe en un rincón donde no los había visto antes, me hizo una seña para que me reuniese con ellos.

—Comenzaba a pensar que no bajaría, Matthias —dijo ella, guardando la formalidad obligada ante el profesor—. ¿Se ha enterado de lo de Jürgen Attel?

Me quedé helado. ¡Sabían la verdad! El cómo me daba igual: por fin dejaría de estar solo en mi particular viacrucis.

—Ha partido con urgencia para Alemania —explicó Bothe—. Al regresar del Instituto he encontrado una nota suya de disculpa: su padre ha tenido un accidente, al parecer. El conserje me ha confirmado que esta mañana temprano recibió un telegrama. Lo que no entiendo es su errático comportamiento —añadió con un gesto

de fastidio—. ¿Por qué acudir a primera hora al Consejo para luego abandonarlo sin decir nada?

—Tenía mucho interés en la charla de los Joliot-Curie —aventuró Klara—. Quizá quiso apurar antes de la salida de su tren.

Bothe blandió un trozo de papel doblado.

—¡Pero yo estaba allí! Podría habérmelo dicho en persona, en lugar de dejarme esta nota. Ese chico… —Sacudió la cabeza—. Para mí que todas esas ideas nacionalsocialistas lo han trastornado. ¿Se encuentra usted bien, Maier?

Supongo que la decepción me había hecho palidecer todavía más. De nuevo cargaba yo solo con el madero. No había cartera-bomba, y no solo no había el cadáver de Attel como prueba, sino que todas las evidencias lo situaban de camino a su casa. ¿Cómo enfrentarme a ello ante la Policía o, peor aún, ante aquella treintena de mentes preclaras sin que me tomasen por un trastornado?

—Nnno… La verdad es que no —balbucí—. Me temo que no estoy en condiciones de cenar. En realidad, venía a disculparme con usted, Klara.

Por primera vez, ella pareció caer en mi aspecto desmejorado.

—Por Dios, Matthias —se preocupó—, ¿tiene fiebre?

—No creo. —Me arrebujé en la informal chaqueta de lana—. Pero el estómago… Necesito descansar.

No necesitaba fingir: me sentía al cabo de mis fuerzas. El telegrama, la nota para Bothe, todo estaba bien urdido por una mente siniestra. Una que quizás nos estuviese observando en aquel preciso instante.

Aunque Klara se mostraba comprensiva, percibí una leve arruga en su frente.

—¿Y su… compromiso de esta noche? —inquirió.

—Tampoco creo que asista. —Hice un vago ademán de despedida —. Mañana… Nos veremos mañana.

38



Llegué a mi habitación arrastrando los pies. Una náusea me atenazaba el estómago, un sudor frío me pegaba la camisa al cuerpo. A pesar de ello, tuve la lucidez de observar el pasillo durante unos instantes por la rendija de la puerta entornada. Que me vigilasen quienes habían hecho desaparecer a Jürgen de mi cuarto me parecía de una lógica elemental. Solo cuando comprobé que nadie me había seguido, cerré la puerta y desplacé el escritorio hasta bloquearla. Si venían a por mí, eso me daría tiempo para pedir auxilio a recepción y, si era necesario, montar un escándalo que despertase a medio hotel.

Puede que yo no fuese entonces más que un joven inexperto, apocado y sin mundo. Puede que estuviese confuso y asustado, pero la vida de cuarenta colegas estaba en juego y sabía que no tenía más opción que enfrentarlo tarde o temprano. Aunque antes tenía que serenarme, salir de mi estado febril y mi aturdimiento. Me daría un baño, quizás el último en mucho tiempo. Me afeitaría a conciencia. Me repeinaría. Me pondría una camisa limpia y planchada; también los zapatos y el traje de los domingos. Mejor estar presentable en un interrogatorio, pues se tiene más consideración con alguien de buen aspecto que con un desaliñado.



Me dejé resbalar por la suave porcelana. Sumergí la cabeza.

Uno, dos, tres…

¿Cuánto se podía aguantar?

… siete, ocho, nueve…

De niños hacíamos apuestas en el río.

… catorce, quince, dieciséis…

Eso duró lo que una infancia prematuramente truncada.

… veintidós, veintitrés, veinticuatro…

En cuanto a la adolescencia, apenas tuvimos. De golpe éramos jóvenes adultos, con responsabilidades que no correspondían a nuestra edad en familias desmembradas, en hogares faltos de carbón, en mesas escasas de pan.

… treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve…

El pulso se aceleraba. Las sienes golpeaban con fuerza. Las carótidas se congestionaban, henchidas de la sangre que el cerebro robaba al resto del cuerpo para conseguir su ración de oxígeno. Una estrategia efímera. Tarde o temprano, el ávido cerebro me ordenaría abrir la boca. Si lo hacía sumergido me daría un buen trago. Quizás hasta se me encharcasen los pulmones. Pero si me ahogaba, desaparecerían mis problemas. Eso resultaba tentador… cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta.

Emergí. Abrí la boca de par en par. Ensanché los pulmones. Jadeé. Dejé que el pulso volviese poco a poco a su ritmo normal. Me concentré en el placentero contacto con el agua caliente. Me balanceé con suavidad. Las pequeñas olas también me recordaban a la infancia; pero una feliz, en la que mi padre no sabía más de esos artefactos voladores que lo que cualquiera pudiese leer, de tarde en tarde, en la prensa local.

Sabía que aplazaba el momento de ponerme en marcha, pero también que distraerme con juegos infantiles no aclararía más mis ideas. Tenía que advertir a la Gendarmerie del grave complot que se cernía sobre el Solvay, y tenía que hacerlo ya. Los belgas se pondrían en contacto con la Kriminalpolizei. Esta podría desmontar la farsa con facilidad: Attel padre no había sufrido ningún accidente; su

familia no había enviado telegrama alguno; Jürgen no había tomado un tren a Heidelberg.

Podría, pero… ¿lo haría? Quienes habían tramado el complot tenían, sin duda, poderosas influencias. Lo habían demostrado al actuar en Bélgica con total impunidad. Y habrían previsto todas las derivadas posibles. Si estaban infiltrados en la Studentenbund, ¿por qué no en la Kripo e incluso en la Gendarmerie?

Y aunque no lo estuviesen, antes debía creerme la propia policía belga. Una conspiración tan grave… ¿No me tomarían por enajenado? Mi única prueba era una camisa manchada de sangre. Ni siquiera una de Jürgen, sino mía. Y si se había cometido un crimen, ¿no me acusaba eso a mí? Antes que creer en un complot que no podía sino parecer disparatado, ¿no era más obvio pensar en una disputa que se nos hubiera ido de las manos? Un pavoroso futuro se me representaba con claridad: me retendrían en la comisaría, me interrogarían con la excusa de obtener información, cuando lo que en verdad perseguirían sería una confesión. Y cuando se comprobase que Jürgen no había tomado ese tren, las cosas no harían sino empeorar para mí. Lo había visto muchas veces en el cine: la sala lúgubre, dos tipos duros en manga de camisa, un flexo apuntándome al rostro. ¿Qué le has hecho? ¿Con qué motivo? ¿Cómo te has deshecho del cuerpo? ¡Habla, joder!

No podía engañarme. Ni siquiera yo encontraba sentido a una conspiración contra los más eminentes físicos de Europa. Si fuesen químicos, todavía; al fin y al cabo, las armas químicas se habían revelado devastadoras durante la Gran Guerra. Puestos a desbarrar, se podía pensar en una potencia que pretendiese debilitar científicamente a un futuro adversario con el fin de obtener una ventaja táctica: los alemanes a los británicos, los franceses a los alemanes, los italianos a los austriacos o al revés… Pero si visto así, por parejas de nacionalidades, el asunto ya parecía más propio de un guion cinematográfico, ¿qué decir de todas ellas a la vez?

Inverosímil.

¿Y por qué los físicos? La física investigaba los secretos de la

naturaleza, desde la estructura de la materia hasta la inconmensurabilidad del cosmos. No producía armas aniquiladoras.

Todo aquello no había por dónde cogerlo.

Cerré los ojos.

La tarde había resultado una locura.

Inspiré hondo por la nariz.

Las emociones me habían agotado.

Espiré con la boca abierta.

Me obligué a moverme. El agua se había enfriado y yo tenía las yemas de los dedos lechosas y arrugadas. Antes de incorporarme agucé el oído. Nada. La última planta del hotel se hallaba sumida en el más absoluto silencio.

Me levanté con pesadez, dejando que el agua escurriese por la piel. Me enfundé el albornoz con el elegante anagrama del hotel bordado en el pecho. Procuraba no hacer ruido, como si temiese alertar a un supuesto vigilante. Ni siquiera quité el tapón para evitar el gorgoteo del desagüe. En el dormitorio me abstuve de encender la luz para que no se filtrase al pasillo por la rendija inferior de la puerta. Consulté mi reloj. Las diez y diez. Ya debería estar en la calle des Teinturiers. Pero no le había mentido a Klara: no tenía intención de acudir a mi cita con Charlotte. Estaba harto de sus manipulaciones; harto y asustado. Me venía a la cabeza la visita recibida por Jürgen la noche de la cena en la *brasserie*, la mujer del pasillo que tan misteriosamente había desaparecido ante mis narices y que, en mi necedad, me había hecho dudar de Klara. ¿Y si…? Porque Charlotte era una intrigante nata. Tenía tratos con tipos como Gelb, como Patrice. ¿Era eso propio de una sencilla burócrata? Con su irresistible caída de párpados y su despreocupado aire mundano, me había pedido información sobre Jürgen. ¿Qué hay de malo, ya que está aquí?, había dicho. Y a Jürgen, qué casualidad, lo habían asesinado. ¡Asesinado, por Dios! No podía imaginar qué tejemaneje se traía Charlotte con él, pero, como científico, las coincidencias improbables no eran santo de mi devoción; las relaciones causa-efecto, sí.

Un molesto runrún se instaló en mi cabeza. Puestos a asesinar a una cuarentena de científicos, provocarle un accidente al padre de Jürgen parecía una minucia. De nuevo la misma táctica, ahora para justificar su regreso a Alemania. ¿Y si yo había elaborado mis informes para servir a un propósito descabellado? ¿Y si se iban a utilizar como justificación de lo injustificable? Un estremecimiento hizo que me arrebujase en el albornoz húmedo.

¿Y si yo, sin saberlo, trabajaba para la organización criminal?

Al fin y al cabo, si admitía su posible infiltración en la Kripo, ¿por qué no en la NG?

Me afeité según el plan establecido. Me repeiné. Me vestí. Saqué del cajón del escritorio la carta a mi madre para releerla. Añadí una posdata. Demasiado sentida para tratarse de una carta rutinaria; demasiado poco, si se pensaba en una última despedida. Metí las cuartillas en un sobre. Escribí la dirección. Era lo menos y lo más que podía hacer.

Un vahído hizo que las piernas me flaqueasen al tratar de devolver el escritorio a su sitio. La tensión de la jornada, la falta de cena, el efecto del agua caliente… Me dejé caer sobre la cama para que la sangre afluyese a la cabeza. El cercano reloj de Sainte-Catherine dio las once coincidiendo con una revelación: si Gelb, Charlotte y la NG estaban involucrados en la conspiración, cuando esta se descubriese saldría también a la luz mi papel como colaborador, como informante, como espía. Mi carrera habría finalizado antes de empezar. Era justo lo que temía Jürgen; lo que le había impedido acudir a la Policía. Pero él había decidido huir, y había acabado con una puñalada en el pecho. Mi carrera no valía la muerte de nadie más.

Me di un plazo breve para recuperarme: con la campanada de las once y media me levantaría para enfrentarme a mi destino. Inspiré hondo. Cerré los ojos.

PROGRAMA DEL DÍA

Jueves, 26 de octubre

9:00 h: Fotografía oficial del Consejo (*)

* * *

9:30 h: Informe de M. Dirac:
Teoría del positrón

* * *

11:00 h: Discusión

* * *

12:30 h: Almuerzo

* * *

19:30 h: Cena ofrecida por M. Edmond Solvay
Fundación Universitaria

*Se ruega máxima puntualidad.



39



La campanada no llegó a sonar. O más bien cabe decir que la media hora de plazo autoimpuesto se convirtió en toda una noche de profundo sueño. Al menos, todavía no clareaba cuando desperté. En la plaza, una fina lluvia salpicaba los charcos bajo las farolas. Esta vez no tuve dificultad para mover el escritorio. Del brazo izquierdo colgué abrigo y paraguas; de la mano, el sombrero. Eché un último vistazo al baño, a la mesilla, al armario: no olvidaba nada. Dejé la maleta hecha y cerrada sobre una banqueta, por si debían enviarla a algún sitio. Difícilmente yo volvería a pisar aquella habitación.

Había poco movimiento en el vestíbulo a esa hora. Me alegró que Remy se hallase de turno en conserjería. Lo saludé como se saluda a ese vecino agradable que uno se encuentra a diario, con el que no le importaría tener más intimidad. Le tendí la carta para mi madre y una moneda de cinco francos.

—¿Puede despacharla por mí?

—Faltaría más —dijo, al tiempo que negaba con la cabeza—, Pero esto es demasiado, *monsieur* Maier.

Hizo ademán de devolverme la moneda, la cual rechacé.

—Así está bien, Remy. Muchas gracias. ¿Ha visto a *herr* Heisenberg?

Quería sincerarme con quien tanto había confiado en mí y evitarle, de paso, el bochorno de enterarse por terceros de mi deslealtad. Tempranero, como el buen amante de la montaña que era, el profesor había bajado ya al comedor. Desde el umbral tuve un

atisbo de su cabello rubio. Se hallaba solo, al fondo, sentado de espaldas en su mesa habitual junto a la majestuosa chimenea que presidía el comedor. Unos leños crepitaban en el hogar.

No llegó a verme porque no llegué a entrar.

No llegué a entrar porque Charlotte me interceptó. De hecho, percibí el intenso aroma de su cigarrillo antes de que ella surgiese de detrás de un vistoso macetón con palmera.

—Ayer te esperé hasta tarde.

Lo dijo con aire desabrido. Su voz, ya fuese por el reproche, ya por un exceso de tabaco, sonaba más rasgada que nunca. El blanco de los ojos se veía irritado tras la impecable máscara de rímel y sombra de párpados.

—Ayer no estaba yo para tus jueguecitos —le espeté.

Se llevó el cigarrillo a los labios. Un ligero temblor en el movimiento de sus dedos me hizo pensar que en su aparente frialdad había mucho de pose. Aspiró una honda calada, la exhaló lentamente por boca y nariz. Supe que ganaba tiempo para elegir bien las palabras. Cuando respondió, lo hizo en un tono quedo.

—Mis *jueguecitos*, como tú dices, buscan salvar la vida de muchas personas.

Le dirigí una mirada escéptica.

—Ah, ¿sí?… ¿Como la de Jürgen Attel, quizá?

Abrió unos ojos desorbitados. A pesar del colorete que resaltaba sus pómulos, podría jurar que palideció.

—¿Qué quieres decir?

—Jürgen murió ayer en mi cuarto —susurré—. Lo sabes muy bien, porque *tu* gente se deshizo del cuerpo.

Suspiró sin dejar de mirarme a los ojos. El humo turco creaba una voluble pantalla entre nosotros. En el interior del comedor, el *maître* aguardaba a que nos decidiésemos a entrar. También Charlotte se dio cuenta de que observaba con suspicacia nuestros cuchicheos.

—Eres un verdadero idiota, Matthias Maier —sentenció. Luego se colgó de mi brazo y tiró de mí hacia el vestíbulo—. Ven,

acompáñame.

Ejercí una leve resistencia, pero su reproche y, sobre todo, su tono decepcionado, me hicieron dudar.

—¿Adónde me llevas?

—A tu habitación.

Langevin y Verschaffelt pasaron a nuestro lado. El presidente del Comité científico y el secretario del Consejo, venerables sexagenarios ambos, nos saludaron, entre curiosos y distraídos, con ligeras inclinaciones de cabeza.

Si supieran.



Charlotte se sentó en el borde de mi cama con gesto cansado. Apuntó con la barbilla a la maleta cerrada.

—¿Vas a algún sitio?

—A la cárcel, probablemente —respondí cortante—. Voy a contarle a la policía todo lo sucedido ayer, incluido lo de la misteriosa cartera por la que creo que han asesinado a Jürgen.

Enarcó ella ambas cejas al oírme hablar de una cartera. Abrió el bolso. Me puse en guardia, pero solo sacó la pitillera de nácar.

—¿Te importa?

—¿El segundo ya? —ironicé—. ¿No es temprano?

Fatigados, los ojos de alga se clavaron en los míos como si mirasen a un desconocido.

—El cuarto, en realidad —dijo, elevando los hombros—. Llevo mucho tiempo despierta por tu culpa. —Contempló la pitillera un instante, antes de devolverla al bolso—. Pero tienes razón: demasiado tabaco, demasiado pronto. Cuéntame qué ocurrió ayer, por favor —añadió con un suspiro.

Aún hoy, un suspiro femenino tiene en mí un efecto balsámico. Aquel no fue una excepción. De repente la situación me pareció absurda: si, como sospechaba, Charlotte formaba parte de la conspiración, entonces ya lo sabía todo. En caso contrario…

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque estamos en el mismo barco —respondió, y luego endureció el tono, cual maestra ante un alumno díscolo—. Y el barco, como has tenido ocasión de comprobar, ha chocado con un iceberg. Hace agua.

—No comprendo.

Se mordisqueó el cerco de la uña del pulgar, en un gesto de inseguridad que no le había visto nunca. Deduje que se lo pensaba antes de decirme algo importante. Acerté.

—Trabajo para la *Sûreté de l'État* —confesó.

Alcé ambas cejas.

—¿Eres policía?

—La *Sûreté* es el servicio de inteligencia belga, uno de los más antiguos de Europa. Se ocupa, entre otras cosas, de vigilar a los movimientos extremistas que puedan poner en jaque a la monarquía.

Supe por el brillo de sus pupilas que no bromeaba. Aun así…

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Crees que llevo en el bolso un carné donde pone «espía»? —Hizo un mohín despectivo—. Vamos, Matt.

—Pero tú eres…

—Mitad belga, mitad alemana, ya lo sabes. Una lengua paterna, una materna. Familia aquí, trabajo allá. Constantes idas y venidas justificadas. El agente ideal.

Me dejé caer en el borde de la cama, evitando adrede la butaca. No porque sintiese ahí la presencia de Jürgen, que también, sino porque me invadió una repentina necesidad de estar lo más cerca posible de Charlotte. Su recobrado aplomo se aunaba a mi necesidad de agarrarme a algo: si ella decía la verdad, quizás hubiese una posibilidad de que yo no fuese a la cárcel, de que mi carrera sobreviviese; y, por encima de todo, de que evitásemos una masacre.

—Llevamos meses tras la pista de un complot contra el Consejo Solvay —explicó—; un atentado auspiciado por ciertos círculos nazis.

Sospechábamos que Attel podía estar implicado, por eso te pedí que lo tanteases. Y ahora, si no te importa, cuéntame todo lo que sepas.



—¡Maldita sea! —el exabrupto y una nube azulada escaparon de los labios bermellón cuando llegué al momento en que Jürgen desactivaba la bomba—. Pensábamos que intentarían un secuestro o un tiroteo en la calle contra algún profesor judío o projudío, pero… —Charlotte sacudió la cabeza—. ¡Una cartera-bomba en plena conferencia! Es peor de lo que imaginábamos: buscan mermar la capacidad científica de las potencias europeas.

Había encendido el cuarto cigarrillo mientras la ponía al día. Me levanté para abrir la ventana. Un viento tormentoso agitó los visillos. Luego aproveché para sentarme más cerca de ella. Las perspectivas de ir a la cárcel, de mi carrera arruinada y de una masacre potencial no me impedían pensar en un dulce abrazo.

—¡Pero también la de Alemania! —protesté, reprimiendo mis deseos—. ¿Por qué iban los nazis a asesinar a sus propios físicos?

Charlotte encogió los hombros.

—Piensa que todos los que participan en el Consejo son desafectos al régimen y partidarios de la física judía, cuando no judíos ellos mismos. A los conspiradores les importa un bledo su pérdida. De paso, impedirían que el enemigo sacase ventaja de las deserciones, tanto de las ya anunciadas como de otras probables. Y el asesinato de alemanes convertiría también a Alemania en víctima, evitando que pudieran acusarla de estar detrás del golpe.

Por supuesto. Toda la noche cavilando sobre el asunto y no había caído en algo tan obvio. Clavé los codos en las rodillas. Apoyé la frente en las palmas de las manos.

—Ya veo —dije. Ahora que se había hecho la luz, resultaba cegadora—. Incluso proporcionaría una justificación a Hitler para su rearme —razoné—. Y, en caso de conflicto, siempre podría acusar de esas muertes a Bélgica; una excusa perfecta contra un país

pretendidamente neutral.

—Una jugada redonda, como ves. Pero sigue con lo de Attel, por favor.

Inspiré hondo, recuperado apenas de la revelación.

—Al dirigirse a la salida, Jürgen comprobó que los terroristas vigilaban el Instituto, así que huyó por otro lado, y luego… ¿Qué ocurre?

Charlotte me traspasaba con una mirada extraña.

—¿Vigilaban? —bramó—. ¿Dos hombres?

—Eso es. Dijo que había dos hombres en la entrada, y temió que…

—*Merde!* —Apretó los puños, levantando la barbilla al techo con los ojos cerrados—. Esos eran *nuestros* hombres. Se turnan en seguir a los profesores con discreción y en montar guardia dondequiera que se hallen en cada momento. ¡Y dices que Attel huyó de ellos!

—Joder.

Una burla del destino. Desalentado, volví a hundir la cara entre las palmas de las manos. La fatalidad había hecho escapar a Jürgen de quienes lo hubieran salvado, para luego arrojarlo en manos de sus asesinos.

Charlotte me puso una mano en el hombro, urgiéndome a continuar.



—Pero ¿quiénes son ellos? —inquirí al final de mi relato—. Jürgen expiró antes de poder decírmelo.

Charlotte se levantó, el aire fatigado, para aplastar la colilla en el cenicero del escritorio. Se paseó a derecha e izquierda, los brazos cruzados sobre el pecho, pensativa, privándome de su inmediatez.

—Se trata de una organización llamada Fehme, como los tribunales secretos medievales de Westfalia. Si estos se consideraban con poder sobre la vida y la muerte de supuestos

traidores, herejes y brujos, aquella ejecuta sin miramientos a todo el que considera enemigo del régimen. Está compuesta por miembros ultraviolentos de las SA. Habrás oído hablar de ellos, porque son los que han puesto precio a la cabeza de Einstein.

—Mil libras esterlinas —asentí—; sí, algo he leído.

—Y de Heines ¿has oído hablar?

—¿Edmund Heines, el diputado?

—Y mano derecha de Rohm, el jefe supremo de las SA. Y líder de Fehme. Se cuentan…, no, se *saben* de él cosas terribles. Es un asesino y un sádico, azote de comunistas, socialdemócratas y judíos. Ahora dirige la policía de Breslavia. —Charlotte negó con la cabeza —. Pobres de quienes caen en sus garras.

—Pero no entiendo. ¿Qué tiene que ver todo eso, Breslavia, Heines, la Fehme…, con Einstein y con los físicos del Solvay?

—Visto con la lógica de Fehme tiene que ver todo, pero ahora no hay tiempo para explicártelo, Matt. Si los asesinos de Attel han recuperado la cartera-bomba, no esperarán a que surjan más complicaciones. Los miembros del Consejo, todos ellos, corren un peligro inminente.

Todos ellos. Un escalofrío me recorrió el espinazo. Me levanté de un salto. Consulté mi reloj: las ocho y cinco.

—¡Sé cuándo van a hacerlo! —exclamé—. Dentro de muy poco, a las nueve.

Un par de adorables líneas cruzó la frente de Charlotte.

—¿Cómo lo sabes?

—Han citado a los profesores a primera hora para la foto oficial. En cada edición del Consejo se hace una. Estarán todos, sin falta. ¿Entiendes? No habrá mejor ocasión.

Charlotte se abalanzó sobre su bolso.

—Debo poner sobre aviso a mis superiores. Debemos…

No terminó la frase. Unos nudillos golpearon la puerta. Nos miramos con la boca abierta. Charlotte se llevó el índice a los labios. Pisando con suavidad, se situó junto al quicio de la puerta. Me hizo una seña para que me colocase en el lado opuesto, junto al

picaporte. La idea, comprendí, era evitar que un balazo atravesase la madera y encontrase unos pulmones. Espantado a la vez que aliviado, vi que sacaba una pequeña automática del bolso.

El golpeteo se repitió.

—*Monsieur* Maier, ¿está ahí? —Reconocí la voz de Francine—. Abra la puerta, por favor. —Denotaba premura—. Creo que tenía usted razón sobre *monsieur* Attel. —Azoramiento—. He encontrado algo: una cartera con extrañas manchas.

Consulté a Charlotte con la mirada. Ella asintió con la cabeza. Disimuló la pistola en el interior del bolso, aunque sin llegar a soltarla.

Entreabrí la puerta. La camarera sostenía ante su pecho la inconfundible cartera. Miré a derecha e izquierda antes de franquearle el paso. Nadie. Liberé de golpe la respiración contenida.

—Pase, Francine.

Cerré la puerta tras ella acompañando el resbalón con el pomo para hacer el menor ruido posible. Veinticuatro horas antes me habría muerto de vergüenza si la voluntariosa camarera hubiese encontrado allí a una mujer, máxime a una hora a la que no cabían muchas interpretaciones. En aquel momento, sin embargo, me daba igual lo que pudiera pensar. Lo único que me importaba era examinar el contenido de la cartera.

—¿Dónde la ha encontrado, Franc…?

Me interrumpió, al darme la vuelta, la mirada glacial de Charlotte, congelada sobre la recién llegada. Esta sujetaba por el asa, con la mano izquierda, la cartera abierta. Con la derecha empuñaba un artefacto negro y brillante, acabado en un cilindro del tamaño de un enorme cigarro cuyo extremo, perforado y oscuro, apuntaba a mi pecho.

—Saque la mano sin trucos —pronunció muy despacio—. Si hace cualquier movimiento extraño, le atravieso el alma.

La mano aludida era la de Charlotte; el alma, obviamente, la mía. Una cálida vaharada con regusto a bilis me subió por el esófago. Sentí una repentina humedad en cuello y frente. Charlotte arrojó el

bolso lejos de sí a indicación de Francine. Los labios de la camarera dibujaron una sonrisa de triunfo.

—¿Buscaba esto, *monsieur* Maier? —me espetó, al tiempo que me lanzaba la cartera.

La atrapé al vuelo con la prevención de quien atrapa al vuelo una bomba armada por una banda de asesinos. No había cuidado: estaba vacía.

—Hemos tenido que reemplazarla con una nueva. —La camarera se burló con una sonora carcajada—. Esta está hecha un asco, no sería de recibo en un congreso como el Solvay.

Arrojé la cartera a un lado, furioso por no haberme dado cuenta antes: el fortuito encuentro en la escalera cuando buscaba a Heisenberg no había sido tal. Ella dijo que marchaba a casa, pero no llevaba bolso ni paraguas, ni siquiera sombrero. No fue en busca de la llave maestra, pues siempre la llevaba encima; lo que hizo fue abrir mi habitación para que sus hombres se desembarazasen de Jürgen.

Me había dejado engañar como un estúpido.

—¿Qué… ha hecho con Jürgen Attel, Francine? —balbucí—. ¿Quién es usted, en realidad?

Charlotte mantenía la compostura mejor que yo.

—También hay pronazis en Bélgica —dijo—. Algunos pretenden organizarse; sobre todo en Flandes, donde aspiran a una independencia tutelada por Alemania. Me temo que nuestra Francine es una de ellos. ¿O debería llamarla Peter?

—¿Peter? —Agrandé los ojos, confuso—. ¿Quién es Peter?

—Una buena estratagema —reconoció Charlotte, sin perder de vista a la camarera—. Llevamos semanas siguiéndole la pista. Lo suponíamos infiltrado en el Instituto de Física o aquí, en el hotel; pero nunca se nos ocurrió pensar en una mujer.

Con un gesto de su mano armada, Francine nos empujó hacia el borde de la cama. Sentado de nuevo junto a Charlotte, hice un cálculo estimativo: si me abalanzaba hacia el cañón, la camarera apretaría el gatillo por puro reflejo antes de que yo recorriese la

mitad de la distancia. Para tener una mínima garantía de éxito debía darse la improbable combinación de que ella se acercase y de que tuviera un descuido.

—Tampoco nosotros hemos estado acertados —se lamentó Francine, a pesar de su evidente dominio de la situación—. Confiamos demasiado en *monsieur* Attel. Pero Attel resultó ser débil. No estaba suficientemente comprometido con la Causa.

Miré a la una, luego a la otra. Ambas se estudiaban con desapasionamiento; con curiosidad profesional, podría decirse. Me sentí ninguneado, salvo por el pequeño detalle de que el cigarro puro seguía apuntado a mi esternón.

—¿Llama *causa* a asesinar a cuarenta sabios pacíficos? —protesté.

Francine me menospreció con una sonrisa torcida.

—Todos ellos prescindibles, incluidos sus compatriotas —dijo, confirmando la versión de Charlotte—. Pero no debe preocuparse por eso, *monsieur* Maier: pronto se reunirá con su amigo Attel. Los encontrarán a ambos flotando en el canal. Varias personas los han visto coqueteando con *mademoiselle* Hofmann, y ella misma conoce sus diferencias respecto al antisemitismo, así que no le extrañará a nadie: rivales en el amor, en la política, en la ciencia… —Meneó la cabeza—. Una lástima, dos jóvenes tan brillantes.

Imaginé a mi madre oyendo de boca del prefecto de Meissen tamaña sarta de mentiras; su incredulidad, su impotencia, su sufrimiento. Y luego, señalada en el pueblo, objeto de todos los comadreos. Un lance amoroso, ¿sabe usted? El joven Maier. Quién iba a decirlo. Se mataron entre ellos, sí. Su padre, un héroe de guerra, y él, en cambio… Con lo sensato que parecía.

Avergonzada de por vida.

Me sonrojé hasta el último cabello.

—¡Miserable!

Pero Francine me ignoraba, vuelta su atención hacia quien más le interesaba.

—En cuanto a usted, querida —dijo—, mis amigos de Fehme

estarán encantados de interrogarla. No la envidio, habida cuenta de los… hum, peculiares métodos que emplean.

Rio mientras Charlotte apretaba los dientes. Me pareció que lo único que le impedía saltar era la negra boca que amenazaba mi pecho.

En la lejana torre sonó un cuarto. Lejos de clarear el día, la estancia se había ensombrecido por efecto de un cielo encapotado. Francine, alias Peter, se levantó la manga fruncida del brazo que sujetaba el arma, dejando ver un pequeño reloj de pulsera plateado.

—Las ocho y quince —anunció—. Exactamente a las nueve y diez habrá acabado todo. Pero a usted, Maier, le ahorraré la espera. Lo siento, porque me cae simpático desde el primer día.

Levantó el cañón como si eligiese el punto más adecuado de mi anatomía. Mi corazón no daba más de sí; estallaría de un momento a otro si la fatídica bala no lo atravesaba antes. Sentí un cambio de presión en el colchón a mi lado: Charlotte tensaba todos sus músculos, cual gata que se ve acorralada. Busqué en su mirada una postrera despedida, pero estaba concentrada en Francine. Suspiré. No podía creer que todo acabase así.

En la calle retumbó un prolongado trueno. Los ojos se me humedecieron. Los cerré a tiempo de evitar que las lágrimas se desbordasen.

Simplemente, no estaba preparado.

40



Los ojos cerrados me impidieron ver lo que sucedió en el siguiente instante.

Recuerdo que llamaron a la puerta. Los sicarios de Francine, pensé. Recuerdo un cambio de presión en el colchón, un frufrú de ropa, un choque amortiguado seguido por un gemido, provenientes de donde se hallaba la camarera. Recuerdo también una voz conocida en el pasillo. ¿Estás ahí, Matt? Abre, por favor, decía, o algo así. Para cuando reaccioné, camarera y espía se hallaban trabadas en un forcejeo convulso. A la gata, comprendí, le había bastado que la otra desviase su atención una fracción de segundo para saltar sobre ella. Me puse en pie como impulsado por una descarga eléctrica, pero luego me quedé inmóvil junto al escritorio, sin saber qué hacer. Charlotte sujetaba con la mano izquierda la muñeca derecha de su rival, y el resultado era que la pistola subía, bajaba y describía círculos, que, por momentos, me situaban en la prolongación del cigarro puro. Recuerdo que sonó un «paf» apagado, o un «pof», o un «puf»; el caso es que me estremecí. Las dos mujeres se separaron bruscamente. Charlotte cayó de nalgas sobre la moqueta, sujetándose el muslo izquierdo con un gemido desgarrador. Francine, liberada del abrazo de su adversaria, salió trastabillada hacia atrás. Hacia mí. Todavía empuñaba la pistola. Un subidón de adrenalina me recorrió las venas. La lámpara de bronce, la que había alumbrado mis cartas y mis informes, hizo el resto. La camarera se desplomó sobre la moqueta con un ruido sordo.

—¿Qué ocurre?… ¡Por Dios, Matt! ¿Qué estás haciendo?

La voz de Klara insistía desde el pasillo. Una mancha oscura empezó a ensuciar la moqueta alrededor de la cabeza de Francine. Sus ojos, vidriosos, miraban sin ver. Contemplé la pesada lámpara, aún en mi mano derecha: el canto de la peana circular estaba teñido de rojo. La dejé caer con estrépito.

Yo, Matthias Maier, había matado a una persona.

—¡Matt, abre ahora mismo o llamaré a conserjería!

Moviéndome como un autómata, giré el picaporte hasta liberar el resbalón. Sin molestarme en abrir la hoja de la puerta, me abalancé sobre Charlotte, que había contemplado mi actuación con los ojos muy abiertos y un rictus de dolor en los labios.

—¿Estás bien?

—Tengo un balazo en la pierna —gimió—. Duele mucho.

En la falda, a mitad de camino entre la ingle y la rodilla, había, en efecto, un agujero del tamaño de un garbanzo con el borde requemado. La zona circundante estaba empapada de sangre. Quise descubrir la herida, pero la angosta hechura de la falda impedía levantarla más allá de la rodilla. Así con ambas manos las esquinas de la abertura lateral y la rasgué sin miramientos. El agujero se reproducía en la media, justo por debajo de la liga. Había mucha sangre alrededor. Saqué un pañuelo del bolsillo y lo apliqué contra la herida.

Solo entonces reparé en Klara. Plantada en el umbral de la puerta, con el bolso y una gabardina colgados del brazo, nos observaba con la boca abierta. Sus hermosos ojos azuleaban desorbitados.

—¿Qué haces aquí? —le espeté.

—Yo… venía… —balbuceó, retorciéndose las manos—. Quería saber cómo has pasado la noche, y… ¡Oh, Dios mío! —Se cubrió la boca al descubrir el cuerpo inerte de la camarera—. ¿Qué ha ocurrido, Matt? ¿Está…? ¡Oh, Dios mío! —repitió—. ¡Tiene un arma en la mano!

El cielo atronó de nuevo. Gruesas gotas de agua me alcanzaron

la nuca. Una lluvia recia comenzaba a colarse en la habitación.

—Lo sé —dije fríamente—. Ha intentado matarnos, por eso estamos así. No te quedes ahí pasmada; pasa y cierra la puerta y la ventana —le espeté—. Y trae toallas del baño, por favor —suavicé luego, arrepentido de mi brusquedad.

Si por un momento temí que saliese corriendo, Klara obedeció. Al poco se hallaba arrodillada a mí lado, con una toalla empapada en agua caliente y toda la ropa blanca que había podido reunir. Mientras lo hacía, yo había ayudado a Charlotte a arrastrarse hacia la pared, de forma que pudiera recostar la espalda. Nos contemplaba con ojos aguanosos, párpados entrecerrados y churretones de rímel en las mejillas. Aun así, me pareció que la atribulada perplejidad de la recién llegada la divertía.

En cuanto a mí, por si las cualidades de Klara no me habían subyugado bastante, estaba a punto de descubrir otras nuevas. Con pulso firme liberó la media de la liga y comenzó a lavar la herida con exquisito cuidado.

—¿*Quién* es esta mujer, Matt?

Me maravillaba la sangre fría a que había dado paso su espanto. Klara merecía una explicación, pero no era el momento. Interrogué a Charlotte con la mirada. Ella asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Es… una agente del Gobierno belga —dije, y luego señalé con la barbilla a Francine—. Y ella, una terrorista. Jürgen ha muerto, Klara. No ha regresado a Heidelberg, como nos han hecho creer; los hombres de Francine lo han asesinado. Te lo contaré todo, pero ahora no hay tiempo.

Klara se puso rígida. Se llevó una mano al pecho. Hizo oscilar sus ojos de cielo entre Charlotte y yo.

—¿Es cierto eso, lo de Jürgen? —preguntó, incrédula.

Abatí la mirada. Charlotte asintió. Klara tragó saliva, reprimiendo un puchero. Se enjugó las comisuras de los párpados con una punta limpia de la toalla. Luego, sin decir nada, palpó por detrás el muslo herido, lo que hizo que Charlotte apretase los dientes.

—No mana en abundancia —dijo—, pero la bala no ha salido. Necesita un cirujano. Mientras tanto, hay que hacer un torniquete.

Había tomado la iniciativa, a pesar del *shock*. Rasgué, a indicación suya, la cenefa de la funda de almohada.

—¿Sabes hacer un torniquete? —pregunté escéptico.

Ella hizo una mueca evasiva.

—Mi madre sirvió como enfermera en la Gran Guerra. Me contó muchas batallitas cuando yo era joven. —Señaló hacia el escritorio con la barbilla—. Dame ese lapicero.

Contemplé boquiabierto cómo se afanaba con la herida, pensando que por primera vez tenía a mi lado a las dos mujeres que pugnaban en mi corazón. La una me había salvado la vida; la otra, posiblemente, estaba salvando la de la primera. Ambas tenían más temple, más decisión, más coraje que yo. Quizá fuese injusto conmigo mismo, pero lo cierto es que me sentía indigno.

En menos de un minuto, Charlotte tenía la improvisada venda anudada alrededor del muslo, comprimida por la torsión que ejercía el lápiz. El agujero dejó de manar.

—¿Duele? —le preguntó Klara.

—Una barbaridad —musitó la otra.

La sangre le había abandonado el rostro. Sudaba en abundancia. La cubrí con mi albornoz.

—Te pondrás bien, creo —dijo Klara—. Mejor que ella —añadió, haciendo un gesto hacia Francine. Luego se volvió hacia mí, desafiante—. Y tú, ¿vas a decirme ahora…?

—¿Han salido? —La interrumpí—. Los profesores. ¿Han salido para la Universidad?

—Claro que han salido —respondió, parpadeando varias veces—. Precisamente Heisenberg estaba preocupado porque no aparecías. Iba a subir en tu busca, pero yo me he ofrecido para que no se le hiciese tarde.

Le puse una mano en el hombro.

—Escucha, Klara: los profesores, todos ellos, corren un gran peligro. No hay tiempo para explicaciones; he de ir al Instituto a

toda prisa. ¿Puedes ocuparte de Charlotte?

Ella me miraba sin comprender.

—Pero…

—Hay una bomba a punto de estallar, y he de evitarlo. Por favor —supliqué—. Confía en mí.

—Id los dos —terció Charlotte—. Yo estaré bien, y juntos tenéis más posibilidades de dar con la cartera. Matt te lo contará todo por el camino, querida. Confía en él.

—¡Pero no podemos dejarte así! —protesté—. ¡Necesitas un médico!

—Di al conserje que Francine ha sufrido un accidente, que envíe a alguien con urgencia. Y coged mi coche; está aparcado en la plaza. —Me asió el antebrazo con escasa fuerza—. Mis compañeros vigilan el Instituto, os protegerán si aparecen los sicarios de Fehme.

Noté que Klara se envaraba al oír el siniestro nombre. Miró en derredor: el cuerpo abatido, la pistola, la lámpara ensangrentada. Un visible escalofrío le recorrió el cuerpo. Por fin comprendía.

Acerqué el bolso de Charlotte. Cogí la llave de contacto del Mercedes. Luego, en un arranque de lucidez, me incliné sobre Francine y la despojé de su reloj de pulsera. Era demasiado pequeño para mi muñeca, por lo que se lo tendí a Klara. Ella me miró escandalizada.

—¿Qué haces?

—Francine ha dicho «exactamente» al anunciar la hora de la explosión. Espero que su reloj esté sincronizado. Póntelo, anda.

Por último, puse en la mano derecha de Charlotte su pequeña pistola, por si aparecía alguien indeseado. Le aparté un mechón húmedo de la cara. Aquella mujer me había parecido la más atractiva del mundo, y verla así, sudorosa, desgreñada, con el *rouge* convertido en una mueca de dolor y el rímel ensuciándole los pómulos, me produjo una ternura infinita. Quise decirle algo, pero el hecho de que Klara estuviese delante no facilitaba las cosas.

—Vete —dijo ella, consciente de mi dilema—. Corre.



Bajamos las escaleras a la carrera, dimos aviso urgente a Remy y nos lanzamos a la calle. Una cortina líquida emborronaba los contornos de la plaza De Brouckère. Bajo el dosel que protegía la entrada dudé: con las prisas me había dejado abrigo, paraguas y sombrero en la habitación. Klara, al menos, no había olvidado su bolso y su gabardina.

—Es aquel de allí, el blanco —señalé.

El Mercedes, la capota negra previsoramente echada, destacaba en la difusa fila de vehículos oscuros aparcados al otro lado de la calzada. Treinta metros de aguacero, calculé resignado. Me subí las solapas de la chaqueta en un gesto inútil. Inspiré hondo, dispuesto a lanzarme a la carrera. Klara me retuvo por el brazo.

—Espera —dijo, extendiendo la gabardina de forma que nos cubriese las cabezas.

Y así, sujetando cada uno su lado y con mi brazo rodeándole los hombros por debajo de la gabardina, nos dirigimos a grandes zancadas hacia el descapotable encapotado. Las desesperadas circunstancias no me impidieron, lo confieso con cierta vergüenza, sentir durante el breve trayecto el sedoso roce de su cabello contra el mío.

Abrí la puerta del pasajero para que entrase, pero los iris claros desconfiaron.

—¿Sabes conducir?

Hice un gesto evasivo.

—He visto a Charlotte manejarlo, pero no he conducido en mi vida.

—Estupendo —suspiró Klara, cediéndome el paso—. Anda, entra tú.

Sin esperar a que lo hiciese, corrió bajo su gabardina hacia la puerta del conductor. Eso me dejó al descubierto unos instantes, preguntándome si había algo que ella no fuese capaz de hacer.

—¡Vaya! —Klara se acompañó con un silbido al acariciar el lujoso

volante—. ¿Tu *prima* es de familia pudiente, o es que los agentes del Gobierno belga ganan un dineral?

Me sacudí el agua de la cabeza y los hombros.

—Ahórrate la ironía. Charlotte no es mi prima, como ya habrás adivinado —dije impaciente—. ¿Sabes arrancarlo o no?

Ella acariciaba con la mano izquierda el volante de madera noble, mientras con la derecha tocaba, reconociéndolos uno a uno, los bruñidos mandos del salpicadero. Entre sus cejas había una fina arruga de concentración.

—Mi padre tiene un Daimler. No es tan nuevo y elegante como este, pero lo he llevado un par de veces —explicó, girando la llave de contacto—. Eso tendría que bastar.

Tiró de una palanca. Pulsó un botón. La carrocería se estremeció cuando el potente motor de seis cilindros cobró vida.

—¡Guau!

—Son menos veinte —dije suplicante—. Vámonos, por favor.

Pisó un pedal. Accionó el cambio de marchas. Giró el volante. Pisó otro pedal. El automóvil avanzó a duras penas entre chirridos, como si se resistiese a unas manos desconocidas. Arrugué el ceño: definitivamente, a Charlotte la obedecía de otra manera.

—¡El freno de mano! —exclamó Klara—. ¡Mierda! Lo he olvidado…

Liberó una palanca. El automóvil dio un salto brusco hacia adelante, golpeando con el parachoques el vehículo estacionado delante. Me agarré a la puerta, al salpicadero. Resoplé.

—No es nada —quitó importancia—. Tranquilo, ya lo tengo.

Enfilamos el bulevar Adolphe Max hacia el norte. El tráfico, nutrido a aquella hora de la mañana, no hacía nada por facilitarnos la tarea. Habría que sortear automóviles, coches de caballos y tranvías si queríamos llegar a tiempo. Aparté de mi cabeza el deseo de que fuese Charlotte quien estuviese al volante. Necesitaba concentrarme en reconstruir en mi mente el mapa de la ciudad.

—Vayamos por los bulevares —se me adelantó Klara—. Hay que rodear todo el centro, pero será lo más rápido, creo yo.

—De acuerdo —asentí.

Ella asía el volante con firmeza. Ejecutaba los cambios de marcha con precisión. Su gesto concentrado, sin llegar a ser tenso, me tranquilizó. Sin duda había conducido más de lo que quería admitir. En un momento dado, sacudió la cabeza.

—Lo de Jürgen… Todavía no me lo puedo creer.

Encogí los hombros. Me dispuse a cumplir con lo inevitable.

—En cuanto a Charlotte… —Comencé.

—Una bomba, dices.

—Sí. Verás…

—Ahora no —me atajó, recogiéndose el mechón rebelde tras la oreja. Se restregó con la mano una gota que resbalaba hacia su mandíbula. Una gota de sudor—. Luego me lo cuentas, si salimos de esta.

El trayecto por los bulevares se me hizo interminable. Aunque me mantuve en tensión durante todo él, ni automóviles, ni tranvías ni carretas de reparto llegaron a estorbar la decidida conducción de Klara. Lo peor fueron los pasos de peatones. En uno de ellos provocamos la ira de un guardia urbano que mantenía obstinadamente el brazo en alto, a la espera de que los últimos transeúntes, una pareja de ancianos agazapados bajo un paraguas, se decidiesen a atravesar la calzada. Klara ignoró a uno y a otros, y los furiosos ecos del silbato nos persiguieron un trecho.



Llegamos por fin al campus de la Universidad Libre, todavía a medio construir en los terrenos de lo que fuera la Exposición Universal de 1910. Tras un bello conjunto de edificios de inspiración ecléctica, destacaba entre la lluvia el inmenso bloque rectilíneo que alojaba la Escuela Politécnica y las facultades de Ciencias. Formaba una U con un jardín en el hueco de la parte trasera, por donde se accedía al Instituto de Física. Lo contemplé con aprensión, calculando cuáles de sus innumerables ventanas rectangulares volarían hechas añicos

en breve. Al bordearlo por la calle lateral, Klara titubeó.

—¡No pares, ve hacia el jardín! —exclamé.

Al llegar al extremo de la U, Klara, apretando los labios, dio un brusco volantazo sin apenas pisar el freno. Los neumáticos chirriaron sobre la grava. Yo pensé que acabaríamos en el enorme hoyo de cimentación de una obra aledaña, pero el Mercedes mostró más obediencia a su conductora que yo confianza. Llegamos a la altura del jardín central atronando la placidez del campus con nuestros seis cilindros. Al instante me alegré de haber realizado la maniobra: un par de tipos corrían hacia nosotros haciendo aspavientos para que nos detuviésemos. Podían ser los compañeros de Charlotte, pero también los que habían atacado a Jürgen.

La lluvia seguía cayendo, aunque rebajada en intensidad. Mientras cruzábamos el jardín a la carrera, Klara consultó el reloj de Francine.

—Las nueve y tres —dijo—. ¿Dónde crees que estarán?

Recordé la fotografía oficial del sexto Consejo, enmarcada en el despacho de Heisenberg.

—Supongo que en la sala de conferencias: se harán la foto ahí mismo.

Miré hacia atrás. Nuestros perseguidores ya habían entrado en el jardín. Supe que eran sicarios de Fehme al reconocer ante nosotros al verdadero compañero de Charlotte, que venía a nuestro encuentro desde el edificio en ese preciso instante. Nos había visto apearnos del Mercedes blanco.

—¡Patrice! —exclamé—. ¿Dónde se había metido?… ¡Nos persiguen!

—Ya veo —dijo, llevándose la mano a la sobaquera.

Nos pusimos a cubierto tras las puertas acristaladas, enrejadas con barrotes de hierro. Patrice sujetaba con ambas manos su automática; yo, la mano de Klara, de la que había tirado como un poseso. Los sicarios, también armados, se parapetaron tras los árboles más cercanos al edificio. Comprendí que no necesitaban venir a por nosotros: solo tenían que aguardar unos minutos.

—¿Y los profesores?

—Dentro, comenzando la sesión. El fotógrafo ha comunicado un contratiempo debido a la lluvia, y la fotografía oficial se ha pospuesto hasta después del almuerzo. ¿Y Charlotte?

—Está herida; no parece grave —lo tranquilicé—. Escuche, hemos desenmascarado a Peter. Está muerto; muerta, en realidad, porque se trataba de una mujer. Y hay una bomba escondida en una cartera de piel. Suponemos que está en la sala donde se reúnen los profesores. Estallará en seis minutos, pero creo que puedo reconocerla.

A nuestras espaldas asomó un bedel de amarillento mostacho y espaldas cargadas; un veterano de guerra, calculé. Sin duda Patrice ya se había identificado, porque a un gesto suyo el bedel volvió a desaparecer tras el mostrador de recepción.

—Hagamos que evacúen el edificio —sugirió Klara.

Negué con la cabeza.

—Si los profesores salen, dispararán contra ellos. ¡Esos de ahí son unos fanáticos!

—Busquen la bomba —zanjó Patrice—. Yo los mantendré a raya.

—¿Qué buscamos, exactamente? —me preguntó Klara.

—Es muy peligroso —me resistí—. Quédate aquí, por favor. Si la bomba estalla…

Elevó ella la mirada al techo.

—No digas tonterías —me espetó—. No te he traído hasta aquí jugándome el cuello para quedarme ahora de brazos cruzados. —Consultó de nuevo el reloj de Francine—. ¡Y estamos perdiendo un tiempo precioso!

Dejé escapar un resoplido.

—Si es como la de Jürgen, se trata de una cartera de piel marrón con el broche dorado —expliqué—. Si no…

Klara tragó saliva. Nunca el azul de su mirada me había parecido tan puro, tan luminoso.

—Pues vamos —dijo.

Tan bello.

41



No había regresado al laboratorio reconvertido en sala de conferencias desde el acto inaugural. Una alargada mesa, dispuesta en U alrededor del encerado, permitía a todos los profesores atender la sesión en primera fila, pudiendo organizar sus papeles y tomar notas con comodidad. Los invitados de excepción ocupaban sillas sueltas distribuidas en segunda fila, contra las paredes.

Nuestra aparición en el umbral, precedida de un eco de carreras en el pasillo, hizo que prácticamente todas las miradas se volviesen hacia nosotros, interrumpiendo la presentación del ponente por parte de Verschaffelt.

El hecho de que Klara y yo apareciésemos mojados y con el rostro descompuesto provocó algunos cuchicheos y no pocas sonrisas. Al recorrer la sala, mi mirada se cruzó con la de un ceñudo Heisenberg, que hube de ignorar. Ajeno, Dirac se adelantaba hacia el encerado con un puñado de cuartillas en la mano. Verschaffelt carraspeó con evidente intención admonitoria al ver que no nos decidíamos a sentarnos.

Justo en ese momento, Klara me dio un codazo.

—Detrás de Bohr —susurró—. ¿Es esa?

Tragué saliva. El insigne danés se sentaba justo en el centro de la U. Alguien había dejado una cartera marrón de cierre dorado sobre una silla vacía situada tras él. Sentí el golpe de adrenalina; la poca, supongo, que debía de quedar en mis glándulas.

—Quédate aquí.

Me abrí paso a toda prisa por detrás de la primera hilera de profesores, sorteando a trompicones sillas, maletines y rodillas de los sentados en segunda fila, levantando gruñidos entre los afectados e ignorando sus protestas.

—Mi cartera —sonreí a un perplejo Bohr al fin—, creí que la había perdido.

Pegué el oído a la cerradura: un amortiguado tictac resonó por encima de mis jadeos. Bohr se aseguró instintivamente de que el objeto de mi codicia no era su propia cartera y luego puso los ojos en blanco —«Estos jóvenes…», oí bullir en su cerebro—. Entre el torbellino de pensamientos que se agolpaban en mi cabeza, por un instante me asaltó el de que una futura estancia en Copenhague quedaba descartada.

Recorrí el camino inverso aún más deprisa, gracias a que todas las rodillas se apartaron de mi paso. Klara se retorcía las manos en el pasillo, adonde supuse que había regresado para no irritar aún más a Verschaffelt.

—Tres minutos —me apremió.

—Entra. Siéntate —le supliqué—. No me sigas.

En la sala, mi admirado Dirac daba comienzo a su informe sin más preámbulo mientras yo, con una bomba en las manos, iba camino de pasar a la posteridad como el físico de Meissen despanzurrado en la lejana Bélgica a causa de un turbio asunto.

Alcancé el vestíbulo a la carrera, mi mente ocupada en calcular distancias y tiempos. Aunque en la Universidad la había abandonado, en los tiempos del *gymnasium* no se me daba mal la velocidad. Rodeando el edificio habría unos cien metros desde la entrada trasera hasta el hoyo de cimentación encharcado que había visto al llegar. Con la ayuda de Patrice podía lograrlo si…

Patrice. A pocos pasos de la salida me detuve en seco. El compañero de Charlotte se hallaba tumbado en el suelo ante la puerta, aparentemente desvanecido. Inclinado sobre él, el veterano bedel intentaba, sin duda, auxiliarlo. ¿Lo habían herido desde afuera? Pero no había sonado disparo alguno, y el vidrio de las

puertas enrejadas parecía intacto.

El bedel se giró hacia mí.

—Atrás.

Me apuntaba con la pistola de Patrice. Por la porra que tenía en la otra mano supe que lo había sorprendido mientras vigilaba a los sicarios.

—Ha sido usted, ¿no es cierto? —bramé—. Usted ha introducido la cartera en la sala. Usted…

—Y usted va a devolverla adonde estaba. —Sonrió con una mueca esquinada.

—Matt, ¡¿qué ocurre?!

El viejo desvió la mirada hacia donde un apresurado taconeo se había detenido, a dos pasos a mis espaldas. Naturalmente, Klara me había seguido. Le hice un gesto con la mano para que se apartase de mí, de la cartera y del traicionero bedel; pero entonces me vino a la cabeza Charlotte, tensando sus músculos de gata. Me infundí valor, o me resigné, con un sonoro bufido. De todos modos, ya estábamos muertos.

—¡Cógela! —grité a Klara, al tiempo que le arrojaba la cartera.

Suelo pensar que, de haberse tratado de uno de los sicarios, el bedel me habría acribillado antes de que lograse alcanzarlo; pero la edad, o mi ángel de la guarda, habían entorpecido sus reflejos. Cuando el instinto le hizo girarse hacia Klara, siguiendo la trayectoria de la cartera, cargué contra él cual polizonte de Hollywood que derriba una puerta con el hombro. La suerte se alineó conmigo, y su cráneo de ralo pelo blanqueado se estrelló contra el suelo.

El reloj corría. Yo sudaba. Necesitaba el concurso de Patrice si quería salir de allí con la cartera en las manos. Por suerte, recuperó la consciencia casi al instante.

—¿Cuánto tiempo? —Fue lo primero que dijo al hacerse cargo de la situación.

—Dos minutos —gimió Klara. Trataba de manipular la cerradura —. Hemos de desactivarla.

Negué con la cabeza.

—No sabemos cómo. Podría estallarnos en las manos.

—¡Arrójela fuera! —ordenó Patrice.

—Esos de ahí nos la devolverían —me opuse—. Hay que inutilizarla, tirarla al hoyo de la obra. El agua amortiguará la explosión.

Tendí a Patrice su arma.

—Puedo hacerlo si me cubre —dije, y, sin esperar respuesta, abrí la pesada puerta y me lancé a la carrera pegado a la fachada del edificio. Si lograba ganar la esquina…

Oí gritos tras los árboles.

… tres, cuatro…

Escuché varias detonaciones. Patrice me cubría.

… siete, ocho…

Corrí como si me fuera la vida en ello. La lluvia había cesado. Alcancé la esquina. Rebasé el Mercedes.

… quince, dieciséis…

Agradecí la grava que crujía bajo mis zapatos de los domingos, pues había evitado la formación de barro. De todos modos, casi seguro que acababan arruinados.

… veinte, veintiuno…

La atmósfera, calmada y limpia, transmitía los sonidos con nitidez: gritos furiosos; más pasos apresurados sobre la grava, detrás de mí. Mientras no me disparasen…

… veintinueve, treinta…

Sentí la detonación a la vez que un intimidante silbido junto a la oreja izquierda. Los muy bastardos. Pero no me detuve ni miré hacia atrás. Me había prometido contar hasta cincuenta y luego, me hallase donde me hallase, lanzar lo más lejos posible la pesada cartera.

… treinta y nueve, cuarenta.

Alcancé el extremo de la U. Oí otra detonación, pero esta no iba contra mí. Me volví a tiempo de ver cómo uno de los sicarios rodaba por el suelo. Más allá, Patrice sujetaba en alto su arma. El otro terrorista se detuvo, dubitativo.

Suficiente para darme un respiro.

Crucé la calle. El agua del hoyo, tersa y amarronada, estaba a diez metros apenas. En el *gymnasium* había probado los lanzamientos antes de que mi poca envergadura me decidiese por la carrera. Se me daban fatal. Flexioné las rodillas; extendí el brazo izquierdo hacia adelante, a la altura del hombro; hice lo propio con el derecho, del que colgaba la cartera; me di un impulso giratorio. La bendita fuerza centrífuga hizo el resto. En la mitad del segundo giro sobre mí mismo solté el asa con un rugido desesperado.

Como lanzamiento no estuvo mal: la cartera voló en parábola hasta levantar un pequeño surtidor de agua enfangada a diez o quince metros de la orilla. Como demostración de estilo fue un fracaso: la suelta me hizo perder el equilibrio. Mis posaderas acabaron arrastrándose por la grava húmeda. Al cuerno, también, con el traje de los domingos.

Vista la inutilidad de su presencia allí, el segundo terrorista salió corriendo en dirección a la entrada del campus. Patrice fue tras él. Otro agente de la *Sûreté* y sin duda alertado por los disparos, salió por una puerta lateral del edificio pistola en mano y le cortó el paso. Para mi espanto, descubrí que la obstinada Klara no se había quedado quieta. Le hice señas para que se detuviese y se agachase, pero hizo caso omiso: no paró hasta arrodillarse ante mí.

—¡Matt!… ¡¿Estás bien?!

—¡Klara! ¡Al suelo, por lo que más quieras!

Me abracé a ella, derribándola sobre mí. Rodé sobre la gravilla para protegerla con mi cuerpo. Si llegué a albergar la esperanza de que, mojado el mecanismo, o el fulminante o el explosivo, de alguna forma la bomba no llegaría a estallar, me equivocaba. La explosión me hizo apretar la cabeza de Klara contra mi cuello, la mía contra la grava. Gracias a Dios, el agua, ese maravilloso fluido cuasi incompresible, la absorbió en gran parte. Nos ahorró el impacto directo de la onda de choque, si bien nos obsequió con una generosa rociada grisácea. Así la muñeca de Klara: el reloj de Francine señalaba exactamente las nueve y diez. Los oídos me

zumbaban.

Me hice a un lado para no aplastarla. Me incorporé hasta quedarme sentado. La ayudé a hacer lo mismo. Ella tenía el cabello húmedo y revuelto; el cuello, sudoroso; la falda, sucia; las medias, rotas a la altura de las rodillas. Tenía gracia: en menos de una hora había visto a las dos mujeres objeto de mi amor, siempre tan glamurosas ellas, hechas un asco.

Idéntica imagen debía de dar yo, porque Klara me dedicó una sonrisa feliz.

—Mírate —dijo—: estás horrible.

Sonreí también. A pesar de que nos faltaba el resuello, nuestras risas fueron *in crescendo* hasta convertirse en compulsivas carcajadas.

Estábamos vivos.



Verschaffelt había salido al vestíbulo, alarmado por las detonaciones. Patrice lo tranquilizaba, tras identificarse como agente de la *Sûreté de l'Etat*. Según él, un par de peligrosos delincuentes, a quienes perseguía, habían tratado de ocultarse en el Instituto. Habían atacado al bedel, pero luego, viéndose descubiertos, habían huido para evitar verse acorralados. Su compañero y él habían abatido a uno y atrapado al otro cuando intentaba huir, por lo que el asunto podía considerarse zanjado. Patrice estaba al tanto de que allí se celebraba una importante reunión internacional: no era necesario importunar a los científicos; podían seguir con lo suyo con tranquilidad. Comprendí que Verschaffelt no tenía ni idea de que la *Sûreté* vigilaba el Solvay.

Pero se había oído, objetaba el sexagenario profesor, una fuerte explosión.

El agente también estaba enterado. El gasógeno de un vehículo había estallado en la avenida de las Naciones, dijo. Nada que no sucediera de vez en cuando. La prensa del día siguiente daría

cuenta, a buen seguro. Mientras tanto, si fuesen tan amables de permitirle utilizar un teléfono, él se ocuparía del fallecido, del detenido y de llevar a un hospital al bedel conmocionado.

Una luz dorada incidía sobre las copas de los árboles. El jardín había recuperado su natural placidez. Verschaffelt, faltaría más, aceptó de buen grado. Por nada del mundo quería que un desafortunado incidente empañase el éxito del Consejo.



Klara y yo nos habíamos demorado en el Mercedes, tratando de recomponer nuestro deslucido aspecto. Yo me había peinado, ella se había retocado. Su gabardina disimulaba la falda manchada y le tapaba las rodillas con holgura. Mi traje húmedo y arrugado tenía poco disimulo; al menos, me había enderezado el nudo de la corbata.

Habíamos abandonado la sala de conferencias nada más llegar y ahora regresábamos al Instituto con cara de circunstancias. Verschaffelt, quien por la mañana me había visto con otra damisela, no podía tener muchas dudas sobre lo que hacíamos en el vehículo mientras tenía lugar el tiroteo. Cuando entramos en el vestíbulo, sacudió la cabeza.

Mientras el presidente del Consejo tomaba algunas disposiciones, entregamos a Patrice la llave del Mercedes en un discreto aparte, rogándole que se interesase por Charlotte. Él, a su vez, nos pidió que actuásemos como si nada hubiese ocurrido y que no lo revelásemos a nadie. El *affaire* Fehme iba a ser clasificado como materia de Estado.



Dirac seguía imperturbable con su charla. Nos sentamos en segunda fila, junto a la puerta de entrada. Klara se quitó la gabardina, que

colocó sobre sus rodillas. Fue entonces, desaparecida la tensión del drama, cuando nos vinimos abajo. Bajo la tela impermeable se entrelazaron nuestras manos temblorosas. El pañuelo de Klara subió y bajó hacia sus mejillas hasta quedar empapado. Yo mismo realicé vanos esfuerzos para no desbordarme. Al final hube de utilizar el dorso de la mano. Desde el ala opuesta de la mesa, Lise Meitner nos lanzaba furtivas miradas.

Me dejé estrujar las manos por Klara. Por encima de todo lo vivido en las últimas veinticuatro horas, no podía evitar hacerme una consideración: con esas mismas manos, en apariencia limpias, había matado a una persona. Y en ningún momento hasta entonces, para mi desconcierto, había sentido remordimiento, piedad, temor de Dios.

De la charla del genial físico británico —electrones, positrones, fotones y demás miembros de esa peculiar familia adoptada por los físicos de partículas— no llegué a asimilar una palabra.



Salimos al vestíbulo cuando todavía los aplausos resonaban en la sala. No queríamos estar presentes en la pausa del café para no soportar miradas incómodas. Peor aún: seguro que Heisenberg tenía muchas preguntas sobre mi extraña actitud de las últimas horas.

Un bedel joven ocupaba el mostrador. Dos individuos con bigote y sombrero vigilaban la puerta. Un sedán negro bloqueaba el acceso al jardín. Del Mercedes blanco solo quedaban las huellas de un brusco frenazo en la grava. La normalidad parecía restablecida. Klara y yo intercambiamos miradas de alivio: la *Sûreté*, al fin, controlaba la situación.

—Necesito ir al hotel —dijo ella con los ojos enrojecidos—. Acompáñame, por favor.

42



El Métropole bullía con la característica animación de media mañana: botones empujando carritos de equipaje, camareros atendiendo las mesas del vestíbulo, guías turísticos esperando a su selecta clientela. Nos acercamos a la recepción cohibidos. Yo temía encontrar mi maleta junto al mostrador, donde una suerte de humillante desdén me expulsaría para siempre del respetable establecimiento. Remy nos vio venir de lejos. Para mi sorpresa, tenía nuestras llaves en la mano.

—*Mademoiselle* Hofmann, *monsieur* Maier, sus habitaciones ya están arregladas. —Nos dedicó una respetuosa inclinación de cabeza. Nadie que no hubiese adquirido cierta complicidad con él podría haber detectado emoción en su semblante—. Espero que lo encuentre todo a su gusto, *monsieur* —me recalcó.

Picados por la curiosidad, ambos nos dirigimos a mi dormitorio.



La lámpara, limpia y repuesta en su sitio; la cama, bien alisada; el baño, repleto de impolutas toallas; el albornoz, plegado con el cinturón formando un primoroso lazo. Por supuesto, alguien había limpiado la moqueta ensangrentada.

Volví a sentarme sobre la colcha, en el mismo lugar en que, poco antes, había esperado que acabase todo. Klara se mantuvo en pie,

mirando a un lado y a otro. Supe que trataba de reconstruir en su mente la escena previa a su llegada. Si en el taxi habíamos guardado silencio, creí llegado el momento: la puse al día sobre el maquiavélico plan de Fehme y la investigación de Charlotte, que me había abordado en el bar para interrogarme sobre Jürgen. Le aclaré que mi participación en el asunto se debía a que, en su desesperación, Jürgen había dado con su cuerpo malherido en mi dormitorio. Le dije la verdad, pero no toda: para qué mencionar aspectos ajenos al caso, como mis actividades para la NG y mi consiguiente relación con Charlotte.

—Es terrible —dijo Klara, estremeciéndose—. Pensar que Jürgen estuvo a punto de… No puedo creerlo. —Se sentó junto a mí, buscando una cercanía reconfortante—. La otra noche, en la cena con los profesores, ¿cómo podía estar tan tranquilo, sabiendo lo que iba a hacer?

—Seguramente no lo estaba —aventuré—. En realidad, cuando descubrió en qué consistía el plan, lo abortó. Supongo que no era mal tipo, después de todo. Se dejó arrastrar por un fanatismo que no era suyo, pero supo enmendar su error. —Clavé los ojos en la moqueta todavía húmeda. Jürgen se había arriesgado a morir por despedirse de Klara. Sentía que le debía algo. Que ella supiera, sin provocarle más dolor—. Le gustabas, ¿sabes? —dije al fin con un suspiro—. Me lo dijo antes de expirar. Creo que eso fue la gota que desbordó el vaso; la que lo decidió a desactivar la bomba en el último momento.

Tuve que abrir la maleta para buscar un pañuelo. Dejé que Klara se desahogase durante un par de minutos. Yo pensaba en Charlotte y en su pierna herida. Deseé con toda mi alma que el balazo no le dejase secuelas.

—¿Piensas en ella?

No creo en eso que algunos llaman intuición femenina; no, al menos, que sea distinta a la del varón. Por eso atribuí su pregunta a la casualidad.

—¿En quién, en Charlotte?

—Ajá.

Encogí los hombros.

—Me preocupa, sí.

—La quieres, ¿verdad?

Me esperaba la pregunta, como consecuencia de la anterior. Cogí su mano más cercana entre las mías. Klara tenía la punta de la nariz y el blanco de los ojos enrojecidos. Contemplé sus iris, inmensos como el océano. Durante tres días me había debatido entre ambas mujeres. Ahora tenía una respuesta.

—Te quiero a ti.

Ella se ruborizó.

—No deberías. —Desvió la mirada—. Sería mejor para ti quererla a ella.

Suspiré. Por algún motivo, las chicas que me gustaban tendían a no considerarse adecuadas para mí.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te he hablado de Fritz Strassmann?

—¿El colaborador de Hahn y Meitner? Sí, lo hiciste… —Naturalmente. Una mujer como ella… Cómo había podido ser tan ingenuo—. Oh, comprendo.

—No es eso —sonrió con dulzura—. Strassmann es un buen amigo, nada más. Por eso no soporto ver cómo lo trata el régimen: desde que finalizó su beca de la NG, trabaja en el KWIC sin recibir salario. Los nazis lo han puesto en su lista negra porque se dio de baja en la Sociedad de Químicos Alemanes después de que expulsasen a los miembros judíos. No se le puede contratar, ni se le permite habilitarse como profesor, y él mismo ha renunciado a trabajos en la industria porque le exigían afiliarse al Partido Nazi. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Pasa hambre, Matt; lo he visto con mis propios ojos.

—Lo… siento de veras —dije conmovido—. Pero no entiendo. ¿Qué tiene que ver…?

Klara inspiró hondo. Su pecho se elevó de una forma que me pareció deliciosa.

—Me voy de Alemania. Emigro. Huyo. Llámalo como quieras. Se acabó.

Las idas y venidas. El sobre de papel manila. La embajada americana. La verdad me abofeteó cual adversario insolente. Se había paseado ante mis narices y no la había visto; peor aún, la había malinterpretado, obsesionado como estaba por la necesidad de informar sobre Lise Meitner.

—Te vas —dije sin aliento.

Apretó la mandíbula.

—No aguanto más. En breve me echarán del instituto. Ni siquiera Meitner puede evitarlo; ella, menos que nadie en realidad, pues también está en el punto de mira. Su prestigio aún la protege, pero yo… —Torció la boca con amargura—. Deberé ceder el puesto a un varón con menos cualificación y experiencia. Deberé recluirme en mi casa, a la espera de que algún descerebrado con ínfulas pida mi mano.

—Por el amor de Dios, Klara —intenté protestar—, eso no…

Pero ella negó con la cabeza.

—El otro día hablamos sobre el tema, ¿recuerdas? Acabamos bromeando, pero no hay nada cómico en esto: las mujeres ya no contamos. Y no se trata solo de nosotras. A muchos de mis amigos ya no los reconozco: se han embrutecido; persiguen judíos, convencidos de que un brazalete les otorga la razón. Y mis amigas jalean los desfiles con el brazo en alto, cuando no participan luciendo sus blusas pardas como si fueran a un baile de puesta de largo. Ya no sé qué excusas poner para evitarlas: he pasado más catarros este verano que en todo el resto de mi vida. Y mi familia… Mi casa se ha convertido en un infierno. Mi hermano se ha afiliado al partido. Todos los días me abronca por ignorar las consignas; todos los días me acuesto con lágrimas en los ojos. Mi padre está deprimido. Se le exigió que prestase su apoyo incondicional al régimen, so pena de que lo expulsasen de la Universidad y del hospital donde ha ejercido siempre la medicina. Desde que firmó los papeles no es más que una sombra de sí mismo. ¡Y el imbécil de mi

hermano todavía va por ahí jactándose de que su padre es un patriota! Qué asco, Matt… Alemania entera me da asco.

Se quedó callada tras haberse vaciado. En sus ojos encharcados amainó la tormenta. Sentí algo muy difícil de explicar. ¿Amor? Qué otra cosa podía ser, si no, ese júbilo que me producía su presencia, ese desasosiego que me provocaba su inminente pérdida. La rodeé con el brazo. Ella apoyó la cabeza en mi hombro. No podía verle la cara, pero sentía el vaivén de su respiración irregular. Le había dicho que la quería, y por Dios que en eso no le había mentido.

—¿Sabes? —dijo, como si hubiese olvidado un detalle importante —. Me dan una pena infinita mis padres; pero me marcho con su bendición. Ambos comprenden que Alemania no tiene nada que ofrecerme.

—¿Adónde vas?

—Meitner había pensado en París para mí. Por eso, en parte, me trajo como ayudante: tenía mucho interés en que conociese a los Curie. Pero yo estaba empeñada en poner el océano de por medio. El mismo sábado consulté en la Embajada Americana la posibilidad de conseguir un visado. Y el martes Lawrence me hizo una oferta muy generosa. Tiene un magnífico laboratorio, equipado con todos los adelantos. Dispone de abundantes fondos y está dispuesto a contratarme como ayudante.

Lawrence. Mi intuición masculina había sido, pues, acertada. Solo que no era Meitner quien negociaba. O no para sí, al menos.

—Te vas a California, entonces —dije deshaciendo a duras penas el nudo de mi garganta.

Se sonó la nariz con delicadeza. Luego se incorporó para mirarme de hito en hito.

—Voy a comenzar una nueva vida, Matt. —Su voz sonaba excitada; también, en cierto modo, apenada—. Me costará olvidarte, pero tú debes hacerlo lo antes posible.

—No va a ser fácil, después de lo que hemos pasado juntos — suspiré—. Me hubiese gustado encontrarte en Berlín. Salir contigo, que me enseñases tu ciudad, que nos hiciésemos fotografías…

—Lo sé. A mí también, en otras circunstancias.

El beso fue inevitable. Comenzó, supongo, como un trámite de despedida. Como el último acto romántico de un amor imposible. Pero el beso se prolongó. Nos resistíamos a separar los labios. Nuestras lenguas se trabaron en húmedo forcejeo, y el trámite se convirtió en beso furioso; en beso despechado; en desquite contra esa Alemania, injusta e infame, que nos obligaba a renunciar el uno al otro sin haber tenido, apenas, oportunidad de conocernos.

Sofocada, jadeante, Klara volvió a la realidad antes que yo.

—Hemos de regresar al Instituto —dijo—. Y antes debo cambiarme de ropa. —Me dedicó una mirada burlesca—. Tú también.

—Lástima —dije resignado—. Este era mi traje de los domingos.

—Y estas, mis mejores medias —rio ella, subiéndose el borde de la falda por encima de las rodillas.

Posé la palma de la mano en la más cercana, levemente huesuda; hermosa, según mi vasto criterio. Acaricié la piel, visible a través del desgarrón. Ella se dejó hacer. Ambos sabíamos que no era el momento, pero nos supo a mutua promesa.

—Esta noche la familia Solvay ofrece a los profesores y a sus esposas una cena —dije—. ¿Consideraría, *frau* doktor Hofmann, concederme esa cita que venimos aplazando desde el lunes?

—Estaré encantada, doktor Maier. De hecho, comenzaba a temer que no me lo pediría nunca.

Inspiré hondo. Tras la borrasca, los iris aguamarina se mostraban radiantes cual mañana despejada de invierno.



Llegamos a tiempo para el almuerzo. Esta vez no traté de evitar a Heisenberg: me fui derecho a ofrecerle una disculpa.

—Lo siento, *herr professor*, me temo que no estoy resultando de mucha utilidad.

Mi maestro alzó una de sus pobladas cejas sin decidir si mi

contrición era sincera.

—Lo de esta mañana…, su retraso, sus entradas y salidas, interrumpiendo la sesión… Y ni siquiera se ha quedado al debate —dijo torciendo el gesto—. ¿Qué bicho le ha picado, Maier? Si le he traído a Bruselas ha sido más por su propio interés que porque yo necesite su asistencia. —Me dedicó una mirada mitad severa, mitad cómplice—. ¿Es por esa chica, la ayudante de Meitner?

Me ruboricé, claro. Aun así, traté de mantener la compostura.

—La señorita Hofmann y yo… —Carraspeé—. Es cierto que hemos hecho amistad, pero no se trata de eso. Anoche no me encontraba bien; no me quedé a la cena, como usted sabe, y esta mañana ni siquiera he tenido estómago para desayunar. Las tripas… —Hice un gesto elocuente—. Me temo que no estoy acostumbrado a estos viajes.

—Le comprendo. —Heisenberg distendió el rostro—. A mí me ocurría lo mismo al principio. ¿Se encuentra mejor?

—Oh, sí. Incluso creo que he recuperado el apetito.

—Pues sírvase, sírvase un buen plato —dijo, señalando el bufé—. No es extraño que tenga hambre, si no ha probado bocado en veinticuatro horas.

—Gracias por su comprensión, *herr professor*. Le prometo que no volveré a distraerme.

—No lo haga. Por cierto, ¿ha visto algo?… Me refiero al lío que se ha montado fuera, mientras hablaba Dirac. Se han escuchado disparos y explosiones, ¡y el bueno de Paul estaba tan concentrado en lo suyo que ni siquiera ha levantado la mirada del encerado! —Sacudió la cabeza—. Verschaffelt ha salido a ver qué ocurría y ha mencionado que unos delincuentes querían ocultarse en el Instituto. —Frunció el ceño al reparar por primera vez en mi traje arrugado—. ¿No habrá tenido que ver con eso, Maier?

Mi yo más inocente respondió por mí.

—Qué va, *herr professor*; me hallaba en el lavabo. Las tripas, ya sabe.

El azar —o, mejor dicho, Lise Meitner, interesada por una fórmula que Heisenberg había introducido en la discusión— quiso que acabásemos departiendo, plato en mano, con ella y con Klara. La profesora, de frugal apetito, fumaba un cigarrillo. Klara comía con desgana; cariacontecida, adiviné, porque también la habían llamado a capítulo. Mientras Heisenberg explicaba ciertos pormenores, yo engullía un emparedado tras otro, empeñado en paliar la única dolencia verdadera de mis tripas: su tristeza.

Cuando el rigor científico decayó, me atreví a preguntar algo que me intrigaba.

—¿Sabe, *frau professor*? —dije—. Me extraña que no se haya invitado al Consejo a una figura tan relevante como Max Planck.

Meitner rio tras un velo de humo azulado.

—No es que no lo inviten; es que no quiere venir —dijo—. *Herr* Planck se siente muy torpe en estos eventos: ¡no se le dan bien el inglés ni el francés!

Los tres conocían bien al inspirador de la teoría cuántica. Incluso Klara llegó a animarse, tratándose de contar anécdotas suyas. La conversación distendida duró hasta que el tintineo de una cucharilla contra una copa llamó la atención de los presentes. Verschaffelt anunció que *monsieur* Couprie, el fotógrafo, estaba listo para efectuar la toma en la sala de conferencias. Si los profesores eran tan amables…

Poco a poco, los ilustres fueron desfilando. Klara y yo los seguimos con curiosidad. El fotógrafo dispuso que las tres damas se distribuyesen sentadas alrededor de una esquina de la U. Los miembros del Comité científico se sentaron junto a ellas. El resto de los cuarenta y un asistentes oficiales se fue situando en segunda y tercera fila. Me fijé especialmente en aquellos a quienes había conocido en Bruselas: Fermi tras Bohr; Dirac tras Debye; el bajito Cabrera ante el alto Gamow; el corpulento Lawrence tras la menuda Meitner, como si su cercanía ratificase el pacto que me arrebataba a

Klara.

Un reloj de pared señalaba las dos menos cinco. Observando desde la entrada, en un extremo de la U, Klara y yo contuvimos la respiración. El fotógrafo levantó en alto una moderna bombilla de *flash*, unida por un cable al disparador. Los sabios clavaron sus miradas en el objetivo. Mis tripas emitieron un súbito borboteo, lo bastante audible como para que Klara se percatase.

—¿Tienes hambre? —susurró, mirándome con los ojos agrandados—. ¡Pero si has comido como una tribu suajili entera!

—Te recuerdo que anoche no cené, y que esta mañana no he desayunado —susurré a mi vez—. Me habría comido una pierna asada del mismísimo Verschaffelt.

Klara se llevó una mano a la boca. Aun así, no pudo evitar que la carcajada escapase por entre los dedos. Advertí que Meitner le dirigía una mirada severa. En ese preciso instante, el *flash* de Couprie iluminó la estancia.

Lo siento si en el prólogo de la narración creé expectativas que ahora se ven defraudadas. Pero así ocurrió, tal como lo he contado, para desdoro de Klara y mío.

AUF WIEDERSEHEN,
AU REVOIR

Heisenberg (cont.)

… En primavera de 1926, Heisenberg se estableció como profesor en Copenhague, lo que favoreció la interacción con Bohr. El formalismo matemático de la mecánica matricial estaba bien establecido, y ambos estaban más interesados en su interpretación en relación con los fenómenos físicos observables…

Una playa. Un acantilado. Una duna. Un puerto diminuto. Poca cosa con qué distraerse. Junio de 1925 llevó a Heisenberg a la isla Helgoland, en el mar del Norte, para recuperarse de su violento ataque de fiebre del heno. Durante diez días paseó, se bañó en el mar, respiró el aire libre de polen y se concentró en el problema de crear un modelo algebraico que, aunque menos intuitivo que el orbital, permitiese operar con solo las magnitudes observables de la radiación emitida.

De vuelta en Gotinga creía haberlo conseguido. El modelo ofrecía resultados correctos, incluyendo la conservación de la energía, que consideraba esencial. Redactó un artículo. Born quedó admirado, reconociendo en las matemáticas empleadas por su pupilo el álgebra de matrices, que él había aprendido en sus tiempos de estudiante. El artículo de Heisenberg se publicó en septiembre en *Zeitschrift für Physik*. Pauli, siempre crítico con su amigo, por fin creyó en él.

El trabajo subsiguiente para dotar al modelo del formalismo matemático necesario, desarrollado a ritmo frenético por Born, su ayudante Pascual Jordan y el mismo Heisenberg, daría lugar en

noviembre de ese mismo año a una extensa publicación que acabaría siendo conocida como el *Dreimännerarbeit —El trabajo de los tres hombres*—, y que se convertiría en el tratado fundacional de la nueva teoría.

Había nacido la mecánica matricial.



Pero Heisenberg no había acabado de sorprender. De nuevo en Copenhague, a los veintiséis años todavía había de hacer su contribución más importante al cambio de paradigma iniciado por Planck: las relaciones de incertidumbre, fruto de sus reflexiones sobre la teoría cuántica.

Su demostración de que posición y velocidad de una partícula a escala atómica —y, por tanto, su trayectoria— no podían determinarse con precisión rompió otro esquema hasta entonces considerado sagrado: si Planck había acabado con la hipótesis del continuo, y Einstein, con el espacio y el tiempo absolutos, Heisenberg lo hacía con el dogma de la causalidad determinista: «Si se conoce el presente, se puede calcular el futuro».

En 1927, Heisenberg recibió propuestas de las universidades de Leipzig y Zúrich. Interesado en colaborar con Debye, se decidió por la primera, donde se instaló como director del Instituto de Física Teórica, integrado en el Instituto de Física dirigido por el holandés.

1927 fue, precisamente, el año de mi ingreso en la universidad.

PROGRAMA DEL DÍA

Viernes, 27 de octubre

09:30 h: Informe de M. Gamow:
El origen de los rayos gamma
y los niveles de energía nuclear

* * *

11:00 h: Discusión

* * *

12:30 h: Almuerzo

* * *

19:30 h: Cena de gala en el Palacio Real de Laeken



43



Una tenue claridad vertical se proyectaba por una rendija. Algo me confundió al despertar: un débil soplo, un siseo intermitente, flotaba junto a mi cabeza. Tardé en comprender. Me levanté de la cama con calculada lentitud. Procurando no hacer ruido, entreabrí las cortinas. Una franja rosada teñía el cielo, limpio y despejado, visible por encima de una azotea ligeramente más baja que la ventana, situada al otro lado de un patio interior. La luz tuvo un efecto inmediato: el bulto que ocupaba el otro lado de la cama se estiró en somnoliento desperezo. Unos brazos de suave contorno buscaron el borde superior del cabecero. La colcha adamascada reveló formas evocadoras, apeteciblemente sinuosas.

Una placentera laxitud me invadió.

La tarde anterior, tras las emociones vividas por la mañana, había trabajado duro. Reconciliado con Heisenberg, ambos la habíamos dedicado a repasar su charla. Mi jefe no cesaba de captar valiosas ideas en las sucesivas ponencias y, sobre todo, en las discusiones subsiguientes. El volumen de las notas recopiladas, que debíamos analizar, discutir, pulir y ordenar, comenzaba a ser apreciable.

Ajenos al peligro que habían corrido, los profesores acudieron a una cena ofrecida por la familia Solvay. Klara y yo, libres de compromiso y decididos a disfrutar de una velada para nosotros solos, recorrimos las calles de Îlot Sacré hasta encontrar un agradable bistró.

A la luz de una candileja, de tácito acuerdo, evitamos las

profundas reflexiones, la polémica política, la sesuda ciencia. Hablamos de nuestras familias, de nuestros amigos, de nuestras infancias. De libros y de películas. Para mi sorpresa, a Klara le gustaban los wésterns. Quizá por ello le atraía California. Ella adoraba a Gary Cooper; yo, a Marlene Dietrich. También a Cooper, cierto, pero no me veía con un revólver en la mano.

Fue una cena deliciosa, rematada con un paseo por la Grand Place a la luz de las farolas. Nos acercamos hasta el Manneken Pis, del que tan buenos recuerdos teníamos, con el único objetivo de arrojarle sendas monedas de la suerte. Regresamos silenciosos al hotel, cogidos de la mano. Recogimos nuestras llaves respectivas. Tomamos el ascensor hasta la última planta manteniendo la compostura ante el circunspecto ascensorista. En el corredor tuve un asomo de duda. Le besé las manos. Ella tiró de las mías en su dirección.

—Ven —propuso.



—Buenos días —dije.

Klara me sonrió. Se inclinó sobre la mesilla para consultar su reloj de pulsera. Luego palmeó el hueco que yo había dejado en el colchón.

—Todavía es pronto.

—Lo sé. Supongo que mi mente se mantiene alerta para que no me retrase otra vez. Heisenberg no me lo perdonaría.

Me introduje entre las sábanas tibias. La abracé con ternura. Ella se acurrucó contra mí, apoyando la mejilla en mi pecho.

—Me alegra que estés aún aquí —dijo—. Anoche pensé que te irías cuando me durmiese.

La besé en la frente. Se entendía que no fuese mujer pródiga en afeites, porque al natural estaba preciosa.

—Ni se me pasó por la cabeza. —Sonreí—. ¿Lo hubieses preferido?

—¡Por supuesto que no! Pero vas a ser la comidilla del personal cuando Léa encuentre tu cama intacta —añadió, acompañándose con una graciosa carcajada.

—Debería deshacerla antes —reí también.

Nos besamos con dulzura, sin la apremiante fogosidad con que la noche anterior, liberados al fin de compromisos, conspiraciones y malentendidos, habíamos iniciado el lance amoroso. Luego permanecimos en silencio, respetando cada uno los pensamientos del otro. Qué ironías se gastaba la vida: en un mismo día había matado y había hecho el amor por primera vez en mi vida. Solo esperaba que lo primero ocurriese por última vez, y que lo segundo fuese un comienzo.

Pero no sería con Klara, de quien me separaban tantas cosas como nos unían. Ella aborrecía a los nazis hasta el punto de abandonar su patria, su familia, su vida, antes que doblegarse a su dictadura. Yo resistiría hasta donde me fuese posible, buscaría mantener viva la llama de la ciencia alemana con mi modesta aportación. Ninguno de los dos acertaba, ninguno se equivocaba; eran, simplemente, dos modos opuestos de enfocar un mismo problema. Si el nazismo se convertía en desbordamiento pasajero, tras el que las aguas regresarían a su tranquilo cauce, mi apuesta habría merecido los sinsabores. Si perduraba hasta conducirnos a una nueva guerra europea, tal como muchos auguraban, entonces me alegraría por Klara.

Pero no era momento para pensamientos lúgubres. Intenté quitármelos de la cabeza. Pensar en positivo.

Los nazis estaban forjando un país libre de servidumbres, independiente y poderoso.

Los nazis estaban transformando huelgas y revueltas en trabajo y pan.

Los nazis nos habían librado de la amenaza bolchevique.

Las advertencias de Hugo Reetz respecto a la Liga de Estudiantes me vinieron a la cabeza. Un escalofrío recorrió mi cuerpo sin que Klara, por fortuna, lo advirtiese.

Los nazis daban mucho miedo.



En comparación con la mañana del jueves, la del viernes transcurrió con normalidad en el Instituto de Física, donde tomé abundantes notas desde la segunda fila, a pesar de las placenteras imágenes nocturnas que, recientes en mi retina, venían a distraerme de vez en cuando. Tan solo destacaré una divertida revuelta de algunos profesores cuando Gamow, por deferencia a los anfitriones, comenzó a exponer su informe en francés, revuelta que el ucraniano aplacó gracias a su aceptable inglés.

Por la tarde Heisenberg no quiso dar más vueltas a su conferencia. Más que otra cosa, el cuerpo le pedía un paseo antes de vestirse para la cena real.

—Es horrible, Maier —dijo, meneando la cabeza—. Estas cenas oficiales… Se sirve una cantidad indecente de comida, como si el anfitrión necesitara que sus invitados reventasen para sentirse digno. ¿Ha visto el menú de esta noche en palacio?

Crema a la Sévigné. Salmón en salsa genovesa. Solomillo de buey. Pulardas asadas.

Me mostró la elegante cartulina impresa adjunta a la invitación. Patatas a la inglesa, coles de Bruselas, ensalada de corazones de lechuga, compota de reinetas… Cada plato venía acompañado de su correspondiente guarnición. Y de postre, bomba Fédora, fruta variada y otros *desserts* no especificados, lo cual inquietó a mi estómago, pues no lograba entender yo qué más postres podían caberle a uno después de todo lo anterior.

—Espero que tengan bicarbonato en palacio, *herr professor* —bromeé.

—Ah, por cierto… —Heisenberg sacó su billetera—. Le dije que cubriría su manutención, pero, con tanta cena a la que no puede acompañarme, entiendo que va tirando usted de bolsillo propio. —Me tendió varios billetes—. No, insisto —añadió ante mi protocolario

rechazo—. Ya lo cargaremos a algún patrocinador de nuestro Instituto.



Libres de nuevo, Klara y yo proseguimos nuestro peculiar idilio con fecha de caducidad. Ella había obtenido permiso de Meitner para adelantar al sábado su regreso a Berlín. Disponía de poco tiempo para despedirse de su familia: si quería no hacer sola el largo viaje a California, debía unirse a Lawrence en París, donde este pasaría unos días antes de zarpar.

Por la tarde la acompañé a comprar encajes de Bruselas para su madre. Ella se decidió por una mantelería primorosamente ornamentada. Yo, admirado por la finura y elegancia del dibujo, invertí parte del dinero de Heisenberg en sendos tapetes para mi madre y mi tía. Luego le propuse que acudiésemos a una *brasserie*. Quería invitarla. Ella aceptó. Sería una cena de despedida.

Pero antes regresamos al hotel para dejar a buen recaudo los encajes. Klara deseaba cambiarse, y yo me adelanté en bajar al vestíbulo. Quería enviar una nota a Charlotte, interesándome por su pierna, y la única forma que se me ocurría era hacérsela llegar con un botones al Astoria, donde tal vez Patrice se ocuparía. Los Gamow aparecieron, cogidos del brazo, mientras escribía la nota al dorso de una tarjeta. Me sorprendió, porque los demás invitados ya habían partido para palacio; pero al verlos vestidos de calle comprendí. Intercambiamos saludos, felicité al profesor por su conferencia y me disculpé ante Lyubov.

—No sabe cuánto lo siento —le dije, cabizbajo—. Me ha sido imposible hablar con mi amiga. Ella…

Gamow me interrumpió con una amistosa palmada en el hombro.

—No tiene que disculparse, Maier —dijo—. Rho me ha contado su ofrecimiento. Le estamos muy agradecidos, en cualquier caso. ¿Verdad, querida?

Lyubov asintió con la cabeza.

—Al final nos ha resultado imposible alquilar un frac de la talla de Geo —dijo con un suspiro—. Una lástima, porque nos hacía ilusión acudir a la cena de gala.

En ese momento se nos unió Klara. Hice las presentaciones, dando a entender que nos disponíamos a salir para cenar. A los Gamow se les iluminó la cara.

—¡Qué diablos! —exclamó él—. Cenemos juntos, y luego vayamos a bailar y a beber una botella de champán. Me apetece celebrarlo, ahora que me he quitado de encima la presión de la conferencia.

Klara y yo aplaudimos la idea. A fin de cuentas, también nosotros merecíamos un desfogue.

—Seguro que lo pasamos mejor que en una aburrida cena real —resumió el ucraniano.



Sopa de cerveza. Salchichas. Paté. Queso especiado. Coles. Espárragos.

Sin ser un festín palaciego, el menú resultó generoso y variado. La conversación estuvo a la altura. Gamow, como Klara, era amante del wéstern; Lyubov, de la fotografía. Entre los tres se estableció enseguida una corriente de afinidad. Geo y Rho, como se llamaban entre ellos, eran una pareja increíble. Volvieron a narrar su aventura en kayak para Klara, y luego nos mantuvieron en suspense con otro de sus planes de huida, consistente en hacerse con una motora de una instalación científica dedicada a la biología marina, situada en la entrada del fiordo de Murmansk, y costear las gélidas aguas del paralelo setenta hasta Noruega. Gamow había convencido a un conocido suyo en la base para que le permitiese dar a los biólogos unas charlas sobre la aurora polar, pero el plan se frustró cuando dos guardas irrumpieron a mitad de la primera charla y arrestaron al director de la base por supuestas actividades subversivas. Clausurada la instalación, a los Gamow no les quedó otra que

regresar a Leningrado.

Klara les desveló su plan de emigrar a California. Los Gamow también ansiaban una nueva vida en Estados Unidos. Dos veranos atrás, a George lo habían invitado a dar una serie de conferencias en la Universidad de Michigan, pero no obtuvo el permiso para abandonar la Unión Soviética. Al llegar a Bruselas les había escrito para preguntarles si renovarían la invitación el próximo verano. De ser así, él y Lyubov cruzarían el Atlántico. Luego, Dios proveería. Excitados por la cerveza y las perspectivas de aventura, los tres hicieron votos por reencontrarse en América.

Tras la *brasserie* acudimos a la sala de baile del hotel. Gamow pidió su anhelado champán. Puesto que yo la había invitado a cenar, Klara insistió en pagar una segunda botella. Descubrí que era una consumada bailarina. Al *swing* de la orquesta dimos vueltas y vueltas hasta casi marearnos. No fue la velada íntima que habíamos planeado, pero fue muy divertida.

La intimidad la tuvimos luego, por última vez, en la habitación de Klara.

PROGRAMA DEL DÍA

Sábado, 28 de octubre

09:30 h: Informe de M. Heisenberg:
Consideraciones teóricas generales sobre la estructura del núcleo

* * *

11:00 h: Discusión

* * *

12:30 h: Almuerzo

* * *

19:30 h: Cena en el Hôtel Métropole



44



En la primavera de 1931 había comenzado mis trabajos para la obtención del doctorado. Heisenberg y yo decidimos que me centraría en la magnetostricción, fenómeno por el que los materiales magnéticos cambian de forma en presencia de un campo magnético. Fue una época intensa y gratificante. Pasó el verano, pasó el otoño, pasaron el invierno y una nueva primavera. Saqué una nota brillante —palabras de Heisenberg, recuerden, no mías— en el examen de doctorado. Y luego, como quiera que le manifestase mi intención de preparar la habilitación, mi jefe me invitó a que lo hiciese con él.

Antes de eso, en marzo, James Chadwick había anunciado el descubrimiento del neutrón. Heisenberg dedujo que el núcleo del átomo, al enigma de cuya estructura nadie hasta entonces había dado solución, podría estar formado por neutrones, además de por protones. No fue el único en tener tal inspiración, pero sí fue más allá: propuso una teoría que resolvía, además, el problema de la inestabilidad del núcleo debida a que los protones se repelen entre sí.

Me ahorraré los aburridos detalles. Baste decir que contribuí con modestos comentarios, intensas búsquedas bibliográficas y ocasionales cálculos; y que, a partir de entonces, la física nuclear encontró una base firme en la nueva teoría cuántico-mecánica del núcleo de Heisenberg.

La misma que estaba a punto de presentar en la séptima edición del Consejo Solvay.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS GENERALES SOBRE
LA ESTRUCTURA DEL NÚCLEO

Por M. W. HEISENBERG

Puesto que los datos experimentales relativos a la estructura del núcleo atómico no nos han proporcionado hasta ahora nociones físicas que vayan más allá de la mecánica cuántica, es necesario examinar, al comienzo de una exposición teórica sobre el núcleo, en qué medida la mecánica cuántica u ondulatoria pueden utilizarse en este nuevo campo…

La resaca del champán no me impidió mantener la apostura. Dado que me sabía de memoria la charla de Heisenberg, lo más interesante de la mañana fue conocer a los ilustres de la física que me faltaban. Sobre todo, al legendario Ernest Rutherford, el neozelandés que había alcanzado los máximos honores académicos y sociales del Imperio. Tras intercambiar unas frases corteses con quien había desentrañado los secretos de la radioactividad, fui presentado al intrépido Piccard, de lo que también pensaba presumir ante Hugo Reetz. No se me escapaban las oportunidades que la ocasión suponía: una palabra de Heisenberg bastaría para que cualquiera de ellos considerase admitirme en su laboratorio. Y mi jefe —él mismo lo había sugerido más de una vez— diría tal palabra a la primera insinuación por mi parte. Me atraían especialmente Zúrich, donde tendría ocasión de trabajar con Pauli, y Cambridge, aunque tuviese que instalarme en el escobero de Dirac.

Pero no consideré adecuado el momento. Aún tenía pendiente la habilitación. Y luego, con nazis o sin nazis, con Klara o sin ella, no pensaba dejar escapar la oportunidad que la NG me brindaba de trabajar en la meca de la física alemana: Berlín.

Regresé al hotel aquejado de una estúpida sonrisa. Además de mis nuevos conocidos, llevaba conmigo otro preciado botín: Couprie había aparecido a la hora del almuerzo con un paquete de copias de la fotografía oficial. Yo me había hecho con una de ellas y, a base de moverme mucho y rápido, había logrado que casi todos los

profesores me la firmasen, incluido un complaciente Rutherford. Sé que parecerá pueril, pero ardía en deseos de ver la cara de Hugo cuando se la mostrase.



El mismo ajetreo de siempre. Los mismos pasos apresurados. Las mismas carreras con maletas a cuestas. Las mismas tristes o alegres despedidas.

En la cabecera del convoy, la locomotora emitió un suspiro de alivio. Sus tanques acumulaban presión. Según un reloj mural quedaban quince minutos para la partida del Nord Express de las 17:22. Klara había facturado una pesada maleta. Luego, tras acomodarse en su compartimento, había regresado al andén para apurar la despedida. Yo tenía sus manos, suavemente enguantadas, entre las mías. Me sentía como el náufrago sin fuerzas que, abandonada toda esperanza, se resigna a dejarse engullir por el océano.

—Toda la vida buscándote —dije—, y voy a perderte apenas te encuentro.

Ella me dedicó una mirada dulce. El azul húmedo, el pronunciado arco de las cejas, la fina arruga en mitad de la frente, reflejaban sentimientos encontrados.

—Ojalá pudieras reunirte conmigo en América —dijo—. Quién sabe, quizás algún día…

Ladeé la cabeza.

—¿Nos inviten a ambos al Solvay?

—Tonto —sonrió.

—Ojalá puedas tú regresar a Alemania. Los nazis no durarán siempre.

—Eso espero. Aun así, no creo que vuelva a sentirme cómoda entre muchos de mis conocidos. Tú eres distinto, Matt. No cambies.

Una mano enguantada me acarició la solapa del abrigo. Una lágrima se deslizó hacia su boca. Abracé con fuerza a mi enamorada.

Ella apoyó la mejilla en mi hombro. El ala de su sombrerito me cosquilleó la garganta.

—Estos últimos días… —Se limitó a suspirar, porque sobraban las palabras—. Ojalá yo también te hubiese conocido antes.

Se alzó de puntillas para besarme en el pómulo, por encima de la barba. Intercepté sus labios con los míos en el momento en que se retiraban. Nos dimos, ajenos a cuanto nos rodeaba, un beso largo y profundo. Un beso con sabor a aventura, a riesgo, a sangre y a dinamita. Pero también a manos temblorosas debajo de una gabardina, a vislumbre de amanecer por entre las cortinas, a piel tibia y perfumada, a champán.

Cuando volvimos a la realidad, un pasajero nos contemplaba, entre curioso y divertido, desde su ventanilla. Dos damas con aparatosos sombreros murmuraban sin quitarnos la vista de encima. Una de ellas tapaba con una mano los ojos del perrito que llevaba en brazos.

No puede evitar una sonrisa.

—Tengo algo para que no me olvides —dijo Klara.

—Sabes que no lo haré.

Encogió ella los hombros.

—El tiempo lo borra todo. Por eso quiero que conserves esto.

Había bajado al andén con su bolso colgado del brazo. Extrajo de él un libro que me resultó familiar.

—Te gustará.

La guerra de los mundos, con su marciano gamberro en la portada, se entreabría por la mitad. Intercaladas entre sus páginas había varias fotografías: estanque con pato y nenúfares; yo posando ante la fuente del parque; Klara, ante la Diana cazadora; ambos, cogidos del brazo, el encuadre ligeramente torcido, el Manneken Pis detrás.

—Gracias por el libro, pero las fotos querrás conservarlas tú —protesté.

En el extremo del andén, el factor hizo sonar su silbato. La locomotora respondió con un potente bocinazo. Klara se sujetó con

una mano al asidero del vagón.

—Mandé hacer dos copias —dijo con una última, picara sonrisa —. Cuídate, Matt.



Me quedé contemplando el convoy hasta que la luz del furgón de cola se perdió en la lejanía. Luego emprendí el camino al hotel con el libro de Wells bajo el brazo. Ajeno a mi pesadumbre, o tal vez espoleado por ella, el marciano me sonreía.

45



No fui derecho al hotel. Antes paseé mi melancolía por las calles de Bruselas. La borrasca de los últimos días había dado paso a un anticiclón benigno. La luz que doraba los áticos de la acera oriental palidecía, camino de desaparecer. Era una hora de bullicio en una tarde plácida. Hora de acabar las compras, de cerrar negocios, de regresar a casa o entrar en las tabernas. La hora en que un alma solitaria se siente más sola que nunca. Una castañera revolvía el carbón de su hornillo, iluminando el atardecer con miríadas de chispas. En la calzada se oyó un crujido seguido de un bocinazo. Dos conductores comenzaron a discutir a viva voz. Ajenas, dos voluntarias del Auxilio Social me plantaron delante una hucha y sus bonitas sonrisas. Les di cinco francos de plata. Mis carencias no eran materiales; otros lo tenían peor que yo.

Tú eres distinto, había dicho Klara. ¿Distinto? Ni siquiera le había contado todo sobre Charlotte. Y esa omisión había resultado decisiva, sin duda, para que ella se arrojase en mis brazos. No me arrepentía: puesto que nuestra relación estaba condenada a convertirse en recuerdo, para qué estropearlo en el último minuto. Pero en el fondo me sentía mal: me había comportado como un embaucador. Como un egoísta. Como un fraude.

Así que distinto, ¿de quién?



No llegué a entrar en el hotel. Frente a la puerta aparcaba en ese momento un sedán negro, idéntico al que venía montando guardia ante el Instituto de Física desde el episodio de la bomba. Patrice bajó con un ademán que pretendía ser ágil, pero al incorporarse titubeó. Se llevó una mano a la sien, donde un vendaje sobresalía por debajo del sombrero ladeado.

—¿Se encuentra bien? —me interesé.

—Nunca había tenido tanto dolor de cabeza —se quejó.

—Me alegra verlo —dije de corazón al darnos la mano—. Deseaba darle las gracias por salvarme la vida —añadí, en alusión al tiroteo.

El agente-barman dejó escapar una carcajada.

—Usted tampoco lo hizo mal con esa bomba, ¿sabe? Demostró tener mucha sangre fría.

—¿Eso cree? —Negué con la cabeza—. Le advierto que, de haber pensado en lo que hacía… —Desvié la mirada hacia el automóvil, donde me había parecido ver una silueta en el asiento del pasajero —. ¿Charlotte?

—Recibió su nota. Me ha pedido que la trajese, aprovechando que yo debía hablar con el director del hotel. El jueves se montó una buena en su establecimiento, y el pobre hombre merece una explicación oficial. —Sus labios dejaron ver una dentadura sana. Luego se llevó dos dedos al ala del sombrero—. Le dejo un rato con ella.

Entreabrí la puerta que había cerrado Patrice. Me quité el sombrero. Asomé la cabeza.

—¿Duele?

Charlotte compuso una débil sonrisa.

—Ya no. La bala no rompió nada importante, gracias a Dios.

Oír su voz casi masculina hizo que todo en mí se distendiese. Había temido por ella. Una amplia falda de *tweed*, larga hasta las pantorrillas, disimulaba cualquier vendaje que pudiera llevar en el muslo. Lo que no podían disimular ni el carmín ni un toque de colorete en los pómulos era su acentuada palidez. Aun así, la

encontré extraordinariamente atractiva. Me dejé caer en el asiento del conductor.

—El torniquete que me hizo tu amiga me salvó la vida, según los médicos —dijo—. Me gustaría darle las gracias.

Negué con la cabeza.

—Será difícil. Acaba de salir en tren para Berlín. Fue ella quien condujo el Mercedes, ¿sabes?, a máxima velocidad hasta el Instituto.

—Una mujer admirable en todos los sentidos. No es extraño que te guste.

—Se va a América —dije sin confirmar ni desmentir la apreciación —. Emigra. No soporta a los nazis.

Charlotte dejó escapar un silbido.

—Vaya. Y una mujer de principios. —Se giró hacia mí de cintura para arriba. Me miró de hito en hito; desafiante, casi—. ¿Por qué no te vas con ella?

—Mis planes pasan por Berlín.

Le sostuve la mirada, esperando una reacción que no se produjo. Tampoco yo quise insistir. Tenía demasiado reciente la despedida en la estación.

Hubo un prolongado silencio, roto al fin cuando sus labios compusieron un mohín travieso.

—¿Quieres dar un paseo?

Miré instintivamente la falda de *tweed*.

—¿Puedes?

Ella apuntó con su barbilla hacia el asiento trasero: había una silla de ruedas plegable.

—Si empujas tú…



—Es muy importante que el complot no trascienda, Matt —dijo Charlotte en el tono justo de voz para que los demás transeúntes no pudiesen oírla—. Los Consejos Solvay son motivo de orgullo nacional, y si los ilustres profesores supieran que han estado a *esto*

—separó un centímetro el índice y el pulgar— de volar por los aires, podría ser su final. Por no hablar de que si determinadas personas se enteran de lo que hiciste, irán a por ti. ¿Entiendes?

—Entiendo.

El atardecer era un recuerdo. Bajábamos por el bulevar Anspach a la luz de las farolas. Yo llevaba las solapas del abrigo levantadas. Ella se arrebujaba bajo una manta de viaje.

—El ministro del Interior me ha felicitado esta mañana, ¿sabes? También a Patrice. Nos hubiese condecorado, de no ser porque nuestro trabajo requiere el anonimato; el mío, sobre todo. Y es fundamental que continúe así. Eso también lo entiendes, ¿verdad?

Por supuesto que lo entendía. Y me preocupaba.

—¿Quiere eso decir que regresas a tus… actividades en Alemania?

Respondió con un silencio.

—Pero Charlotte, lo que haces es muy arriesgado —protesté—. Más ahora, que…

—Va en el salario —me interrumpió, colocando una mano de tenues venas azuladas sobre la mía, por encima de su hombro—. Por cierto, que el ministro me ha pedido que te transmita sus felicitaciones. También te hubiese condecorado, pero un extranjero… —Chascó la lengua, negando con la cabeza—. Habría tenido que inventar demasiadas explicaciones —concluyó, dejando escapar una de esas carcajadas que tan sexis me parecían.

Habíamos llegado a una plaza presidida por un magno edificio neoclásico guardado por dos leones de piedra. Ajena a la desconfiada mirada que uno de ellos nos dirigía, Charlotte me contaba algunos pormenores del caso. Los que creía prudente contar, supongo.

—Pasado el verano —decía—, la *Sûreté*, preocupada por la anunciada presencia de Einstein en el Solvay, puso en marcha una operación preventiva. Ya sabes que Einstein había levantado las iras nazis por sus declaraciones sobre la falta de libertad en Alemania; suficiente, si a eso se añade el hecho de ser el judío alemán más

internacional, para que Fehme lo sentenciase a muerte. Pero los supuestos crímenes de Einstein van más lejos: es copresidente de honor del Comité Mundial de Ayuda a las Víctimas del Fascismo Alemán[46], el cual, a su vez, ha publicado el *Libro Marrón del Incendio del Reichstagy el Terror de Hitler*[47]. Se trata de una extensa recopilación de datos, informes y testimonios que achacan a los nazis la verdadera autoría del incendio y que denuncian sus persecuciones, torturas y asesinatos.

»El caso es que interceptamos mensajes cruzados entre Fehme y los pronazis belgas. Descubrimos que planeaban atentar contra Einstein en Bruselas. Más tarde, cuando se supo que Einstein no vendría, la vigilancia se relajó. Pero yo estaba segura de que seguían tramando algo. Ten en cuenta que el otro presidente de honor del Comité Mundial es el profesor Langevin, que sí estaría presente, así que el Solvay seguía siendo la ocasión perfecta para actuar. No tenía pruebas, solo indicios, y nuestra jefatura exigía prudencia y discreción: no convenía alarmar a los físicos ni, por supuesto, alertar a la prensa. Insistí en participar personalmente en las operaciones. Tu casual viaje a Bruselas, por iniciativa de la propia NG, me proporcionó la excusa perfecta.

—Entonces lo de Gelb, lo mío, los informes…, ¿todo eso no tenía nada que ver?

—Fue una afortunada coincidencia. Me enteré de tu misión cuando estaba a punto de alegar una enfermedad de mi madre para poder venir. Me presenté voluntaria para servirte de enlace. Al fin y al cabo, mi origen me convertía en la elección idónea. Schmidt-Ott y Gelb estuvieron de acuerdo.

—¿Cuál es el papel de Gelb en la NG, exactamente? —pregunté, aprovechando la coyuntura.

Charlotte elevó los hombros.

—Es una especie de asesor externo; de detective, si quieres. Creo que antes fue policía. Ahora es persona de confianza de Schmidt-Ott, quien le encomienda ciertos trabajos que requieren discreción: pesquisas, informes… A la NG le gusta asegurarse de que

sus fondos son bien empleados.

—¿Y puede ser que Gelb…? —Carraspeé, buscando una manera sutil de expresarme—. ¿Puede ser que emplee métodos poco ortodoxos? Algunas veces, quiero decir.

—Imagino lo que quieres decir. Lo ignoro, la verdad; aunque, en los tiempos que corren, no pongo la mano en el fuego por nadie.

Asentí en silencio. Me quedaba igual que estaba, pero lo importante era…

—¿Cumplirá su palabra?

—Sin duda. Tu amigo y su hermana no tienen de qué preocuparse. —Noté un aire de sarcasmo en su voz—. Tengo entendido que ella es guapa, Matt, picarón.

Agradecí no tener a Charlotte frente a frente, porque una oleada de sangre me subió hasta las orejas mientras la muy sinvergüenza se deshacía en cálidas risas.

Por suerte, ella misma volvió a sus explicaciones. Se había hecho una redada. Los cómplices de Francine habían sido detenidos; un relojero de Grand Sablon, el encargado de confeccionar la bomba, entre ellos. El sicario detenido por Patrice en la ULB había confesado haberse desembarazado del cuerpo de Jürgen Attel. Lo habían encontrado, siguiendo sus indicaciones, en el canal Willebroeck, flotando entre dos gabarras carboneras.

—Lo van a repatriar —dijo—. Dirán que tuvo un lío con una prostituta su primera noche en Bruselas. Que el proxeneta de turno pensó que, tratándose de un extranjero joven e inexperto, podría sacarle un dinero extra. Lo siguió hasta el hotel, lo intimidó, lo chantajeó. De ahí que Attel se mostrase extraño y esquivo estos días. Se supone que no quiso denunciar el chantaje por temor a ver malparada su reputación; que prefirió inventar un accidente de su padre para regresar a Alemania antes de tiempo, huyendo del proxeneta. Habría conseguido que algún conocido le enviase un telegrama desde Heidelberg. Pero el proxeneta lo vigilaba con un cómplice. Lo vieron salir del hotel. Le exigieron el dinero, discutieron, lo acuchillaron. Arrojaron el cuerpo al canal y se

quedaron con su equipaje. Según la versión oficial, la Gendarmerie habría resuelto eficazmente el caso: abatió al proxeneta el día siguiente, en un tiroteo en el que se detuvo al cómplice. Su confesión habría permitido localizar el cadáver del pobre Attel y recuperar sus pertenencias; que han sido, por cierto, halladas en una consigna de la estación. Asunto cerrado.

—Joder.

—Sí. Joder.

Pensé en los padres de Jürgen. No solo perdían a un hijo: el hecho de que este quedase estigmatizado los mortificaría el resto de sus vidas.

Seguí empujando la silla en silencio. Charlotte aprovechó para encender un pitillo. Lo malo de andar así era que no le veía la cara. Me hubiera gustado llevarla del brazo, sentir su cabello cosquilleando en mi oreja, el suave contoneo de su cadera, el magnetismo de sus iris de alga.

Llegamos a una travesía de esquinas dominadas por amplios escaparates. El nombre de la bocacalle me resultó familiar.

—¿Calle des Teinturiers?… ¿No es aquí dónde me citó Patrice?

Una nube azulada se dispersó, perezosa, en el aire en calma.

—Hay un piso franco. Lo utilizábamos para reunirnos e intercambiar información. Ya está vacío.

Coloqué la silla junto a un banco, ladeándola de forma que me permitiese sentarme lo más cerca posible de Charlotte. Una cosa me intrigaba desde que me revelase su condición de agente secreto.

—¿Por qué Bélgica?

—¿Perdona?

—Quiero decir… ¿Por qué trabajar para la Inteligencia belga? Lo mismo podrías haber elegido la alemana.

Los labios bermellón se distendieron.

—Tú no eliges a la Inteligencia, querido Matt. Ella te elige a ti. —Charlotte aspiró una bocanada tan profunda que a mí me habría provocado un golpe de tos. Debía de tener la faringe de hierro—. Las mías, como las tuyas, fueron una infancia de guerra y una

juventud de posguerra. —Su aliento azulado danzó a nuestro alrededor hasta desvanecerse—. Solo que yo me crie en Bruselas. Bélgica restañaba sus heridas en medio de una gran animadversión hacia Alemania. La muerte, la destrucción, la humillación sufrida… Ahora todo eso se ha suavizado, pero mi madre padeció mucho entonces a causa de su origen, y yo misma sufrí desprecios de conocidos y compañeros. No de las amigas que conociste en la fiesta —puntualizó, elevando la mirada al cielo—; de otro modo, no seguirían siéndolo. El caso es que me trasladé a Berlín, a casa de unos tíos maternos, en cuanto tuve edad para entrar en la universidad. La República de Weimar, con su liberalidad y su tolerancia, me dio la paz de espíritu que aquí se me negaba. Pero antes me había prometido a mí misma que haría lo que estuviese en mi mano para que toda esa destrucción, esa humillación por la que había pasado mi pueblo paterno, no sucediese de nuevo.

»Y así, querido Matt, es como acabé entrando en la *Sûreté*. Los detalles, como puedes comprender, son confidenciales.

Una risa fresca, todo lo fresca que su voz podía permitir, dio por cerrado el tema. Yo estaba conmocionado: el destino me ponía ante otra mujer admirable, y otra que no podía aprehender.

El destino era muy cruel conmigo. Un hijo de la gran puta.

Traté de disimular mi turbación.

—Ahora que Hitler está al mando, se diría que no te equivocaste en tu elección —reconocí.

—Se diría. Esperemos que no se repita lo del 14; pero no sé.

Sentí una enorme necesidad de abrazarla. No una sexual, entiéndanme. Era más bien aprecio, admiración, respeto. Puede que especiados con una pizca de autocompasión.

Me contuve.

—¿Te veré en Berlín? —pregunté.

Ella desvió la mirada.

—Ya te dije que no te conviene.

—Pero Charlotte…

Me puso el índice en los labios.

—No es solo por mi trabajo —dijo—, que a partir de ahora va a ser más peligroso que nunca. En tu carrera, las formalidades son importantes. Si me descubriesen, si se llegara a saber que sales con una agente belga…

Atrapé su mano. Le besé el cuenco, haciendo que los dedos se enredasen en mi barba. El «sales con» había sonado a que ella no lo descartaría de no ser por los riesgos. Con la mano libre, Charlotte arrojó el cigarrillo mediado a un charco. El ascua se apagó con un siseo.

—¿Aún lo deseas? —preguntó.

—¿El qué?

—Besarme.

Besarla.

Recordé la fragancia de sus labios en el salón de los Rogier; la caricia de sus dientes entreabiertos; la refrescante humedad cálida de su lengua, tan distinta, y a la vez tan parecida, a la de Klara. Recordé también el más reciente, postrero abrazo en el andén de la estación; las tristes palabras enamoradas; la desesperanzada ausencia de promesas. Ya puesto, recordé el vistoso filtro de porcelana *art déco* en la salita de los Weiss; la amable mirada desconfiada de Rachel; el sutil aroma a lavanda de su nuca.

Octubre había sido un mes intenso.

Inspiré hondo para que no me temblase la voz.

—No hay nada que desee más en este mundo.

Charlotte elevó una ceja irresistiblemente delineada.

—Sería un beso de despedida.

—Claro.

Lo hicimos sin pudor alguno. Un beso largo y afrutado, de ojos cerrados y labios entreabiertos. A mitad del beso, un revoloteo me distrajo. Una paloma se había posado a escasos centímetros de la silla. Nos observó, condescendiente; luego sacudió la cabeza, como si negase, y alzó el vuelo con furioso aleteo.

Una paloma puritana, por Dios.

—Debemos regresar.

—Lo sé.

Charlotte se sacó un pañuelito de la manga. Se aplicó una punta a los lacrimales de los ojos. Brillante, el verde alga reflejaba la mota de luz de una farola cercana.

—Despidámonos aquí —dijo con un suspiro—. No quiero que Patrice…

Por segunda vez aquella tarde, sentí un intenso picor en la nariz. Tomé sus manos. Me las llevé a los labios con fruición, consciente de que quizá las perdía para siempre.

—*Auf Wiedersehen*, Charlotte.

—*Au revoir*, Matthias.

46



Dos días después de mi doble despedida salí para Leipzig con el esmoquin en la maleta. Charlotte no consintió que se lo devolviera; según ella, a su padre se le había quedado justo de cintura. También llevaba un abultado paquete de informes, los míos y los suyos, que Gelb se ocuparía de recoger en mano, puesto que ella permanecería en Bruselas hasta el restablecimiento —nada de balazos, claro— de su «fémur fisurado».

El día anterior, el domingo 29, había tenido lugar, en un clima de satisfacción y optimismo generalizado, la clausura del séptimo Consejo Solvay. Hubo una discusión general, y a las conclusiones siguió una alocución de Paul Langevin en la que elogió la multinacionalidad del evento. Del éxito que suponía compartir investigaciones en aras de un ideal común puso como ejemplo el descubrimiento del neutrón, al que habían llevado las aportaciones del alemán Bothe, los franceses Joliot-Curie y el británico Chadwick, allí presentes. También anunció el nombramiento de Enrico Fermi como nuevo miembro del Comité científico, lo que provocó una ovación.



El regreso en tren se me hizo largo y fatigoso. Supongo que mis reservas de adrenalina estaban agotadas. No contaba con el

aliciente de la ida, ni tuve fascinantes encuentros como los de Charlotte y Klara. Tuve, eso sí, intensas conversaciones con Heisenberg sobre los resultados del Consejo y la forma en que afectarían a nuestro trabajo. Según él, mi tesis de habilitación estaba prácticamente lista; y yo, preparado para convertirme en profesor.

También me dediqué a reflexionar sobre la famosa lista de Gelb. Haber espiado a mis colegas iba a resultar una deslealtad con pocos resultados prácticos. Si las malas noticias —Peierls, Schrödinger— se habían visto confirmadas, al menos Gelb no podía quejarse de las buenas: Heisenberg, Debye y Meitner se quedaban, de momento; incluso Bothe lo haría, si se le encontraba un buen acomodo. En cuanto a los extranjeros, dudaba para mis adentros que alguno de ellos fuese a aceptar un empleo en Alemania. Ni siquiera Gamow había mostrado interés a mis indirectas durante la cena a cuatro. A pesar de los argumentos que yo le había dado a su esposa, los del ucraniano tenían más sentido: no pensaba escapar de un totalitarismo para caer en otro.

El resto del tiempo dormí en mi litera, dormité en el asiento, leí *La guerra de los mundos* o paseé mi melancolía por el pasillo, contemplando el sereno paisaje diurno o las fugaces luces nocturnas; esperando —deseando— que la puerta de un compartimento se abriese en cualquier momento y que Charlotte, que habría embarcado en secreto, deseosa de sorprenderme, me regalase una sonrisa bermellón.



Gelb cumplió su palabra, tal como había asegurado Charlotte. Y lo hizo al contado: tras leer la nota valorativa que ella había añadido a los informes, extrajo de su gabardina de inspector de la Kripo un sobre con los pasaportes y visados prometidos. Los examiné con cuidado, más por curiosidad que por desconfianza. Los pasaportes estaban a nombre de Hans y Helga Schneider; poco originales y, por

tanto, más seguros. Los visados expiraban a finales de noviembre, pero Gelb me recomendó que no los apurasen. Cualquier retención en la frontera, ya fuese arbitraria o no, podía demorarse hasta su vencimiento. Y en tal caso, me dejó bien claro, no habría otros.

El escenario de la transacción fue, cómo no, el Riquet; la mesa, la misma de la primera vez. Esta vez sí le acepté un *schnapps*, que bebimos una vez satisfecho el «papeleo». Al entrechocar los vasos, me pareció atisbar un asomo de preocupación en su glacial mirada.

—Espero —dijo— que su amigo Weiss haya tenido tiempo de restablecerse.

A mí, Jakob era quien menos me preocupaba. Para él sería fácil el cambio; no en vano iba a trabajar con una leyenda viva de la física. Para el resto de los Weiss sería más complicado: Rachel tendría que hacer un acto de valentía; sus padres, uno de fe.

Apurado el licor, Gelb se caló el sombrero. Hizo ademán de ponerse en pie, dejando una moneda de plata sobre la mesa.

—Ha hecho un buen trabajo, Maier —dijo a modo de despedida —. Si alguna vez… Si necesita algo, Charlotte sabrá ponerlo en contacto conmigo.



Al día siguiente hice que los Weiss me invitasen a cenar. No resultó difícil, pues todos ardían de curiosidad por conocer mis andanzas en Bruselas. Supe que hacían un dispendio a base de *gulasch* de vaca, *brattkartoffeln* y tarta de chocolate. Era notorio que en la farmacia apenas entraban clientes: la escasez de ingresos se notaba en la baja temperatura del comedor, en la triste luz debida a las pocas bombillas no aflojadas en la araña, en las coderas de la chaqueta de Simon Weiss, en el deslustrado cabello de Martha Weiss, en la forzada jovialidad, en fin, de la conversación. Para complicar más las cosas, los ingresos de Jakob se habían esfumado: durante la ausencia de Heisenberg había recibido una carta de despido. Era improbable, en eso estuvimos de acuerdo, que el profesor hubiese

podido evitarlo. Para mi alivio, el mes transcurrido desde el accidente —y las privaciones, supuse, de sus padres y hermana en favor suyo— había bastado para restablecer la salud de mi amigo.

Bebimos agua del filtro y un tinto del Mosa que yo, pensando en la ocasión, había incorporado a mi equipaje en el último minuto y que fue recibido por *herr* Weiss con una sentida reverencia. Con el café puse los pasaportes sobre la mesa. Expuse la necesidad de que Rachel acompañase a su hermano: su exclusión *sine die* de la universidad, lo peligrosas que se habían vuelto las calles de Leipzig. Osé mencionar, incluso, el alivio que supondría para los padres otra boca menos que alimentar. Para mi sorpresa, no hubo protestas. Weiss padre se limitó a asentir en silencio, la mirada extraviada en el fondo de su copa. *Frau* Weiss colocó una mano sobre la de su marido, se llevó la otra al pecho, como si le costase respirar, dejó escapar una lágrima. Rachel me miraba con la boca entreabierta y los ojos, más profundos y hermosos que nunca, entrecerrados. Escapar de los nazis, regresar a la universidad, la aventura de Dinamarca… Pero abandonar a sus padres. Supe que se debatía entre el alivio y la culpa. Y tuve una revelación que no se habría dado de no ser por mi acrecentada experiencia con el sexo opuesto: si me idolatraba como su ángel salvador, también me odiaba por mi traición. Por permitir —por promover— que se alejase de mí.

Guía de ferrocarriles en mano, el viaje se estableció para tres días después. *Herr* Weiss tenía prisa por poner a sus hijos a salvo. Tomarían un expreso de madrugada a Berlín. De allí irían hasta Warnemünde, en la costa báltica, donde un *ferry* los trasladaría a Gedser, en Dinamarca. Antes de las siete de la tarde estarían en Copenhague. No era un viaje largo, pero los numerosos transbordos lo harían incómodo. El mismo día de la partida, que debían realizar en el más absoluto secreto, yo entregaría a Heisenberg una carta de despedida de Jakob y me ocuparía de que telegrafiase a Bohr.

Me despedí del matrimonio con un nudo en el estómago, sin poder evitar una lágrima cuando *Frau* Weiss me bendijo. Ya en la puerta, prometí a Jakob visitar a menudo a sus padres mientras

estuviese en Leipzig. Nos dimos un abrazo de hermanos. Rachel salió a despedirme al descansillo. Se retorcía las manos. Sus mejillas encendidas expresaban lo que los balbuceos no alcanzaban.

—Pensaba que tú… Que yo…

Ahora sabía lo que ella sentía. Podría haberla abrazado. Podría haberle dicho que yo también la quería, que algún día ella regresaría y que me encontraría. Pero eso significaba condenarla a una cruel espera, probablemente vana. Le cogí ambas manos. Hice acopio de todo mi valor para no confesarle lo que ella quería oír.

—Yo también te echaré de menos, Rachel —me limité a decir con un nudo en la garganta.

En la calle, los primeros copos de nieve de la temporada caían con placidez, dejando un rastro de humedad en la acera. Esa noche todavía no cuajaría. A pesar del aire que acuchillaba los pulmones y salía convertido en vaho, sentí la necesidad de aflojarme la corbata y el cuello de la camisa. De respirar hondo.

Había sido mi tercera despedida en pocos días.



A primeros de noviembre, Werner Heisenberg recibió al fin su medalla Max Planck de la Sociedad Alemana de Física. El día 9, mientras buscábamos contradicciones en su despacho ante una pizarra negra repleta de símbolos blancos, un bedel golpeó la puerta con los nudillos. Traía un telegrama para el profesor. Este rasgó la solapa con el ceño fruncido, como se recibe a los telegramas. Leyó el texto una vez. Lo releyó. Luego, dejándose caer en su silla con mirada inexpresiva, me tendió el papel amarillo con tiras engomadas y membrete del *Deutsche Reichspost*.

ESTOCOLMO
PROFESOR W HEISENBERG
INSTITUTO DE FÍSICA TEÓRICA
UNIVERSIDAD DE LEIPZIG

TENGO EL HONOR DE INFORMARLE QUE LA REAL ACADEMIA SUECA DE CIENCIAS HA DECIDIDO OTORGARLE EL PREMIO NOBEL DE FÍSICA 1932
H PLEIJEL

—Henning Pleijel es el presidente del Comité Nobel de Física —se limitó a decir.

Fui el primero en felicitarlo. El segundo fue el bedel, quien había permanecido en un discreto segundo plano y cuya salida del despacho propició que la noticia se difundiera por el campus como gota de tinta en un vaso de agua.



Justo cuando el reconocimiento científico a Heisenberg llegaba a su cénit en Alemania y en el mundo entero, su desacuerdo con el régimen empezó a traerle serios problemas. Su deliberada inasistencia, dos días después, a una manifestación de la Liga Nacionalsocialista de Maestros causó gran escándalo y confusión entre alumnos y profesores. Solo el prestigio del Nobel evitó que el acoso fuera a más. Comenzó así un delicado equilibrio entre concesiones al régimen y actividades en favor de los físicos perseguidos, que se prolongaría durante los siguientes años.

Mientras tanto, yo capeaba el temporal como podía. Me libré de acudir a la manifestación diciéndole a Hugo Reetz, a sabiendas de que él me justificaría ante la Studentenbund, que pasaría ese fin de semana con mi madre; que me había comprometido a celebrar *Martinstag* con ella en recuerdo de mi padre y que, además, era visita obligada si quería votar, pues seguía censado en Meissen. De hecho, voté, aunque no como Hugo habría esperado.



El 8 de diciembre, Heisenberg llegó a Estocolmo acompañado de su

madre. Allí se encontró con los Schrödinger y con Dirac y su madre, procedentes del Reino Unido. Austriaco y británico compartían el Nobel de 1933. Según me comentó antes de su partida, mi maestro se sentía incómodo por haber recibido un premio en solitario, mientras que sus colegas, tan merecedores como él, a su juicio, debían compartir el otro. También porque entendía que el suyo premiaba una labor conjunta con Born y Jordan, a quienes la Academia Sueca no había reconocido.

Ese mismo día llegué de nuevo a Meissen. Visitar a mi madre, supuestamente delicada de salud, se había convertido en la única excusa válida para evitar las convocatorias nazis en la Universidad, a las que debía acudir so pena de ver comprometida mi integridad física. Abracé, amoroso, a la supuesta enferma. Comprobé que no había encontrado los encajes de Bruselas, escondidos durante mi anterior visita y que no debían salir a la luz hasta el día de Navidad. Luego recorrí las calles, saboreando el crujido de la nieve bajo mis botas. La atmósfera permanecía en calma. Inspiré el aroma a leña que flotaba por doquier. En el ayuntamiento, en la escuela, en la comisaría de Policía, en el *gasthof*, incluso, colgaban flácidas las banderas rojas con la cruz gamada. Me dio por ponerme nostálgico: en este árbol de la plaza me había roto una clavícula de niño jugando a hacer el mono; en ese poyo junto al río me sentó mi padre en sus rodillas para hablarme de la guerra; en aquella taberna bebí con los amigos mi primera cerveza, en obligado ritual iniciático que acabaría con todos nosotros revoleándonos en la ribera embarrada del Elba.

Y así, en la apacible Meissen, entre evocaciones entrañables, encontré la paz de espíritu necesaria para llevar a cabo una tarea largamente postergada: escribir una carta de pésame a los padres de Jürgen Attel.

EPÍLOGO



Hans Schneider realizó un fructífero trabajo en el Instituto de Física de Copenhague bajo la dirección de Niels Bohr. En 1935 se casó con la hermana de un compañero de trabajo. Helga Schneider acabó sus estudios de Farmacia. Se casó, un año después que su hermano, con su concuñado. A mediados de 1943, ante el mal cariz que tomaba la ocupación nazi de Dinamarca, hasta entonces permisiva con los judíos, ambas familias escaparon a Gran Bretaña. Hans y Helga, antes Jakob y Rachel, no vieron nunca más a sus padres.

Por mi parte, visité a Simon y Martha Weiss con regularidad hasta mi marcha de Leipzig. Luego lo seguí haciendo cada vez que tuve ocasión de regresar. Años más tarde encontré el piso cerrado y precintado. Un vecino me dijo que la Gestapo había llegado en camiones de caja abierta un día helado de enero. Habían sacado a la calle a todos los judíos del barrio, los habían despojado de sus abrigos y pertenencias y los habían embarcado para llevárselos, aterrados y ateridos, nadie sabía adónde.

Tampoco yo volvería a verlos.



Con Klara Hofmann intercambié varias cartas, cada vez más espaciadas, hasta que otras prioridades propiciaron el natural distanciamiento. Klara trabajaría en el Laboratorio de Radiación de Lawrence durante los años siguientes, adquiriendo un papel importante en el diseño de sucesivos modelos del ciclotrón, cada vez más grandes y potentes. El norteamericano sería galardonado con el Nobel de Física de 1939 por su invento.

En algún momento, Klara me escribió para decirme que contraía matrimonio con cierto abogado de San Francisco. Después de la Guerra Mundial, ya como profesora en Berkeley, se convertiría en una notable activista contra la proliferación nuclear. En esa época, Klara y Lise Meitner se vieron en cada viaje que la austriaca realizó a Estados Unidos, aclamada como descubridora intelectual de la fisión.



En cuanto a mí, obtuve la habilitación, para lo cual debí pasar varias semanas en un campo de adoctrinamiento junto con varias decenas más de aspirantes a profesor. Allí me vistieron con un basto uniforme pardo, hice ejercicio físico, realicé interminables marchas, recibí charlas patrióticas, aprendí a desfilar, a saludar con gestos milimétricamente calculados y a utilizar un fusil. También aprendí innumerables canciones nostálgicas, alegres u obscenas, que todos cantábamos con brío, alentados por ese efectivo vínculo que nadie como los nazis sabía inculcar y aprovechar en favor propio: la camaradería.

El sometimiento era absoluto. Durante el día me obligaba a no pensar en lo que hacía. Ayudado por la constante y exigente actividad, me limitaba a obedecer órdenes y a cumplir con una rutina de autómata: caminar, cantar, disparar, cantar, comer, cantar. Por la noche, exhausto, me refugiaba en mi litera y en mis mejores recuerdos de Meissen, Leipzig y Bruselas, lo único que me permitía soportar la humillación.



Superado el examen, me establecí como profesor en la Universidad Humboldt de Berlín, la misma en que habían sentado cátedra Planck, Von Laue, Einstein y Schrödinger. La NG me financió con generosidad una línea de investigación en rayos cósmicos, tema que escogí por recomendación de Heisenberg y, visto con la perspectiva del tiempo, puede que también como homenaje a Jakob y Jürgen. Visité en el KWIC a Meitner, quien me presentó a Otto Hahn. Conocí a Planck y a Von Laue, de quienes tanto había oído hablar a Heisenberg. Mi amistad con el reciente nobel hizo que todos ellos me recibiesen con suma cordialidad.

Comencé impartiendo Mecánica a los alumnos del primer semestre. Recordaba a diario las palabras de mi anterior jefe, cuando comparaba su destino con el de Schrödinger: tenía que saludar brazo en alto antes de cada clase, añadir un *Heil, Hitler!* a la firma de cada escrito, participar en ceremonias, presenciar desfiles y, no menos importante, evitar mencionar a Einstein. A las pocas semanas, para evitar que mi vida fuese vigilada a todas horas por los miembros del Partido, abandoné la residencia de profesores y me instalé en un pequeño pero confortable apartamento en Kreuzberg, no lejos de la Universidad. Por primera vez desde que abandonase el *gymnasium* no vivía en una pensión.

Pero el mayor cambio en mi vida llegó meses después, cuando me reencontré con Charlotte Belle-Croix en un cóctel organizado por el Instituto Kaiser Guillermo de Física en honor de su nuevo director, Peter Debye. Yo había acudido invitado por el homenajeado, mi antiguo profesor, y ella… Bueno, ella conocía allí a mucha gente. Para entonces ya no trabajaba para la NG, pues la política «feminista» de Hitler la había sustituido por un recién graduado con brazalete rojo. Le pedí una cita, por supuesto. Fuimos de paseo, al cine, a bailar. Todo lo que yo había soñado. Lo mismo que podría haber hecho con Klara en otras circunstancias. Pero Charlotte estaba allí, y Klara era historia.

Charlotte conocía mi secreto; yo, el suyo. Teníamos mucho de qué hablar, y aprendimos que ningún lugar era más propicio que la alcoba. Al cabo de un año le pedí matrimonio. No solo porque su compañía era lo único que me permitía soportar aquella situación desquiciada, en la que nadie, ni los afines al régimen, podía expresar sus verdaderos pensamientos, sino porque me sentía profundamente enamorado. Para mi sorpresa, Charlotte aceptó. Nos casamos en Bruselas, adonde viajamos con mi madre y con tía Gretchen. Ninguno de los dos habría soportado una boda adornada de colgaduras con la cruz gamada.

Regresamos a Berlín tras unos días en París, inmersos en un maravilloso romance. Yo continué con mis clases en la universidad. Ella, convertida en ama de casa modelo, continuó con sus labores clandestinas. Jamás le recordé el peligro en que nos ponía; jamás le confesé cuánto miedo pasaba; jamás le dije lo que, como esposa, debía o no hacer. Solo cuando la pequeña Helene, regordeta y despierta, comenzó a crecer en una sociedad cada vez más intolerante, paranoica y criminal, de común acuerdo decidimos que madre e hija se trasladasen a Bélgica, al cobijo de los Belle-Croix. Tan dolorosa separación supuso para mí un gran alivio, aunque pasajero. Si pensaba haber conjurado los peligros que nos amenazaban, me equivocaba: lo peor estaba por venir.

NOTA DEL AUTOR



Antes de 1933, Alemania lideraba el desarrollo científico de la época. Su papel preponderante en la química, la fisiología, la medicina y la física resulta tanto más notable cuanto que en gran parte fue llevado a cabo en las precarias circunstancias —aislamiento, hiperinflación, depresión— que atravesó el país durante los años veinte. Aun así, la nómina de quienes erigieron el hermoso edificio de la física moderna está plagada de científicos alemanes o que investigaron en universidades alemanas. De entre ellos, los más notables han aparecido en la narración.

Las leyes antisemitas de Hitler, sin embargo, hicieron que miles de profesores e investigadores perdieran sus puestos de trabajo de golpe. Aquellos que pudieron permitírselo abandonaron el país. La física teórica moderna sufrió especialmente: al ser una especialidad reciente, que los veteranos experimentales consideraban de categoría inferior, los judíos habían encontrado menos prejuicios para tomar posiciones en la misma. Se ha calculado que la Ley de Restauración de la Función Pública afectó a uno de cada cuatro físicos, cifra que entre los teóricos sobrepasó el cuarenta por ciento. La gran mayoría acabaron estableciéndose en Estados Unidos o en Gran Bretaña, países que, a la postre, vieron beneficiada su ciencia. Para dar idea de la calidad de todo este talento, baste decir que,

entre los físicos que abandonaron Alemania, catorce habían recibido el Premio Nobel o lo recibirían más adelante.



Las sesiones del primer Consejo Solvay de Física tuvieron lugar en 1911 en los salones del Hôtel Métropole, donde se alojaban los invitados. Esto fue variando en las siguientes ediciones: los asistentes al quinto Consejo, por ejemplo, se alojaron en el Grand Hotel Britannique, hoy desaparecido; en el séptimo se repartieron entre la Fundación Universitaria y el hotel Gallia et Britannique, también desaparecido. El autor se ha tomado la libertad de situarlos en el Métropole por su propia conveniencia. Las sesiones del segundo al quinto consejos tuvieron lugar en el Instituto Solvay de Fisiología, en el parque Leopoldo, como atestiguan las fotografías oficiales, tomadas ante su magnífica fachada. A partir del sexto comenzaron a realizarse en el Instituto de Física de la Universidad Libre de Bruselas.

El séptimo Consejo fue un éxito rotundo. Las expectativas abiertas con la transmutación radiactiva —la «moderna alquimia», en palabras de Rutherford—, y las excitantes novedades sobre la estructura del átomo —los descubrimientos del neutrón y el positrón, así como la desafiante teoría del neutrino— abrieron una etapa apasionante para la física nuclear y de partículas, cuyo siguiente avance trascendental sería el descubrimiento de la radioactividad artificial en 1934 por parte de los Joliot-Curie.

En 1935 el Comité científico comenzó los trabajos preparatorios del octavo Consejo, a celebrar el año siguiente. Una larga enfermedad de Langevin obligó a posponer la fecha. El Comité no pudo reunirse de nuevo hasta 1938. Se definió el lema —*Las partículas elementales*—, se estableció el programa y se seleccionaron conferenciantes, invitados y secretariado. Se fijó la fecha para octubre de 1939.

Un mes antes de la celebración, Alemania invadió Polonia.

Suspendido por fuerza mayor, el octavo Consejo no se celebraría hasta 1948.



De entre la numerosa documentación consultada para documentar esta novela, cabe destacar los siguientes libros:

BALL, PHILIP, *Al servicio del Reich, La física en tiempos de Hitler*, Turner, 2014.

CASSIDY, DAVID C., *Beyond Uncertainty: Heisenberg, Quantum Physics, and the Bomb*, Bellevue Literary Press, 2010.

CHAVES NOGALES, MANUEL, *Bajo el signo de la esvástica*, Almuzara, 2012.

CORCHO ORRIT, ROGER, *Lise Meitner: La fisión nuclear*, en *Mujeres de Ciencia*, RBA, 2019.

FERNÁNDEZ-RAÑADA, ANTONIO, *De la incertidumbre cuántica a la bomba atómica nazi, Heisenberg*, Nivola, 2008.

GAMOW, GEORGE, *My world Une; an Informal Autobiography*, Viking Press, 1970.

HAFFNER, SEBASTIAN, *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*, Destino, 2017.

HEISENBERG, WERNER, *La parte y el todo. Conversando en torno a la física atómica*, Ellago, 2004.

Instituí International de Physique Solvay. Structure et Propiétés des Noyaux Atomiques. Rapports et discussions du Septieme Conseil de Physique, Gauthier-Villars Editeur, 1934.

KRAGH, HELGE, *Generaciones cuánticas. Una historia de la física en el siglo XX,* Akal, 2007.

MEHRA, JAGDISH, *The Solvay Conferences on physics. Aspects of the development of physics since 1911*, Reidel, Dordrecht-Boston, 1975.

NAVARRO FAUS, JESÚS, *Una ecuación y un gato, Schrödinger*, Nivola, 2009.

ROMERO DE PABLOS, ANA, *Cabrera. Moles. Rey Pastor. La europeización de la ciencia. Un proyecto truncado*, Nivola, 2002.

WEITZ, ERIC D, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Turner, 2009.

Además de varias biografías de la Royal Society y de Nobel Price Outreach, y de las excelentes monografías de *National Geographic Magazine* sobre Albert Einstein, Erwin Schrödinger, Werner Heisenberg y Max Planck, publicadas por RBA.

LOS FÍSICOS



Relación alfabética de los participantes en el VII Consejo Solvay celebrado en Bruselas entre los días 22 y 29 de octubre de 1933, junto con su país de origen, filiación académica en la época y año de concesión del Nobel, en su caso, lo que muestra, si no ha quedado lo suficientemente claro a lo largo de la obra, la excepcional calidad de dicho Consejo.

Bauer, Edmond	Francia	Colegio de Francia, París	
Blackett, Patrick M.	Reino Unido	Universidad de Londres	1948
Bohr, Niels	Dinamarca	Universidad de Copenhague	1922
Bothe, Walther	Alemania	Universidad de Heidelberg	1954
Cabrera, Blas	España	Universidad de Madrid	
Chadwick, James	Reino Unido	Lab. Cavendish, Cambridge	1935

Cockcroft, John D.	Reino Unido	Lab. Cavendish, Cambridge	1951
Cosyns, Max	Bélgica	Universidad Libre de Bruselas	
De Broglie, Louis, Victor	Francia	Facultad de Ciencias de París	1929
De Broglie, Maurice	Francia	Instituto de París	
De Donder, Théophile	Bélgica	Universidad de Bruselas	
Debye, Peter	Holanda	Universidad de Leipzig	1936
Dirac, Paul	Reino Unido	Saint John's College, Cambridge	1933
Ellis, Charles D.	Reino Unido	Universidad de Cambridge	
Errera, Jacques	Bélgica	Universidad Libre de Bruselas	
Fermi, Enrico	Italia	Universidad de Roma	1938
Gamow, George	Rusia (act. Ucrania)	Acad. de Ciencias de Leningrado	
Heisenberg, Werner	Alemania	Universidad de Leipzig	1932
Henriot, Émile	Francia	Universidad de Bruselas	
Herzen, Éduard	Bélgica	Escuela de Altos Estudios, Bruselas	
Joffé, Abram	Rusia (act. Ucrania)	U. de Fís. y Mecánica, Leningrado	
Joliot-Curie, Frédéric	Francia	Instituto del Radio de París	1935

Joliot-Curie, Irène	Francia	Instituto del Radio de París	
Kramers, Hendrik A.	Holanda	Universidad de Utrecht	
Langevin, Paul	Francia	Colegio de Francia, París	1939
Lawrence, Ernest	Estados Unidos	Universidad de Berkeley	
Meitner, Lise	Austria	Inst. Kaiser Guillermo, Berlín	
Mott, Nevill F.	Reino Unido	Universidad de Bristol	1977
Pauli, Wolfgang	Austria	Escuela Politécnica de Zúrich	1945
Peierls, Rudolf	Alemania	Lab. Cavendish, Cambridge	
Perrin, Francis	Francia	Facultad de Ciencias, París	
Piccard, Auguste	Suiza	Universidad de Bruselas	
Richardson, Owen W.	Reino Unido	Universidad de Londres	1928
Rosemblum, Salomon	Polonia	Instituto del Radio, París	
Rosenfeld, Léon	Bélgica	Universidad de Lieja	
Rutherford, Ernest	Nueva Zelanda	Lab. Cavendish, Cambridge	1908
Schrödinger, Erwin	Austria	Universidad de Berlín	1933
Sklodowska-Curie, Marie	Polonia	Facultad de Ciencias, París	1903-1911
Stahel, Ernst	Suiza	Universidad de Bruselas	

Verschaffelt, Jules E.	Bélgica	Universidad de Gante	
Walton, Ernest T. S.	Irlanda	Lab. Cavendish, Cambridge	1951



Para quien tenga curiosidad por saber qué fue de los físicos que Matthias Maier conoció en el Consejo Solvay de 1933, a continuación se resumen las trayectorias de varios de ellos. Algunas resultan notables por cuanto, inmersas en una década convulsa, resultan novelescas de por sí.

MARIA SALOMEA SKLODOWSKA, más conocida por MARIE CURIE, regresó a París, debilitada y enferma, para continuar dedicada a su Instituto del Radio, que por entonces ya dirigía su hija Irène. Duraría pocos meses. Murió en julio de 1934 en un sanatorio de montaña, aquejada de anemia aguda, consecuencia de la radiación recibida a lo largo de su vida. Por un año no pudo ver cómo su hija y su yerno recibían el Premio Nobel de Química.

Hubieron de pasar más de sesenta años para que los restos mortales de Marie —la primera mujer en enseñar en la Sorbona, la primera mujer en recibir un Nobel, la primera persona en recibir dos — fueran trasladados, junto con los de su marido, al Panteón de París, donde yacen las grandes figuras de la República Francesa.

BLAS CABRERA Y FELIPE, el gran modernizador de la física en España, donde introdujo la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, entabló una buena amistad con Schrödinger en los consejos Solvay. Esto llevaría al físico austriaco a participar en 1934, por invitación del español, en la Universidad Internacional de Verano de Santander, donde daría seis conferencias sobre «La nueva mecánica

ondulatoria».

Cabrera continuó trabajando por la renovación de la ciencia en su país hasta el estallido de la Guerra Civil, que lo obligó a exiliarse a París. Allí ejercería como secretario del Comité Internacional de Pesas y Medidas, del que era miembro desde 1931. En 1941, obligado a dimitir por el Gobierno de España, emprendió el definitivo exilio a México.

Cabrera impartiría clases de Física atómica e Historia de la física en la Universidad Nacional Autónoma de México hasta su muerte, en 1945.

ENRICO FERMI dedicó los años posteriores al Consejo al estudio de la radioactividad artificial, lo que le valdría el Nobel de Física de 1938 por «sus demostraciones de la existencia de nuevos elementos radioactivos producidos por la radiación con neutrones, y por el subsiguiente descubrimiento de las reacciones nucleares debidas a neutrones lentos». Ese mismo año Mussolini, cediendo a la presión nazi, había promulgado unas leyes antisemitas que afectaban a Laura, la esposa de Enrico. El matrimonio decidió no correr riesgos: aprovechó el viaje a Estocolmo para emigrar a Estados Unidos, donde Enrico sería contratado como profesor en la Universidad de Columbia.

Tras el descubrimiento de la fisión nuclear, Fermi se dedicó a la construcción de una pila atómica, con la que conseguiría obtener la primera reacción en cadena controlada. Más tarde se trasladaría a Los Álamos, donde tendría un papel relevante en el desarrollo de la primera bomba atómica.

Laura Capon Fermi escribió varios libros de divulgación científica relacionados con el trabajo de su esposo y con la historia y el uso de la energía atómica. A la muerte de Enrico se convirtió en activista social por el pacifismo, la lucha contra la polución, el voto femenino y el control de las armas de fuego.

Fermi murió en Chicago en 1954. Su esposa le sobrevivió hasta

1977.

WALTHER WILHELM GEORG BOTHE permaneció en Alemania. En 1934, gracias a los buenos oficios de Planck, fue nombrado director del Departamento de Física del KWImF en Heidelberg. Allí continuó desarrollando sus investigaciones sobre física de partículas, en competición con los equipos de Hahn, Fermi y los Joliot-Curie.

En 1939, ante la previsión de una guerra inminente, Bothe fue llamado a una reunión en Berlín con otros científicos notables —el que sería llamado Uranverein, o Club del Uranio—, con el objetivo de organizar la investigación de la fisión con fines bélicos. Con el estallido de la guerra, su laboratorio sería requisado para estos fines.

La devastadora guerra y la difícil postguerra no permitirían a Bothe retomar sus propias líneas de trabajo hasta pasados diez años. En 1954 recibiría el Nobel de Física por «el método de coincidencias y los descubrimientos realizados con el mismo», galardón que compartió con Max Born.

Murió en Heidelberg en 1957.

WOLFGANG ERNST PAULI regresó a Zúrich, donde continuó realizando importantes progresos en teoría cuántica de campos. En 1934 se casó en segundas nupcias —su primer matrimonio, celebrado en 1929 con una cabaretera, había durado apenas un año— con Franciska Bertram, con quien compartiría el resto de su vida. Una vida que dejó de ser segura en 1938, cuando la anexión de Austria por parte de Alemania lo convirtió en ciudadano alemán.

A causa de la guerra, los Pauli se trasladaron a Estados Unidos, donde contrataron a Wolfgang como profesor de Física teórica en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. En 1945 recibió el Nobel de Física por «el descubrimiento del Principio de Exclusión, también llamado Principio de Pauli». Acabada la guerra, el matrimonio regresó a Zúrich.

Pauli, muy dado al pensamiento filosófico, mantuvo hasta su

muerte una estrecha relación con Carl Jung, con quien intercambió una nutrida correspondencia y con quien colaboró en diversos tratados sobre física y filosofía.

Permanecería activo hasta su fallecimiento en 1958.

ERWIN RUDOLF JOSEF ALEXANDER SCHRÖDINGER. Se instaló en Oxford, envuelto en un aura de prestigio que el Nobel acrecentó. Su estatus, sin embargo, no dejaba de ser provisional, y él deseaba algo más estable para garantizar su futuro. Deseoso de volver a su país natal, en 1936 aceptó una oferta de la universidad de Graz.

Pero el nazismo en Austria iba en auge, y los nazis no olvidaban que Schrödinger había abandonado Alemania por desafección al régimen. Con el Anschluss de 1938, y a pesar de haber manifestado su apoyo a la anexión en una controvertida carta, Schrödinger comenzó a sufrir progresivas trabas, hasta la final rescisión de su plaza en Graz.

Previamente había sido contactado por Eamon de Valera, primer ministro de Irlanda, quien había pensado en él para dirigir la sección de Física matemática de un futuro Instituto de Estudios Avanzados en Dublín. Proscrito Schrödinger de las universidades bajo dominio nazi, vetados sus viajes al extranjero, amigos y conocidos se pusieron en acción para organizar una segunda fuga y propiciar su establecimiento en Irlanda.

Schrödinger disfrutó en la isla, al decir suyo, de una hermosa época, a la que sin duda no fueron ajenos sus amoríos extraconyugales, de los que tuvo una segunda y una tercera hijas —la primera la había tenido en Oxford de Hilde March, esposa de su amigo y también físico austriaco Arthur March—. Impartió clases y conferencias, organizó cursos y congresos, y se dedicó a cultivar su tercera gran pasión, junto con la física y las mujeres: la filosofía.

En 1955, ya con problemas de salud él, los Schrödinger regresaron definitivamente a Austria, donde Erwin fue recibido como una celebridad nacional. Murió en Viena en 1961. Annemarie le

sobreviviría hasta 1965. En la tumba que comparten está grabada, a modo de epitafio, la ecuación de ondas.

NIELS HENRIK DAVID BOHR prosiguió, incansable, con sus investigaciones sobre el núcleo atómico, la transmutación y la desintegración. También continuó ayudando en su Instituto a refugiados que huían del nazismo, a quienes facilitaba empleo, subsidios y, eventualmente, ayudaba a colocarse en otros países. Judío por parte de madre, él mismo huyó con su familia a Suecia en 1943, cuando la ocupación alemana de Dinamarca se volvió hostil para con los hebreos. Sus gestiones ante las autoridades y la corona suecas resultaron claves para que Suecia ofreciese asilo a la comunidad judía danesa, lo que abrió la puerta a que miles de refugiados como los Weiss-Schneider siguiesen su ejemplo y pudieran escapar de los nazis.

De Suecia, Bohr viajó a Gran Bretaña, donde recibió una calurosa acogida y desde donde, incorporado al programa atómico, viajó a Estados Unidos en calidad de consultor. Regresaría en 1945 a Dinamarca, donde fue nombrado Caballero de la Orden del Elefante, la más alta distinción danesa, reservada para miembros de la realeza y jefes de estado. Durante los años cincuenta, comprometido con el desarrollo de la física atómica con fines pacíficos, promovió y participó en la creación del CERN, el Centro Europeo para la Investigación Nuclear.

Bohr murió en Copenhague en 1962. Margrethe, que lo acompañó toda su vida, no lo haría hasta 1984.

PETER JOSEPHUS WILHELMUS DEBIJE prosiguió en Leipzig su callada labor en ayuda de sus colegas judíos perseguidos, una de las cuales sería Lise Meitner. En 1934 fue nombrado por Planck director del KWIP de Berlín, cuyo edificio y nuevos laboratorios iban a construirse con financiación de la Fundación Rockefeller. Debye aceptó el cargo a condición de que no se le obligase a renunciar a su ciudadanía

holandesa.

En 1936 fue galardonado con el Nobel de Química, lo que aumentó su prestigio ante los físicos arios, que cuestionaban permanentemente su posición. Un año después fue elegido presidente de la Sociedad Alemana de Física, sociedad que aún mantenía cierta independencia del régimen, hasta el punto de no haber tenido que expulsar a sus miembros judíos —la mayoría de los cuales, por otra parte, se había visto obligada a emigrar—. Al año siguiente, sin embargo, la presión se hizo tan insoportable que Debye se vio obligado a solicitar la renuncia.

Poco después de la invasión de Polonia, se le comunicó que el KWIP se dedicaría en adelante a la investigación militar. Debye recibió un ultimátum: debía asumir la nacionalidad alemana y renunciar a la holandesa, o dimitir. Se negó a ambas opciones y negoció una salida temporal mientras durase la militarización: abandonaría Alemania para dar conferencias en la Universidad de Cornell, en Estados Unidos.

Peter Debye ya no dejaría Cornell. Falleció en Ithaca, Nueva York, en 1966.

GEORGE GAMOW no consiguió un traje de etiqueta de su talla. Él y Lyubov se perdieron la cena real, pero consiguieron su propósito de visitar París una vez finalizado el Consejo Solvay. Lo hicieron junto a los Bohr, y allí se desveló el misterio de la elección de Gamow como representante soviético: Bohr, preocupado por el aislamiento al que lo veía sometido, había pedido ayuda a Langevin, presidente francés del Comité Franco-Ruso de Cooperación Científica. Este no se había limitado a enviar una invitación al ucraniano, sino que había escrito al Gobierno de Moscú solicitando su nombramiento como delegado. Pero eso implicaba, tal como le dijo Bohr, que debía regresar a la Unión Soviética para no perjudicar a Langevin. Enterada del caso Marie Curie, en cuya casa se dio la feliz circunstancia de que los Gamow cenaban ese mismo día, se ofreció a hablar con Langevin, quien liberó a Gamow de su obligación moral de regresar a Leningrado. Tras pasar el invierno en Europa, a caballo entre París,

Cambridge y Copenhague, los Gamow zarparon para América, donde se instalaron definitivamente.

Gamow dedicaría la mayor parte de su carrera científica a la astrofísica, campo en el que lideró el desarrollo de la teoría de la creación del Universo a partir de una singularidad, más conocida como *Big Bang*. Interesado también en la biología, sus ideas sobre cómo abordar con una aproximación matemática la estructura del ADN resultaron cruciales para el descifrado del código genético. Gamow fue, así mismo, prolífico autor de libros de divulgación científica.

Gamow y Lyubov, Geo y Rho, se divorciaron en 1956. Casado en segundas nupcias dos años más tarde, Gamow moriría en Boulder, Colorado, en 1968.

LISE MEITNER regresó a Berlín. Apartada de todo cargo oficial, continuó investigando bajo la protección de Otto Hahn y Max Planck, quien llegó a proponerla varias veces para el Nobel. Pero en marzo de 1938, con la anexión de Austria por parte de Hitler, su nacionalidad dejó de protegerla como judía. El propio Hahn se vio forzado a expulsarla del Instituto. Para cuando a Meitner se le hizo evidente que el extranjero era su última opción, ya era demasiado tarde: el Reich había prohibido abandonar Alemania a todos sus académicos. Su fuga precipitada y nocturna a través de la frontera holandesa, orquestada en secreto por Debye y un pesaroso Hahn, adquirió dramáticos tintes de película.

Meitner se refugió en Estocolmo. Allí, informada puntualmente por Hahn de sus progresos en el laboratorio, tuvo la revelación de explicar los extraños resultados obtenidos por este como un proceso de fisión. Si su huida la había librado con toda seguridad de un campo de concentración, su ausencia de Berlín en aquel momento crucial haría que fuese excluida del Nobel de Química de 1944, concedido en exclusiva a Hahn por «su descubrimiento de la fisión de núcleos pesados».

Aislada, con todas sus pertenencias perdidas, sin apenas medios de investigación y un ridículo salario de ayudante, Meitner permanecería en Suecia hasta el fin de la guerra. Aunque reconocido a partir de entonces su protagonismo intelectual en el descubrimiento de la fisión, lo que incluiría una gira triunfal por los Estados Unidos de América, no fue hasta 1947 que los suecos le ofrecieron unas condiciones de trabajo dignas. Aun así, la Academia Sueca continuó ignorándola. A Meitner la nominaron diecinueve veces al Nobel de Química y veintinueve al de Física a lo largo de su vida. Nunca lo consiguió.

Lise Meitner no quiso rehacer su vida en Alemania. Pasó los últimos años de su vida en Cambridge, Reino Unido, donde murió en 1968.

WERNER KARL HEISENBERG regresó de Estocolmo para encontrarse en el ojo del huracán, convertido en cabeza visible de la «física judía» por su Premio Nobel a la creación de la mecánica cuántica y por el hecho de que Einstein, Born y Schrödinger habían abandonado el país. Heisenberg no tenía, además, empacho en hablar en público de Einstein y de su teoría de la relatividad, tema tabú para los ideólogos de la «física aria». Lenard y Stark arremetieron contra él a base de publicaciones insultantes, conferencias demagógicas e intrigas políticas. Comenzó para Heisenberg una época de soledad, encerrado en su círculo de colaboradores y sus investigaciones sobre el núcleo y los rayos cósmicos.

Durante ese período, en permanente contacto con Bohr y Pauli, Heisenberg ayudó a numerosos damnificados por el nazismo: Gerhard Herzberg, de esposa judía, acabaría en Canadá; Guido Beck, antiguo asistente suyo, en Praga y luego en París, de donde acabaría huyendo a Latinoamérica durante la ocupación nazi; a Herta Sponer, ayudante del exiliado nobel James Franck, la ayudó a establecerse en Madrid, de donde más tarde se trasladaría a Chicago para reunirse con Franck, con quien se casaría. Sponer no era judía;

simplemente, como Klara Hofmann, huía de un régimen que la despojaba de su trabajo por ser mujer.

En 1935, con el retiro en mente, Sommerfeld propuso a Heisenberg para sustituirlo en Múnich. Stark, empoderado gracias a su afiliación al nazismo y empeñado en controlar la asignación de todas las plazas académicas, comenzó una insidiosa campaña en contra. La plaza quedó en suspenso. La mejor consecuencia para Heisenberg de su forzada permanencia en Leipzig fue que en 1937 conoció a Elisabeth Schumacher, con quien se casaría poco después.

Ese mismo año, el Ministerio del Interior dio, por fin, el visto bueno a Múnich. Stark contraatacó de inmediato con un artículo incendiario en el periódico oficial de las SS, lo que tuvo como consecuencia una nueva paralización del nombramiento y la apertura de una humillante investigación a Heisenberg. El asunto se saldó mediante la intervención de su madre, conocida de la madre de Hermann Himmler, el jefe de las SS, quien ordenó cerrar la investigación e instruyó para que no se realizasen más ataques contra el científico.

En 1939, con el estallido de la guerra, a Heisenberg lo movilizaron para participar en el Uranverein. Durante los años siguientes se dedicaría a diseñar un reactor capaz de producir energía nuclear. En 1942, con la marcha de Debye a Estados Unidos, fue nombrado director del KWIP en Berlín, donde continuó sus trabajos. El reactor sería trasladado posteriormente al sudoeste de Alemania para protegerlo de los bombardeos y alejarlo del frente ruso. La ocupación aliada, sin embargo, se produjo antes de que el reactor llegase a funcionar.

Heisenberg fue detenido en abril de 1945 por los británicos y recluido, junto con otros miembros del Uranverein, en Farm Hall, una granja situada cerca de Cambridge, donde permanecería hasta su regreso a Alemania en enero de 1946. Reinstalado en la Gotinga que viese sus primeros éxitos, Heisenberg comenzaría, junto con Max Planck y Otto Hahn, la reconstrucción de la física alemana.

Inmerso en establecer una política científica en la RFA, impulsor,

como Bohr, de la construcción del CERN, partidario del desarrollo de la energía nuclear, contrario a la adquisición de la bomba atómica por su país, prolífico en escritos científicos y filosóficos, Heisenberg mantuvo durante muchos años una infatigable actividad investigadora que lo llevaría a colaborar de nuevo —y a disentir, como era habitual entre ellos— con su viejo amigo Pauli.

En 1958, Werner Heisenberg pudo por fin, como director del Instituto Max Planck de Física y Astrofísica, materializar su anhelo de regresar a Múnich. Allí moriría en 1976, a la edad de setenta y cuatro años.

PAUL ADRIEN MAURICE DIRAC estuvo tentado de rechazar el Nobel por su aversión a la publicidad, pero Rutherford lo convenció de aceptar diciéndole que un rechazo le daría todavía más. A su regreso de Estocolmo pudo continuar trabajando de una forma más sosegada que Heisenberg. Lo hacía a su libre albedrío, normalmente solo, en su propia habitación del St. John's College. Estaba muy demandado como conferenciante, y eso le permitía hacer numerosos viajes. Hasta poco antes de la Guerra Mundial acudió cada año a la Unión Soviética, donde aprovechaba para hacer excursiones montañeras al Cáucaso.

En Princeton, donde pasó gran parte del curso 1934-35, hizo amistad con el físico húngaro Eugene Wigner. Allí conoció a su hermana Manci, de visita desde Budapest, con quien se casaría en Londres en 1937.

Durante la guerra, Dirac colaboró en el programa de energía atómica británico. Posteriormente regresó a sus verdaderos temas de interés, en especial la electrodinámica cuántica, aún con serios problemas por resolver. Permanecería en Cambridge hasta su retiro, con intermitentes estancias y años sabáticos en Princeton, Bombay, Ottawa y Moscú.

En 1969, los Dirac se establecieron en Florida, en cuya Universidad Estatal en Tallahassee Paul continuaría investigando y

tomando parte activa hasta su muerte, acaecida en 1984.

AGRADECIMIENTOS



Mi sincero agradecimiento a mis lectores incondicionales, esos que vienen mostrándome su apoyo y cariño desde mi primera novela (y van doce, Dios mío).

A Miriam, Bruno y Pablo, mi mujer y mis hijos, mis propios físicos y mis primeros lectores y críticos, siempre dispuestos para ayudarme a mejorar mis novelas. Hay que decir que esta les tocaba de cerca.

A Bernard Caporossi y Mercedes Candelas, siempre ávidos de mis manuscritos, por lo mismo.

A Eric Borremans, belga de nacimiento, eldense de adopción, que me inspiró con la historia de su abuela Anne Marie, camarera de piso en el Métropole. A ella está dedicado el personaje de Léa (que toma su nombre de la encantadora madre de Eric, por cierto).

A Luis Mateo Díez, Ángel Basanta, Pilar Adón, Ángeles Escobar y Laia Salvat, jurado del XXVIII Premio Tiflos de Novela, por su generoso veredicto.

A Mercedes Castro, por su minuciosa edición del texto.

A la ONCE, por hacer posible este sueño que tuve en 2015 con su firme apoyo a la creación literaria. Al equipo de RBA, por convertirlo en realidad.



RAY CANDELAS (Elda, 1960). Es el seudónimo de Ramón Candelas Pérez. Ingeniero aeronáutico de formación y lector voraz desde la juventud, escribe de manera continuada desde 2006, cuando decidió dar forma a un antiguo proyecto literario que acabaría convirtiéndose en su primera novela. Bajo la firma RBS Candelas ha publicado de forma independiente diez novelas de distintos géneros, entre ellos la novela policíaca y la narrativa histórica. En 2025 ganó el XXVII Premio de Novela Policíaca Francisco García Pavón con *Matar a una booklover*, ya firmado como Ray Candelas.

Notas

[1] La relación completa de los asistentes al VII Consejo Solvay puede consultarse al final del libro. <<

[2] Téngase en cuenta que, en Alemania, la formación preparatoria para entrar en la universidad era, fundamentalmente, humanista. <<

[3] NG. Abreviatura coloquial de *Notgemeinschaft der Deutscher Wissenschaft* y Asociación de Emergencia de la Ciencia Alemana. Institución creada en 1920 para impulsar la investigación en un escenario de escasez de fondos y desorbitada inflación. Sus comités científicos dedicaban el dinero aportado por el Gobierno y las grandes corporaciones a financiar investigaciones en todas las áreas: desde las humanidades a la ingeniería, pasando por las ciencias naturales y sociales. <<

[4] *Gymnasium*. Institución educativa donde se realiza, desde los once hasta los diecinueve años, la formación preparatoria —en la época, fundamentalmente humanística— para acceder a la universidad. <<

[5] *Venia legendi* o habilitación es una cualificación académica necesaria en ciertos países para acceder al puesto de profesor universitario. Normalmente se obtiene, una vez conseguido el grado de doctor, mediante la elaboración de una nueva tesis de investigación y su defensa ante un tribunal académico. <<

[6] *Berufsbeamtengesetz*. Abreviatura de *Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums*. Ley de Restauración de la Función Pública del 7 de abril de 1933 por la que, salvo determinadas excepciones, como aquellos que tuviesen méritos de guerra, a los funcionarios que no eran considerados arios los excluyeron de la Administración. <<

[7] *Gleichshaltung*. Proceso por el que el Partido Nazi se hizo con el control absoluto de la sociedad alemana mediante la eliminación sistemática de cualquier otra institución u organización ajena: abolición de los *Länder*, prohibición del resto de partidos políticos, de sindicatos, de organizaciones juveniles, etc. <<

[8] *Medalla Max Planck*. La más alta distinción de la Sociedad Alemana de Física, que se concede anualmente por una excepcional contribución a la física teórica. Otorgada por primera vez en 1929 a Max Planck y Albert Einstein, Werner Heisenberg fue el sexto galardonado. <<

[9] La calificación de la tesis se otorgaba exclusivamente mediante un examen oral. De las cuatro posibles calificaciones que permitían obtener el doctorado —I, *summa cum laude*; II, *magna cum laude*; III, *cum laude*; y IV, aprobado—, Heisenberg recibió un III gracias al empeño de Sommerfeld, a pesar de que Wilhelm Wien quería suspenderlo. <<

[10] *Studentenbund*. Forma abreviada de *Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund*, Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes. Fundada en 1926 como una división del Partido Nazi destinada a controlar la vida académica y universitaria. En 1933 se hizo con la hegemonía total. <<

[11] La órbita de Mercurio presenta una anomalía conocida como avance del perihelio, que la mecánica newtoniana no puede explicar, pero la relativista sí. <<

[12] Basándose en la teoría de la relatividad, Einstein predijo en 1911 que la luz emitida por una estrella sería desviada por la fuerza gravitatoria al pasar junto al Sol, y que este efecto sería observable desde la Tierra durante un eclipse total, cuando las estrellas aparentemente próximas al Sol se hacen visibles. En 1919, el astrónomo británico Arthur Eddington confirmó la predicción de Einstein. <<

[13] *Überfullung*. Abreviatura de *Gesetz gegen die Überfullung deutscher Schulen und Hochschulen* y Ley contra la Saturación de las Escuelas y Universidades alemanas, del 25 de abril. Limitó la proporción de estudiantes no arios en cada nivel educativo, de forma que no pudiese superar la proporción de no arios en la población general. <<

[14] El ciclo universitario alemán duraba seis semestres, y para obtener el grado de doctor era necesario ser aceptado en el seminario de algún profesor, cosa que solía ocurrir durante los últimos semestres. En el seminario se impartían clases especializadas, se participaba en trabajos de investigación y, eventualmente, se realizaba la tesis doctoral. <<

[15] *Martinstag*. Fiesta de San Martín, de gran tradición en Holanda, Alemania y algunos países centroeuropeos. Se celebra en honor de san Martín de Tours el 11 de noviembre. <<

[16] En 1900, con motivo del Congreso Internacional de Matemáticos celebrado en París, el prestigioso matemático alemán David Hilbert enunció veintitrés problemas matemáticos pendientes de resolución, los cuales marcarían en gran medida el desarrollo de las matemáticas durante el siglo XX. <<

[17] Philipp Lenard (Bratislava, 1862-Messelhausen, 1947). Físico húngaro nacionalizado alemán. Galardonado con el Nobel de 1905 «por su trabajo sobre rayos catódicos». Hasta 1932 fue director del Instituto de Física de la Universidad de Heidelberg, cargo en el que le sucedió Walter Bothe. <<

[18] Johannes Stark (Freihung, 1874-Traunstein, 1957). Físico alemán. Galardonado con el Nobel de 1919 «por su descubrimiento del efecto Doppler en los rayos canales (rayos anódicos) y el desdoblamiento de lineas espectrales en campos eléctricos». En 1933 fue elegido presidente del Instituto Imperial de Física y Técnica (PTR) de Berlín. Al año siguiente sería nombrado presidente de la NG. <<

[19] Cöln y Koln, grafías derivadas del latín *colonia*, se utilizaban indistintamente para referirse a la ciudad de Colonia hasta 1919, cuando la primera fue suprimida por ley en favor de la segunda. <<

[20] *Deutsch-Ostafrika*. África Oriental Alemana, colonia que comprendía los territorios de los actuales Burundi, Ruanda y Tanzania, y que Alemania perdería en 1918 por el Tratado de Versalles. <<

[21] Al parecer, el dios de los químicos estuvo más inspirado: Peter Debye recibiría en 1936 el Premio Nobel de Química por «sus contribuciones a nuestro conocimiento de la estructura molecular a través de sus investigaciones sobre momentos dipolares y sobre difracción de rayos X y electrones en gases». <<

[22] KWG. *Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften*. Sociedad Káiser Guillermo para el Avance de la Ciencia. Fundada en 1911 para promover el desarrollo científico en Alemania, contaba con numerosos institutos de investigación, entre ellos el KWIP (Instituto de Física) y el KWIC (Instituto de Química). Max Planck era su presidente en 1933. <<

[23] Friedrich Schmidt-Ott (1860-1956). Fue ministro prusiano de Cultura y consejero de todos los institutos de la KWG. Promotor de la NG, fue su presidente desde su fundación en 1920 hasta 1934. Tras la II Guerra Mundial fue presidente honorario de la *Deutsche Forschungsgemeinschaft* (DFG-Sociedad Alemana de Investigación). <<

[24] Niels Bohr había sido galardonado en 1922 con el Nobel de Física por «sus servicios en la investigación de la estructura de los átomos y la radiación que desprenden». <<

[25] Quizá porque la física en Alemania se impartía en las facultades de filosofía, materia de la que estaba fuertemente imbuida. Muchos de los físicos importantes de la época —Einstein, Heisenberg, Schrödinger, Pauli y Planck, entre otros— dedicaron gran parte de su tiempo a profundizar en los aspectos filosóficos de la naturaleza. <<

[26] El Instituto de Física Teórica de Bohr estaba financiado por la Fundación Carlsberg. <<

[27] El Nobel de Lise Meitner nunca llegaría. En cambio, sí el de Irène y Frédéric Joliot-Curie, como los de Heisenberg y Pauli, con lo que en la mesa de Klara se reunirán hasta cinco galardones presentes o futuros, por *solo* tres en la de Matt. <<

[28] Como dice Chaves Nogales, «las tres kas —*kuche, kirche, kinder* — son todo el programa feminista del nacionalsocialismo». <<

[29] James Chadwick recibiría el Nobel en 1935 por «el descubrimiento del neutrón». Aunque la contribución de Bothe fue ampliamente reconocida, no se le incluyó en el premio. Bothe tendría que esperar hasta 1954, cuando sería galardonado por «el método de coincidencias y sus descubrimientos realizados con este». <<

[30] La radiación cósmica está formada por partículas de elevada energía, principalmente protones y partículas alfa, procedentes del espacio exterior. Fue descubierta en 1912 por el austriaco Victor Hess, quien recibiría por este motivo el Nobel de Física de 1936. <<

[31] Emilio Herrera (Granada, 1879-París, 1967). Ingeniero, piloto, inventor. Su proyecto de ascensión estratosférica, concebido en 1933 y que pensaba protagonizar en persona, fue posponiéndose hasta verse fatalmente paralizado por la Guerra Civil. El traje diseñado por Herrera se perdió, mientras que la seda del globo se utilizó para fabricar impermeables para los soldados. <<

[32] Conocida desde 1899, la emisión de un electrón por un neutrón que se convierte en protón es la llamada desintegración beta menos. Los Joliot-Curie descubrieron la desintegración beta más, en la que un protón emite un positrón, que se convierte en neutrón. <<

[33] AAC. *Academic Assistance Council*, Consejo de Asistencia Económica. Organización fundada en 1933 para dar apoyo y reubicar en universidades británicas a los académicos judíos despedidos y, más tarde, perseguidos por los nazis. <<

[34] Fritz Haber (Breslavia, 1868-Basilea, 1934). Premio Nobel de Química en 1918 por la síntesis del amoníaco a partir de sus componentes. En 1933 era director del Instituto Káiser Guillermo de Fisicoquímica y Electroquímica en Berlín. Moriría en Basilea pocos meses después de exiliarse. <<

[35] James Franck (Hamburgo, 1882-Gotinga, 1964). Premio Nobel de Física en 1925, junto con Gustav Hertz, por confirmar la validez del modelo cuántico del átomo de Bohr. En 1933 era catedrático de Física en Gotinga. Acabó exiliándose a Dinamarca, donde lo acogieron en el Instituto de Bohr, y posteriormente a Estados Unidos. <<

[36] En las elecciones celebradas en marzo de 1933 para elegir a los miembros del Reichstag, el NSDAP obtuvo 17,3 millones de votos de entre los 39,7 millones de votos emitidos, y logró 288 escaños de un total de 647. <<

[37] Friedrich Wilhelm Strassmann (Boppard, 1902-Maguncia, 1980). Strassmann se doctoró en quimicafísica en 1929 en la Technische Hochschule de Hannover. Poco después, interesado en la radioquímica, aceptó una beca de la NG para trabajar en el KWIC de Berlín bajo la dirección de Otto Hahn. Su abierta oposición al nazismo lo llevaría a unas condiciones de precariedad extrema, solo mitigada por la ayuda de Hahn y Meitner, con quienes formó equipo para el estudio de la transmutación del uranio. Su participación resultaría clave en el descubrimiento de la fisión nuclear. <<

[38] El Comité de Electrofísica de la NG se financiaba con las donaciones de General Electric. El instituto de Born, mayormente con las de Henry Goldman. Puede decirse que Heisenberg inició su carrera investigadora gracias al capital americano. <<

[39] En 1913, Solvay decidió establecer, de forma análoga, el Instituto Internacional Solvay de Química, que se ocuparía de las cuestiones relacionadas con esta materia y promovería sus propios Consejos de Química. <<

[40] A pesar de ser alemán, a Einstein lo invitaron al Consejo Solvay de 1921 en atención a su también ciudadanía suiza y a su declarada postura pacifista, que tantos ataques le habían costado en Alemania durante la guerra. Aceptó, pero finalmente no acudió, pues viajó a Estados Unidos. En 1924 pidió a Hendrik Lorenz, presidente del Consejo, que no le enviase la invitación, evitándole así el disgusto de verla rechazada, pues Einstein no quería parecer cómplice de un boicot que consideraba injusto. <<

[41] Matt lo dice por contraposición al *Trabajo de los Tres Hombres* (*Dreimännerarbeit*), como se conoció al texto en que Heisenberg, Born y Jordan desarrollaron la mecánica matricial ideada por el primero. <<

[42] Percy Williams Bridgman (Cambridge, Massachusetts, 1982-Randolph, New Hampshire, 1961). Tendría que esperar hasta 1946 para recibir el Nobel de Física «por la invención de un aparato para la producción de presiones extremadamente altas, y por los descubrimientos hechos con este en el campo de la física de altas presiones». <<

[43] Einstein recibió el Nobel en 1921. Nótese que sus principales trabajos, incluyendo el enunciado de la teoría de la relatividad especial, databan de 1905, y que había presentado la relatividad general en 1915. <<

[44] Irène y Frederick Joliot-Curie descubrirían poco después, en 1934, un nuevo tipo de radiación al bombardear con partículas alfa una lámina de aluminio. Una vez quitada la fuente de rayos alfa, la lámina continuaba radiando, convertido el aluminio en un isótopo radioactivo del fósforo. Habían descubierto la radioactividad artificial, por lo que recibirían el Nobel de Química de 1935. <<

[45] Amalie Emmy Noether (Erlangen, 1882-Bryn Mawr, Pensilvania, 1935). Matemática alemana, sus innovadores ideas en el campo del álgebra resultaron cruciales para el desarrollo de la matemática moderna. Como mujer que debió abrirse paso en una especialidad reservada al varón, y como judía que fue despojada de su empleo por los nazis y obligada a exiliarse, su trayectoria y sus méritos resultan en gran medida paralelos a los de Lise Meitner. <<

[46] *World Relief Committee for the Victims of German Fascism*. Constituido en París en abril de 1933 como respuesta a la toma del poder por parte de Hitler. Sus objetivos eran informar a la opinión pública mundial sobre el régimen de terror instaurado por los nazis, desvelar sus mentiras y canalizar las ayudas para luchar en su contra. <<

[47] *The Brown Book of the Reichstag Fire and the Hitler Terror*. Publicado en París en agosto de 1933, con traducciones al inglés en Londres y Nueva York. El *Libro Marrón* denunciaba las aberrantes prácticas que se cometían para ocultar los crímenes a los ciudadanos, o, si aquellos eran notorios, para justificarlos. Todo ello, aprovechando la férrea censura impuesta a la prensa desde abril, cuando no su connivencia. <<